

PACO MORENO

MI LUGAR EN EL MUNDO

EL AGUA DE LA VIDA



PREMIO
FEEL
GOOD

Plataforma
Testimonio

Mi lugar en el mundo

El agua de la vida

Paco Moreno



Primera edición en esta colección: octubre de 2015

© Paco Moreno, 2015

© de la presente edición, Plataforma Editorial, 2015

Plataforma Editorial

c/ Muntaner, 269, entlo. 1ª – 08021 Barcelona

Tel.: (+34) 93 494 79 99 – Fax: (+34) 93 419 23 14

www.plataformaeditorial.com

info@plataformaeditorial.com

Depósito legal: B. 24333-2015

ISBN: 978-84-16429-85-1

Fotografía de portada:

Cortesía de Javier Carrasco

Realización de cubierta y composición:

Grafime

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Índice

1.
 1. [Prólogo](#)
 2. [Introducción](#)
 3. [Prefacio](#)
2.
 1. [1. Con la vida resuelta](#)
 2. [2. Los más pobres entre los pobres](#)
 3. [3. Flores, espadas y perros](#)
 4. [4. Amigos de Silva: el valor de un euro](#)
 5. [5. Beber agua o aprender a leer](#)
 6. [6. Una elección acertada](#)
 7. [7. Guena guena, filosofía del país](#)
 8. [8. Mi tabla de salvación](#)
 9. [9. Dubti: nuestro primer proyecto](#)
 10. [10. Perderse entre papeles es posible](#)
 11. [11. ¡Manos a la obra!](#)
 12. [12. La decisión](#)
 13. [13. Afar: el infierno en la Tierra](#)
 14. [14. Asayita, mi hogar](#)
 15. [15. Agua que da la vida](#)
 16. [16. Dormir en el desierto](#)
 17. [17. MUAC es mucho más que un beso](#)
 18. [18. Un Sherlock Holmes en Afar](#)
 19. [19. Entre vacas y gallinas](#)
 20. [20. *Be camel, my friend*](#)
 21. [21. La ceremonia del café](#)
 22. [22. El coche fantástico](#)
 23. [23. De ninguna parte](#)
 24. [24. Cuatro madres](#)
 25. [25. La Fundación Ayudare](#)
 26. [26. Una Etiopía de ida y...](#)
 27. [27. Mi lugar en el mundo](#)
- 3.

1. [Agradecimientos](#)

Prólogo

¿Qué lleva a un abogado de éxito y profesor de universidad a crear en Etiopía pozos de agua, hospitales, a evitar la desnutrición y el contagio de VIH... y en definitiva, a salvar vidas en lugares remotos?

Aquí vais a descubrir la respuesta a esta y a muchas más preguntas que muchos nos hacemos. Siempre he querido visitar Etiopía, y por supuesto que no lo descarto, más aún después de leer el libro que tenéis en vuestras manos, y sobre todo por ver la maravillosa labor que lleva a cabo allí la ONG Amigos de Silva. Pero hasta que llegue ese inolvidable y, seguramente, revelador momento, este libro nos permite viajar allí, respirar su aire, conocer sus gentes, acercarnos al generoso mundo de las entrañables *sisters*, a quienes, por cierto, acabas queriendo gracias a las apasionantes aventuras que narra Paco, por su amor, su grandeza, su humanidad... La madre Teresa de Calcuta, su fundadora, lo explicaba así: «Nuestra misión es cuidar de los hambrientos, los desnudos, los sin hogar, los lisiados, los leprosos, toda esa gente que se siente indeseada, rechazada, sin cariño, para traerlos de vuelta a la sociedad, esa sociedad para la que se han convertido en una carga y los evita», y Paco no lo pensó dos veces, desde su primer viaje se puso manos a la obra, a desinfectar, limpiar heridas con gusanos y, como reconoce, «la realidad superó todas las expectativas».

Es un gran honor prologar el libro de Paco Moreno. Ya me tocó el corazón escuchándolo y con estas páginas me ha emocionado más aún, me ha transportado a una realidad dolorosa, pero que puede mejorar, y me ha llenado de una fuerza y un amor inmenso para, como él dice, compartir nuestra suerte. Vosotros también lo experimentaréis. Y es que todos tenemos la oportunidad de apoyarlo desde cualquier posición y situación, ya que, como cuenta Paco, un euro da para mucho en ese país.

El calor, el cólera, la tuberculosis, la malaria, hospitales de campaña, camas inservibles, medicinas caducadas, suciedad, cortes de electricidad... todo ello unido a la soledad, el agotamiento, los problemas burocráticos, la lentitud del país... lejos de

desalentar a Paco (que podría dedicarse a los chavales en riesgo de exclusión de Parrita, quien le impulsó a crear la ONG, sin tener que lidiar con tantas adversidades), potenciaron su lucha, haciendo que naciera de él una fuerza que quizá nunca habría conocido de no haberse embarcado en todos esos maravillosos proyectos.

Paco asegura que en África hay que ser flexible, y hubo que adaptar los proyectos diseñados en España a la logística permitida, que ayudara a cuanta más gente mejor y que perdurase en el tiempo. Finalmente, las interminables luchas por cada ladrillo dieron su fruto: el segundo hospital de la región de Afar da servicio a cien mil personas gracias a un trabajo que avanza «poco a poco, pero con constancia».

En este apasionante viaje compartiréis aventuras con un auténtico héroe al que tenemos la oportunidad de acercarnos a través de unas páginas llenas de logros, de momentos entrañables e inolvidables, pero también de muchas dificultades. Conoceréis la situación en los campos de refugiados, las peculiaridades de los afar, cuya clave de desarrollo es el agua, y ese instante único de encontrarla, tras estudiadas perforaciones, es un enorme triunfo que tenemos ocasión de compartir con Paco gracias a su libro. Los pozos permiten que las niñas puedan ir al colegio en lugar de emplear el día en caminar kilómetros y kilómetros para conseguir agua, que no siempre es potable, y regresar con pesadas garrafas sobre sus hombros.

Quizás aquel primer viaje a Etiopía cambió su destino, pero yo creo que el destino de Paco Moreno ya estaba marcado por ese brillo especial, su espíritu solidario y una inmensa vocación de ayuda. Su sensibilidad, altruismo y entrega lo llevan a irse primero los veranos y después a vivir a un lugar donde los obstáculos, los caminos tortuosos, las enfermedades... no impiden que salve vidas donde las necesidades básicas son una quimera. Leeréis anécdotas imborrables en las que el espíritu humano demuestra su imbatibilidad y las sonrisas de los niños, auténticos supervivientes como Abraham, son la mayor recompensa.

¿Su motor? Sanar, ayudar, mejorar la calidad de vida de miles de personas... en definitiva, que los demás sean felices. Gracias, Paco, por tu hermosa labor y por haber escrito este precioso, conmovedor y adictivo libro, que nos enseña a VIVIR con mayúsculas.

IRENE VILLA,
periodista y escritora

Introducción

Lo primero que encontré sobre la mesa de mi nuevo despacho en mi primer día de trabajo en Addis Abeba fue una invitación de un tal Francisco Moreno para la inauguración de un hospital en un lugar sobre el que nunca antes había oído hablar, llamado Asayita. «Sí, ¿por qué no...?», pensé. Cuando pedí que confirmasen mi asistencia, se elevó un cierto clamor entre los empleados etíopes de la Embajada: «No ha comprendido usted dónde está Asayita», «No es aquí al lado, está a diez horas en coche de aquí, a través del desierto». A quienes pregunté fuera de la Embajada no me lo pintaron mejor: «Es un lugar terrible, ningún *habesha* (etíope) quiere ir ahí, ni aunque le paguen», «Un calor infernal, no hay nada, solo gente salvaje e ignorante»... Todo lo que oía tan solo incrementaba mi interés y reforzaba mi instinto inicial de responder a la invitación. Además, ¿quién sería el tal Francisco Moreno? ¿Qué hacía ahí inaugurando hospitales?

Por supuesto, al final iría a Asayita, y ese viaje sería mi propia introducción al trabajo que hacen Paco y la ONG Amigos de Silva, pero también sería una fuente de preguntas y revelaciones. Confío, por lo tanto, en que al lector le puedan servir como prólogo algunas de las que fueron mis primeras sensaciones descendiendo hacia Afar, antes de adentrarse en este libro. Comencemos por el propio Afar.

Desde la inmensa fortaleza que es el altiplano abisinio –una altitud media de más de dos mil metros– se desciende hacia el este por la profunda cicatriz que llamamos valle del Rift, hasta que el paisaje se va volviendo más áspero y volcánico, y el valle se ensancha como la salida a una plaza. Afar es como el hombro dislocado de África, una articulación del continente donde se juntan tres grandes placas tectónicas y la tierra reptante en lento movimiento, nómada, al igual que sus habitantes. El autobús sigue la carretera a Yibuti, cordón umbilical que une Etiopía con el mar y, por ende, con el resto del mundo. No deja de impresionar el hecho de que más del 90 % de las mercancías que entran y salen de Etiopía lo hacen a través del puerto de Yibuti, esto es, por esta frágil carretera

de un solo carril en cada sentido y muchas veces ni eso. A los lados de la carretera se ven camiones volcados, cual escarabajos, ya destripados de sus pertenencias por hombres que, como hormigas, parecen salir de la nada. Me dicen que no es extraño encontrar objetos inverosímiles en las chozas *ari* de los nómadas afar, como, por ejemplo, electrodomésticos, inservibles sin tomas de electricidad, rescatados de las entrañas de un tráiler volcado.

Por el valle del Rift baja también el río Awash, cuyo nombre alguna vez leí que significaba «bestia que lo arrasa todo a su paso», lo cual, si no es cierto, está bien hallado. Las lluvias torrenciales que caen en el altiplano abisinio durante el verano provocan violentos aluviones que descienden con furia por el cauce del Awash. Sin embargo, ni toda esta furia, ni las interminables lluvias, capaces de alimentar el Nilo del otro lado de las montañas, logran abrirse paso por el desierto en el que habitan los afar, que engulle toda el agua del Awash mucho antes de que este pueda llegar al mar. Y es que cuando finalmente se llega a la región de Afar se comienzan a comprender las advertencias que hacían en la verde y fresca Addis Abeba, dos mil quinientos metros más arriba. El autobús se adentra en un territorio que comienza a desprenderse de piezas de su paisaje —colores, vegetación, relieve— hasta quedar en lo más básico: ese lecho seco y salino del mar que fue milenios atrás y del que hoy no queda ni gota. El calor se vuelve algo denso y palpable, llena el paisaje, una presencia constante, un manto sobre la piel.

No sorprende que fuese en Afar donde los paleontólogos encontraron los restos de Lucy, la tatarabuela de la especie humana. Bien podría pensarse que la creación comenzó aquí... y que Afar quedó a medio crear. O, más bien, que el creador hubiese decidido prescindir aquí de lo superfluo y dejar al ser humano con lo esencial: tierra, sol, un poco de agua y su propio pensamiento. Solo el Awash, que reaparece algo arremansado —pero nunca domado—, ofrece un tenue hilo de verdor frente a la enormidad del vacío polvoriento que lo rodea. Aun así, cuando uno se adentra en la maleza que rodea la orilla del río, todo se vuelve tan verde y abundante que la generosidad y la misericordia de Alá no parecen tener fin. Gracias a Dios, la ciudad de Asayita, a la que llegamos tras diez horas de viaje, se encuentra junto a estas misericordiosas orillas del Awash; si no, no se encontraría en ninguna parte.

Y en este lugar viven los afar.

No es extraño que quien el Corto Maltés considerara su mejor amigo fuera Cush, un dankalo habitante de estos desiertos, indómito, esquivo y orgulloso. Su fama de castrar a

enemigos y extraños, y llevarse los testículos como trofeo, no dio a los afar una buena reputación. El explorador Thesiger, el primer europeo –aunque nacido en Addis Abeba– en bajar todo el curso del Awash, describe cómo el lugar de cada afar en la comunidad dependía del número de enemigos muertos que pudiese atribuirse. Pero también nos dice que los afar asumían tal responsabilidad sobre la vida de sus huéspedes, que cualquier atentado contra ella debía ser vengado como si fuera contra cualquier otro miembro del clan. Seguramente, cuanto más cruda es una sociedad y su entorno, más hondas son las reglas de la hospitalidad.

Como herencia de tiempos más belicosos, los afar siguen llevando a todas partes un fusil Kaláshnikov o, al menos, un buen puñal curvo. También los delata como guerreros su porte altivo, de quien no ha sido jamás sometido... más que por la implacable civilización moderna. Pero los feroces guerreros que nos esperan en Asayita son los tropeles de chiquillos que nos rodean chillando «Paco, Paco» bajo la mirada divertida de sus mayores.

El escritor italiano Andrea Semplice se refiere a los afar que se ganan la vida extrayendo la sal del desierto como los «hombres de la fatiga», pero creo que ese apelativo vale para todos los afar. Ahí todo requiere un esfuerzo heroico, ya siquiera el más básico «ser» y «estar». Aquello que a los forasteros espanta –el calor insoportable, el sol lacerante, el peligro de malaria, del dengue, y el hambre, la sed y la carencia de todo– es para ellos su hogar, su rutina, que llevan con gran dignidad y templanza, sin alardes ni derroches innecesarios de energía.

Y aquí, en este lugar y con esta gente, vive y trabaja Paco.

Paco es un tipo estupendo y asombroso, pero quiero pensar que es de este planeta, pues de lo contrario este libro no tendría tanto sentido, o pertenecería al género «historietas de superhéroes». No; por muy extraordinaria que sea la historia de Paco, antes de llegar a Afar era un atareado abogado madrileño, como podría ser el vecino del quinto, cuya vida discurría por canales seguros... o eso creía.

Pero, como dice el mismo Andrea Semplice, «a Afar se viene a cambiar de punto de vista». Aquí, uno queda desnudo de todo lo anterior, se ve obligado a reaccionar, a volver a revisarse y demostrarse a sí mismo y a los demás. Primero, para adaptarse a las condiciones externas; luego, para ajustar su conciencia a la pobreza y privación que descubre, y, tercero, para entender que, a pesar de todo, hay espacio para la felicidad. Quizá siempre lo hay.

Imagino que Afar también debe de haber transformado a Paco. Solo así se explica que este madrileño se pasee por Asayita con la naturalidad de un jeque. O que haya adquirido las características del ser mejor adaptado a este lugar: el dromedario, que es tenaz, constante, resistente y parsimonioso (las prisas son fatales en Afar). En un lugar donde los cooperantes van y vienen, creo que Paco ha sabido hacerse aceptar y respetar por los afar gracias a su constancia, pues solo con ella existe la posibilidad de vencer el inexorable rigor de la pobreza que los rodea.

Por lo que pude observar durante el tiempo que trabajé en Etiopía, el gran reto de la cooperación no son tanto los fondos (que también lo son), ni los medios, ni los proyectos o las ideas... Lo difícil es terminar lo que se comienza, llevar a buen puerto aquello que parece simple sobre el papel. En Afar, uno lucha contra los elementos, las fuerzas se agotan por el camino. Paco no es médico, ni nutricionista, ni ingeniero, pero tiene la increíble cualidad de la persistencia, que lo lleva a afrontar todas las adversidades con paciencia, respeto y convicción. Y es capaz de llegar a buen puerto, aun cuando no haya agua bajo su barca.

Amigos de Silva, pues así se llama la ONG que dirige Paco, se dedica en Afar a tres cosas muy básicas: la alimentación, el agua y la sanidad, pues aquí ninguna de las tres está garantizada. La diferencia entre no tener nada y tener algo –aunque sea poco– ya es abismal: un programa de nutrición para menores, la construcción de pozos de agua, la puesta en marcha de hospitales donde no los había, es tender pequeños puentes sobre ese abismo, y resulta increíble que con pocos medios, pero mucha energía, Amigos de Silva vaya cosechando estas pequeñas –y al mismo tiempo, grandes– victorias.

Hablo mucho de Paco, pero no debo olvidar que no está solo: a fin de cuentas, la ONG Amigos de Silva nació como un grupo de amigos que «echaban una mano» para sacar adelante una buena causa. Hoy, esa buena causa se ha trasladado a Afar, adonde los voluntarios siguen yendo para ayudar como mejor saben. Su voluntariado no solo es valioso por lo que aporta en Afar, sino también por lo que lleva de vuelta a casa, ese «redescubrimiento» del mundo, inevitable para todo aquel que va por vez primera a Afar. Tampoco hay que olvidar a los empleados locales de la ONG, que son la sabiduría y la sensatez del lugar; ni a aquellos que ayudan desde Madrid o Addis Abeba, como Lucía, la valiente y polivalente (¿y «polivalente»?) mujer de Paco.

Para ir terminando, volvemos al principio, a la inauguración del hospital de Asayita, una de esas pequeñas victorias de las que hablaba antes. Fue una ceremonia simple y

modesta, pero todos cuantos estaban ahí exhibían grandes sonrisas. La gente recorría las salas y habitaciones con curiosidad, como para comprobar que era verdad, que ellos ahora también tenían su propio hospital. Yo también estaba feliz de haber aceptado la invitación a bajar a este «infierno» del que tanto me habían prevenido en Addis Abeba. Aunque aún no había leído este libro, ni conocía apenas a Paco ni a Amigos de Silva, intuía que había dado con algo que de verdad valía la pena.

Esa tarde subimos a un pequeño promontorio que captaba la brisa fresca sobre las aguas del Awash a la puesta del sol. Tras un abrasador día de trabajo, esa era la perfecta dicha. El lugar y el momento para preguntarse qué es la felicidad, cómo encontrarla y cómo compartirla. ¿No es eso lo que de verdad importa?

MIKEL IRISO IVCHENKO,
diplomático español en la Embajada de España en Addis Abeba (2011-2013)

Prefacio

Hay momentos de gracia en la vida: cuando el destino nos manda un hermano. Me pasó eso el día en que Paco Moreno me visitó por primera vez.

Tenía una mirada determinada, la de los que han decidido vivir su propia existencia, la vida de su corazón, y olvidar el resto. Conocía bien este tipo de maravillosa locura, ya que, como él, pero quince años antes, abandoné una vida exitosa profesional y socialmente para vivir una década tan fantástica como dura en el centro del continente africano, entre sus desiertos y sus hospitales, sus miserias y sus cárceles.

Comprendí bien sus metas, pero también sus angustias, las de enfrentarse a los problemas de la ayuda al tercer mundo con toneladas de paciencia y de ilusión, y las de luchar contra la fatalidad, la diferencia y la indiferencia.

Hablamos mucho de esta pasión que tenemos en común y de la receta para vivirla: dar todo mi ser, ya que lo mejor en términos absolutos es siempre inalcanzable.

Hablamos del temor del espacio-temporal también, es decir, darse cuenta de que los esfuerzos más grandes no son más que una gota de agua en un océano de necesidades y durante poco tiempo.

Pero recordamos siempre la frase del Talmud, preludio al mensaje de Cristo:

«Quien salva a un hombre, salva al mundo».

JEAN-MARIE MUSY,
embajador de la Orden de Malta en España

1. Con la vida resuelta

Cumplí los veintinueve años durante mi primer viaje a Etiopía, enfermo, con fiebre alta y diarrea. Aún no sabía que aquel sería mi hogar. Entonces yo era lo que llamaban «un abogado de éxito». Me había licenciado con veintidós años en la Universidad Complutense de Madrid y, tras trabajar en Hacienda, había montado mi propio despacho con la ayuda de Ismael, un compañero y muy buen amigo. Como cualquier otro joven abogado comencé trabajando para amigos y familiares, con todo tipo de pleitos – laborales, accidentes y faltas–, para posteriormente subir el escalón con coberturas de seguros, herencias, asesoramiento empresarial... Pero lo que más me gustaba era el derecho inmobiliario, y aunque todos mis clientes se asustaban de entrada al verme tan joven, mi reputación, no obstante, era muy buena. Hacer las cosas bien y el número de horas de dedicación me permitieron conseguir una situación económica privilegiada: ganaba dinero, gastaba poco y no tenía responsabilidades familiares. Con tan solo veintinueve años conseguí la entrada de mi casa tras ganar un pleito laboral que se hizo famoso en la televisión, e incluso me acerqué con mi hermano Pablo a un concesionario BMW para ver si podía cambiar de coche. Laboralmente era un buen profesional, a cambio de trabajar mucho. Siempre he sido muy responsable; me gusta aprender y, como me apasiona mi trabajo, nunca veo la hora de salir. Empezaba a las siete de la mañana y volvía a casa a las once o las doce de la noche, y así un día tras otro durante once meses al año. Un día entre semana que había terminado pronto, fui al cine con Álvaro, mi hermano pequeño, que estudiaba informática en la universidad, y me desmayé en plena película. El médico me dijo que era agotamiento y me obligó a estar en cama durante un mes para recuperarme.

Mi otra pasión era y sigue siendo la docencia. Con veintiséis años impartía clases de Creación y Gestión de Empresa en la Universidad SEK de Segovia, que ahora es el Instituto de Empresa, donde también era el profesor más joven de toda mi facultad. Mis primeros trabajos siempre han estado marcados por esa peculiaridad de ser «el más joven

de» o «demasiado joven para», un calificativo que siempre me ha obligado a esforzarme aún más para demostrar que, aunque lo fuera, no era razón para dejarme de lado; realmente fue un hándicap con el que tuve que luchar muchas veces. Fui también uno de los profesores más jóvenes en la Universidad Complutense de Madrid, donde enseñaba a mis alumnos en sus clases de máster a ser expertos en derecho tributario o en derecho inmobiliario. Compartir mis conocimientos con los demás me parece muy gratificante, aunque sea por las tardes y haya que recorrer muchos kilómetros, como hice para dar clase de Introducción al Derecho en la Universidad de Mayores, en Cuéllar, Segovia. Y aunque ganaba lo justo para cubrir gastos, fue muy divertido y enriquecedor enseñar a aquellas abuelas que superaban en número a los abuelos las nociones básicas de derecho, que ya sabían por su experiencia, pero que estudiaban entusiasmadas al poder aplicarlas a los casos de algunas famosas que nos servían como ejemplo, como la herencia de Rocío Jurado, los líos de la Pantoja y otras noticias de la prensa rosa que tenían relación con el mundo del derecho.

Fue precisamente antes de entrar para dar clase en la universidad cuando llamé por teléfono a mi amigo Jordi para proponerle un plan para el verano. Jordi, como su nombre indica, es de Barcelona, aunque después de muchas peripecias acabó viviendo en Madrid y conociendo a mi hermano Pablo, que fue quien me lo presentó. Nos llama «los Moreno» y desde el principio ha sido y sigue siendo un gran amigo. Físico de profesión, tiene una cabeza increíble; puedes contar con él en cualquier momento para cualquier cosa que lo necesites, como hacen los buenos amigos. Al grito de «¡un café!» se moviliza y puede estar contigo en un segundo. Le encanta la música y tiene buen oído. Jordi nunca para, siempre está organizando planes para ir, venir o hacer algo de deporte; le encanta la organización. Tiene un don especial para hacer amigos, amigos de verdad, y es experto en poner en contacto a personas que, juntas, pueden hacer grandes cosas.

Solíamos viajar juntos por Europa en agosto, coincidiendo con las vacaciones judiciales, y esta vez se nos ofrecía la ocasión perfecta: la novia de José María, otro amigo del cole, trabajaba en Atenas y tenía un apartamento que estaría libre en esas fechas. Mientras marcaba el número de Jordi, acariciaba sensaciones maravillosas y me imaginaba descansando en una cala de aguas turquesas en la isla de Mikonos o en Santorini, o contemplando las colinas de Atenas desde el Partenón. Mi sorpresa fue mayúscula cuando al otro lado del teléfono Jordi me decía que ese verano quería hacer un voluntariado.

—¿Un voluntariado?

—Sí, he hablado con las *sisters*, las Misioneras de la Caridad de la madre Teresa. Necesitan voluntarios en Haití o en Etiopía.

—¿Etiopía?

Me metí en clase y no sé lo que pasó por mi cabeza durante las siguientes dos horas, pero cuando me despedí de mis alumnos hasta la semana siguiente, llamé a Jordi y le dije: «Vale, me apunto». Había algo en mi interior que me tenía muy inquieto. ¡Todo me había salido tan bien en la vida y me sentía tan afortunado! Tenía mucho más de lo que había imaginado y, por supuesto, mucho más de lo que necesitaba. Había alcanzado muy pronto todos los objetivos que se esperaban de mí y sentía el deseo de devolver parte de lo que había recibido, de compartir, de ayudar, pero hasta entonces no sabía qué era lo que me inquietaba y, mucho menos, cómo canalizarlo. Mi vida no podía estar ya tan perfectamente programada y organizada, con tan pocos años. Creo que en aquellos ciento veinte minutos de clase me di cuenta de que esa era mi oportunidad de hacer algo por los demás. Jordi había dado forma a aquello que tanto me inquietaba, a ese gusanillo que me carcomía. Quizás era eso lo que buscaba desde hacía tiempo. Para mi sorpresa, Jordi no hacía más que ponerme las cosas muy negras: que si era muy duro, que no iban a ser unas vacaciones... y todo tipo de excusas. Pese a todo, decidí lanzarme.

Empezamos a preparar el viaje. Además de Jordi, estaba también Antonio, al que llamamos Potoño. Era amigo de Jordi, ¡cómo no!, y, por tanto, buena persona. Habíamos coincidido anteriormente en las excursiones que planeaba Jordi los fines de semana, nos habíamos caído bien y nos movía ese mismo «algo interior» para hacer ese viaje. Además, la combinación de los tres era muy buena.

De repente, después de varios días preparando el viaje, sin saber cómo y sin buscarlo, empezó a apuntarse más gente. Mucha gente. Nosotros se lo poníamos negrísimo, como Jordi me lo puso a mí primero, para acobardarlos, porque cuanto más investigábamos, más crudo nos parecía lo que íbamos a encontrarnos. Pero no se daban por vencidos. Incluso alguien consiguió que la Cruz Roja nos diera un curso de primeros auxilios un sábado, que nos vino muy bien por lo menos para saber lo que era un enfermo, una herida e, incluso, hasta para poner inyecciones. Me di cuenta de que había muchas personas que, como nosotros, querían compartir, pero no sabían cómo. Empezábamos a ser muchos y decidimos hacer reuniones para conocernos un poco y organizarnos la tarea de investigar acerca de Etiopía: qué había que llevar, el tiempo que nos haría, la

moneda local... Todos sentíamos la misma inquietud –queríamos ayudar– y, aunque no nos conociéramos de nada, esto que teníamos en común era mucho más fuerte que todas nuestras diferencias. Empezamos viéndonos en cafeterías, luego en alguna casa, hasta que finalmente compramos los billetes. En dos fechas, ya que no había tantos billetes para el mismo avión. En el primer grupo iban seis; en el segundo, cinco días después, íbamos veinte; este fue el mío. Al final, éramos veintiséis voluntarios novatos e inexpertos.

Me costó muchos días encontrar el momento oportuno o, mejor dicho, el menos inoportuno, para decírselo a mi madre. Con mi padre hablé enseguida. Le expliqué que lo veía muy claro y que tenía que hacerlo. Le extrañó, pero creo que comprendió que lo que bullía en mi interior era irrefrenable. Le preocupaba más cómo iba a decírselo a mi madre. Y entonces, para prepararla, le contó que yo me iba a ir de viaje a Turquía. Era lejos, pero no tanto como Etiopía, que entonces sufría una tremenda hambruna y salía en todos los telediaris por la dramática situación que atravesaba el país. Además, hace doce años, Etiopía estaba mucho más lejos que ahora.

Cuando por fin saqué el billete, entré en casa gritando: «¡Ya tengo el billete!». Y lo dejé sobre una mesa camilla donde estaba mi madre.

–ሪሪAddis Abeba!!?? Pero ሳሳsi es la capital de Etiopía!!! Tu padre me había dicho que te ibas a Turquía, no a Etiopía.

–No, mamá, a Etiopía. Yo le dije a papá que me iba a Etiopía.

Mi madre, como todas las madres, estaba preocupada; me decía que no hacía falta irse tan lejos para ayudar y que, además, era muy peligroso. Aunque yo intentaba explicarle que necesitaba hacerlo, que no estuviera asustada, que iba con más gente, que no estaría solo, sabía que ella no lo pasaría bien.

Ese agosto cumplí veintinueve años.

2. Los más pobres entre los pobres

A pesar de que habíamos preparado el viaje, nadie se dio cuenta de que en agosto, en Addis Abeba, la capital de Etiopía, hace frío y llueve; dábamos por hecho la imagen que teníamos de una Etiopía desértica en la que reinaban la arena y las altas temperaturas. Los que llegaron en la primera expedición lograron contactar con nosotros dos o tres días después y nos avisaron para que lleváramos ropa de abrigo y botas, también para ellos, porque hacía frío y no paraba de llover. No solo no iría a la playa ese verano, sino que, además de todo, nos esperaba un agosto pasado por agua. ¿Dónde habían quedado aquellas sensaciones sobre la luz mediterránea de Mikonos?

Aterrizamos a las tres de la madrugada –consecuencia directa de un vuelo barato– en Addis Abeba, mi primera capital africana: noche cerrada y lloviendo. La impresión al poner un pie en tierra etíope fue como una bofetada de un olor extraño, desagradable, agrio. ¿Sería el aeropuerto? No tardé en averiguar que toda Etiopía huele así, a *injera*, que es la comida nacional: una especie de pan elaborado con harina de un cereal llamado teff, que hasta hace poco solo se cultivaba en Etiopía. La harina mezclada con agua tiene que fermentar durante ¡¡¡tres días!!! para que salgan cientos de burbujas características en la masa. De ahí ese olor tan fuerte y desagradable. Con la masa ya cocida, se da forma a una gran tortita sobre la que se ponen verduras, carne o pescado. Es la base de la alimentación etíope; a veces, es su única alimentación. Etiopía es sinónimo de *injera*, y allí todo huele a *injera*.

Cuando llegamos al Hotel Awraris, el recepcionista estaba durmiendo en un colchón detrás del mostrador. Pensé en lo amable que había sido por habernos esperado y en la faena que le habíamos hecho, pero luego supe que siempre dormía ahí, detrás del mostrador. Asignamos las habitaciones y nos fuimos a descansar sin poder asimilar aún nada de lo que nos esperaba.

A la mañana siguiente desayunamos muy tarde y fuimos en varios taxis a la zona de Sidist Kilo, que significa «kilómetro seis», en la parte alta de Addis Abeba, que es donde se encuentra la casa de las Misioneras de la Caridad de la madre Teresa, a las que en adelante llamaré las *sisters*. Había mucha gente caminando por las carreteras, gente sentada en cuclillas y gente que se desplazaba con enormes fardos perfectamente equilibrados sobre sus cabezas; en los semáforos, los niños vendían cajas de chicles, las mujeres caminaban sin prisa hacia algún lugar con sus bebés amarrados a la espalda y los perros vagaban en busca de algo para desayunar. Todo olía a *injera*. Y nosotros éramos los únicos blancos.

Íbamos cargados con maletas, porque en Madrid mucha gente había querido colaborar aportando ayuda directa, como ropa de bebé y de niños, material escolar o medicinas. Yo no tenía mucha información sobre las *sisters*; no había visitado sus casas en Madrid y este era mi primer voluntariado. Sin embargo, allí todos conocían y querían a estas mujeres cubiertas con sus saris blancos con líneas azules, que vivían en la pobreza y se habían comprometido libremente y de todo corazón a servir a Dios por medio de los más pobres entre los pobres, arropándolos y queriéndolos hasta el último día de sus vidas. Como dijo la madre Teresa de Calcuta, su fundadora, «nuestra misión es cuidar de los hambrientos, los desnudos, los sin hogar, los lisiados, los leprosos, toda esa gente que se siente indeseada, rechazada, sin cariño, para traerlos de vuelta a la sociedad, esa sociedad para la que se han convertido en una carga y los evita». Hasta ahí, sabía; pero una cosa es la teoría y otra muy distinta, la práctica. Y la realidad superó todas las expectativas.

Las instalaciones eran muy antiguas y sencillas. Unos edificios con los tejados a dos aguas con un porche y algunas viejas construcciones distribuidas por el patio. Había una casita donde se alojaban los voluntarios. Otra albergaba el oratorio. Alguien nos abrió la puerta. Nos identificamos como voluntarios y nos dio la bienvenida mientras nos invitaba a conocer la casa. Una *sister* tomó el relevo dispuesta a enseñarnos el hospital. Las habitaciones de los enfermos eran muy grandes y todas iguales. El hospital estaba totalmente lleno; había más de ochocientos enfermos y, aunque todo estaba muy limpio, había un olor muy fuerte, a heridas, a enfermedad. En cada habitación, infinitas hileras de camas con un pasillito en el medio. En la parte de atrás, las duchas y la zona de los baños. La *room 5* la ocupaban niños mayores de cinco años con tuberculosis, malformaciones y otras enfermedades graves. Era muy grande. Ahí me quedé paralizado; no era capaz de atravesar el umbral. Cuando imaginaba el voluntariado desde el confort

de Madrid, nunca pensé que iba a encontrarme con eso. Me quedé bloqueado por lo que estaba viendo y por el olor tan penetrante que desprendía la habitación. Intentaba seguir a la *sister*, que entraba con resolución en la habitación e iba de un lado a otro, pero no era capaz; el cuerpo no me respondía, estaba paralizado. Aquellos niños en aquellas condiciones...

Después de la *room 5* había dos habitaciones de hombres: una para tuberculosos y la otra para enfermos de sida y todo lo demás. En cada cama yacían dos pacientes: uno en la cabecera y otro en los pies. Recuerdo que la *sister* nos decía desde dentro: «Podéis entrar». Pero no, no podíamos. No nos atrevíamos a entrar y a contemplar de cerca aquella miseria y tanta enfermedad. Estábamos en estado de *shock*, paralizados, a dos metros de la puerta. Jamás había visto nada parecido, tantos enfermos, en esas horribles condiciones. En los hospitales de España se puede compartir habitación con dos o con tres enfermos, pero cada uno tiene su cama, su gotero, su mesa para comer, todo está limpio, no huele así. Parecía un sueño, una pesadilla. Y desde esos dos metros de distancia, la *sister* nos fue enseñando todas las habitaciones. Media hora después, al terminar la visita, alguien dijo: «Por favor, vamos a tomar un café». A partir de ese momento, cuando alguien decía «vamos a tomar un café» era la señal de que necesitaba parar, salir, respirar, tomar aire fresco, desconectar unos minutos para volver después. A media mañana nos despedimos de la *sister* prometiéndole volver al día siguiente. Después de ver nuestra reacción, supongo que pensó que jamás volveríamos.

Nadie decía nada. Habíamos enmudecido. En mi cabeza se repetían las imágenes de lo que acababa de presenciar, y no podía dejar de pensar en que el viaje acababa de empezar, que aún me quedaban veinticinco días por delante y que realmente dudaba de mi capacidad para sobreponerme.

Al día siguiente, desayunando en el hotel, el silencio era ensordecedor. Seguíamos siendo veintiséis voluntarios, pero ninguno era capaz de hablar. Al llegar al hospital de las *sisters*, nos dieron unas batas blancas y nos organizaron en grupos. Parecía que hacíamos algo, pero en realidad no hacíamos nada. Seguíamos en estado de *shock*, sin atrevernos a estar con los enfermos, sin saber cómo actuar y con la sensación de fracaso, de derrota, de no poder afrontar la situación, de tener un montón de días por delante, de haber invertido nuestro tiempo y nuestro dinero para nada y, además, cada día se hacía eterno.

Al tercer día, las *sisters* nos preguntaron qué queríamos hacer; ninguno contestamos, así que nos dieron la posibilidad de cortar el pelo o las uñas a los pacientes. Repartieron los cortaúñas y muchos voluntarios se pasaron el día cortando uñas. No hacía falta ser licenciado en Derecho. Pero a mí me dijeron que si quería cortar el pelo, y dije que vale, que por qué no, que a quién había que cortarle el pelo. Me dieron una máquina eléctrica antigua, pero que todavía se sigue vendiendo como nueva en Etiopía, y avisaron a los enfermos de que había un voluntario cortando el pelo. Yo nunca lo había hecho. «¿Esto se mueve a favor del pelo o al revés? ¿Cómo se lo corto?» La *sister* me dijo que por motivos de higiene, de piojos, de compartir dos personas la misma cama, era mejor cortárselo muy corto, al cero. Empiezo a manejar la máquina... y después de muchos atascos y sufrimiento, mi primer cliente se va con el pelo cortado al cero. Sin saber cómo, todos los enfermos se enteraron de que alguien estaba cortando el pelo, por lo que mi fila se iba haciendo cada vez más y más larga. Al mismo tiempo, yo seguía rapando cabezas sin inmutarme; ya le había pillado el tranquillo.

—¡El siguienteeee!

Cuando levanté la cabeza tuve que tragar saliva y respirar hondo. ¡Glup! Un tipo con una melena afro impresionante, llena de rizos y de caracolillos, esperaba probar la maquinilla.

«Y ¿esto cómo se corta?», pensé, intentando que mi próxima víctima no pudiera leer mis pensamientos.

Como si fuera un profesional del corte de pelo empecé a rapárselo; la máquina no daba abasto, se atascaba una y otra vez. Con gran esfuerzo conseguí terminar la mitad del trabajo: mitad calvo por delante y mitad melena a lo afro por detrás. Y en ese momento, después de tres días de tensión, de angustia, de dormir en sábanas sucias y rotas, de apenas comer por miedo a caer enfermo, de no descansar, de ver cucarachas por todas partes, de no poder respirar por el olor a podredumbre; en ese momento —digo—, al ver a aquel hombre con la mitad de la cabeza rapada y la otra mitad totalmente afro, me entró un ataque de risa imparable, las carcajadas fluían desde mi garganta y, contagiados, detrás de mí, todos los pacientes rompieron también a reír. ¡Fue un momento tan cómico! Todo el mundo riéndose y ellos gritándome: «¡Baca, baca, baca!», que en amárico, el idioma de los etíopes, quiere decir «¡basta, basta, basta!». Querían que lo dejara así, mitad y mitad. Y el pobre hombre me miraba con los ojos muy abiertos como diciéndome: «No puedes dejarme así», y todo el mundo reía a carcajadas. Ese fue el

instante en el que logré cambiar el chip. Me relajé, solté toda la tensión acumulada durante tres días y por fin encaré la situación. Se acabó el miedo: «He invertido mi tiempo, mis vacaciones, mi dinero y me quedan por delante veintitantos días para cumplir con el compromiso que me ha traído hasta aquí, que es ayudar a esta gente». Seguí cortando el pelo de todos aquellos hombres, algunos tan consumidos por la enfermedad que parecían cadáveres andantes, uno detrás de otro, sin parar, mientras me repetía que era capaz de hacerlo. La máquina no volvió a protestar.

A todos nos llegó el momento de cambiar el chip, más pronto o más tarde, y establecimos una rutina: llegar al hospital, trabajar toda la mañana, salir a comer algo y a ver un poco la ciudad, y después volvíamos por la tarde un par de horas más. Empecé a perder el miedo a comer lo que preparaban en la calle, ignorando los cientos de consejos que había recibido en Madrid acerca no comer nada que no estuviera envasado.

El cuarto día se me ocurrió escribir mi nombre en amárico en un esparadrapo y pegarlo sobre la bata blanca: «PACO». Ni Francisco ni nada. Solo «PACO», lo más sencillo posible. Por suerte para mí, los pacientes se acordaban muy rápido de mi nombre. Les resultaba muy familiar, porque *baco*, en amárico, significa «paquete postal», así que muchos de ellos me llamaban Baco. Incluso ahora, muchos etíopes siguen llamándome Baco; eso sí, en la región de Afar, donde trabajo, significa «león», que quieras o no es mucho más atractivo. Nos dimos cuenta de que el nombre ayudaba mucho en nuestra relación con los pacientes y al final todos se pusieron el esparadrapo con su nombre en amárico para que los pacientes que supieran leer pudieran llamarnos por nuestros nombres.

Curar a los niños era lo más duro, aunque también lo más agradecido. Jugar con ellos, hacerles una broma o una caricia o unas cosquillas y escuchar sus risas te compensa todo lo demás. Luego te buscan para jugar, se aprenden tu nombre y te llaman para compartir travesuras. En el otro lado de la calle había un orfanato donde las *sisters* acogían a niños abandonados, sanos o con problemas de malformaciones, retrasos mentales fuertes o deficiencias, niños que no podían girar el cuello o que llevaban un corsé porque sufrían problemas graves de espalda. Algunos días vi llegar al orfanato a agentes de la policía; llevaban en sus brazos a bebés recién nacidos que habían encontrado tirados en el cubo de la basura. Las *sisters* los recogían en su orfanato, siguiendo la máxima de «ocuparse de los más pobres de entre los pobres».

Mis siguientes días en Addis Abeba fueron muy fructíferos. Normalmente, yo soy alérgico a los hospitales; en España, el mero olor consigue que empiece a marearme y, además, cuando dono sangre, hay muchas posibilidades de que me desmaye. Pero en Addis logré superarlo, o casi. Allí conocimos a Abebe, el enfermero de las *sisters*. Es el típico etíope de constitución delgada, y no tiene ningún detalle característico diferente salvo el de su sonrisa. Abebe nunca deja de sonreír, y cuando lo hace, enseña sus blancos dientes. Siempre te saluda muy cariñosamente y siempre está dispuesto a ayudarte. Es, además, un buen profesional, concienzudo y trabajador. Cuando era pequeño y se quedó sin familia, las *sisters* lo acogieron en su orfanato y con su ayuda pudo estudiar enfermería. Él valora este apoyo y ahora está contento de poder trabajar y devolver todo lo que las *sisters* hicieron por él.

Tuvimos la suerte de conocerlo y fue él quien nos enseñó a hacer las curas: cambiar los vendajes, limpiar las heridas con Betadine y poner gasas nuevas. Nos distribuyeron por parejas. A mí me tocó con Teresa, una chica de Madrid inseparable de Cristina y que siempre estaba dispuesta a todo y que se sobreponía a las situaciones más complejas. A Jordi le tocó con Cristina, que, al igual que a Teresa, tampoco se le ponía nada por delante. Esto, unido a que era rubia y de ojos claros, hacía que todos los etíopes, tanto los enfermos como los trabajadores, preguntaran por ella en todo momento. Vimos a Abebe trabajar y aprendimos a distinguir si había que apretar una herida para que saliera pus o si simplemente debíamos renovar el vendaje. Fue como un mini *training* de un día, un curso intensivo. Y a la mañana siguiente, al llegar al hospital, había que poner en práctica una rutina: iba a la enfermería, me daban un carrito con mi material –Betadine, agua oxigenada, gasas, esparadrapo y tijeras, básicamente– y a trabajar. Nos distribuían por habitaciones, aunque a veces había tantos enfermos en una habitación –entre cien y ciento cincuenta– que nos hacían empezar a cada pareja por una esquina hasta que nos encontrábamos en el centro.

Nadie tenía experiencia. Al empezar, manteníamos la mascarilla; todo olía muy mal: las heridas abiertas, la ropa, los enfermos a los que ese día no les había tocado lavarse por falta de personal... Pero a los diez minutos, había que quitarse la mascarilla porque te impedía respirar. Y el pobre enfermo aguantaba nuestra inexperiencia sin rechistar. A veces llegaba una enfermera y nos decía: «Esta herida tenéis que apretarla más para drenarla hasta que salga todo el pus; estáis curando solo la superficie». Y ¡yo que la había limpiado con tanto cuidado!

Días después me sentía mucho más seguro. Ya no volví a cortar el pelo ni las uñas. Me apuntaba a realizar las curas con Teresa, y Jordi con Cristina. El contacto con los enfermos era cada día más personal; ya nos conocían y nos sonreían agradecidos al vernos llegar. Era muy gratificante ver que lo que hacía aliviaba el sufrimiento de aquellas personas y servía para algo más que para calmar mi propia inquietud existencial. Esas sonrisas no tienen precio. Son el mejor salario del mundo. Pero los enfermos que estaban allí eran terminales, personas abandonadas en la calle, rechazadas, enfermas, sin recursos. Esos eran los pacientes que acogían las *sisters*. Así que el contacto con la muerte era cotidiano. Cada día morían allí tres o cuatro personas, por mucho que nosotros les hubiéramos curado las heridas con mejor o peor tino. Pero allí nadie se moría por una herida. Eran personas muy débiles, en situaciones extremas, con varias enfermedades a la vez –sida, tuberculosis, infecciones en la piel– y sin defensas. En Etiopía nadie da importancia a una pequeña herida, que empieza siendo insignificante y se convierte en una úlcera enorme porque nadie se ha molestado en curarla en los primeros días. Los pacientes se sentían tan agradecidos porque sabían que iban a morir y parecía un milagro que alguien los cuidara, los atendiera y les limpiara el cuerpo y las heridas en sus últimos días. Seguramente nunca nadie les había acariciado la cabeza y ahora que estaban a punto de morir, podían sentir la ternura de una caricia y los cuidados de las *sisters*, de los enfermeros y, de alguna forma, también de nosotros, los voluntarios.

Yo nunca había visto morir a nadie. Aquel día estábamos varios voluntarios en la misma habitación haciendo curas y una *sister* comentó que uno de los enfermos se estaba muriendo y que podíamos rezar una oración por él. Me acerqué a verlo y pude apreciar cómo le costaba respirar. Nos reunimos en torno a su cama siete u ocho voluntarios, entre ellos Ángeles, que siempre mostraba la suficiente tranquilidad para afrontar este tipo de situaciones, y rezamos con la *sister* una oración para que muriera en paz. Había otra voluntaria, Begoña, que tocaba la guitarra; tenía la energía en su cuerpo y nunca se cansaba; tenía la habilidad de poder cansar a los niños, siempre andaba de un lado a otro sin parar, pero en ese momento cantó algo muy suave y bonito, y el hombre cerró los ojos y murió tranquilo. Su cara transmitía paz. Nos quedamos todos muy impactados. Yo nunca había visto morir a nadie; creo que los demás tampoco. No sabíamos su edad, si tenía familia, si tenía amigos. Seguramente no habría cumplido los cuarenta años. Fue un momento muy especial. Cuando llegó el médico y certificó la defunción, lo cubrieron con una sábana blanca y lo dejaron en el suelo, en el pasillo que quedaba entre cama y

cama, para que otro enfermo pudiera ocupar la media plaza que había quedado vacía. Así de cruda era aquella realidad. Esa noche estuvimos todos muy callados.

Cada día salíamos del hospital más tarde. Había muchos enfermos, así que la hora de salida se prolongaba hasta las seis, cuando se hacía de noche. Entonces había que irse porque las *sisters* soltaban a los perros en el patio por cuestiones de seguridad. Pero salir no era tan fácil. El porche se llenaba de enfermos que no podían ser atendidos dentro del hospital por falta de camas y pasaban el día fuera, en el patio, en los bancos, entre las casetas, recibiendo algunos cuidados. Cuando oscurecía, se tendían en el porche y se arrebujaban con unas mantas pegaditos unos a otros para darse calor. Fuera diluviaba. Eran decenas de personas; todas las cabezas en el mismo lado, los pies en el contrario, y no había un milímetro sobre el que pudiéramos pisar sin despertarlos.

Había otro tercer nivel de enfermos, que no eran tan pobres ni estaban desahuciados, pero que necesitaban cuidados médicos. Para ellos se abría una puerta los martes y los sábados. Poníamos todos los bancos en el patio formando una u y en el centro colocábamos los carritos con el material de curas y demás enseres. Los enfermos se sentaban y los íbamos atendiendo, siempre de dos en dos. Normalmente se trataba de hacer curas y de cambiar los vendajes, pero también había muchos enfermos con elefantiasis. No sé si habéis visto los efectos de esta enfermedad provocada por un gusano que se introduce en el sistema linfático hasta obstruirlo. Yo jamás pensé que algo así pudiera existir. La acumulación de líquidos hace que las piernas se deformen y se hinchen, como las patas de un elefante, hasta tal punto que parece que van a estallar; la piel se agrieta, se arruga, y es muy doloroso. Además, su monstruoso aspecto provoca el rechazo inmediato. Es terrible. Allí intentábamos calmarles el dolor. Confieso que al principio, siempre procuraba curar al enfermo que tuviera mejor aspecto, pero a medida que fui tomando confianza, buscaba enfermos más graves para que el médico me enseñara cómo tratarlos. Aprender a curar se convirtió en un reto. Cuando una persona necesitaba algo más que un cambio de vendajes, venía un médico y nos enseñaba cómo había que hacerlo, y observaba cómo lo hacías; si lo hacías bien, delegaba en ti y te decía: «Mañana lo harás tú».

Uno de esos días en los que hacíamos las curas en el patio a la gente de la calle, vi que entraba un hombre con algo extraño en la pierna. A medida que se acercaba pude distinguir que se trataba de un imperdible. Sí, un imperdible clavado en la rodilla. Se sentó en los bancos a esperar a que lo curáramos. Todos íbamos eligiendo pacientes, de

un lado o de otro, cerca y lejos del imperdible, hasta que ya solo quedó uno, y como fuimos los primeros en terminar, nos atrevimos con él. Tenía muchas heridas y le curamos todo lo que pudimos, pero nunca averiguamos por qué le habían clavado un imperdible en la rodilla ni qué función tenía.

Con los pacientes de los martes y de los sábados se establecía la misma relación que con los pacientes que estaban en el hospital. Como ya te conocían, esperaban a que fueras tú el que les realizaras la cura; te sonreían, te lo agradecían mucho. En algún momento debí de cumplir los veintinueve años.

Pero, cuando ya me había instalado en mi rutina, después de diez días, las *sisters* nos dieron la opción de ir a otra de las doce casas de acogida que tienen en Etiopía, siempre en las zonas más deprimidas, en las que también allí necesitaban voluntarios; así que nos dividimos en varios grupos. Yo fui a Dire Dawa, una ciudad a cuatrocientos cuarenta y cinco kilómetros de Addis en dirección a Djibouti, muy calurosa y más desértica, algo más parecido a lo que yo tenía en mente cuando me imaginaba Etiopía: casas bajitas, de una sola planta, y, sobre todo, calor y mucho sol. Eso era lo mejor. Por el camino vimos camellos. Mis primeros camellos. Lo peor fue el virus que me atacó el estómago y que me tuvo varios días en cama, vomitando y con diarrea. Pero allí todo era más tranquilo y más fácil, porque había sol y las heridas se curan mejor al sol y se limpian antes. Me decía un español que estaba por allí y que es médico: «Mira, cuando no sepas qué hacer, tú ventila, ventila, que entre el sol, que el sol todo lo limpia». Y es cierto. El clima seco, el sol y el aire ayudaban a curar todas las heridas. Y era verdad. Allí estuve ocho días.

En Dire Dawa, la casa de las *sisters* no albergaba un hospital como en Addis Abeba, sino que tenía una parte para atender a mujeres, niños enfermos o con problemas de malnutrición y otra era un psiquiátrico con seiscientos enfermos mentales que pasaban la mayor parte del día dando vueltas por el patio o tumbados bajo los árboles. Adiós a las curas. Nuestra misión allí era cortar las uñas a los enfermos mentales por la mañana y jugar con los críos que también vivían allí por las tardes. También había niños que sufrían graves quemaduras, enfermedades como la hidrocefalia, malformaciones, retraso mental y otras muchas de cuyos nombres jamás había oído hablar. En todas las casas de las *sisters* llama la atención ver a los niños uniformados con la misma tela de flores y colores divertidos; unas veces se emplea en un pantalón largo, otras veces corto, camiseta, camisa con manga larga o corta, pero siempre con la misma tela que forma parte de un rollo que han comprado o que alguien les ha regalado. Tienen una máquina

de coser, y, ¡hala!, a coser ropa, cortinas, o lo que haga falta. Lo mismo ocurre con las mujeres; muchas llegan sin nada a las casas de las *sisters* y allí les entregan ropa, de un mismo rollo de tela, por lo que verlas a todas juntas es muy llamativo. Y alegre. A nosotros nos dieron unas batas de rayas de colores, todas iguales, para distinguirnos de los enfermos mentales y localizarnos rápidamente, aunque para jugar al fútbol con los niños eran muy incómodas. Al igual que en Addis, en Dire Dawa nos dividimos en dos grupos: unos dormían en la casa de voluntarios de las *sisters* y otros, por falta de espacio, nos fuimos a un hotel cercano.

El contacto con los otros voluntarios era muy intenso. Uno de ellos era un vasco enorme al que todos llamábamos Manolón. Le encantaba navegar y tenía unos gemelos espectaculares; los niños intentaban agarrarlo por los gemelos, pero sus manitas no podían abarcarlos y se colgaban de él, lo veían como a un gigante y él los cogía con una sola mano. Es un tipo genial, simpático, divertido, buena gente, que de vez en cuando soltaba unas frases divertidas que ayudaban a sobrellevar la situación. Otro voluntario era Parrita; un gran amigo, que, siendo de lo más trasto, acabó ordenado sacerdote. Pero no es el típico cura teórico, es un sacerdote inteligente y muy comprometido con los demás, especialmente con los pobres, con los desarraigados, con los desfavorecidos, y tiene un corazón enorme. Y así uno tras otro, cada uno tenía su propia historia.

Otra de nuestras misiones en Dire Dawa consistía en distribuir la comida de nutrición. Antes del reparto se realiza un trabajo previo en el que las *sisters* supervisan las condiciones de vida de cada familia para garantizar que la comida llega realmente a los que más la necesitan. Me impresionó la primera vez que lo vi y también todas las siguientes. Acude gente que no tiene nada y que sabe que allí va a encontrar comida de nutrición cada quince días. Cientos de personas forman colas interminables en el exterior, detrás de una pequeñísima puerta azul; atravesarla es la diferencia entre comer o no comer. Así de sencillo. Guardan cola de pie o sentados, con sus bebés, con sus hijos, con sus velos y sus ropas de colores, avejentados por la pobreza y por el hambre, esperando una ración de alimento que les prolongue la vida. Es impresionante. Y cuando consiguen atravesar la pequeña puerta azul y entrar en el recinto de las *sisters*, vuelven a guardar cola hasta llegar a una especie de piscina donde los trabajadores, junto con los voluntarios, hemos volcado los sacos con la comida de nutrición para facilitar así su distribución. Y allí se reparten, una por una, todas las raciones, con la ayuda de unos botes metálicos vacíos que hacen de medida: grano, harina, a veces azúcar y, con suerte,

hasta un poco de aceite, en cantidad suficiente para ayudar en la alimentación familiar. A unos les corresponden dos medidas, a otros tres, cuatro, siempre en función del número de niños y niñas. Todo está perfectamente organizado y todos saben que tendrán su ración de comida para varios días. Para los trabajadores y voluntarios es un trabajo físico agotador: trasladar los sacos desde el inmenso almacén hasta la zona de reparto, construir con ellos los muros de contención donde se va a volcar el grano, extender los plásticos para no perder ni un solo grano, abrir los sacos, volcarlos y, por último, repartir las raciones. Acabas literalmente molido, blanco por la harina, de la cabeza a los pies, pero también es muy gratificante.

Esta forma de reparto es más sacrificada y supone mucho más trabajo, pero consigue grandes beneficios, ya que cada familia acude con un saco y una botella de plástico para recoger la comida, y realmente esta comida sí que se queda en el plato. En otras ocasiones, el reparto que realizan otras instituciones consiste en la entrega de sacos de grano completos o latas de aceite completas; el reparto es más rápido y más fácil, pero tristemente una gran parte acaba siendo vendida el siguiente día de mercado.

Después de una semana, regresamos a Addis. Y entre cura y cura se fue agotando el tiempo y llegó el final de nuestro voluntariado. Todos volamos en el mismo avión. Hicimos una escala en Londres y nos resultó muy violento el *dutty free*, las luces, los mensajes tan agresivos de «¡compra, compra, compra!». Durante aquel mes nos habíamos dado cuenta de que no necesitábamos nada de lo que creíamos imprescindible para vivir. Nuestras maletas habían llegado a Etiopía con cientos de cosas que allí ni siquiera habíamos usado. Y ahora volvían vacías; muchos dejamos allí también las maletas y volvimos con las manos en los bolsillos. Habíamos pasado un mes sin necesitar nada.

Cuando llegamos a Barajas tuve una sensación que me recordó mucho a la tercera parte de la película de Peter Jackson *El Señor de los Anillos*, cuando Bilbo tiene que despedirse de Frodo y de los otros *hobbits* –Sam, Pippin y Merry–, de Aragorn, el montaraz, y de todos los demás compañeros con los que ha vivido tantos peligros y aventuras, y el momento de decir «adiós» se alarga y se alarga. A nosotros nos pasaba algo parecido; habíamos vivido unas experiencias imborrables que iban a marcarnos para siempre, habíamos cambiado. Queríamos retener el tiempo, detenerlo, congelarlo delante de esas puertas de cristal ahumado que se abren y se cierran sin dejar ver a las personas que te están esperando al otro lado. Después de todo lo que hemos pasado juntos, ¿cómo

podemos separarnos ahora sin más? Y esperamos a que todos recogieran sus bártulos, estirando el final del viaje minuto tras minuto, agarrados a esa experiencia increíble que habíamos vivido. Hasta que al final, alguien dijo: «Bueno, habrá que irse, ¿no?». Pues sí, había que irse. Salimos todos de la terminal sin prisa y nos despedimos. Después de ese día quedábamos muchas veces. Al principio nos veíamos todas las semanas, después, cada quince días, cada mes... Ahora muchos de ellos están casados, con niños, cada uno ha rehecho su vida, pero lo que vivimos aquel primer año en Etiopía se ha quedado para siempre con nosotros.

Así fue mi primer contacto con Etiopía, el país más pobre del mundo en aquel momento. Un impacto. Un choque mental y físico brutal. Un mes tan intenso que parecía que había transcurrido un año entero. Vi con mis ojos la realidad más cruda. La muerte, la enfermedad, el dolor, la miseria, la pobreza y el hambre. No era el mismo Paco que salió de Barajas un mes atrás. Y no solo porque había cumplido allí veintinueve años. La experiencia había sido muy enriquecedora, pero pensé que ya había hecho voluntariado para el resto de mis días y que no podría aguantarlo otra vez. Había perdido ocho kilos en ese viaje a Etiopía.

3. Flores, espadas y perros

—¿Qué hacemos este verano, Jordi? ¿Adónde nos vamos? —pregunté inocentemente sin valorar lo que se me venía encima.

—Me gustaría volver a Etiopía, visitar de nuevo a las *sisters*.

Había sido un año de trabajo agotador. Necesitaba unas vacaciones de verdad. Pero sabía que terminaría cediendo, que volvería a gastarme el dineral que costaba en aquella época un billete de avión con destino a Addis Abeba y que no iba, precisamente, a descansar.

—De acuerdo, pero siempre y cuando no estemos todo el tiempo en Addis, porque es demasiado duro. —Intenté, al menos, poner mis condiciones—. Ya sé que al final te acostumbras, pero pensar en un mes en Addis Abeba en casa de las *sisters* y lloviendo es demasiado. —Seguramente, a esas alturas de la conversación, Jordi ni siquiera me estaría escuchando.

Llamamos a los demás, a los veintiséis voluntarios del año anterior, pero esta vez nadie más quiso apuntarse. Había sido demasiado duro. Llegar solos a Addis Abeba nos ayudó a conocer al resto de los voluntarios de otros países, que compartían nuestras mismas inquietudes, e hicimos buenos amigos, como Rayan, un libanés de tan solo dieciocho años, muy inteligente y que ya tenía muchísima más experiencia que nosotros en el voluntariado, siempre dispuesto a echar una mano; o Magdalena, una chica austriaca de nuestra edad que hablaba muy bien español y que había recorrido medio mundo hasta llegar a Etiopía. Y también Andrea, un simpático italiano, cinco años menor que nosotros y con un *piercing* en la lengua al que los niños no podían parar de mirar. Era un artista de la globoflexia; hacía figuras con globos de colores: espadas para luchar, gorros y coronas, perros salchicha, paraguas, flores, el correccaminos... Era increíble; los niños se quedaban con la boca abierta y los hacía reír a pesar de sus enfermedades. Era maravilloso verlo «trabajar» y nos enseñó esa magia que conquistaba las sonrisas de los niños. Aprender a crear figuras con globos ha sido un gran regalo con

el que hemos conseguido hacer reír a muchos niños que estaban sufriendo enfermedades penosas; hacerlos reír solo con un globo parece un milagro.

En este viaje decidimos alojarnos en la casa de voluntarios de las *sisters* en Sidist Kilo. El trabajo era el mismo del año anterior –curar enfermos–, pero nosotros jugábamos con ventaja, y al segundo día ya estábamos enseñando a los demás cómo hacer las curas. Cada día es tan intenso, haces tantas curas, cambias tal cantidad de vendajes, ves tantas cosas, que para alguien que acaba de llegar es muy difícil de asimilar; yo los miraba a los ojos y veía que alguno de ellos seguía en *shock*. Cuando llegas al hospital, las *sisters* te enseñan la casa y te dicen: «Esta es nuestra casa; si quieres colaborar, bienvenido; si no, no pasa nada». Algunos se quedan y otros ya no vuelven.

Nos quedamos en Addis una semana o diez días, y después viajamos a otra casa de las *sisters*, esta vez en Alamata, al norte del país, en la región de Tigray. Es una zona montañosa, más verde, más ventilada, y nuestra misión en la casa de Alamata era hacer las curas por la mañana y por la tarde. Como vivíamos en el *compound* –llaman así al recinto donde se encuentran las instalaciones de las *sisters*–, jugábamos al fútbol con los niños, los entreteníamos con los globos o dábamos un paseo.

Pero como la experiencia es un grado, esta vez no dejamos en Addis Abeba las medicinas que habíamos traído de España en la maleta, sino que nos las llevamos a Alamata. Nos habíamos dado cuenta de que todos los voluntarios dejaban las medicinas en Addis, y cuando se acababa el Betadine, Abebe te proporcionaba otra crema que conseguía los mismos resultados. Pero en Dire Dawa y en Alamata, como en el resto de las casas de las *sisters*, el *stock* de medicinas es más pequeño y es necesario ir todos los días a la farmacia. Para las *sisters*, que llegáramos con un cargamento de medicinas era un gran regalo, ya que un paracetamol español no tiene nada que ver con las medicinas que venden en Etiopía, que son casi todas chinas o indias y no tienen la misma calidad; muchas veces, el Gobierno retira partidas enteras porque han salido defectuosas. Y las tira a la basura. Ahora que estoy en el sector sanitario me doy cuenta de que no ocurre una vez cada mucho tiempo, sino que son muchas las partidas defectuosas.

En Alamata pude ver a muchos niños con quemaduras terribles. Ocurre con frecuencia en las zonas más rurales. Las madres cocinan en una hoguera pequeña y los críos, jugando, se caen a veces encima de ella. Son quemaduras de más de la mitad del cuerpo, de todo el costado. Las curas son muy dolorosas, aunque tengas mucho cuidado al retirar

el vendaje y las gasas, limpiar las quemaduras bien, cubrirlas con cremas especiales, con pomadas y volver a taparlas. Hacíamos las curas de dos en dos, con Andrea, con Jordi y con Magdalena. Los niños lo pasaban fatal, era una tortura. Pero al acabar, te sonreían agradecidos. Esa sonrisa era nuestro tesoro. Y cuando se curaban y volvían a correr y a jugar... ¡eso no tiene precio!

También había muchos niños con malformaciones como consecuencia de la polio o de la malaria cerebral. Niños con tuberculosis que dormían aparte, todos juntos, para no contagiar a los demás. Niños desnutridos, que eran tan pequeños que les ponían el suero en la nariz. Jugábamos con todos ellos y los hacíamos reír. Eso era muy importante para mí: lograr que rieran, jugar con ellos, hacerles gracias y enseñarles juegos para que estuvieran contentos. Gracias a Andrea podíamos hacer perros salchicha con los globos. Lo que aquí es un simple globo con el que cualquier niño juega con cierta rutina, allí es un auténtico juguete. Conseguimos hacer los perros en tan solo cinco segundos. Todos los niños se ponían en fila formando una larga cola, porque nunca habían visto un perro hecho con un globo. Y se iban felices con su perro, con su paraguas, con una flor o con una espada. Los niños siempre estaban entretenidos con paseos, juegos e incluso con representaciones de teatro, que son muy apreciadas en Etiopía. Las *sisters* hacen un trabajo increíble con ellos, y a pesar de sus desgracias, están contentos. Todos quieren salir en las fotos y luego verse en ellas. Les encanta. Y aunque son pobres, lo comparten todo. Recuerdo a dos niñas que eran dos trastos y siempre estaban queriendo jugar con nosotros; se llaman Mimi y Mulu. Eran dos niñas muy graciosas de unos diez años de edad, que no podían estar la una sin la otra. No paraban de acercarse a cogernos una mano y a pedirnos de vez en cuando un globo. Me acuerdo mucho de Mimi y de Mulu, y me pregunto qué habrá sido de ellas. Y de tantos otros niños que me regalaron sus sonrisas y dieron sentido a mi vida.

También recuerdo a otro paciente, un chico joven que tenía llagas llenas de gusanos blancos pequeñitos. Lo destapé.

—¡Dios... está lleno de gusanos! ¿Por dónde empiezo? —pregunté al enfermero—. Y ¿esto? ¿Qué hago con los gusanos?

—No los toques ni los quites porque los gusanos se comen toda la porquería. Limpia las llagas como puedas y vuelves a taparlas.

Miré a Jordi, él me miró, asentimos con el gesto y cuando salió el etíope por la puerta decidimos quitarle los gusanos y limpiarlo entero siempre que estuviera a nuestro cargo.

Impresionaban mucho los gusanos moviéndose por las llagas; jamás había visto que una herida infectada pudiera llegar hasta tal extremo. Después había que vendarlo completamente y envolverlo en una sábana blanca para que las llagas no se infectaran más. Durante días las limpié a fondo, quité todos los gusanos, unas veces con Jordi y otras con Andrea, y después de un tiempo ya solo quedaban uno o dos gusanos, hasta que desaparecieron por completo. Continuamos con las curas hasta que el hombre se recuperó totalmente. Fue una gran satisfacción personal.

Regresamos a Sidist Kilo para pasar la última semana y nos alojamos de nuevo en la casa de los voluntarios; los chicos duermen en una casita y las chicas en otra. Hay una mesa grande para comer y una cocina, y se comparte todo. Los voluntarios compramos la comida, pero el desayuno lo aportan las *sisters*. ¿Cómo? Muy sencillo: con las mermeladas, las mantequillas y los quesos que les donan las grandes compañías aéreas que, una vez las han servido en las bandejas de los clientes, aunque estos no las hayan tocado, ya no pueden volver a ofrecerlas y a nosotros nos saben a gloria. Así que, en las casas de las *sisters*, voluntarios, enfermos, enfermeros, las *sisters* y todos desayunamos mantequilla, mermelada y quesos de los aviones. Con esta valiosa información, ya no me preocupa que alguna tarrina se quede en la bandeja.

Como éramos quince voluntarios de diferentes nacionalidades, aquel año instauramos la costumbre de hacer cenas con los platos tradicionales del país de cada uno. Empezó Andrea, con una pasta exquisita. Después nos tocó a nosotros, y los deslumbramos con la tortilla de patatas. Pero también sacamos nuestro tesoro máspreciado: los sobres de jamón serrano envasado al vacío. Después de la mala experiencia de mi estómago con la *injera* del primer viaje, decidimos meter en la maleta jamón serrano envasado. Era nuestra salvación. Lo conservábamos como oro en paño y solo abríamos un sobre para celebrar algo o para consolarnos tras un día durísimo. Y nos pasábamos el mes pensando en si era demasiado pronto para abrir un sobre o si ya habría pasado tiempo suficiente. El día de mi cumpleaños abrimos un sobre, aunque tuvimos que acompañarlo de un vino local espantoso. Ya tenía treinta años.

Al terminar el trabajo en la casa de las *sisters*, solíamos salir un rato a conocer la ciudad. Etiopía puede presumir de tener el mercado al aire libre más grande de África, el Merkato, y está en Addis Abeba. Hay zonas cubiertas, otras descubiertas, venden *souvenirs*, comida, verduras, frutas, especias... de todo. Es muy entretenido pasear por

sus calles, aunque he de decir que en toda mi vida solo me han robado dos veces la cartera, y las dos fueron en el Merkato de Addis.

Otras veces teníamos que asistir a una invitación en la casa de algún enfermero, como hicimos con Teddy, a una celebración de cumpleaños o a una fiesta de graduación. En Etiopía, las familias modestas no pueden alquilar una casa entera para vivir; se alquilan las habitaciones y en cada una vive una familia. Durante el día van recolocando su humilde mobiliario y la habitación se transforma en cocina, cuarto de estar o dormitorio, según corresponda el horario. Recuerdo que una vez nos invitó a cenar la cocinera de la casa de las *sisters*. Éramos muchos en su pequeña habitación y a cada uno nos homenajeó con un huevo. Un huevo cuesta tres birs, que es una barbaridad. Tuvimos que comérmolos todos, con una enorme pena, conscientes del esfuerzo económico que había hecho la cocinera para agradecer nuestro voluntariado.

Las casas se adornan con flores y es costumbre regalar flores a los invitados. Sobre todo, rosas, así que todos nos fuimos de allí con una rosa en la mano. Etiopía es uno de los principales países productores de flores. No podíamos rechazarlas. Además, cada vez que acudíamos a una invitación, teníamos que comer y beber comida local tal como ellos la preparaban. La *injera*, normalmente, y para beber, agua disfrazada con polvos estilo Tang. Agua sin tratar, agua sin hervir, lo mejor para mi estómago. Pero no había más remedio. Jordi siempre decía mirándose la tripa: «Mañana, Dios dirá». Y si la *injera* lleva carne, tampoco puedes evitar recordar cómo eran allí entonces las carnicerías: la carne se cuelga de un gancho según llega en el camión, sin ningún tipo de refrigeración, sin medidas higiénicas ni sanitarias, y te cortan medio kilo o lo que pidas y te lo llevas en una bolsa. Para saber si una carnicería es buena o mala tienes que calcular cuánta carne venden y lo rápido que se va consumiendo, porque al final, sin refrigeración, se estropea. Pero eso ya es para nota.

Y así transcurrió mi segundo viaje a Etiopía. Ayudando y aprendiendo. Habíamos aprendido, así que no fue tan duro como el primero.

4. Amigos de Silva: el valor de un euro

–Oye, Paco, ¿volvemos a Etiopía? –me preguntó una mañana de julio Jordi.

–Jordi, hay más sitios, ¿sabes? –le contesté sin poder creerme que otra vez volveríamos a pasar las vacaciones en Etiopía.

Desde pequeños veraneábamos en Málaga, de donde es la familia de mi padre, y pasábamos el verano con mis primos y sus amigos, disfrutando de la feria, el pescadito frito y los baños en la playa. Tenía más vida y cosas mejores que hacer que invertir los veranos yendo a ayudar a los demás a Etiopía.

–Vámonos a algún sitio diferente, Jordi, a descansar, a una playa. Ha sido un año muy duro, estoy muy cansado...

–Venga, que van a venir dos amigas que son muy majas. Si quieres quedamos con ellas ya y así las conoces y ya verás cómo te animas.

–No lo sé, Jordi. Déjame pensarlo, me da mucha pereza. Necesito descansar.

Me convenció –o me dejé convencer un año más– y quedamos con Lucía y con Mariana. Eran dos amigas inseparables: donde iba una iba la otra. Las dos, cómo no, amigas de Jordi. Este les había planteado un viaje de voluntariado y a mí me había liado para que les explicara en qué consistía. Lucía y Mariana escucharon todas las cosas buenas y malas del viaje y finalmente decidieron venir. Para mí fue una suerte, ya que al final Lucía se convirtió, años más tarde, en mi mujer. En el último momento se apuntaron dos amigos del colegio: Javi y Sergio. Repetimos el plan: primero iríamos una semana a Addis Abeba, a Sidist Kilo, con las *sisters*, y después viajaríamos a otra de las casas que las *sisters* tienen repartidas por toda Etiopía, esta vez en la región de Oromía, en concreto a Jimma, la ciudad más poblada del suroeste del país. Era una zona muy verde, llena de cafetales, y en agosto nuevamente nos tocaría la época de lluvias.

Cuando llegamos a Sidist Kilo, las *sisters* ya nos conocían y nos pidieron que enseñáramos la casa a los demás voluntarios. Abebe nos recibió nuevamente muy ilusionado. Éramos muy muy pocos los que repetíamos, y esa era nuestra tercera visita, pero había pasado un año y necesitaba readaptarme a lo que estaba viendo, al olor, a las habitaciones y a la cantidad de enfermos. Recordaba que nosotros no conseguimos pasar a ninguna de las habitaciones el primer año, y lo mismo les ocurrió a los demás voluntarios; habían entrado en *shock*. Las chicas se alojaron en la casa de voluntarias que se acababa de construir y nosotros en la de los chicos; las instalaciones iban mejorando poco a poco.

Después de una semana trabajando en la capital nos fuimos a Jimma. Allí todo era más suave que en Addis; curas por la mañana y por las tardes jugábamos con los niños. Habíamos llevado un cargamento de globos y de caramelos, y regalábamos a los niños perros salchicha, flores, espadas... y también aquí los niños eran felices con esos juguetes que nunca antes habían visto.

Repetimos la táctica de no dejar las medicinas que traíamos desde Madrid en Addis, sino que las llevamos con nosotros en la maleta a Jimma y la reacción de las *sisters* fue la misma: felicidad sin límite.

Yo era entonces profesor; daba clases de Gestión y Creación de Empresa y tenía mi máster de Dirección de Recursos Humanos, además de ser abogado. En aquel momento me planteé que mejorando la administración y la logística, gestionando con una visión empresarial, se podrían obtener mejores resultados. Era una idea que no paraba de darme vueltas en la cabeza, así que empezamos a pensar y a plantearnos colaborar aplicando los criterios de una gestión empresarial eficaz para que, con el mismo dinero y los mismos recursos, pudiéramos beneficiar a más gente.

Volvimos a Madrid. Mi amigo Parrita –Jesús Parra–, que había viajado con nosotros como voluntario a Etiopía el primer verano, estaba a cargo de la parroquia de Santa Beatriz de Silva, en el madrileño barrio de La Fortuna, en Leganés; era una zona de integración social donde no había nada construido y donde Parrita trabajaba con niños y jóvenes, algunos de ellos en riesgo de exclusión. A Parrita todo el mundo lo quiere y allí no era una excepción. Se desvive por ayudar. Para mí es el mejor ejemplo de lo que debe ser un cura. Ayuda a todo el mundo, se lleva bien con todo el mundo, con la policía y con los marginados, y cuando hay problemas lo llaman para que actúe como mediador.

Siempre está involucrado ayudando a la gente que no tiene nada, que pasa hambre. Y nunca dice que no. Parrita es diferente.

–Mira, estos chavales se dedican a llamar a Telepizza y cuando llega el motorista, se baja de la moto y sube a entregar las *pizzas*, estos niños le desmontan la moto pieza a pieza. No le roban nada, pero le desmontan la moto entera y salen corriendo –me dice un día Parrita–. Y cuando vuelve el motorista, se encuentra la moto en trocitos. Deberíamos hacer algo para darles una oportunidad. Y ¿si montamos una ONG?

–No es mala idea. Podemos ayudar a mucha gente: destinar una parte a Etiopía y otra a causas que lo necesiten.

Y empecé a darle vueltas seriamente con otros amigos abogados. Era bastante fácil.

Y así nació nuestra ONG, Amigos de Silva, el 11 de septiembre de 2005. Fue una casualidad, pero en Etiopía se rigen por un calendario juliano. El día 11 de septiembre de nuestro calendario es para ellos el primer día del año nuevo. Así que ese 11 de septiembre de 2005 empezaba el nuevo año etíope al mismo tiempo que nacía nuestra ONG. Era necesario que fuéramos tres personas, así que los fundadores de nuestra ONG fuimos Jordi como vicepresidente, Juan, un amigo de mi hermano Pablo que en ese momento colaboraba con nosotros en el despacho como vocal, y yo como presidente.

Nuestro capital social era de tan solo un euro y nuestro primer objetivo sería ayudar a los chavales de Parrita. Quisimos ser desde el principio una ONG aconfesional y apolítica. Yo soy católico practicante, pero he visto que la religión y la política no influyen a la hora de ayudar a los demás; he trabajado con personas agnósticas, con ortodoxos, con musulmanes, judíos y budistas; gente con todo tipo de ideologías políticas ante los que hay que quitarse el sombrero por el trabajo que realizan. Y este es uno de nuestros pilares, junto con el de la gestión empresarial eficiente de los fondos que Amigos de Silva recibe.

Empezamos con la ayuda de nuestros amigos y conocidos, especialmente la de mi hermano Pablo, que es clave en la ONG. Es el hermano con el que de pequeño siempre te peleas, porque es el más cercano en edad. Cuando éramos pequeños mi padre nos decía que, aunque nos peleáramos, al final nos acabaríamos queriendo. Nosotros le contestábamos que eso era imposible, y la verdad es que tenía razón. Como somos de edades parecidas, siempre hemos tenido mucha relación y hemos compartido muchas cosas y seguimos haciéndolo, no solo como hermanos, sino como amigos. Gracias a la colaboración de Dani, otro amigo al que conocí cuando hice el máster, conseguimos que

también colaborara con nosotros la Fundación Telefónica, cediéndonos un número para recaudar dinero. «En qué líos te metes», me decía, pero la verdad es que no dudó un segundo en lo que nos proponíamos, y así surgió la Operación Ladrillo, que consistía en enviar mensajes a un número de teléfono; por cada mensaje recibido, la Fundación Telefónica destinaba un euro a la ONG. El plan era muy novedoso; fuimos de los primeros en utilizar este sistema de colaboración, hace ya casi diez años. Los fondos estarían destinados a ayudar a los niños, como había pedido Parrita.

—Me ha llamado una amiga que trabaja en el programa *Gente* de Televisión Española —me dijo Parrita unos días después—. Quiere hacernos una entrevista a los dos. ¿Qué te parece? ¿Te atreves?

—Vamos los dos, ¿no? ¡Pues adelante!

Siempre he sido muy tímido para mis cosas; cuando era pequeño me sentía incapaz de llamar al camarero en un bar o un restaurante para pedirle la cuenta, me daba mucha vergüenza, y mi padre me decía que lo hiciera para vencer mi timidez. Pero me he dado cuenta de que pedir dinero para los demás no me cuesta nada y no me da vergüenza, es más, le echo bastante morro. Mi padre fue director comercial, y yo debo tenerlo los genes, pero creo que solo funciona si estoy pidiendo dinero para los demás.

Al cabo de unos días me llamó Parrita para decirme que fuera a su parroquia, que venían los del programa *Gente* a hacernos la entrevista a los dos. Dos minutos de televisión; nosotros pensábamos que no lo vería nadie. ¿Quién ve la tele a esas horas de la tarde en horario laboral? Para nuestra sorpresa, lo vio muchísima gente: amigos, familiares y hasta compañeros de profesión, que se supone que a esas horas deberían estar trabajando. Todos me habían visto: «Te vi en *Gente*». En dos minutos de televisión, logramos quince mil mensajes, que se convirtieron en quince mil euros. Increíble.

Todavía hoy me pregunto cómo es posible que con un solo euro inicial hayamos podido hacer tantas cosas. Desde Amigos de Silva hemos conseguido poner en marcha un montón de ayudas reales gracias a una buena gestión empresarial, porque con un euro bien gestionado se puede hacer el doble. Siempre digo que yo valoro muchísimo todas las colaboraciones económicas, desde las grandes hasta las más pequeñas, y especialmente los cinco o diez euros que recibimos de muchas señoras mayores para ayudar a Etiopía; sé que no les sobran, que les ha costado esfuerzo conseguirlos, que están prescindiendo de algún capricho o de alguna necesidad. Por esto y por la responsabilidad de administrar correctamente todo este dinero, cada vez que pagamos

algo en Etiopía, miro antes cuánto cuesta en varios sitios, para encontrar el más barato sin rebajar la calidad, aunque haya que invertir más esfuerzo y un poco más de tiempo. Porque en Etiopía creen que los blancos somos todos ricos y que no nos importa derrochar. Están acostumbrados a eso, es lo que ven, pero a mí me importa cada céntimo que pago porque ese dinero con el que pago no es mío; yo solo soy el gestor y tengo que estirarlo al máximo, aunque eso me dé muchos quebraderos de cabeza y un desgaste físico y mental que a veces también me pasa factura. En Etiopía puedes comer por un euro y con cinco pagas el programa de nutrición de un niño y lo sacas adelante, o la medicación de un enfermo de sida. En definitiva, esos cinco euros bien gestionados sí que marcan la diferencia.

Con la ONG en marcha y terminada la Operación Ladrillo con Parrita, decidimos organizar una exposición fotográfica y una fiesta para recaudar fondos para los proyectos de Etiopía. Volvimos a contar con la ayuda de nuestros amigos y de nuestras familias, que veían cómo nos involucrábamos en este objetivo. Esta vez fueron mi hermana Mamen –la mayor, la organizadora, la que hacía de madre cuando éramos pequeños y mis padres no estaban– y mi cuñado Paco –la perfección y la cabeza ordenada– quienes nos ofrecieron el Gran Hotel Las Rozas, en Las Rozas (Madrid), y nos regalaron todo el *catering*. Con ayuda de mi hermano Pablo y otros amigos preparamos el evento. Expusimos las fotos de los tres viajes anteriores a Etiopía mientras, a pie de escenario, Jordi y yo las comentábamos. Recuerdo que salió un espontáneo y cantó un fado y, al terminar, otras dos chicas se lanzaron a cantar un par de canciones para animar el evento. Fue un éxito y recaudamos bastante dinero.

Llamamos a las *sisters* para saber qué necesitaban exactamente y compramos medicinas y ropa para sus casas. Así que de nuevo emprendimos el viaje, mi cuarto viaje a Etiopía, esta vez con más amigos y, además, no iríamos solo a ayudar, como habíamos hecho hasta entonces, sino que visitaríamos ubicaciones y los proyectos de cooperación de otros españoles que trabajaban en el país. Pensamos que era la mejor forma de aprender, que nos contaran cómo se hacen allí las cosas, qué se necesita, qué proyectos han puesto en marcha y dónde hay mayores carencias. Cuando llegamos a Addis Abeba, la Embajada española nos facilitó los contactos de los españoles que estaban trabajando en diferentes proyectos: orfanatos, escuelas, hospitales... Además, nos reservamos quince días de nuestro mes de «vacaciones» para ayudar a las *sisters*. Corría agosto de 2006.

El viaje fue una paliza. Alquilamos un coche y viajamos por todo el país en un todoterreno que a duras penas lograba sortear el catálogo de baches e inundaciones de las pistas etíopes. Era la época de lluvias y el agua no nos dio tregua. Yo creo que Etiopía son tres o cuatro países diferentes dentro del mismo territorio, y no solo por la lengua y por la geografía, sino porque físicamente la gente es muy diferente en cada territorio. Estuvimos en Asosa y en Gambela, dos regiones muy verdes situadas al oeste de Etiopía, haciendo frontera con Sudán; son zonas que mantienen conflictos abiertos entre las propias tribus, además de los campos de refugiados. Las *sisters* nos hicieron de guías e, incluso, consiguieron que nos dejaran entrar en la cárcel. En las cárceles de Etiopía apenas te dan de comer, es tu propia familia la que tiene que llevarte algo más de comida para que puedas sobrevivir; y si has robado dinero, tienes la obligación de reponerlo, pues la mera estancia en la cárcel no es allí suficiente para redimir la condena. Aquello fue muy impactante. Era otra Etiopía diferente a la que habíamos conocido. Además de Asosa y Gambela, estuvimos en Mekele, Wukro, Meki, Zway y Gambo visitando proyectos en los que los españoles habían construido orfanatos, o trabajaban en hospitales, en escuelas o en grandes ONG, y con lo que nos contaron todos fuimos tejiendo nuestras propias conclusiones.

A lo largo de todo aquel viaje por Etiopía siempre nos encontramos con niños alegres que nos recibían primero con timidez y después con entusiasmo; niños que corrían descalzos por los caminos embarrados y encharcados, sin adultos que los guiaran; niños que vestían ropas remendadas una y mil veces, de tallas enormes o diminutas, mangas larguísimas o encogidas, pantalones demasiado cortos, camisetas que dejaban los ombligos al descubierto. Niños que se cuidan entre ellos, niñas que cuidan a otras niñas más pequeñas y estas a otros niños más pequeños aún; niños que comparten una galleta con los demás, un caramelo, unos globos. Niños que son felices jugando con una rueda o con una tapa de pintura o simplemente con un palo. Niños a los que les encanta jugar al fútbol, como a todos los niños del mundo, pero para los que una pelota es un gran tesoro. Niños a los que el hambre no había despertado su egoísmo ni había conseguido borrar sus sonrisas.

Nos faltaba todavía un lugar por conocer. Las *sisters* acababan de abrir una nueva casa en Semera, una ciudad situada en el noreste de Etiopía, que usurpó a Asayita el título de capital de la región de Afar. Habíamos leído muy poco acerca de esa región, lo único que

sabíamos es que ahí se encuentra el lugar más caliente del planeta, así que nos mentalizamos para lo peor.

Hablamos con las *sisters* en Addis Abeba para ver si era posible ir como voluntarios a Semera. Nos dijeron que no tenían casa para los voluntarios, pero que, como ya nos conocían, podíamos ir, aunque tendríamos que buscarnos un sitio para dormir. Aquello no fue ningún problema.

Después de haber estado viajando por todo el país conociendo todos los proyectos, decidimos alquilar un coche que nos llevó a la región de Afar. Sabíamos que las *sisters* eran casi recién llegadas, y empezaban desde cero. No tenían nada y se habían instalado en la región más pobre de Etiopía; seguramente, la región más pobre del mundo en aquel momento. El Gobierno les había cedido una parcela y solo tenían una construcción donde alojaban a los enfermos. Ellas –eran cuatro *sisters*– vivían en dos contenedores de mercancías. Fuera, la temperatura rondaba entre los 40 y los 50 °C, y ellas vivían y dormían dentro de un contenedor metálico que alcanzaba una temperatura mucho mayor después de haberse recalentado bajo un sol de justicia durante todo el día. Nos dijeron que no tenían sitio para nosotros, cosa que ya sabíamos, pero nos indicaron dónde podríamos encontrar un hotel barato a solo diez kilómetros de Semera, en un pueblo llamado Logia. Barato quiere decir un euro la noche: mosquitos, calor y suciedad. Era barato hasta para los propios etíopes. Podías elegir entre dormir dentro o fuera, en un porche, donde hacía más fresco por la noche.

Junto a las *sisters* trabajaban dos misioneros yarumaleños: Bernardo y Alberto, el primero colombiano y el segundo costarricense. Bernardo era un sacerdote que había servido en el ejército colombiano en una unidad especial y conservaba la capacidad de soportar el calor y las condiciones climáticas más adversas. En muchas ocasiones cogía su bicicleta y recorría hasta ciento cincuenta kilómetros para conocer a los afar y ver en qué podía ayudarlos. En cambio, Alberto se conformaba con salir a correr un rato por la mañana para hacer algo de ejercicio y después dedicarse a resolver papeleo y a socializar con todo el mundo.

Estuvimos con todos ellos una semana; durante el día los ayudábamos y por la noche siempre regresábamos a nuestro hotel. Allí, en la casa de las *sisters*, no se trataba de hacer curas; el problema principal era la desnutrición, sobre todo infantil. Madres con bebés desnutridos que tienen que ingresar y llevan consigo al resto de sus hijos a los que no pueden abandonar; todos se quedan con las *sisters*, y nosotros nos ocupábamos de

ayudar en los repartos de comida y de entretener a los niños mientras las madres y sus bebés se reponían. Era impresionante ver cómo aquellas mujeres podían estar todo el día guardando cola al sol para conseguir dos litros de aceite y cinco kilos de harina. La misma rutina se repetía cada quince días. Y nosotros nos pasábamos el día cargando y descargando sacos, del almacén a la zona de reparto, una y otra vez. Era realmente duro ese trabajo físico bajo el sol asfixiante.

En esos días sentí en mi propia piel las duras condiciones de vida de los afar. Si alguien necesitaba realmente ayuda, eran ellos. Precisaban no solo atención médica urgente, sino también agua. Sin agua no puedes vivir, y sin hospital mueres. Ambas cosas están muy relacionadas. Disponer de agua potable reduce, además, muchas enfermedades. Son elementos claves. Decidí que si hacíamos un proyecto, por muy duras que fueran las condiciones de vida, debería ser allí, en la zona más pobre de Etiopía, en la región desértica de Afar.

Terminado el viaje, regresamos a España y en septiembre tomé la decisión de empezar a trabajar con la ONG en Afar, en la zona más pobre de Etiopía. Contratamos a una farmacéutica que conocimos en Addis y fue ella la que llevó la preparación del proyecto. Empezaríamos con un proyecto sanitario, porque era lo que conocíamos después de haber trabajado en las casas de las *sisters* y de haber recogido la información de los españoles que trabajaban en Etiopía. El objetivo del proyecto sería construir un centro de salud.

Nos pusimos en contacto con las *sisters* de Afar y con los misioneros yarumaleños para conocer sus planes de futuro. Nosotros no teníamos capacidad ni infraestructura para estar allí solos. Nos trasladaríamos a Afar solo si las *sisters* y ellos trabajaban allí; solos sería un proyecto imposible. Todos estábamos de acuerdo en ese punto. Y esperamos su respuesta.

En aquellos años, internet en Etiopía era como en España en sus orígenes: módem básico. Enchufabas el ordenador a la red y sonaba un pitido y había que esperar media hora o más para que se conectara a la red. Abrías el correo y te ibas otra media hora hasta que se descargaba... En España ya había ADSL; podías llamar y estar conectado de inmediato. Pero desde allí aún era muy complicado.

Todos estábamos muy ilusionados, y por fin recibimos su contestación. Y fue dramática. Nos contaron que unas semanas después de que nosotros nos fuéramos, durante la noche, un grupo de personas provistas de antorchas había incendiado el

recinto de las *sisters*, habían prendido fuego incluso a los contenedores. En uno dormían las cuatro *sisters*; el otro albergaba el oratorio, y el sagrario se había derretido durante el incendio.

«Están todos bien pero están dudando si irse de Semera –nos comunicaron–. Van a pensarlo y me han dicho que necesitan al menos dos días para tomar una decisión. Dicen que nos llamarán cuando la sepan. Es un asunto religioso y tienen que meditarlo muy bien para no poner en peligro sus vidas y las de los enfermos».

Fueron dos días muy largos. Mi cabeza no dejaba de darle vueltas al problema: «¿Qué va a pasar ahora? Hemos hecho el viaje, hemos decidido un lugar, un proyecto, hemos sacado el dinero para poder empezar, ya tenemos prácticamente diseñado el proyecto. El resto del país está lleno de ONG ayudando y allí no hay nadie, justo donde más se necesita, el lugar más pobre de Etiopía». Mi cabeza dio vueltas a estas cuestiones día y noche durante los dos días de espera. Al tercer día recibimos un correo electrónico. Era Bernardo, el misionero colombiano: «Después de mucho pensar y de valorar los pros y los contras, las *sisters* han decidido quedarse y nosotros también. ¿Qué vais a hacer vosotros?».

Esa era la respuesta que estaba esperando y no lo pensé dos veces.

–Si todos se quedan, nosotros también –dije sin dudarle. Así que les escribimos y les dijimos que iríamos para allá y que nos ayudaríamos entre todos y sacaríamos los proyectos adelante. ¡Nos vamos a Afar!

Queríamos construir un centro de salud para curar a todos aquellos enfermos que estaban en estado de abandono en Afar. Buscamos varios presupuestos para levantar el edificio y reunimos dinero para comprar medicinas por valor de cuarenta mil euros que enviamos para allá en un contenedor. Era la primera parte del proyecto.

5. Beber agua o aprender a leer

En la región de Afar vive la tribu de los afar. Su superficie es una vez y media Andalucía y su población ronda el millón seiscientos mil habitantes –en Andalucía son ocho millones y medio de personas, cinco veces más–. La densidad de población es muy baja. Su patria es el desierto de Danakil y el volcán Erta Ale, uno de los lugares más hostiles e inhóspitos del planeta, que está situado justo encima de una grieta en la corteza terrestre, por lo que se ha llegado a decir que es el infierno en la Tierra. Pero los afar viven allí desde hace miles de años y se han adaptado al calor infernal y a unas condiciones de vida extremadamente duras.

Hay cinco clanes principales que se dividen a su vez en familias. El clan principal y más grande de todos es el Awash, que toma su nombre del río más importante de la región –el río Awash–, y forman parte de él la gran mayoría de las personas que están en el Gobierno regional; se denomina así porque es el clan que vive en la zona más próxima a este río.

Los afar tienen un código de leyes no escritas que regula todas las relaciones externas e internas desde hace miles de años. Se rigen por el procedimiento tradicional llamado *meblo*, en el que está permitido el ojo por ojo. Como los animales son muy importantes para ellos, existen muchas regulaciones en este sentido.

En la familia afar, todo ocurre muy deprisa; no hay más remedio que espabilar desde que empiezan a dar los primeros pasos. Los matrimonios se pactan por intereses entre los padres, entre primos, por *absuma*, que significa «conseguir mayor relevancia dentro de la tribu», o para establecer una relación interesada con otro grupo familiar; es muy frecuente que se celebren bodas entre «mi hija de dos años con tu hijo de tres» o al revés. Es la familia de la niña la que aporta la dote, que consiste en un número indeterminado

de animales, porque cada nueva familia empieza de cero y es el marido el que tendrá luego que mantenerla.

Las niñas dejan de jugar para convertirse en madres a los quince años, a veces a los doce. Los niños varones cuidan y pastorean las crías del ganado desde los seis o siete años; muchas veces puedes ver en el desierto un rebaño de más de cuarenta cabritillos al cuidado de dos críos, o un rebaño de treinta camellos jóvenes conducido por un niño que no levanta un metro de la arena del desierto. Los mismos niños de ocho años cuidan de los de un año. Todos tienen una misión, un trabajo que exige responsabilidad desde que son muy pequeños.

Los hombres emplean su tiempo en el cuidado del ganado adulto: vacas, ovejas, cabras y camellos son la principal riqueza de la comunidad y son propiedad del clan. A veces acuden al mercado de la ciudad y venden un cabrito o una oveja para comprar arroz, azúcar o harina. Los animales lo son todo, especialmente los camellos, que son los más apreciados y los más valiosos. Les proporcionan su leche, una leche muy espesa con un sabor ahumado para su propio consumo y para vender; con ella pueden, además, preparar yogur o una especie de mantequilla que consumen habitualmente, con un sabor parecido a un queso ahumado canario que he probado alguna vez. La leche de camello está muy valorada y se paga a buen precio, pero los afar no la hierven, la consumen directamente, y por eso contraen tuberculosis con mucha frecuencia. Además, los camellos se utilizan para transportar todas sus pertenencias de un lado a otro; no los utilizan para trasladar a personas, solo para cargar los enseres, aunque a veces montan en ellos a los críos más pequeños cuando ya se han cansado de andar. Únicamente los utilizan para carne cuando ya son demasiado mayores o bien están próximos a morir; entonces los sacrifican y alimentan con ellos a todo el clan.

Los ancianos son muy respetados porque transmiten toda la sabiduría acumulada en la tribu y son los que toman las decisiones más importantes en la comunidad. Las mujeres se ocupan de los niños y de la casa y buscan leña para cocinar; no es fácil encontrar leña en este desierto donde solo crece una planta verde invasiva llena de pinchos denominada *woyane*; los excrementos de camello sirven también de ayuda para encender el fuego.

Pero, sin duda, la tarea más dificultosa de todas es la de conseguir agua, y de esa misión se ocupan las niñas. Niñas que no viven como niñas; niñas con una pesada responsabilidad. Una niña afar de ocho o diez años puede recorrer cada mañana hasta quince kilómetros para ir a un pozo, al río o al punto de agua más cercano. Van cargadas

con bidones vacíos de veinte litros y cuando los llenan de agua emprenden el camino de vuelta con los bidones llenos atados a la espalda con una cuerda, como si fueran pesadas mochilas, pero no llevan libros, ni cuentos, ni ejercicios de matemáticas, ni cuadernos ni lápices de colores. Arrastran los bidones de agua por el desierto, entre la arena y los guijarros, a más de 40 °C, tirando de un peso que seguramente duplica el suyo. Suelen ir varias niñas juntas; a veces atajan por algún camino o consiguen que un coche las lleve cerca de su campamento. En el mejor de los casos, invierten toda la mañana en ir a por agua y volver. Cuando la distancia es tan larga que tienen que hacer noche en el pozo y emprender el regreso al amanecer, son las mujeres quienes se ocupan de ello. Las niñas afar no pueden asistir a la escuela porque durante el tiempo en el que los niños que no cuidan el ganado están en el colegio, ellas deben ir a buscar agua. Esta injusticia marcó mi futuro.

El agua no siempre es potable. A menudo el agua procede del río, donde beben al mismo tiempo los animales y los niños, separados apenas por un par de palmos. A veces, esta agua llega a estar contaminada por los excrementos de los animales. Muchos niños beben directamente del río y contraen enfermedades. Además, son niños y niñas que suelen estar desnutridos y una simple diarrea puede matarlos. De hecho, el 35 % de los niños etíopes de entre cero y cinco años mueren de diarrea. ¡El 35 % es muchísimo! En España ningún niño muere ya por una diarrea.

El 90 % de la población de Afar es nómada. Son grandes caminantes. Se desplazan kilómetros y kilómetros en función de los pastos. Aunque pastos, lo que se dice «pastos» tal como nosotros los conocemos, no existen. Después de las lluvias crece un poco de verdor en medio del desierto de piedras y arena y es ahí donde acuden para alimentar a su ganado. No se trasladan al azar; se asientan en las mismas zonas periódicamente, moviéndose en unos círculos muy grandes, de doscientos o trescientos kilómetros de diámetro. De enero a febrero están en una zona, en marzo se van a otro lugar donde se asientan hasta mayo, y así hasta que cierran el círculo en el mismo territorio del que partieron doce meses atrás. Los propios afar me han contado que los diferentes clanes son como los equipos de Fórmula 1, salvando las distancias, claro, ya que hacen apuestas entre ellos para ver quién llega antes con el ganado de un punto a otro del desierto. Antes de la carrera, si ven que un animal está muy viejo y no va a poder superar el viaje, lo matan para alimentarse; a otros los sangran un poco para que recuperen la energía. Tienen sus propias tácticas y es un honor para ellos ganar la carrera.

Las casas de los afar se llaman *ari*. Cada familia ocupa una. Son unas estructuras con forma de iglú hechas con los nervios de las hojas de palma, que se cubren con esteras trenzadas también con hojas de palma. Su puerta es muy estrecha para no dejar pasar el calor. Es curioso que la gente que vive en los puntos climatológicos más extremos del planeta fabrique sus casas con la misma estructura semicircular: los *aris* y los iglús. Las mujeres cocinan fuera del *ari*, en un agujero excavado en el suelo que rellenan con piedras y alguna rama sobre la que ponen una chapa metálica; funcionan como un horno y ahorran mucha leña, escasa por definición en el desierto. Dentro del *ari* solo duermen las mujeres y los niños, en unas estructuras muy primitivas que fabrican con ramas de palma sobre las que extienden sus esteras. En las noches frías, durante la escasa temporada de lluvia, los afar mantienen el calor dentro del *ari* colocando en uno de sus extremos las piedras calientes y el carbón vegetal que produce este pequeño horno protegido con una chapa metálica. Los hombres duermen fuera, al raso, cuidando del ganado, que se queda encerrado en un corral provisional rodeado de *woyane*. Para eso sirve esta planta invasiva, como valla de espino. Por las noches, los zorros del desierto y las hienas suelen llegar hasta las mismas casas afar e intentan robar algún cabritillo o una cría de camello.

Los hombres visten camisa y una falda denominada *shirit*, una palestina para proteger los hombros o la cabeza del calor del sol y unas sandalias de cuero –*segekebela*– que los menos afortunados sustituyen por cangrejas de plástico para proteger los pies. Suelen ir armados con un palo, un cuchillo enorme llamado *gilé* o un Kaláshnikov AK-47, dependiendo de su nivel económico. Puedes comprar un antiguo Kaláshnikov desde treinta o cuarenta euros, pero para ellos las balas son muy caras; cuestan diez bires, treinta o cuarenta céntimos de euro, que es mucho dinero para la economía afar, ya que con ese dinero pueden llegar a comer. Pero, aunque son guerreros, los afar solo disparan un par de balas de sus Kaláshnikov cuando están protegiendo su ganado para asustar a una hiena, o durante las celebraciones, como es el caso de las bodas y los nacimientos. En Etiopía, oficialmente, nadie puede ir armado excepto la policía. Pero los afar conservan aún este privilegio, porque sus armas son para defender el ganado, y si hubiera algún conflicto fronterizo, ellos serían el primer grupo en ir a luchar. El Gobierno ha intentado quitarles sus armas en varias ocasiones, la última hace poco tiempo, y no lo consiguió, ya que los afar las necesitan para defenderse de los animales salvajes que atacan su ganado. Es su forma de vida, y así ha sido durante cientos de años.

Como señal de fiereza y para reafirmarse en su naturaleza guerrera, los afar tienen la costumbre de afilarse los dientes. Pero también son muy coquetos y se preocupan mucho por su aspecto, sobre todo por su pelo, que, además, sirve como código para saber a qué grupo de edad pertenecen: si están en el de dieciséis a diecinueve años, en el de veinte a veintisiete años, o si son adultos de entre veintiocho y treinta y dos años. En función de cada grupo, el peinado cambia, de forma que el resto de los afar saben las edades de los demás simplemente observando su peinado: a lo afro o con trencitas que untan con grasa de animal y con aceite procedente de semillas de sésamo. Casi siempre llevan encima un espejito para peinarse. También van provistos de un odre con agua, la *afleyta*, o de una botella de plástico envuelta en un trozo de tela húmeda que mantiene el frescor matutino del agua. El afar dice siempre que el agua es la única cosa que no se comparte, porque es tan necesaria y tan básica que cada uno tiene que intentar procurársela. Es la diferencia entre la vida o la muerte. Pero yo estoy casi seguro de que si hay que compartirla, lo hacen, aunque enseñan a los niños desde que nacen a llevar siempre su propio recipiente con agua para sobrevivir bajo el calor infernal del desierto.

Las mujeres son muy estilizadas; se adornan con *alilta*, collares brillantes. Por costumbre, suelen ir desnudas de cintura para arriba y utilizan telas de colores –*shirit*– para cubrirse de cintura para abajo. Esta tradición entra en conflicto con el avance musulmán que ha experimentado también la región de Afar. Las mujeres del desierto la mantienen, pero las que viven en las ciudades se cubren el pecho y en algunos casos llegan a utilizar el burka pese al calor reinante.

Al igual que en los hombres, el tipo de peinado de la mujer afar indica si es una *bokalita*, es decir, una chica soltera, o si se trata de una *besita*, una mujer mayor o que ya está casada. Y en la tribu, nadie es propietario de nada, todo es comunitario, todo se comparte, todo es del clan.

Existe la costumbre de que los niños siempre vayan llenos de pulseras de cuentas de colores o de conchas, en los tobillos y en las muñecas. Además, cuando nace un bebé, por tradición, sus padres hacen una bolsita de cuero donde introducen un papel con un deseo para el bebé. Es un colgante que se les pone en el cuello y que los niños no deben quitarse hasta que son mayores. Entonces lo abren y comprueban si se ha cumplido el deseo de los padres.

Así vive el 90 % de la población de la región de Afar. El otro 10 % se ha establecido en las pequeñas ciudades, principalmente dependientes de plantaciones cerca del río

Awash. En realidad, no son lo que nosotros entendemos por ciudades, sino más bien lo que conocemos como aldeas o poblados. La diferencia entre unas y otros está en que para vivir en el desierto no se necesita prácticamente nada: vives con tu tribu, perteneces a tu clan, tienes tu casa desmontable que transportas a todas partes buscando el pasto para el ganado. No necesitan dinero. Sus animales les proporcionan cuanto precisan para vivir.

6. Una elección acertada

Amigos de Silva aterrizó en enero de 2007 en Etiopía. En ese momento, gracias a la financiación de socios y amigos y con mucho esfuerzo por parte de todos, pudimos contratar a dos personas para que realizaran los primeros trabajos burocráticos, como la inscripción de la ONG en el país, y para concretar los detalles del proyecto. Fueron tres meses en los que los *e-mails* iban y venían de Madrid a Addis y viceversa, cargados de problemas y de soluciones, de peripecias diarias que había que sortear cada día. Por fin, en el mes de marzo conseguimos la licencia para empezar a trabajar. Ahora ya solo teníamos que esperar a que llegara el coche.

A partir de marzo de ese año no me conformé con recibir *e-mails*, trabajar en el despacho y buscar financiadores para nuestros proyectos en España, sino que empecé a ir y venir con mucha frecuencia a Etiopía; cada dos o tres meses conseguía sacar quince días libres cambiando turnos con otros profesores de la universidad, con la ayuda de Ismael en el despacho y juntando días de menos trabajo con puentes o vacaciones. Mi misión consistía en supervisar los trabajos realizados, mantener reuniones con el Gobierno y ayudar con los trámites burocráticos en un país en el que no es nada fácil.

Al principio nos instalamos en Addis, en el mismo hotel al que habíamos ido los otros veranos. Era el Hotel Awraris, cerca del aeropuerto internacional Bole, en Haya Hulet, que significa veintidós en referencia al número de cruce. Costaba diez euros por noche. Pero al cabo de tres semanas nos dimos cuenta de que era demasiado caro, así que se decidió que había que mudarse a uno más barato porque diez euros al día era demasiado gasto. Dicho y hecho, nos fuimos a Piazza, la zona antigua de Addis Abeba, que era muy frecuentada por el turismo mochilero de aquella época y que hoy en día también lo sigue siendo. En Piazza hay dos hoteles significativos: el primero, el Taitu, fue el primer hotel que se construyó en Etiopía y se llama así porque era el nombre de la emperatriz Taitu Betul y fue ella la que eligió ese lugar para fundar la capital de Etiopía: era el punto en el que se cruzaban las caravanas que comerciaban con marfil y otros productos que los

africanos intercambiaban. Y al parecer allí brotaban también unas aguas termales en las que los nobles de la corte disfrutaban de unos relajantes baños. El otro hotel, mejor dicho, hostel o pensión, era el Baro, más barato, entre ochenta y cien birres, a cinco euros la noche. Es un hostel de citas muy cutre, y como ya habréis intuido, este sería nuestro nuevo hogar durante los siguientes meses.

A finales de abril llegó nuestro ansiado coche, un Toyota Land Cruiser 4x4 blanco, con capacidad para trece pasajeros. Esto se lograba por el doble trasportín que tiene en la parte trasera y en el que caben cinco pasajeros a cada lado; cuando hay que cargarlo, se levantan los trasportines y queda totalmente diáfano. Delante, el asiento del conductor y el asiento del copiloto, que es corrido, y caben dos personas más. En total, según Toyota, trece. Teniendo nuestro coche, dejamos de alquilar coches para ir y venir de Afar para preparar los proyectos, ya que costaban mucho dinero, y empezamos a tener más independencia.

Cuando yo estaba en Etiopía, manteníamos reuniones con el Gobierno federal en Addis Abeba y con el Gobierno regional en Afar, y especialmente con la Oficina Regional de Salud. Al cabo de varias reuniones, conseguimos que nos asignaran a un técnico que nos llevara a ver las poblaciones donde se podía edificar el nuevo centro de salud. Mi pregunta era siempre la misma: «¿Cuántas personas viven aquí?». Buscábamos beneficiar al mayor número posible de gente; mejor ayudar a diez mil que a quinientos, porque nos va a costar lo mismo construir un centro de salud para quinientos que para diez mil. Yo quería aplicar a toda costa un criterio de gestión. Hasta el momento, todas las localizaciones posibles contaban con menos de dos mil beneficiarios y eso era muy poco para nuestros planes. Les ofrecimos construirlo en Semera, donde estaban las *sisters*, pero nos lo denegaron, pues al ser una ciudad administrativa, el Gobierno ya había planificado construir uno allí. Después de visitar y descartar los pueblos más pequeñitos, llegamos a Asayita, la antigua capital de la región de Afar. Allí ya existía un centro de salud, pero el Gobierno nos proponía que construyéramos otro a las afueras, a dos kilómetros del viejo, en dirección a Afambo, hacia la frontera con Djibouti. Nos mostraron un descampado y nos dijeron que muy cerca había una escuela. Eso era un punto favorable para nuestro proyecto. Pero no parecía muy lógico construir un nuevo centro en la misma población si ya existía otro. Entonces pedimos ir a visitar el que había.

Se nos cayó el alma a los pies. Estaba totalmente abandonado. A-b-a-n-d-o-n-a-d-o, con cada una de sus diez letras. Y abandonado en España no significa lo mismo que abandonado en Etiopía. El centro de salud de Asayita es el más antiguo de todo Afar; el emperador Haile Selassie lo mandó construir en pleno desierto en la década de 1960 y desde entonces nadie había hecho ningún tipo de trabajo de mantenimiento o de mejora. Nada. Lo que se caía se quedaba roto en el suelo para siempre.

Al entrar en el recinto, nos recibió, tumbado en su camastro, el guarda del centro de salud, una de las pocas personas que pudimos encontrar durante nuestra visita, porque aquello era un centro de salud fantasma, sin enfermos y sin médicos. También había una mujer semienterrada bajo carpetas, papeles y archivos, que se supone que controlaba los registros de los enfermos. Había varios edificios dispersos por todo el recinto. Nuestro guía gubernamental nos explicó que se trataba del edificio de urgencias, de rayos X, el laboratorio y las salas de consultas, pero allí no había ningún enfermo.

Sí había, sin embargo, cuatro coches y una ambulancia abandonados, oxidados, destartados, sin motor, sin puertas y sin ruedas. Algún día se les rompió una pieza y nadie se ocupó de sustituirla, y allí estaban, coches buenos totalmente abandonados. El guía nos contó que los coches pertenecían al Health Bureau, la oficina de salud, y aunque estuvieran rotos no puedes deshacerte de ellos sin llevar a cabo una montaña de trámites que allí nadie había tenido el coraje de emprender. Se trataba de pedir una autorización para deshacerte de ellos, informar a los responsables de que vas a destruirlos. Pero es muy difícil conseguir el permiso, porque aunque están rotos e inservibles y forman parte del inventario. Así que, junto a los coches abandonados, en la zona exterior del hospital podías encontrar una larga fila de archivadores oxidados, neveras rotas, camas inservibles y medicinas caducadas. Había incluso tres contenedores metálicos con material sanitario en su interior; desde que llegaron, jamás se habían abierto y permanecían allí sin sentido, en medio de la nada, un día tras otro, a 52 °C. Es fácil suponer que lo que había dentro estaba totalmente inservible. Era el desierto en el desierto. Calor y mucho calor en aquel abandono. Almacenes con ratas, las cabras deshaciéndose de sus excrementos ante los edificios junto a un par de camillas desvencijadas donde esperaban dos ancianas enfermas que no podían caminar. ¡Dos pacientes! ¡Había vida! En medio de la nada encontramos algo parecido a un hospital de campaña: cuatro palos retorcidos sujetando una tela agujereada que daba sombra a unas camillas del siglo pasado donde se atendía a dos enfermos de tuberculosis, ¡otros dos

pacientes! Junto a ellos, otro tipo de camillas, estas con unas palanganas usadas y muy sucias que habían utilizado enfermos de cólera, a los que se referían eufemísticamente como enfermos de «diarrea acuosa aguda», una enfermedad fantasma para no reconocer que realmente se trataba de enfermos de cólera, ya que el cólera obliga a notificar una alerta a la Organización Mundial de la Salud al tratarse de una enfermedad muy contagiosa. Por eso, en el centro de salud de Asayita había algún enfermo de «diarrea acuosa aguda». Y hacía tanto calor...

Si el exterior era para llorar, el interior era para salir corriendo. Ni la Casa de los Horrores del parque de atracciones podía superar aquello. La sala de partos contaba con dos camas que acumulaban la sangre de varias generaciones de etíopes allí nacidos. Avisperos, goteras, enchufes rotos, techos agujereados, arañas y bichos por todas partes, las paredes rotas y cables empalmados sin ninguna seguridad. Sala tras sala se repetía el mismo decorado. Era lamentable. ¡Qué desolación! No había un alma; parecía como si un ataque nuclear hubiera obligado a todo el mundo a salir corriendo cuarenta años atrás. No había instrumental. La sala de curas tenía sangre seca por todas partes, escupitajos en el suelo, restos de curas fosilizados; los baños consistían en un agujero que no voy a describir por respeto a los lectores, con el alicatado de las paredes y los techos desplomados en el suelo desde hace no se sabe cuánto tiempo. Dentro del edificio de rayos X, junto a la máquina que estaba rota, había una moto abandonada. La mayoría de las ventanas conservaban sus cristales de lamas, que dejaban pasar el aire sin tener que abrirlas completamente, pero al parecer nadie se ocupaba de cerrarlas y las tormentas de arena –muy frecuentes en medio del desierto– lo llenaban todo de arena y dejaban los cristales completamente opacos por el polvo. Todo estaba sucio y lleno de polvo.

Era un desastre, pero una de las cosas que te enseña África es que tienes que ser flexible; esa es la clave. Lo que has proyectado en España vale para España, pero sobre el terreno te das cuenta de que las necesidades son otras y que hay que readaptarse. Desde la asepsia madrileña habíamos diseñado un centro de salud totalmente nuevo, precioso, pero no valía para África, y tuvimos que cambiar de planes. Esa noche, dándole vueltas a todo lo que habíamos visto, nos dimos cuenta de que si ya existía un centro de salud en Asayita, lo que debíamos hacer era invertir en su rehabilitación. ¿Qué sentido tenía hacer uno nuevo a dos kilómetros del viejo? Estaba clarísimo, por mucho que nos doliera tener que guardar en un cajón los planos de nuestro flamante centro de salud nuevo. Yo tengo esa capacidad de poder imaginar cómo pueden quedar las cosas

que son un desastre. ¿Seríamos capaces? Sabía por dónde había que empezar y en mi cabeza lo tenía totalmente controlado: «Poco a poco, edificio por edificio». Además, Asayita daba sentido a todo el proyecto. En la ciudad hay censadas diez mil personas. Esta es la cifra que facilita el Gobierno, que estima que la población de la ciudad representa solo el diez por ciento de la población total de Afar. En los alrededores, en la periferia, hay otros sesenta mil; en Afambo son otros cuarenta mil. O sea que como mínimo, tirando por lo bajo, íbamos a poder beneficiar a cien mil personas, sin contar con los nómadas que viven en el desierto y que representan el 90 % de toda la población de Afar. Del proyecto inicial, que consistía en ayudar a diez mil personas, pasamos a más de cien mil beneficiarios potenciales. Era muy arriesgado, pero pensamos que también era la mejor elección. Como decía mi padre, «un buen gestor es capaz de prever los problemas antes de que pasen». Y eso era lo que teníamos que hacer. El tiempo me ha dado la razón.

Hablé con el Gobierno como representante de la ONG y le expuse nuestra propuesta. Queríamos ampliar y rehabilitar el viejo centro de salud de Asayita. Les expliqué que era una forma de que la gente volviera a confiar en su centro de salud y que cuidarían más lo que tienen porque ya era suyo antes de que nosotros llegáramos. Además, nuestra decisión contribuiría a que los etíopes cambiaran su mentalidad y dejaran de pensar que el «hombre blanco» siempre llega cargado de billetes. Y para nosotros era una garantía que el viejo centro de salud de Asayita perteneciera al sistema nacional de salud porque el Gobierno estaba obligado a dotarlo de personal y a reservarle una partida presupuestaria, alta o baja, pero un presupuesto específico anual porque ese centro de salud ya funcionaba. Esa circunstancia nos garantizaba la sostenibilidad a largo plazo. Seguramente, habría sido mucho más fácil empezar de cero y construir según nuestros planos un nuevo centro de salud, terminarlo en un par de años y ponernos una medalla. Pero nuestra elección implicaba asumir todo el desarrollo del proyecto, hacer algo serio, continuado en el tiempo, que realmente pudiera ayudar a mucha gente.

Los responsables del Gobierno lo meditaron y al cabo de unos días nos dieron el visto bueno. Ahora sé que fue un acierto, porque a lo largo de los años hemos visto cómo algunas ONG han construido centros de salud y hospitales que ahora están cerrados porque el Gobierno no tenía una partida presupuestaria para asumir esas nuevas instalaciones.

7. *Guená guená*, filosofía del país

Mientras tanto, cuando estaba en Addis Abeba, yo seguía instalado en el Baro resolviendo problemas burocráticos. Cada papel se hace en una oficina distinta y vas pasando de una a otra —cada una en una punta de Addis—, pero nunca sabes si has empezado por el principio o si te has saltado pasos imprescindibles y van a mandarte de nuevo a la casilla de salida. Cada oficina solo sabe lo que hace la anterior, así que, si te falta algún paso intermedio, tienes que ir retrocediendo oficina por oficina hasta encontrarlo. Ya sé que es difícil creerlo, pero no estoy exagerando. Para complicarlo aún más, en las oficinas no siempre está el responsable de turno. La palabra clave es *meeting*, que no necesariamente significa «reunión». Allí, *meeting* es: no ha venido, se ha quedado en su casa, está tomándose algo o se ha ido ya de fin de semana. Y el «vuelva usted mañana» de Mariano José de Larra allí es *guenano* que significa «un largo después», lo que traducido viene a ser un mes, una semana, un día... nunca se sabe. Y también hay un *guená guená*, que significa «después», pero es un después más corto. Filosofía del país. Y el particular se arrastra como un alma en pena de mostrador en mostrador, recogiendo un impreso, sellándolo, hasta que por fin llega a un despacho y alguien lo firma, lo registra y le da varias copias para que las lleve de nuevo a cada oficina del Gobierno.

Ahora sé, más por perro que por viejo, cómo solucionarlo. Cuando tengo que salir a hacer papeles con el Gobierno, cojo mi archivador azul, donde llevo todos los documentos originales de la ONG con sus respectivas fotocopias. A los funcionarios etíopes les encanta que llegues a una oficina para decirte: «Te falta este papel o este otro, ¡qué pena! No puedo hacértelo». Así, además, ellos se libran de trabajar en ese momento. Entonces, yo llego con todos mis papeles y escondo uno en el archivador y cuando se los enseño al funcionario, me dice: «Te falta tal papel, no puedo hacértelo». Y yo confirmo: «Pero ¿el resto está bien?». «Sí, sí, el resto está todo bien. Si me traes el papel que te falta te lo hago». Y entonces me hago el despistado y digo: «¡Ah, espera!».

Rebusco en el archivador. «¿No será este?». Me mira, lo miro y, claro, tiene que hacérmelo porque ya me había dicho antes que solo faltaba ese papel. Eso ha sido un descubrimiento para mí. La burocracia me ha hecho perder muchísimas horas, días y semanas. Ha sido terrible. Si te dijeran: «Necesitas cinco papeles y el primero te lo dan en tal sitio», sería mucho más fácil. Allí nadie te ayuda. El Gobierno piensa que las ONG van a Etiopía a robar y por eso te ponen tantas zancadillas. Es muy complicado trabajar. Consigues la licencia y vas avanzando poco a poco, pero al principio es un desbordamiento total. En cierta medida, es como si te estuvieran probando las ganas que tienes de trabajar allí.

Obtener la licencia de la ONG es solo uno de los diez pasos iniciales que hay que dar. Luego están los acuerdos del Gobierno en sus diferentes niveles, el registro, los impuestos, las retenciones, los trabajadores, los plazos... Es un maremágnum. Cuesta mucho tiempo conocer el país y llevarlo todo al día. Nuestra ventaja es que Amigos de Silva hace auditorías tanto en Etiopía como en España y todos los gastos están muy controlados y justificados, tanto para el Gobierno etíope como para todos los donantes y colaboradores en España. Nuestras cuentas cuadran, somos transparentes, todo está a la vista, y ese es otro motivo para confiar en nosotros.

En Addis, la mayoría de los trámites se hacen en inglés, pero a veces solo te entienden en amárico. A medida que sales de la capital y te alejas de las grandes ciudades, la cosa se complica, ya que solo hablan amárico, y en el caso de Afar, afariña. En total, en Etiopía hablan más de treinta y dos lenguas, lo que hace aún más complicado el país. ¡Cómo me he arrepentido de haber copiado en los exámenes de inglés del colegio, qué lástima no haber disfrutado de una beca Erasmus o de algo parecido para haber aprendido bien el inglés! Es cierto que con la tuna –sí, fui tuno del CEU– viajé por Europa, pero siempre había alguien que sabía hablar inglés y hacía de portavoz, y si no, nos entendíamos con gestos. Pero en Etiopía tengo que hablar inglés. No se trata de saber dónde está una calle, si no de convencer a un alto funcionario para cambiar el plazo de ejecución del proyecto o de hacer algún trámite muy serio en el que un error lingüístico puede ser catastrófico para Amigos de Silva. Y los etíopes recelan mucho de las ONG. Supongo que habrá ido mucha gente a hacer proyectos que luego han dejado colgados, no lo sé. Pero creo que es también una cuestión de orgullo; los etíopes piensan que no necesitan para nada nuestra ayuda. No necesitan la ayuda de los *faranjis* como

llaman a los extranjeros. Y te ponen zancadillas funcionariales para probarte, pensando que si realmente te interesa un proyecto de ayuda, seguirás peleando por él.

Tilahun era el director de la Oficina de Coordinación de Emergencias en Addis Abeba en aquel momento. Era un etíope mayor que destacaba por su altura, muy superior a la media, y su gran traje gris con la etiqueta por fuera que lucía orgulloso para demostrar que se lo había comprado nuevo, una costumbre muy etíope. Siempre mostraba su mal humor cuando le enseñaba mis papeles. Me había hecho ir todos los días durante una semana y me daba largas un día tras otro pidiéndome cada vez un nuevo documento. Después del quinto día, creo que se relajó o se rindió o encontró el equilibrio entre su orgullo y la hospitalidad etíope que les hace tratar bien a los extranjeros. O quizá se dio cuenta de mi constancia y adivinó que yo no iba a rendirme. O tal vez estaba agotado de escuchar mis peleas dialécticas durante cinco mañanas y cinco tardes. Creo que el miércoles por la tarde estuve a punto de claudicar, pero seguí. Y el viernes volvimos a mantener otra reunión. Allí tienen por costumbre dedicar al menos cinco minutos a interesarse por la familia de su interlocutor, por cómo les va la vida y el trabajo. Y es cierto que cuando pronuncias algunas frases en su idioma, lo valoran mucho; son muy receptivos. Yo recurrí a todo cuanto sabía y él debía de estar deseando irse a su casa a empezar el fin de semana, pero ambos iniciamos una conversación amigable. Me dijo que Etiopía no necesitaba la ayuda extranjera, que ellos se valían por sí mismos. Y yo le daba la razón en mi pobre inglés del colegio, sudando para encontrar las palabras adecuadas. Y por fin me dijo que volviera el lunes para recoger el papel que me faltaba. Durante la hora que duró nuestra conversación fue tal el esfuerzo de concentración para no meter la pata con el inglés que eran las seis de la tarde y tuve que irme a la cama con un tremendo dolor de cabeza y tan cansado como si hubiera estado corriendo durante cuatro horas.

Aprender todo esto sin tener un manual de supervivencia y vivir tres meses solo, sin conocer a nadie, en un hotel de Etiopía, a cinco euros la noche, casi me cuesta la salud. Confieso que durante aquellos tres meses alguna noche en el hotel llegué a llorar. La soledad me pesaba tanto que me aplastaba. A veces todo me salía mal, todo a mi alrededor era tan hostil... Estaba físicamente agotado y psíquicamente también. Iba a todas partes andando y cada sitio estaba en una punta de la ciudad. Después de pasar una semana o diez días persiguiendo un papel como quien persigue a un fantasma y no conseguirlo, reconozco que lloré, lloré de desesperación y de agotamiento, sentado sobre

las sábanas sucias de aquella cama, en el hostel que debía ser mi hogar y que me producía tanta desolación.

Pero el Baro era entonces mi única casa. Al entrar había que atravesar un tendedero para llegar a la zona de las habitaciones; en total habría unas cinco zonas de habitaciones de diferentes precios y yo iba rotando por todas ellas según quedaban libres. Era un picadero en la peor zona de Addis, la más barata y la más cutre. Las habitaciones se alquilaban por horas: la pareja llegaba, resolvía su asunto, terminaba y se iba. Había un patio con plantas que me daba un respiro y que hacía de colchón de aire entre mi habitación, fuera cual fuera, y el exterior, donde había bares, prostitutas y proxenetas. También podía tocarme una de las habitaciones de la zona centro, sin baño; en esos casos, tenía que compartir la ducha y el váter del pasillo con otra gente. Un baño compartido en un hotel de prostitutas en Etiopía. ¿Se puede pedir más?

A pesar de todo, yo tenía mis preferencias: una habitación lateral que parecía más cómoda y más limpia, no sé por qué. Descubrí con posterioridad que el dueño la tenía alquilada a un productor francés que grababa allí sus películas porno. Cuando se quedaba libre, siempre la pedía. Tenía las paredes color crema, y una moqueta de un color oscuro que intentaba disimular el catálogo de manchas. Las sábanas y las toallas estaban muy usadas, pero aún seguían siendo útiles. alguna que otra vez, debajo de la cama podías encontrar todo tipo de cosas: preservativos usados, papeles o restos de comida. Tenía un ventanuco, una minimesa, una minisilla como las de los colegios, de color verde claro, donde yo me ponía a trabajar con mi ordenador, y una cama pegada a la pared. A medio metro de altura, la ducha y el váter. Toda la habitación se inundaba cada vez que me duchaba. Yo ponía la mesa debajo de la luz de la ventana. Me compré una lámpara y decenas de alargadores para conectar la lámpara, el teléfono y el ordenador a la vez. Serían unos doce metros cuadrados, tres por cuatro. Hacía frío y la ropa nunca se secaba durante la época de lluvia. Y siempre siempre había alguna que otra cucaracha.

Todas las mañanas dejaban sobre la mesilla una cajita con tres preservativos. El dinero que se gasta en Etiopía para evitar el contagio del VIH es incalculable, porque todo lo que tiene relación con el sida está subvencionado. Por eso los hoteles siempre dejan una caja con tres condones en la mesilla y al lado, una vela y una caja de cerillas, porque lo habitual también es quedarse sin luz.

Al Baro también llegaba gente interesante que estaba viajando por toda África en moto o en coche, y que elegía el hotel más barato para pasar un par de noches en Addis

Abeba y seguir su camino. Para nosotros lo barato era lo cotidiano, no la excepción, pero era la única forma de arrancar económicamente porque la ONG no tenía un céntimo. No había otra opción. Cinco euros la noche. Yo no cobraba nada en esa época y todos mis gastos los pagaba con el dinero que tenía ahorrado. En tres meses acabé conociendo al dueño del hotel, que incluso me invitaba a veces a desayunar.

Recuerdo que un domingo, a primera hora de la mañana, llamaron a mi puerta. «Qué raro.» En el hotel todos sabían que el domingo era mi único día de descanso y que lo aprovechaba para dormir y reponer fuerzas. «¿Quién es?» En amárico: «¿*Habet?*». Y no contesta nadie. Me levanto, abro la puerta en pijama y se me intenta colar en la habitación una mujer, una prostituta. Forcejeamos mientras ella balbuceaba palabras que yo no acertaba a entender, aunque podía suponerlas. Y yo también le hablaba en castellano y ella tampoco me entendía. Un diálogo sordo, supongo, aunque al final comprendió que no quería sus servicios a pesar de que ella tenía que intentarlo. Ahora me hace gracia aquella situación tan engorrosa, pero en el momento fue un poco violento.

Viví en el Baro muchas semanas. Una noche, mientras dormía tranquilamente pegado a la pared, escuché un ruido muy cercano a mi oído que sonaba como ñi, ñi, ñi. Abrí un ojo para ver qué era y no vi nada. Volví a intentar dormir. Otra vez: ñi, ñi, ñi. Sigo sin ver nada, y pienso: «Qué raro, suena muy cerca». Me giro en la cama y me encuentro pegada a mi cara, sentada sobre mi almohada, mirándome, una rata de más de treinta centímetros. Gorda, marrón y negra. Estaba sentada, descansando, tan tranquila. Di un grito estridente y me tiré de la cama; ella se asustó tanto como yo y salió huyendo hacia el cuarto de baño, donde desapareció. Salí hacia la recepción gritando: «¡Hay una rata en mi cuarto!». Fueron a buscarla y volvieron asegurándome que la rata ya no estaba en mi cuarto. ¡Claro que no la habían visto, estaba escondida en el falso techo! Ese día decidí que no podía seguir durmiendo allí, que me trasladaba al Hotel Taitu, aunque costara dos euros más al día. Salí con mis maletas con tan mala suerte que no había habitaciones libres en el Taitu. Regresé al Baro y allí me quedé dos días más. Tres noches después, la rata volvió a aparecer. «Se acabó. Me voy. Nuestro presupuesto es muy ajustado, todo lo que hay es para el proyecto, pero dormir con una rata es demasiado.» Ese fue el final de la pensión Baro para mí después de cinco meses.

Viajé a España por Navidad. Mi aspecto era horrible; parecía Ortega Lara cuando fue rescatado del zulo. Estaba demacrado y delgado por culpa de las malditas diarreas;

había perdido muchos kilos. Durante el último mes, cada vez que comía sabía que disponía de una hora y media para llegar al hotel y poder ir al baño. Fue horrible. En el control de pasaportes el policía me preguntó de dónde venía. Le respondí: «De Etiopía». Y me dijo: «Ande, pase, pase, que se me va a caer aquí mismo». Y cuando salí a la zona de espera, hasta Lucía me dijo que no me había reconocido. En un mes con diarreas diarias eres capaz de perderlo todo, hasta la cartera.

8. Mi tabla de salvación

Aquellos meses dieron para mucho. Parece increíble, pero allí, en el Baro, conocí a un pediatra muy simpático de Málaga, Antonio, que había venido a Addis Abeba para hacer unas prácticas en el hospital de referencia nacional, el Black Lion. Antonio me presentó a un compañero suyo del trabajo, el doctor Markos, un médico etíope también pediatra. Markos siempre venía impecablemente vestido, con su camisa perfectamente planchada sujeta a la altura del codo por un aro metálico, como antiguamente se usaba en los bancos, siempre sonriente y con ganas de hacerte un favor. En Etiopía no es habitual que la gente haga chistes, porque no los entienden; solo unos pocos se ríen, entre ellos Markos, que, además, se lanza algunas veces a contar los suyos. Markos siempre está dispuesto a compartir buenos momentos delante de una cerveza; eso sí: solo una, ya que insiste en que, por su tamaño, una sola es más que suficiente.

Markos tiene una cabeza prodigiosa; con casi cuatrocientos pacientes recuerda a cada uno por la enfermedad con la que acudieron a él por primera vez. No pasan más de dos minutos de conversación sin que su móvil suene una y otra vez; unas veces es urgente y lo descuelga y atiende al paciente, sea la hora que sea, y otras, si son menos urgentes, las omite hasta que insisten demasiado y no nos permiten disfrutar con tranquilidad de la compañía. Cuando lo conocí, Markos estaba pluriempleado. Por un lado se ocupaba de muchos de los niños que se derivaban a las adopciones internacionales. Además, trabajaba en un hospital privado y aún encontraba tiempo para acudir al Black Lion, para echar una mano a otros compañeros en los casos más difíciles, sin cobrar nada, como un voluntario. Y fue así como conocí a Antonio. Puedo decir que Markos me salvó la vida. Su compañía impidió que cayera en la desesperación. Yo estaba solo y agotado, perdí muchísimos kilos. Antonio se marchó a los quince días a España, y yo empecé a quedar con Markos algún día entre semana a última hora y nos tomábamos una cerveza o nos íbamos a cenar a un sitio diferente. Cuando estuve enfermo del estómago con aquella implacable diarrea, me acompañó al médico, me llevó a hacer unos análisis y se portó

como un amigo. Recuerdo que un viernes me dijo que había quedado con sus compañeros de la facultad y me invitó a sumarme a la cita que se repetía quincenalmente. Después de un tira y afloja, acepté la invitación. Yo estaba muy bajo de moral, muy colgado, necesitaba salir y hablar. Todos eran muy majos, médicos o funcionarios del Ministerio de Sanidad. En cualquier caso, para mí fue muy agradable poder salir con gente a tomar algo, como una persona normal, como hubiera hecho en Madrid o en cualquier otro lugar del mundo. Todavía no sé cómo agradecerélo, se lo he dicho millones de veces y siempre dice que para él es lo normal y cree que eso lo habría hecho todo el mundo, pero yo sé que no lo es. Es un buen amigo y mejor persona. Ahora se ha marchado unos años a trabajar en un hospital rural en Suazilandia, entre Sudáfrica y Mozambique, porque en Etiopía, por muchas horas que trabaje, no consigue el dinero suficiente para poder terminar de construir su casa, que es lo que los etíopes más anhelan. Lleva años intentándolo y no puede. Con este nuevo trabajo, en unos años habrá ahorrado lo suficiente y por fin podrá terminarla. Así es Markos. Nos escribimos mucho, pero lo echo de menos.

En aquellos primeros meses tan duros también conocí al señor Teka, en amárico *ató* Teka, el dueño del Pizza Corner, un restaurante que había muy cerca del Baro. *Ató* Teka era una persona de unos cincuenta años, con gafas, una ligera barriga que demostraba su posición social y un pequeño bigote canoso, que llama la atención porque a los etíopes les sale poco pelo en la cara. Era mi lugar preferido para ir a desayunar: zumo de mango, una tortilla francesa con queso y café, con esto ya podía aguantar hasta la tarde. Había *pizza*, pescado, muchas cosas bastante ricas y, además, era barato. En Etiopía tienen la costumbre de compartir la mesa en los restaurantes; si queda un sitio libre, puede sentarse a tu lado una pareja, un grupo o cualquier persona; algunos quieren hablar contigo y otros simplemente comparten un hueco como si no hubiera nadie enfrente de ellos. En aquella época, para cenar, compraba unos plátanos en alguna frutería y me los tomaba en mi cuchitril del Baro para acostarme enseguida, porque siempre estaba agotado. Pero los días que tenía más hambre me acercaba al Pizza Corner. Uno de esos días, se sentó a mi lado un señor y me preguntó si me pasaba algo o si tenía algún problema, ya que siempre estaba solo. Era *ató* Teka. Enseguida cogimos confianza y me contó cómo el Pizza Corner había empezado siendo una cafetería y poco a poco se había transformando en restaurante y estaba yendo bastante bien. Hablamos también sobre la familia, que es uno de los grandes pilares de la sociedad etíope. Me contó que tenía cinco

hijos; los dos últimos estudiaban en Estados Unidos, en Boston, porque en Etiopía la ley «limitaba» a cuatro el número de hijos permitido y gracias a su trabajo él había logrado enviarlos a Estados Unidos. Su conversación resultó muy amena y a partir de entonces manteníamos charlas muy agradables que me ayudaron a sentirme menos solo. Sigo viéndolo con frecuencia, nos abrazamos, nos apreciamos. Ahora ya no tiene un restaurante... ¡tiene tres! Nos conocemos desde hace ya ocho años; él me ha visto empezar desde cero, en mis peores momentos, sabe cómo me he peleado desde el principio con todo el mundo para hacer las cosas bien, mi desesperación, mis noches sin dormir, y valora que haya seguido luchando para mejorar un poquito su país. Nuestras charlas también supusieron un alivio en medio de aquel desierto.

En los alrededores del Pizza Corner solía estar un niño de unos siete u ocho años muy espabilado. Se llamaba Abraham. Era uno de esos niños de mirada viva, listo, cariñoso, y siempre sonriente, que con un guiño y una sonrisa te intentaba vender alguno de los chicles o pañuelos de papel que llevaba en su tapa de cartón. Hablaba un poco de inglés y venía a buscarnos al Baro o al Pizza Corner; lo teníamos medio adoptado. Le preguntábamos si había comido y lo animábamos a que pidiera lo que quisiera. «Venga, Abraham, ¿qué quieres comer?» Pedía pasta o *pizza*; le servían un plato de espaguetis enorme y empezaba a comer y a comer y cuando llegaba a la mitad se paraba. Se quedaba un rato callado y me preguntaba si lo que quedaba podía llevárselo a su hermana, que seguro que no había comido. La pregunta nos dejaba a todos de piedra. Era un canijo, pero ya sabía lo que era pasar hambre, y también sabía compartir. Lo veíamos muchos días y si era por la mañana, venía a desayunar con nosotros. «Abraham, ¿qué quieres desayunar?» «¡*Pizza!*», decía mientras se le iluminaba la cara. Lo invitábamos a zumos, a carne, a todo lo que sabíamos que él no comía en su casa.

Recuerdo que un día lo encontramos por la noche en los alrededores del Pizza Corner; era muy raro ver a Abraham de noche en la calle porque siempre se iba a casa al atardecer. Estaba muy nervioso y parecía preocupado. Intentaba contarme algo en inglés, pero le costaba hacerse entender. Había llorado y empezó otra vez a llorar. Por fin, entre sollozos, me explicó que había estado en su casa y que su padre lo había echado porque no había vendido todos los pañuelos de papel, y que le había prohibido volver hasta que los vendiera. Le faltaban dieciséis bires, el equivalente a ochenta céntimos. Le compramos todo lo que tenía, veintitantos bires, para que pudiera volver a su casa.

Abraham vivía en unas chabolas cerca del Baro. Su padre era alcohólico. No lo llevaba al colegio. Algunas veces nos decía que le guardáramos nosotros el dinero para que no se lo quitara su padre. Cuando pasaba un tiempo sin verlo, iba a buscarlo a su casa por si estaba enfermo, necesitaba alguna medicina o alguna otra cosa. Era un niño majísimo y siempre estaba muy agobiado con sus obligaciones, y pasara lo que pasara, siempre guardaba la mitad de lo que tuviera para su hermana. Cada vez que nos veíamos me preguntaba por todos los voluntarios y por la gente que había conocido, uno por uno, y a cada uno lo llamaba por su nombre; le interesaba saber si iban a volver, a qué se dedicaban... Creo que era un chaval único. Abraham aparecía de repente, llegaba corriendo al Pizza Corner y se me tiraba a los brazos gritando: «¡He visto tu coche!».

Durante unos días le perdimos la pista y nos preocupamos porque no sabíamos cuál habría sido su suerte. Fuimos a su casa, pero no había nadie. Al fin, una vecina logró explicarnos que una mujer canadiense que dirigía algo parecido a un orfanato lo había adoptado. Dos o tres años después, lo vi un día en misa vestido con un traje blanco. Me miró y se frotó los ojos; no se creía que pudiera ser yo. Estaba alucinado, empezó a correr por la iglesia y se me abalanzó gritando por el pasillo: «¡Paco, Paco!».

Me abrazó con mucha fuerza; fue un abrazo de verdad. Realmente estaba muy contento de verme, y yo también respiré aliviado al ver que estaba bien. Me presentó a la directora del orfanato, a la mujer canadiense, y me contó que ella lo llevaba al cole. Era muy buen estudiante y logró salir adelante. Abraham, un niño maravilloso. Un superviviente nato.

9. Dubti: nuestro primer proyecto

En marzo de 2007 habíamos reformulado el proyecto inicial y contábamos con todos los papeles necesarios para empezar a trabajar, incluida la licencia. En ese momento, en la ONG contábamos con una farmacéutica y una asistente en Etiopía, mientras que yo iba y venía varias veces al año desde España. Después de pensarlo muchas veces, habíamos decidido instalarnos en Dubti para llevar a cabo el proyecto más inmediato: la farmacia para el hospital de Dubti y el programa de nutrición para Asayita.

Dubti es una ciudad situada a unos seiscientos kilómetros de Addis, con una población de unos quince o dieciséis mil habitantes. Hablamos de «ciudad», pero no es el mismo concepto de ciudad que tenemos nosotros. Por su aspecto encaja mejor en lo que nosotros entendemos por aldea o poblado. Todas las casas son de adobe, muy humildes, una al lado de la siguiente y todas con un voladizo de chapa que se prolonga desde el tejado y se sujeta sobre dos palos más o menos torcidos, según la suerte. En Dubti hay una gran plantación de algodón, que ahora se ha transformado en caña de azúcar; por eso su población es mayoritariamente masculina: setenta por ciento hombres y solo el treinta son mujeres. Por lo tanto, no hay muchas familias tradicionales, sino más bien hombres, mano de obra masculina.

Cuando llueve, en Dubti el barro puede llegarte hasta las rodillas. Las cabras y las ovejas campan a sus anchas por los bares y por las calles, entre tierra, barro y excrementos, comiéndose toda la porquería que encuentran, que es mucha –plásticos, papeles y cartones–. A su vez, ellas constituyen el menú habitual de muchos etíopes, es decir, que al final esos plásticos y esa porquería, de una u otra forma, acaban también en los estómagos de las personas. Muchas tiendas venden botellas de plástico vacías y usadas: los envases son un tesoro en Etiopía, para comprar la leche de cabra o de camella o para llenarlas de agua. En el suelo, sobre un plástico, se desparraman las patatas, los

limones y algunos productos más en una suerte de mercado. Hay cientos de monos; monos pequeños que se cuelan en las casas y te roban la comida y todos los objetos que encuentran, y monos grandes –babuinos– que te asaltan en los caminos.

Alquilamos una casa en Dubti; muy cerca de la que tenían Bernardo y Alberto. El dueño de la casa era el abuelo de Hamadu, que era nuestro traductor, un afar muy mayor que según su nieto llegaba ya a los cien años y que todavía podía moverse de un lugar a otro con su bastón en mano aunque fuera muy lentamente. Las *sisters* nos habían recomendado a Hamadu porque lo conocían bien. Es un afar atípico. Siempre viste con una camisa que se mantiene impoluta por muchas horas que pasen, y con su cara falda tradicional afar, que es el equivalente a nuestro traje de chaqueta. La calidad de la falda es la que determina el estatus social de los afar. Impecable en medio del desierto sería la frase que define a Hamadu. Siempre pausado, sin prisa, respetando los tiempos para cada cosa. Hamadu es, además, muy educado; habla inglés perfectamente y nos abría muchas puertas, ya que su padre es una de las personas más influyentes de la zona. Fue de los primeros afar con los que empecé a tener una relación personal. Trabajar con él era fantástico, pero al cabo de un año y medio no pudo continuar con nosotros; fue muy doloroso para mí, pero afortunadamente seguimos siendo buenos amigos y nos vemos con mucha frecuencia. Tenemos muy buena amistad y a veces nos quedamos hablando de los temas más profundos hasta altas horas de la madrugada. Hamadu me invitó a su boda; ahora ya tiene dos niños y sigue viviendo en Dubti. Y de aquella época en la que trabajamos juntos todavía se acuerda de la frase de *Toy Story* «Hasta el infinito y más allá», que años después sigue pronunciando con su toque muy afariña.

En Etiopía, como en muchos países árabes, es costumbre que los hombres, si son amigos, caminen por la calle cogidos de la mano. Creo que yo no había vuelto a darle la mano a un hombre desde que terminé párvulos, con cinco años o así. Pero Hamadu no perdía la oportunidad de cogerme la mano cuando íbamos juntos a algún sitio. Cuando menos me lo esperaba, notaba cómo su mano agarraba la mía. Al principio me resultaba incómodo y no conseguía acostumbrarme, así que decidí llevar mi cuaderno de notas y lo iba cambiando de mano en función del sitio donde Hamadu se colocaba, obligándolo a cogerme de la muñeca, que me resulta menos agobiante. Es una costumbre a la que no me termino de adaptar por más años que pase en Etiopía, aunque ahora la verdad es que cuando me cogen de la mano ya no me importa.

La casa de Dubti era de adobe, claro, como todas las demás: barro mezclado con paja. Tiene una ventaja, y es que se pueden colgar cosas en las paredes muy fácilmente, solo con apretar una chincheta con el dedo. El inconveniente es el polvo, que se mete por todas partes. Tuvimos que poner un plástico en el suelo de toda la casa para no estar todo el tiempo tragando polvo.

Nuestra casa se levantaba sobre un zócalo para impedir que el barro se metiera hasta dentro. Contaba con un miniporche, donde instalábamos las hamacas para dormir bajo las estrellas en las noches más calurosas –casi todas–, un salón, una cocina que era una chapa portátil con dos placas eléctricas y una nevera pequeña de dos puertas, y dos habitaciones. Nuestro mobiliario era –y sigue siendo– espartano. En cada habitación, un colchón en el suelo, una caja de cartón forrada con papel que hace de mesilla y una mesa de trabajo para poner el portátil encima. Cuando venían los voluntarios dormíamos todos juntos sobre colchones tirados en el suelo del salón que por el día hacían la función de sofás. Teníamos algunas sillas de plástico blancas, de terraza de bar. Las paredes de nuestra casa estaban pintadas de azul, pero, al parecer, repintaron algunas de las zonas descascarilladas y no lograron encontrar la misma pintura, por lo que las paredes parecían estar llenas de parches. Además, la instalación eléctrica era nefasta y los cables asomaban por todas partes atravesando de esquina a esquina paredes y suelos. Pero contábamos con un mapa grande de Etiopía que no solo decoraba la pared y ocultaba algunas manchas, sino que nos ubicaba espacialmente en algún punto de aquel desierto.

Usábamos los dormitorios indistintamente para dormir, para trabajar o como almacén. A la nevera se sumó un arcón congelador que nos regalaron los voluntarios durante el primer verano. Nuestro aire acondicionado era un ventilador amarrado con una cuerda a uno de los palos que hacía de viga de techo y que sujetaba la uralita. El cuarto de baño y la ducha estaban fuera de la vivienda, en un patio rodeado de esteras para proteger nuestra intimidad. Esa era la teoría. En la práctica, nuestras vidas parecían un capítulo de *Gran Hermano*. Desde por la mañana temprano, un batallón de niños se encaramaban al cañizo y permanecían allí subidos todo el día esperando vernos. El váter era un agujero en el suelo, y la ducha, un bidón de agua en el que metíamos una jarra y nos la echábamos por encima. Tuvimos que levantar una empalizada de cañizo para evitar esas miradas furtivas. Esta es una costumbre que se mantiene todavía ahora. En Asayita, todos los días, los críos se tumban en el suelo o se ponen de rodillas para espiarnos a través de la rendija que queda por debajo de la puerta. Es muy curioso, no se cansan de

mirar lo que hacemos, como si fuéramos de otro planeta –quizás, efectivamente, lo somos–. Yo tardé aún un par de meses más en instalarme definitivamente allí; todavía estaba a caballo entre el despacho de Madrid y los trámites burocráticos en Addis.

En Dubti había un hospital construido por los ingleses en la década de 1960. Desde entonces, nadie se había ocupado de su mantenimiento. Esa es una lacra que se repite en Etiopía una y otra vez. Lo habíamos visitado en nuestro viaje de expedición y era de lo mejorcito que habíamos visto. Aun así, su estado era lamentable. Ahí me di cuenta de que a partir de ese momento no podía seguir haciendo las comparaciones con Madrid; mis referencias tendrían que ser forzosamente etíopes. El hospital de Dubti estaba sucio, desvencijado, con los colchones reventados y mugrientos, las paredes desconchadas, los suelos rotos y las jeringuillas abiertas. Pero era un hospital, tenía médicos y enfermeros, camas y medicinas, y un servicio de urgencias que funcionaba. Y nosotros podíamos ayudar a mejorarlo. Hablamos con el Gobierno regional y propusimos montar una farmacia hospitalaria en Dubti y emprender un programa de nutrición que, a petición del Gobierno, se extendería por Dubti y Asayita, aunque finalmente el Gobierno asumió Dubti y nosotros Asayita, situada a ochenta kilómetros de distancia. Dos días a la semana, nos desplazábamos a Asayita, pero el resto de la semana estábamos a cinco minutos del hospital.

En Afar es imposible trabajar sin un coche. Las distancias son enormes y el calor insoportable. Afortunadamente, contábamos con nuestro Toyota 4x4 y con su llegada a Dubti tuvimos que aprender también a sacarlo del barro. En Dubti, cuando llueve tres o cuatro días, se forma un barrizal capaz de enterrar las ruedas. Siempre hay que llevar una pala en el coche; cuando no es el barro es la arena. Por suerte, los vecinos son muy solidarios y enseguida se forma una nube humana de personas empujando para sacar el coche del barro.

Al mismo tiempo que el coche, llegó el contenedor con los cuarenta mil euros en medicinas y las diez toneladas de comida de nutrición que íbamos a repartir. Todo empezaba a funcionar. Ya podíamos trabajar de verdad. ¡Estábamos despegando! Inmediatamente pusimos nuestro logotipo en las puertas del coche, para que todo el mundo nos identificara. El logotipo me lo regaló Javi, un compañero del colegio que tiene una agencia de publicidad. Son dos manos, una grande de color naranja y a su izquierda, otra más pequeña de color verde; la mano grande ayuda a la pequeña. Ha sido un acierto: todos los niños juegan a poner sus manitas encima de las del logotipo. Es un

símbolo muy fácil de recordar y pueden identificar nuestro coche desde muy lejos. Además, la palabra «amigos» es muy fácil de aprender. Siempre nos preguntan qué significa y les decimos que *guadeña*, que es como se dice «amigo» en amárico. Se lo aprenden enseguida y nos dicen: «*Ciao*, amigo», «Paco, amigo».

Recibimos a los primeros voluntarios, que se ocuparon de organizar todo el cargamento de medicinas. Durante unos días, el porche de nuestra casa se llenó de comprimidos que fueron ordenando meticulosamente con criterios farmacéuticos.

Lo primero que hicimos en el hospital de Dubti fue arreglar la sala que nos habían cedido para poder trabajar con orden y lo siguiente fue rehabilitar la sala de partos, que parecía un infierno. Compramos camas nuevas y todo el instrumental necesario para atender los partos y para solventar cualquier complicación. Pintamos, cambiamos los azulejos y añadimos un muro divisorio para separar las dos estancias que ocupaban las parturientas y así garantizar un poco de intimidad. El principal financiador de la ONG en ese momento era la empresa de uno de mis mejores amigos del colegio, Eduardo. Su padre acababa de fallecer, así que dedicamos la rehabilitación de la sala de partos a su padre y pusimos una placa en la que se podía leer: «En memoria de Aurelio Álvarez».

En la sala donde trabajábamos montamos la farmacia hospitalaria. Fue una de las patas de nuestro primer proyecto. El contenedor de treinta metros cúbicos que habíamos enviado desde Madrid estaba lleno de medicinas en dosis hospitalarias: botes de cien, de doscientas y hasta de quinientas pastillas. Tuvimos que contratar un camión que pudiera cargarlo, llevarlo hasta Dubti y descargarlo. Nosotros íbamos detrás, de escolta, por si había algún problema... y para evitar cualquier tentación de robo.

Como ya he comentado, en Etiopía es el Gobierno quien se ocupa de la población enferma de sida y fomenta que los enfermos se asocien para recibir otras ayudas aparte de los medicamentos necesarios para combatirla. La cantidad de dinero internacional destinada a esta causa es notable. El diseño de nuestro plan para ayudar a estos enfermos se coordinó con esta ayuda de grandes entidades internacionales: el enfermo de sida no se va a morir por el sida porque le están financiando todo el tratamiento, pero sí puede morir por culpa de un resfriado, porque el sida va menguando sus defensas. Las personas con VIH acuden al centro de salud al menos dos veces al mes y tienen que destinar parte de los ingresos de la familia a comprar esas medicinas que les recetan, que no son específicas contra el sida, sino que pueden ser un antibiótico, un protector gástrico, ibuprofeno, un calmante o paracetamol. Como no forman parte de la lucha

contra el sida, esos medicamentos tienen que pagarlos los enfermos de sida, sin subvención. ¿Qué ocurre? Que el dinero que tienen para dar de comer a su familia, a su mujer y a sus hijos, se utiliza en pagar estas medicinas, de tal manera que si comparamos a dos familias con mismo nivel económico, la familia en la que alguno de sus miembros es portador del virus del sida tiene muchos menos ingresos para destinar a comida, casa y vestido que la otra. La gran ayuda internacional y gubernamental no llega a esas medicinas que son infinitamente más baratas que las de la lucha contra el sida. Nosotros sí.

El Gobierno tiene un registro donde están inscritos todos los enfermos de sida; les facilita un carné especial que les da acceso al seguimiento y a las medicinas contra el sida. Para poder ser beneficiario de nuestro programa de medicinas es necesario que los pacientes acudan al médico local. Siempre que nos ven, prefieren acudir al médico *faranji*, ya que en muchas ocasiones no se fían de sus propios médicos. Para no entrar en conflicto con ellos, decidimos que era mejor que acudieran primero a los médicos etíopes, que se hicieran las pruebas correspondientes y que finalmente, con la prescripción médica, la famosa receta, acudieran a nuestra farmacia, donde Amigos de Silva les facilitaría el medicamento. Al principio costó un poco implementar el programa, ya que todos acudían directamente a la farmacia. Surgió algún que otro problema, pero al cabo de un mes todo el mundo ya conocía el sistema y empezamos a trabajar más rápidamente y en coordinación directa con el centro sanitario. Ese fue nuestro programa en el hospital de Dubti durante un año y medio, desde marzo de 2007 hasta septiembre de 2008.

Hasta ese momento, yo jamás había visto a personas enfermas de sida; es más, cuando planteamos el proyecto en España la verdad es que me daba algo de miedo, por mi ignorancia en ese momento. Ahora es tan cotidiano que se me olvida. En nuestros inicios como ONG, también impartíamos formación para intentar evitar el contagio del VIH entre la madre y el hijo en el momento del parto, porque si la madre es positiva, el hijo, sin serlo, puede contagiarse en ese momento, por lo que una prevención bien hecha puede suponer una vida totalmente diferente para el bebé.

Este primer envío de medicinas fue el comienzo de nuestro proyecto; todo salió muy bien, las medicinas europeas, aunque son más caras que las etíopes, son más eficientes y de mejor calidad. Sin embargo, no volvimos a repetir la experiencia porque aprendimos que si traíamos las medicinas y la comida de España, había que luchar contra muchos

factores: el transporte, las aduanas, el clima y la fecha de caducidad. El almacenamiento del *stock* era otro grave problema, porque en medio del desierto es muy difícil lograr una temperatura adecuada para conservar los medicamentos y el calor extremo puede afectar a la composición química y estropear todas las medicinas. En cuanto a la caducidad, he de decir que jamás tiramos una sola pastilla. Unos meses antes de la fecha de caducidad de una partida, se la donábamos al hospital o a las *sisters*, explicándoles cómo tenían que utilizarla. Pero algunos de aquellos medicamentos eran desconocidos para muchos médicos y no los recetaban. Además, había que añadir el coste del transporte, los posibles errores en la distribución de las recetas, los robos y la picaresca de los enfermos que a menudo revendían nuestras medicinas y adquirían otras más baratas sacándose un dinero extra. Las usamos todas y a todas les dimos muy buen uso; no se tiró ni una sola caja, pero para evitar estos problemas no volvimos a traer más medicamentos de Europa.

Para llevar a cabo el programa de nutrición, nos pusimos en contacto con las principales asociaciones de enfermos de sida que existían en Asayita –Adisfana, Debora y Arenwaray– y elaboramos una lista de enfermos que sufrían desnutrición y necesitaban recibir la comida suplementaria. Así arrancó el proyecto, solo para los enfermos de sida y sus familias residentes en Asayita, especialmente niños, que recibían nuestro reparto dos veces por semana, lo que nos obligaba a hacer más de trescientos kilómetros semanales. Un par de meses después y viendo las necesidades, ampliamos el criterio para entrar en el programa de nutrición e incluimos a los niños desnutridos fueran o no VIH positivo; siempre con el objetivo de llegar a la gente más necesitada. En esta época yo ya me había trasladado a Dubti, pero todavía estábamos en la fase de decidir la ubicación de nuestro centro de salud. Aún no habíamos elegido Asayita.

Como no estábamos libres de percance alguno en el trabajo, un día me hice una herida en el codo que no dejaba de sangrar. Dos días después, la herida seguía sangrando y me dolía, pero teníamos que hacer el programa de nutrición en Asayita.

–Esa herida sigue sangrando –me dijo una trabajadora–. Vamos a Asayita, al centro de salud, que conozco al enfermero, y que te vea la herida.

–Pero ¿te fías de él?

–Sí, sí, es muy majo y muy profesional.

–Pero si está todo sucio y horrible...

El enfermero me dijo que había que coser unos puntos y que no hacía falta anestesia. Yo no soporto los hospitales y menos el centro de salud de Asayita, y todo el rato le

decía a la trabajadora que me acompañaba que vigilara con atención al enfermero y que se asegurara de que abría la jeringuilla en el momento, que comprobara que no estaba usada. El enfermero me preguntó si tenía puntos. No teníamos. Él sí tenía y nos los ofreció. Yo le decía que me los enseñara. Imagínate: veníamos de trabajar con los del sida, el centro de salud era una ruina, y luego este hombre, que después me enteré de que para obtener el título de enfermería de primer nivel solo son necesarios ocho meses de curso, nada más.

Entonces me lleva a una habitación de uno de los edificios de atrás. Y yo le insistía: «Enséñame de dónde sale la aguja». Y el enfermero me la enseñaba: «¿Ves? Está nueva». Y yo comprobaba todos los cierres, uno por uno. Se pone los guantes. «Y ahora a coser.» Y empieza a coser; yo no quería mirarlo ni ver la herida porque iba a marearme. Estaba sentado en una silla que se caía a trozos, frente a mí, un armario corroído, desvencijado; todo estaba sucio y lleno de polvo, había sangre seca. Lo más antihigiénico que puedas imaginarte estaba en esa habitación. Y yo me acordé de mi padre: «Si me viera aquí sentado con este tío que me está cosiendo cinco puntos... me mataría». Entendí perfectamente que nadie en Asayita quisiera entrar en aquel centro de salud. La rehabilitación era urgente. Terminó con los puntos y me vendó la herida. En Afar, las heridas tardan más tiempo en curarse porque no se pueden destapar por culpa de la arena, pero cicatrizó bien. Creo que yo fui el primer usuario de nuestro proyecto porque, aunque todavía estaba todo destartado, nosotros estábamos a punto de empezar con la rehabilitación.

—¡Buen comienzo! —le dije al enfermero.

Hubo un incidente que probablemente aceleró nuestra marcha de Dubti hacia Asayita. Yo acababa de llegar unos días antes de España; habíamos ido al hospital para cargar la comida de nutrición en el todoterreno con mucha prisa porque no llegábamos a tiempo para repartir la nutrición en Asayita. Cuando íbamos a salir del hospital, el guarda, que no era el de siempre, nos lo impidió porque llevábamos seis cajas de comida de nutrición en el coche y decía que eran propiedad del hospital. Le explicamos que realizábamos este programa desde hacía ya tres meses —¡tres meses!—, y que nuestro almacén estaba en el hospital. Pero el tipo se puso delante del coche e insistía en no dejarnos salir. Quería una autorización y nos dijo que habláramos con el director médico. Pero este no estaba y el administrador tampoco. Le explicamos que en Asayita nos esperaban las asociaciones contra el sida, y que por su culpa íbamos a llegar tarde. Y el tipo empeñado en no

dejarnos salir. Yo le decía a nuestro conductor etíope, Guendemaguen, que se lo explicara y que le dijera que a la vuelta podríamos discutirlo y que quizá tendríamos más suerte y podríamos hablar con el administrador o con el director médico. Nada. No nos dejaba pasar. Y de pronto me giro y veo que el guarda empuja a una de nuestras trabajadoras. Yo nunca he sido violento, jamás en mi vida. Pero en Afar consideran que las mujeres son inferiores a los hombres y yo no iba a tolerar que nadie empujara a una de nuestras trabajadoras, así que le devolví el empujón. Es el gesto máximo de violencia que he hecho en mi vida, quitando las peleas cuando estaba en el colegio. Él no se lo esperaba; allí siempre intentan medir cuál es tu límite. Mi límite estaba en que yo no iba a tolerar que violentaran a mi equipo, y menos a una mujer. Me acuerdo que lo empujé y él retrocedió cuatro pasos. Le repetí que ya hablaría yo por la tarde con el director y que me iba. Se puso delante del coche. Le dije al conductor que saliera; no salió. Entonces le dije que se bajara del coche. Me decía que no podía atropellarlo, y yo le decía que no iba a hacerlo. Se bajó el conductor y yo me puse al volante; primero aceleré sin meter ninguna marcha, solo para que hiciera más ruido, y después avancé despacito con el coche. Y el guarda se apartó y nos dejó salir gritando y profiriendo todo tipo de insultos en afariña.

Cuando terminamos con el programa de nutrición, regresamos a Dubti y por la tarde volví al hospital. El director médico no estaba en ese momento, así que me fui a hablar con el administrador. Este era un afar joven que había tenido la suerte de poder estudiar e ir a la universidad. Este estatus se reflejaba en que, al contrario de los afar, lucía una barriga que demostraba su economía y su estatus social. Nada más verme en su oficina empezó a preguntarme por lo ocurrido. Le expliqué que después de tres meses haciendo el programa de nutrición no podía llegar un guarda que no nos dejara salir con la comida, que era nuestra, que la habíamos traído nosotros de España. Y, además, teníamos un acuerdo firmado con el Gobierno y había más de cien personas enfermas de sida esperando esa comida. Fue un día muy tenso, el más tenso, el único en el que he empleado algo parecido a la «violencia» para seguir trabajando. Todo se solucionó y todo quedó muy claro, aunque a partir de ese día, el guarda no nos volvió a abrir la puerta para entrar o salir del hospital. Sin problema; ya la abríamos nosotros. Y es que allí siempre tienes que marcar dónde están los límites, y para mí, el límite está en que nadie puede tocar a nadie, ni empujar, y menos aún a una mujer solo porque ellos las consideren inferiores. «Tengo aquí mi acuerdo firmado, que me ha costado Dios y ayuda

sacarlo adelante; tengo que cumplir mi programa con la gente con la que me he comprometido. Si tienes algún problema, lo discutimos por la tarde o lo que sea», pero no hubo forma de hacérselo entender. Era un acuerdo, lo habíamos firmado con el Gobierno regional y habíamos informado al director médico: «Vamos a salir dos o tres veces por semana con el coche cargado y si cada vez que cambies de guarda y venga uno nuevo vamos a tener esta movida, no es mi problema. Tendrás que avisarlos de que es nuestro trabajo». A día de hoy, sigo viendo con mucha frecuencia al administrador, que ahora es un alto cargo del Gobierno regional y todavía se acuerda de aquella bronca y siempre me pregunta: «Hombre, ¿qué tal? ¿Todavía sigues aquí?». Y así seguimos. Yo creo que estaban midiendo hasta dónde llegaba nuestro aguante.

En 2008 ampliamos nuestro trabajo con la creación del programa de prevención de la malaria; repartimos mil mosquiteras durante el año en las mismas zonas en las que distribuíamos la comida de nutrición, pero esta vez en los poblados adyacentes, que eran todavía más pobres, en concreto, en Bokayitu. Para llegar a algunos de los poblados de los afar teníamos que cruzar el río Awash en una especie de balsa construida con paja y algo de madera. No remábamos, sino que nos arrastrábamos con una cuerda mientras una persona bastante mayor se sumergía en aquella agua color chocolate y tiraba de la balsa agarrándola por una esquina. Así funcionan las cosas en Etiopía. En la balsa transportábamos las mosquiteras, perfectamente embaladas, nuevas; nosotros comprábamos las mejores que existían en el mercado, las que están impregnadas con un líquido repelente y se pueden lavar hasta diez veces sin que pierdan su efecto. Cuando el camino era transitable, íbamos en coche. A diferencia de otras ONG, cuando llegamos al poblado, nosotros abrimos el envoltorio y les enseñamos cómo se montan, cómo usarlas y dónde colgarlas. No tiene ningún misterio: hay que juntar unos alambres y enganchar la mosquitera, buscar un árbol cercano o unos palos donde colgarla y meter a los niños dentro. Es muy sencillo. Pero lo hacemos a propósito para garantizar que las van a usar, porque si les entregamos las mosquiteras sin abrir, ni siquiera las estrenan: se van directamente al mercado o a la carretera para revenderlas. ¡Ah! Y cuando nos vamos, también nos llevamos los plásticos en los que estaban envueltas las mosquiteras para que no acaben tirados en cualquier sitio. Los niños tienen que dormir dentro de las mosquiteras, les explicamos lo importante que es hacerlo para evitar que les piquen los mosquitos y les transmitan la malaria.

Durante dos años recorrimos los poblados de los afar distribuyendo mosquiteras hasta que el Gobierno tomó cartas en el asunto y repartió miles de mosquiteras, lo cual fue una enorme alegría. Nosotros también las usamos siempre que dormimos fuera de la casa, en el porche, por culpa del calor. Todas nuestras ventanas están protegidas con mosquiteras. La malaria se cobra muchas víctimas todos los años, especialmente entre los más pequeños, así que no vamos a ponérselo fácil.

10. Perderse entre papeles es posible

A pesar de haber empezado ya nuestro trabajo, la burocracia no aflojaba. Recuerdo que cuando recibimos el coche tuve que ir a tráfico para que le hicieran una inspección, a pesar de que era nuevo; tenía exactamente trece kilómetros. Un técnico examinó exhaustivamente cada pieza antes de darle el visto bueno. Yo no le quitaba la vista de encima porque me daba pánico que pudiera estropear algo. Al terminar su examen, me dio un impreso para que recogiera mis placas definitivas, que tenían que pasar por una serie de registros. Cada matrícula es un expediente. Fui a una sala enorme con un mostrador corrido larguísimo por el que iban sellando y conformando cada papel. Allí había decenas de estanterías; muchas de ellas se habían vencido por el peso o por el paso del tiempo, dejando desparramados por el suelo miles de expedientes que jamás volverían a ocupar un espacio ordenado. Las que aún se mantenían erguidas estaban repletas de papeles sin ningún orden aparente; era imposible encontrar algo entre las montañas de informes. Sobre las mesas de trabajo se apilaban carpetas con papeles rosas, blancos y amarillos. En su inmensidad, el mostrador estaba casi camuflado por cientos de papeles amontonados. Ni siquiera se podía encontrar al funcionario. Yo pensaba todo el rato: «Aquí, el que pierda un papel jamás volverá a recuperarlo». Cuando llegó mi turno, me asomé a una ventanilla donde, a cambio del impreso sellado, me entregaron mis placas definitivas nuevecitas. ¡Por fin! Eran rectangulares, metálicas, con el fondo blanco, y después de unas letras en amárico se podía leer en color naranja: 35-3393 AO. Esa es nuestra matrícula, con el distintivo AO, matrícula de organización de ayuda internacional, para que quede bien claro. Con las placas en la mano tuvimos que ir a otra cola para que me dieran otro tipo de impresos y rellenarlos *in situ* para que nos dieran el título de propiedad del coche. Después de un buen rato esperando de pie, jugueteando con mis dedos por el borde de los números y de las letras de las matrículas, me di cuenta de que tenía los cordones de los zapatos desabrochados, así que dejó las matrículas sobre

el mostrador y me agacho para atarme los cordones de los zapatos. Cuando termino, vuelvo a incorporarme y las matrículas habían desaparecido.

–Oye, ¿dónde están las matrículas? –le pregunto a Guendemaguen.

–Pero ¡si las tenías tú! –me responde convencido.

–Claro, las he dejado aquí encima un segundo, pero han desaparecido –le contesto mientras busco con la mirada por todo lo largo del mostrador.

¿Cuánto tiempo había podido tardar en atarme los cordones de los zapatos? ¿Quince segundos? ¿Treinta segundos? Las placas habían desaparecido y ya llegaba mi turno. ¿Era una pesadilla?

–Las matrículas –dice rutinariamente el funcionario.

–No tengo las matrículas.

–Las que te acaban de dar en la otra ventanilla –me responde.

Le digo que no las tengo, que las tenía, pero que ya no. Y empieza a remover los cientos de papeles que tiene amontonados en su parte de mostrador sin ningún interés.

–Si no tienes las matrículas, no puedo darte los papeles de tu coche. Tendrás que hacer un nuevo expediente.

Yo le insisto en que tienen que estar ahí, en algún lugar entre las montañas de papeles, que las tenía en la mano, y que en quince o veinte segundos habían desaparecido. Y él me insiste en que tengo que empezar a tramitar de nuevo el expediente. Era una situación surrealista que terminó unos segundos después cuando, en uno de sus apáticos movimientos de papeles, veo cómo asoma una esquinita de una matrícula...

–¡Ahí están! –le dije gritando para que las cogiera rápidamente antes de que pudieran volver a quedar sepultadas bajo una montaña de impresos. Y así desaparecieron y aparecieron nuestras matrículas, en cuestión de segundos.

En Etiopía todo ocurre de esta manera, es un país muy complicado. Ahora han empezado a informatizar los organismos públicos y van mejorando. Cuando hay luz, claro, porque los cortes de electricidad son generales en todo el país. Si no ha llovido un poco antes de la temporada de lluvias, que es en julio y agosto, las presas se quedan sin agua y no pueden generar electricidad. Hasta la capital sufre cortes de luz y de agua.

El uso y el mantenimiento del coche es uno de nuestros mayores gastos fijos en Etiopía. Tenemos un presupuesto de unos seis mil euros al año. Es un coche muy grande, consume bastante combustible, gasta ruedas, las revisiones periódicas, etcétera. Y allí todo es de muy mala calidad. Intentamos comprar ruedas de marca, pero son muy caras:

doscientos cincuenta euros cada rueda. Revientan, se pinchan, se deforman; al principio no sabes cómo cambiar una rueda, pero ahora podría hacerlo con los ojos cerrados. A África mandan lo peor, lo que nadie quiere; si te fijas en las fechas de fabricación, son de hace tres o cuatro años. El aceite, como es tan malo, hay que cambiarlo cada cinco mil kilómetros: en ir y volver a Afar, ya hago mil cuatrocientos kilómetros, más los que recorra allí. Si no uso mucho el coche, cada mes y medio tengo que hacer «un servicio», como dicen ellos, que es una revisión; si lo uso mucho, uno cada mes. Las dos primeras revisiones del coche estando en garantía las hicimos en Toyota, pero el precio era salvaje y la garantía solo cubría los primeros cinco mil kilómetros o tres meses, una miseria teniendo en cuenta que yo hacía cinco mil kilómetros mensuales en aquella época. Cuando se nos acabó la garantía, que fueron tres viajes a Afar, abandonamos la idea de pasar las revisiones en Moenco, el concesionario oficial de Toyota en Addis, y tuvimos que empezar a buscar repuestos y un garaje de confianza.

En Addis Abeba, los gremios están agrupados como antiguamente ocurría en España. Teklaimanot es la zona de los repuestos de coches. Hay cientos de tiendas. Frecuenté mucho aquella zona durante una temporada porque los primeros meses de tener el coche me robaban continuamente los tapones de la gasolina. Era terrible porque el tapón original cuesta ochocientos birres y el tapón chino, cien. Hacen la misma función y si ya me vais conociendo, habréis adivinado que nunca llegué a comprar un tapón original. Iba a Teklaimanot a comprar los tapones y los filtros. Para encontrar un buen precio hay que ir tienda por tienda preguntando, pero, al ser extranjero, en muchas de ellas suben el precio, por lo que hay que dedicar bastante tiempo para conseguir el precio real de mercado. Hacia la mitad de la calle está una tienda llamada Heaven. En ella conocí a una agradable familia. Ibrahim era un señor mayor, hijo de un italiano y una etíope, que siempre que me veía me repetía la misma frase en italiano: «*¿Tutto bene?*», al tiempo que me daba unas palmaditas en el hombro. Ibrahim tenía tres hijos y una hija, que lo ayudaban a despachar en la tienda de repuestos. El mayor tenía un pequeño retraso mental y le costaba mucho hablar, pero si le dabas un poco de tiempo, podías acabar entendiéndote con él perfectamente. Cada vez que me veía, ya fuera en la tienda o en la calle, me cogía y me pegaba un abrazo que me dejaba casi sin respiración. El hijo mediano era el más espabilado; cuando le preguntabas por algún repuesto siempre decía que lo tenía, aunque tuviera que mandar a su hermano a otra tienda a buscarlo, con el oportuno aumento del precio. Cuando el hermano pequeño terminó el colegio, se fue

también a trabajar con su padre en la tienda. Como es el más intelectual de todos ellos, se puso a estudiar chino, así que cuando los chinos entran en la tienda para buscar repuestos, los saluda con un: «*Ni hao*», e incluso es capaz de decir tres o cuatro frases seguidas que soy incapaz de transcribir. Ibrahim también tiene una hija, que es la mayor de los hermanos, y aunque las mujeres apenas se relacionan con los hombres, menos aún estando solteras, ella es la que lleva las cuentas. La tienda mide unos tres metros de ancho por un poco más de profundidad, y está repleta de piezas. Yo compré allí los filtros y otros repuestos durante una temporada porque eran bastante baratos. Me trataban bien y no me timaban, y toda la familia me conocía y me llamaba por mi nombre: Paco.

En estas tiendas, cuando no tienen lo que tú pides, el dependiente se va a la tienda de al lado, lo compra y te lo vende con la comisión; por eso yo cuando voy al mercado con alguien, siempre le digo: «¡Síguelo, síguelo!», para saber dónde tienen ese repuesto e ir directamente allí la próxima vez y así evitarme la comisión.

Una tarde, cuando aún vivía en el hostel Baro, tenía que comprar algo que se había roto en el coche. Había sido un mal día en el que no había conseguido resolver nada, estaba muy cansado y desmoralizado con el papeleo y llegué a la tienda de repuestos, al Heaven. Debía tener mal aspecto porque en cuanto entré me preguntaron si había desayunado y me invitaron a un té. Cuando me estaba tomando el té, el hijo mayor y el mediano acordaron que sería mejor darme un desayuno. Me trajeron una comida que se llama *fetura*, que es como una masa de *pizza* muy finita bañada en huevo, frita, y con miel por encima. La miel en Etiopía es tan buena como el café. Deliciosa. Y entonces empezamos a hablar tranquilamente de la vida. Y me salvaron otra vez, porque yo estaba de bajón, muy cansado, siempre solo en el hotel. Agradecí muchísimo haber pasado con ellos la mañana, charlando de todo y de nada en particular, como hace cualquier persona. Me cargaron las pilas. Parece una tontería, pero son momentos que se me han quedado grabados. Tengo muy buena relación con ellos. A veces me dicen: «Hemos visto tu coche y no has pasado por la tienda; ya te has ido a comprar a otro lado». Y les digo: «Pero ¿es que no tenéis el filtro bueno que necesito!». Y me dicen: «Da igual, pero vienes a tomarte un café». Alguna vez que el padre ha estado enfermo le he llevado medicinas. Un día, hace poco, pasé por la tienda y solo encontré a dos de los hermanos. Les pregunté por su padre y me dijeron que el fin de semana anterior había tenido un

accidente de coche y había muerto. Les di el pésame. Lo sentí mucho; me dio mucha pena porque he tenido mucha y muy buena relación con ellos y los aprecio de verdad.

Para hacerle la revisión al coche, necesitaba, además, encontrar un mecánico de confianza, así que le pregunté al doctor Markos si conocía alguno que pudiera recomendarme. No tardó ni un segundo en recomendarme a Demis, que viniendo de Markos me aceptó como cliente.

Demis es un etíope de unos cincuenta años, casado y con una hija en la universidad; estuvo trabajando seis años en la Toyota de Addis Abeba y tres años en un taller de mecánica rápida en Italia, por lo que conoce esos motores como la palma de su mano. Cuando nos conocimos era un poco más reservado, ahora que llevamos muchos años juntos tenemos la confianza de hablar de todo, con franqueza. El mantenimiento de nuestro coche lo hace fuera de su horario de trabajo, los sábados, en el porche de mi casa de Addis. Desmontamos el coche; yo acabo exhausto, pero él sigue ahí, tan campante, sin protestar, de buen humor, quitando las ruedas, que pesan una tonelada, o vaciando el aceite y lo que haga falta. Hemos pasado muchas horas juntos. Para ayudarlo a terminar antes, le adelanto el día anterior parte del trabajo desmontando algunas piezas, especialmente quitando las ruedas y elevando el coche sobre unos stands, que es el trabajo más pesado y menos técnico. Demis se ha tomado la molestia de enseñarme: «Paco, tienes que aprender estas cosas básicas de mecánica porque si te quedas tirado en Afar, debes saber cómo resolverlo para poder salir de allí». Algunas veces he tenido que hacerlo todo yo solo en Afar y lo he conseguido. Él está muy orgulloso de ello.

Durante la semana, Demis trabaja como jefe de mecánicos de una empresa fuerte, pero si me quedo tirado en cualquier lado, él pide un día libre para venir a rescatarme. Como tenemos mucha confianza, un día me dijo que me consideraba parte de su familia en Etiopía y que la familia estaba para ayudarse, así que me dijo que si algún día tenía algún problema, no dudara en llamarlo, que él estaría siempre ahí para ayudarme. Se me siguen poniendo los pelos de punta cada vez que lo recuerdo. El otro día le comenté que iba un poco achuchado de dinero. «No te preocupes, Paco, tengo un plan de pensiones. Si necesitas dinero, pídemelo». Pero, afortunadamente, no estaba tan agobiado como para eso.

Demis es el mejor mecánico de Addis y a un precio más que razonable, aunque nunca quiere cobrarme: «Mira, Demis, ya sé que somos familia, pero el trabajo es el trabajo». Muchas veces me llaman los españoles de la Embajada, de la Oficina de Cooperación o

incluso gente que está de paso, para que les recomiende a un mecánico. Yo siempre les recomiendo a Demis, que se ha convertido en el mecánico casi oficial de la colonia de españoles.

11. ¡Manos a la obra!

Con el visto bueno del Gobierno, empezamos a remodelar el viejo centro de salud de Asayita. De entre todos los edificios, había uno que estaba peor que los demás. Lo habían construido los estudiantes de la Escuela Técnica de Construcción de Asayita y las ventanas y los muros les habían quedado totalmente torcidos. Nadie quería usarlo, así que decidimos que sería nuestra oficina en Asayita. No tenía suelo, y se lo pusimos. Pintamos las paredes y arreglamos las puertas y las ventanas. Cada vez que se rompe algo, lo reponemos, y los etíopes ven que, aunque nuestro edificio es mucho peor que los que ellos utilizan, está siempre en buen estado. Ya teníamos un lugar para poner en marcha todo lo que hasta ahora solo estaba en mi cabeza.

El primer edificio que rehabilitamos completamente fue el de la sala de partos. Estaba destrozado y lo dejamos nuevo. No tocamos nada de la estructura porque los muros estaban en buenas condiciones. Contratamos a una empresa constructora. Tiramos todo lo que había dentro, levantamos algunas partes, pusimos el techo nuevo, las instalaciones de agua y de electricidad; arreglamos los baños, las puertas, las ventanas; adaptamos el tamaño de las habitaciones para que cupiera también una sala para las enfermeras y dos para las parturientas, con un muro divisorio, como habíamos hecho en Dubti, para que las parturientas tuvieran intimidad. Y también añadimos una sala de espera. Utilizamos una pintura especial para que pudiera limpiarse a menudo. Pusimos ventiladores y aire acondicionado. Compramos todo el instrumental necesario y quedó espectacular. Pasó de estar destrozado a estar nuevo, impecable; ninguna mujer tendría miedo a contraer una infección en aquellos paritorios. Fue nuestro primer trabajo grande y conseguimos hacerlo muy bien.

Uno de los trabajadores que participó en la rehabilitación del primer edificio del centro de salud de Asayita fue Gebre. Cuando lo conocí, no estaba en su mejor momento. Había trabajado en inteligencia militar durante la guerra con Eritrea y apareció en Asayita enfermo de sida, abandonado por su mujer y sus tres hijos –los tres policías

federales—, desesperado. Empezó haciendo pequeños trabajos para nosotros y con el tiempo se ganó mi confianza como jefe de obra y hoy es mi mano derecha. Poco a poco ha ido ampliando sus responsabilidades. Ahora tiene firma conmigo en el banco, se ocupa de todas las obras, de pagar los salarios de los albañiles y de los demás trabajadores de la construcción, y de pagar los impuestos, los materiales y las medicinas. Además, es un auténtico GPS y siempre acierta cuando tengo alguna duda en las pistas del desierto. En algunas ocasiones, es muy cabezota, por lo que hay que tener mucha mano izquierda con él, pero si le caes bien, trabaja contigo de muy buena gana.

Tanto en Dubti como en Asayita, hemos tenido la suerte de contar con voluntarios, especialmente durante los meses de verano; muchos de ellos son viejos conocidos y la gran mayoría han repetido varias veces. Vienen cargados de medicinas, cepillos de dientes, globos y caramelos.

Recuerdo especialmente el día en que Lucía llegó por primera vez a Afar. Agotada después del viaje en avión desde Madrid, con parada en Addis, y luego el viaje en coche, un montón de horas más. La temperatura era de 50 °C. Nosotros estábamos acostumbrados, y al llegar a casa nos pusimos a ver tranquilamente un episodio de *Anatomía de Grey* en la pequeña pantalla del ordenador. Había muchísimos bichos en aquella casa —saltamontes voladores, cucarachas, mosquitos y miles de insectos más— y se chocaban contra la pantalla atraídos por la única luz que había y rebotaban en nuestra cara. Lucía nos decía: «Oye, aquí hay muchos bichos, ¿no? Se me están metiendo hasta en los oídos...». Y nosotros seguíamos viendo el episodio, interesados, como si nada. Ni los bichos ni el calor nos afectaban ya. En algún momento del episodio, Lucía se levantó y fue a ducharse, matando bichos por el camino a zapatillazos bajo la mirada expectante del guarda. El calor era insuportable para una persona que acababa de llegar de Europa. No iba a refrescar. De pronto, la vimos regresar a la casa empapada y cubierta por una capa de barro; al salir de la ducha se había desatado una tormenta de arena, y al estar mojada, el desierto entero se había quedado pegado en su piel.

A cualquier sitio adonde vayamos somos un auténtico acontecimiento. Allí no hay blancos. Nosotros somos los distintos, los diferentes. Parecemos puntos de tiza garabateados sobre una pizarra negra, de las de antes, de las que aún se usan en Etiopía. Todo el mundo nos mira, nos vigila y nos sigue adonde vayamos, cuchicheando a nuestras espaldas. Se agolpan con descaro detrás de las ventanas del bar en el que entramos a calmar el calor con una Mirinda de naranja, también de las de antes, sin

atreverse a entrar. Nos miran y se ríen. Y nos llaman *faranji*, que, como ya he dicho antes, significa «extranjeros».

Todos pudieron comprobar sobre el terreno que el proyecto estaba en marcha y que funcionaba. Todos los que han venido han podido ver cómo los proyectos van saliendo adelante. Han compartido nuestros orígenes y han comprobado que cada euro conseguido se invierte directamente en el proyecto. Casi todas las cosas que hay en la casa que allí podrían considerarse un lujo –un generador, una nevera, un arcón o un ventilador– nos las han regalado los voluntarios, de su dinero, con su esfuerzo, para evitar que estemos cinco o seis días sin luz y sin agua, para poder conservar el agua fresca. Y siempre hemos dormido todos juntos en el suelo, sobre colchones, compartiendo todo lo que había. Cada voluntario que ha venido ha trabajado en lo suyo: los médicos, como médicos, las dentistas, como dentistas, y los ingenieros, como ingenieros, aunque muchas veces han acabado haciendo un poco de todo.

Trasladarlos a todos en nuestro coche desde el aeropuerto de Addis Abeba hasta casa exige un poder de concentración espacial sobrehumano que no lo superan las partidas del máximo nivel del Tetrix. El coche mide cuatro metros y medio de largo por casi dos de ancho. Su altura es de dos metros y medio, pero en estos traslados, en la baca cargamos otro metro más, porque todos traen muchas cosas que les encargamos para el proyecto. Alrededor del coche extendemos todo lo que hay que cargar, como si fuera un campamento: maletas, cestos enormes, cajas con electrodomésticos o aparatos que han comprado para dejar en casa, ropa para niños, además de medicinas y otras cosas que les hemos encargado. A veces he llegado a contar más de veinte bultos de tamaño más bien grande. Para que quepa todo, tenemos que desmontar la rueda de repuesto; dentro nos acoplamos todos, hasta trece personas, sin que sobre un milímetro de espacio, poniendo a prueba la capacidad del coche, que parece que se estira para que quepa todo. Y así, como sardinas en lata, nos lanzamos a un viaje de doce horas por tierras desérticas.

Llegamos reventados; más aún los recién llegados, ya que para aclimatarse al calor se necesitan dos o tres días, hasta que el cuerpo empieza a regularse. Al principio, el calor no te deja pensar, no te deja hacer nada, especialmente en los meses de más calor, entre mayo y julio. Llegan a Afar de noche y cuando salen del coche y ponen un pie en la arena, se dan cuenta de cómo pesan los 50 °C. La primera noche no pueden dormir. Sudan a chorros, sin parar, y si el ventilador se apaga porque se va la luz, aún más. La sensación recuerda mucho a cuando estás dentro de una sauna deseando salir porque ya

no puedes más, pero piensas: «¡Aguanta, aguanta un poquito más, un minuto más» y al final abres la puerta y sales, y ¡por fin respiras! Pues la sensación es la misma... pero sin poder abrir la puerta.

Cuando llega la hora de levantarse están agotados porque no han dormido nada desde hace varios días, primero, por los nervios del viaje, por el estrés de los preparativos, y después, porque Afar es un auténtico horno. Están como zombis. Les queda todo el día por delante y están agotados. Se tarda un tiempo en reaccionar. El primer bofetón de realidad es duro y cuesta asimilarlo, física y psíquicamente. Al principio, tu cabeza va más despacio y tu cuerpo está ralentizado, y no puedes hacer nada más que darte tiempo y esperar, aunque estés impaciente por ayudar. Y para poder asimilar lo que ven y empezar a ser independientes necesitan al menos una semana. El motivo es que es necesario un cambio de mentalidad. Para ello hay que dejar a un lado las ideas preestablecidas que traemos todos desde España, porque aquí no funcionan, y empezar a entender el camino y el porqué de las cosas en Etiopía. Para los voluntarios técnicos, el cambio es más fácil: los ingenieros, arquitectos, médicos, enfermeros, odontólogos o los oftalmólogos realizan el mismo trabajo que en España, por lo que no tienen que reorganizarse la cabeza, sino solo superar la barrera del idioma. Para los demás, los que llevamos la gestión de los proyectos, es un poco más complejo. Siempre nos cuestionamos cambiar las cosas, de una manera o de otra, sin pararnos a pensar que estamos ante formas de trabajar y costumbres diferentes. Con el tiempo se acaban amoldando y cambiando las cosas, pero no como creían inicialmente. Este es el período de adaptación que todos necesitamos cuando trabajamos para cambiar el mundo.

A los voluntarios les encanta jugar con los niños en la calle o ir hasta el mercado caminando para hacer la compra. Y después de haber trabajado duro todo el día, los arquitectos con el pico y la pala, codo con codo con los etíopes, los médicos y los enfermeros curando úlceras imposibles, los ingenieros diseñando soluciones, y todos ayudando en el proyecto común, terminamos tomando una cerveza por la noche bajo una cúpula de estrellas que jamás hasta ahora habían podido contemplar.

En Afar hay mucho trabajo para los dentistas. Los afar se afilan los dientes, les sacan punta para mostrar fiereza e imponer el miedo ante sus enemigos. Es una tradición que se mantiene y que acarrea graves consecuencias.

En nuestro primer verano en Dubti, vinieron dos odontólogas voluntarias que eran hermanas, las dos rubias, muy simpáticas y muy trabajadoras. Marga y Nuria,

acompañadas de varios voluntarios, estrenaron nuestra oficina del centro de salud de Asayita. En Asayita hubo un gran revuelo; todos los días se formaba una enorme cola de curiosos que aplastaban sus narices contra los cristales de las ventanas de nuestra oficina para verlas trabajar.

Antes de empezar a trabajar, prepararon unas pizarras con las palabras más utilizadas en español y en amárico para poder comunicarse con sus pacientes: abre la boca, cierra, abre más, enjuágate con agua, desde cuándo tienes esta infección, cómo empezaron las llagas... De sol a sol, las dos hermanas se enfundaban en sus camisas azules y sus pantalones blancos y trabajaban durante horas contemplando, desde detrás de sus gafas cristalinas, bocas que jamás habían visto en España: heridas brutales que nacían en las encías y que conseguían salir al exterior taladrando el carrillo, encías con bultos enormes que llenaban toda la boca y apenas dejaban ver los dientes, infecciones que parecían irremediables. Allí todo es excesivo; no hay término medio. Había tanta gente esperando su turno en la cola que las odontólogas se dedicaban básicamente a curar infecciones y a extraer dientes y muelas. A veces los dientes se les montan, nacen torcidos o crecen dos en el mismo agujero. Acabaron reventadas de la espalda de estar encorvadas tanto tiempo sacando dientes. En ese primer verano, trataron a doscientos treinta pacientes y realizaron trescientas trece extracciones de piezas dentales. Además, cuando terminaban las consultas, salían al patio del centro de salud y repartían cepillos de dientes entre los niños; se sentaban con ellos y les explicaban cómo había que cepillarse cada diente al menos tres veces al día. Y en la oficina, con dibujos, enseñaban a los adultos las bondades de la limpieza de la boca. A pesar de que todos los que pasaban por allí se llevaban su cepillo de dientes, las enseñanzas de las dentistas no han calado en la población de Afar. Los cepillos duran un tiempo limitado y después hay que reponerlos, y allí casi nadie tiene costumbre de hacerlo. Aunque sí utilizan la versión local: una rama de un arbusto llamada *chifrik*, que hace las funciones de cepillo y que mueven durante mucho tiempo de arriba abajo hasta dejarlos relucientes.

A mediados de 2007 yo pasaba mucho tiempo en Addis, no solo arreglando papeles, sino también comprando material para los proyectos. De repente llegaba al Hotel Taitu con un depósito de mil litros que no cabía en mi habitación, o con cuatro ruedas para el coche, y tenía que hablar con los guardas y negociar una propinilla para poder dejar los bultos cerca de ellos, vigilados. La jefa de recepción del hotel es encantadora, Sarah; muchas veces, cuando llegaba, me decía: «Oye, Paco, han dejado esta maleta a tu

nombre». Eran españoles que habían estado haciendo su voluntariado con las *sisters* y coincidían con alguien que me conocía y me dejaban maletas con ropa o con comida, maletas que yo no había visto en mi vida, con una etiqueta donde ponía simplemente «Paco».

En noviembre de 2008, el Gobierno nos pidió que pusiéramos en marcha un programa para mejorar la salud ocular en el centro de salud de Asayita, ya que la arena del desierto y la intensidad del sol eran responsables directos de enfermedades en los ojos que, al no ser tratadas por personal especializado, con mucha frecuencia llegaban incluso a causar ceguera permanente. Lo más rápido posible acondicionamos una sala dentro de la oficina, la dotamos con todo el material necesario y contratamos a la enfermera especialista en oftalmología del Hospital Regional de Dubti, Aster Degú, que acudía los sábados a pasar consulta. Aster nació en Dubti y allí vivía y trabajaba, por lo que no tenía ninguna intención de dejarnos colgados marchándose a otro destino más cómodo. Además, obtuvo las máximas calificaciones en la Escuela de Oftalmología, por lo que estaba capacitada para practicar pequeñas intervenciones quirúrgicas en la sala. En los primeros dos meses, trescientas cincuenta y tres personas fueron atendidas en el programa de salud ocular.

12. La decisión

No, no se me cruzó un cable una mañana sin más. Iba y venía, de Madrid a Etiopía, continuamente. Recuerdo una conversación que tuve en el despacho con Eduardo, que era en aquella época uno de nuestros principales financiadores y nos había dado una gran parte del dinero con el que habíamos comprado las medicinas y la comida de nutrición que ya habían llegado a Etiopía. Le conté mis dudas, le comenté que nuestra farmacéutica se marchaba de la ONG, que todo era un caos y que la única manera de seguir adelante y organizarlo bien suponía que yo me fuera allí definitivamente.

—Por mí no te preocupes —me decía mi buen amigo—. Yo sé que has puesto el cien por cien en sacar esto adelante; no te preocupes del dinero que hemos dado para los proyectos; a veces se puede y otras veces no. Pero tú lo has intentado con todas tus fuerzas.

—Sé que si no me instalo allí, la ONG no va a salir adelante. No me gusta dejar las cosas a medias, sin terminar. Y si estamos luchando todos para hacer las cosas bien, aun con la tranquilidad que me das al decirme que no tengo que devolverte el dinero, que no lo haga por ti, ahora no puedo dejarlo a medias...

Recuerdo perfectamente aquel día. Fue una gota más, la última, de un vaso que se había ido llenando poco a poco desde que puse por primera vez un pie en Etiopía. Aquel vaso contenía ya miles de razones para dejar Madrid y para trasladarme a Etiopía y entregarme en cuerpo y alma para acabar lo que había empezado.

Antes de tomar una decisión seria, siempre escucho las opiniones de los demás, especialmente a mi padre. Mi conclusión fue que realmente era algo que quería hacer y que si estaba allí, podía sacarlo adelante. Hasta ese momento, todo había sido muy burocrático y realmente habíamos hecho muy poco del proyecto. Pero ahora habían llegado las medicinas, que eran la primera parte de nuestro gran proyecto, las estábamos repartiendo en Dubti y en Asayita y todo estaba funcionando muy bien. No me parecía serio abandonar, no era profesional, y eso es lo que yo siempre había defendido.

Tomé la decisión de irme, de cerrar el despacho, de cambiar de vida. Tuve suerte porque todo lo que me rodeaba me ayudó a tomar la decisión. Recuerdo que yo llevaba dos pleitos grandes. Uno era un problema de urbanismo con muchísimos afectados y el otro un tema de fraude inmobiliario que hubo en Madrid. Ambos salieron en la televisión y sobre el segundo, además, se publicaban noticias diariamente en los periódicos. No podía dejarlos a medias, pero, por azares de la vida, logré terminar los dos pleitos casi al mismo tiempo, uno en junio y otro en julio, algo que no suele ocurrir nunca. Además, el resto de los trabajos que llevaba en el despacho de menor volumen estaban ya casi cerrados. Todo se había alineado a favor de mi marcha; era el momento de decidir si ir o no ir. Y tomé la decisión de ir. Hablé con mi hermano Pablo, también abogado, por si alguno de mis clientes quería pasarse a su despacho, y les comuniqué a todos que me iba.

–¡Ah! Otra vez te vas para allá. Muy bien. ¿Por cuánto tiempo? –me decían, creyendo que era un viaje más.

–Me voy del todo. Cierro el despacho. Ya no soy vuestro abogado.

Muchos clientes eran a la vez financiadores; trabajaba para ellos, me conocían, sabían que era honesto, confiaban en mí y en la ONG, y me decían: «Cuenta con nosotros». Venían a todos los eventos. Hablé con todos, de uno en uno. A día de hoy, casi todos me siguen financiando y aún me preguntan cuándo voy a volver. No sé cuándo voy a volver. Igual que tomé una decisión porque estaba creando algo, cuando sea el momento de volver, mi decisión no será de un día para otro, sino que la habré meditado. La vuelta será producto de una reflexión seria. También se irán conjugando las cosas.

Muchas veces me han preguntado si tomé la decisión de pronto: «¡Zas!, lo dejo todo». No. Son las decisiones las que te toman a ti. Te hacen meditar, te convencen. La vida te va llevando y marcando un camino. Como dice mi padre: «Hay que dejar al burro mear». Supongo que cuando regrese será igual, no diré: «¡Zas, y adiós muy buenas!». No hay que ser impulsivo en estas decisiones. Y no hay que tener miedo a tomarlas; si te equivocas, todo se puede arreglar.

En julio de 2007 acabó el contrato con nuestra farmacéutica y se marchó definitivamente a España; un poco antes incorporamos a otra persona, así que dos trabajadores estuvieron en la ONG hasta diciembre de 2008. Yo pasaba allí con ellos largas temporadas. El 4 de enero de 2009 aterricé en Addis para quedarme. Etiopía sería ahora mi hogar.

13. Afar: el infierno en la Tierra

Entre Addis Abeba y Asayita hay seiscientos cuarenta kilómetros en dirección al noroeste de Etiopía. En nuestro coche, dependiendo del número de animales que crucen la carretera, llegamos a tardar hasta doce horas y podemos considerarnos muy afortunados porque, al ser la carretera que conduce a Djibouti, está asfaltada. Desde que Etiopía perdió su salida al mar por el puerto de Assab en la guerra contra Eritrea, toda la mercancía entra y sale a través del puerto de Djibouti por esta carretera. Me la conozco de memoria, sé dónde está cada bache, cada curva; la he recorrido miles de veces. Al principio hay bullicio, coches, cláxones que suenan, árboles, bicis y todo tipo de animales sueltos: vacas, ovejas, cabras y burros. La ciudad se mueve y te despide, hasta que de pronto el silencio te envuelve y a medida que engulles kilómetros, el paisaje va perdiendo elementos, uno tras otro, desnudándose hasta quedarse solo en piedras y arena, en calor y silencio, con una monotonía que solo se rompe cuando algún que otro camello cruza la carretera. Bienvenidos a la región de Afar. Kilómetros y kilómetros de una inmensidad donde solo ves la nada: piedras y arena, un horizonte de polvo que a menudo te engaña haciéndote creer que es el mar.

La carretera es como una brecha abierta; a veces, el desierto quiere vengarse y recuperar el trozo que le han robado, y entonces se mueve en forma de dunas que, empujadas por el viento, avanzan y reconquistan el asfalto, ocultándolo peligrosamente. Los accidentes acechan. Los camiones se suceden, con carga o vacíos, van o vienen, uno tras otro, con el cansancio en el volante, agotados por el calor, por la monotonía, medio dormidos. De repente, en medio de esa nada, decenas de camiones nuevos irrumpen desde Djibouti: uno, dos, tres..., veinte..., veinticinco, rompiendo el silencio de la carretera.

Todo el mundo en Etiopía utiliza el claxon: claxon para arriba, para abajo, para avisar, para quejarse, para saludar, para espantar a los animales, para volver a avisar. Eso sí, en muchas ocasiones ni siquiera le prestan la atención, así que no queda otra que claxon y

más claxon. Debe de ser uno de los pocos países en los que te ves obligado a cambiar el claxon porque se desgasta.

Puedes recorrer kilómetros y kilómetros sin ver a nadie. Nada. De vez en cuando vislumbras a lo lejos una figura humana como reflejada en agua, que va cobrando forma a medida que te acercas. ¿Adónde irá? ¿Dónde vivirá? ¿Qué hace aquí? El desierto es asfixiante. Si decides bajar la ventanilla porque por un momento te has olvidado de lo que pasa fuera del coche, el calor te sacude como una bofetada, te cae encima y lo notas como si tus párpados estuvieran cubiertos de plomo. Como dice Janet, una gran voluntaria de Amigos de Silva, «cuando abres la ventana en Afar, parece que alguien está apuntándote en la cara con un secador de pelo a toda potencia». Yo creo que los norteamericanos rodaron aquí la llegada a la Luna.

Arena, piedras y bidones amarillos. Bidones reutilizados como contenedores de agua suben y bajan por la carretera; la gran mayoría de las veces son niñas pequeñas las que tiran de una cuerda o cargan a sus espaldas estos pesados bidones de veinte litros durante muchos kilómetros para poder llevar el agua a sus familias; otras veces las acompañan sus madres, y si son afortunadas, cargarán a su burrito con cuatro bidones de tan preciado líquido.

De cuando en cuando un arbusto, un poco de verdor, aunque engaña, porque si te acercas, no refresca, sino que pincha. ¿Es esto lo único capaz de crecer en Afar? Al parecer, fue un intento del Gobierno para reforestar el desierto, pero el *woyane* está lleno de espinas, no vale para nada y es una especie que se mete en los cultivos y solo se puede aprovechar para hacer carbón vegetal cuando es grande. El calor es abrasador. Fuera del coche hay 50 °C. De pronto la arena deja paso a las rocas volcánicas, grandes rocas redondeadas escupidas por el Erta Ale millones de años atrás, que cubren todo el horizonte y sobre las que caminan descalzas, como si flotaran, sombras humanas. No se queman. No se pinchan. Y esta gente que camina sobre ellas, ¿adónde va?, ¿quiénes son? No hay nada alrededor, no se ve ningún lugar humanizado adonde puedan ir y, sin embargo, viven ahí, adaptados a este medio tan hostil. De pronto distingues sobre el ocre de la arena dos o tres *aris* con sus características esteras. Si te fijas un poco más, puedes ver a los afar, con sus faldas hasta el suelo, sus enormes sables atados a la cintura, sus chanclas de cuero o sus cangrejeras de plástico, el calzado que se ha puesto de moda en el desierto esta temporada; se confunden entre la arena y las piedras volcánicas. Como

camaleones. Pero están ahí, viven ahí, bajo este sol, en lugares donde no hay nada, inhóspitos, donde menos imaginas.

En este viaje tan largo cruzamos pueblos pequeños separados por más de cien kilómetros, pero al llegar a la ciudad de Awash, es obligatorio parar a desayunar. Pocas paradas aseguran cumplir con el horario, pero en un viaje de tantos kilómetros se necesita realizar alguna parada técnica. Entonces elijo el lugar mirando que en aquella inmensidad, hasta donde me llega la vista, no haya nadie: ni personas ni animales. No hay un arbusto donde camuflarse. Paro el coche. Me bajo. Un último vistazo a mi alrededor para cerciorarme de que no hay nadie. Lo confirmo: no hay nadie. Y entonces, en menos de un minuto, aparece un afar a mi lado, salido de la nada. Pero ¡si no había un alma! Inmediatamente después, otro, otro más, y en cinco minutos, varios afar me rodean mirándome con curiosidad. A mí me da un poco igual, pero a las chicas, ver que de repente se les acerca un afar y se las queda mirando justo cuando iban a hacer sus necesidades no les hace mucha gracia... Pero ¿de dónde han salido? Vienen a tu encuentro, a verte, pero ¿dónde estaban? ¿Cómo han podido verme? ¿De dónde salen? Supongo que estarán tan asombrados al vernos como lo estaríamos nosotros si nos topáramos con un afar, con sus dientes afilados y sus trencitas en el pelo, con el torso desnudo y su falda hasta los pies, su Kaláshnikov y su sable a la cintura, paseando tranquilamente por la Puerta del Sol.

Muchas veces, a la salida de estos pueblos, puedes ver una mancha oscura que interrumpe la monotonía y al acercarte puedes distinguir que son marabúes, decenas de ellos, caminando pensativos con sus trajes negros y su metro y medio de altura. En realidad, escrutan la basura que la gente ha depositado en un vertedero improvisado. Los marabúes se lo comen todo excepto los plásticos, que los reservan a las cabras. Por eso se consideran sagrados en África, porque prestan un gran servicio a la comunidad devorando cuanta basura es capaz de generar el hombre, incluso si hay poco que comer. También me parece muy curioso que las plumas que nacen debajo de las alas de esta carroñera sean tan finas que a miles de kilómetros de aquí se utilicen para adornar los cuellos de las mujeres ricachonas o aporten glamur a las artistas que bajan por las escaleras luminosas en los espectáculos musicales. Qué cosas tan absurdas se piensan cuando has recorrido muchos kilómetros y aún te quedan otros tantos para llegar a tu meta.

Sigo devorando asfalto y a lo lejos adivino las figuras de dos mujeres afar que cargan a sus espaldas dos críos; caminan por la orilla de la carretera semidesnudas, con los pechos al aire, envueltas en sus telas multicolores y con collares de cuentas alrededor del cuello; las dos llevan en la mano una botella de agua forrada con una tela para que esté más fresca. Van paseando y charlando como si estuvieran en la Gran Vía después de una tarde de compras. Solo que están cayendo a plomo 50 °C.

Unos pasos más adelante, dos camellos caminan despacio sobre el asfalto ardiente cargados hasta arriba con los *aris* y los enseres de la familia. Están de mudanza. Esteras enrolladas, las hojas de palma que sirven como cama, telas, botellas, bidones, la leña recogida, la chapa para cocinar, algo de comida, bultos y bultos que los afar amontonan con un peculiar orden sobre el camello hasta hacer doblar su altura y su anchura. Y como remate, la estructura del *ari*, que se pliega en cada traslado, colocado encima de toda la montaña de bultos, como un capuchón, y parece que al camello le hubiera nacido una nueva joroba con aspecto de coraza. Cuando nace un cabritillo, las mujeres afar trenzan una especie de mini *ari* que sirve de jaula para que no se escape. Con los niños pequeños hacen lo mismo: les ponen la jaulita encima para que no se escapen si la madre está ocupada. A veces, el cabritillo y el bebé, con sus protectoras jaulitas, están al lado. Es como nuestra cuna o el parque donde metemos a nuestros bebés para que jueguen aislados y sin peligro.

Los camellos son animales casi sagrados para los afar. Solo los niños más pequeños pueden subirse a los camellos durante el traslado. Los cuidan, los crían y los cargan con la casa auestas. Son el tesoro de la tribu. Los ordeñan a primera hora de mañana y al caer la tarde. Para que den leche, las camellas siempre tienen que tener cerca y a la vista a su cría. Los afar reutilizan las botellas de agua de plástico usadas para envasar la leche, y la venden en la orilla de la carretera por diez bires, que al cambio son unos treinta céntimos de euro. Alguna que otra vez tomo la leche de camella; hay que esperar hasta el anochecer para comprarla para así asegurarse de que ha sido recién ordeñada y siempre hay que hervirla antes de consumirla. Sabe y huele a humo. Allí todo huele a humo; de hecho, los afar se lavan con humo, lo utilizan para asearse y siempre huelen a humo.

Cuando recojo gente en el coche, muchos de ellos me ofrecen como agradecimiento un trago de leche; es una falta de educación no aceptarlo, pero he descubierto que me salva decir que estoy lleno y que no puedo comer nada más. Entonces me miran, sonríen y guardan de nuevo la leche.

Un camello puede llegar a costar diez o doce mil birres; si es hembra, la venta de su leche traerá más ingresos a la comunidad. Es muy frecuente ver manadas de camellos avanzando por el desierto con una o dos personas guiándolos de un lado a otro. La imagen me sigue pareciendo preciosa. Son camellos arábigos o dromedarios; todo en ellos está hecho para su perfecta adaptación a las condiciones extremas del desierto. Tienen el pelo corto de color canela y una sola joroba en la que almacenan grasa que pueden consumir o transformarla en agua; sus pestañas son muy finas porque sirven de filtro para que la arena del desierto no les entre en los ojos durante las tormentas, y en las rodillas y los tobillos tienen unas callosidades para evitar abrasarse al sentarse sobre la arena. Son muy resistentes al calor y a la deshidratación y cuando encuentran agua son capaces de beber ciento cincuenta litros en un ratito. Contemplando lo que hay alrededor, parece imposible que puedan encontrar un lugar en este desierto donde haya algo de pasto para comer. Pero los afar saben adónde ir. Lo hacen cada año. Son nómadas. Se desplazan varias veces siempre a los mismos lugares hasta cerrar el círculo. Son los reyes del desierto, los guerreros de Etiopía.

El camello es mi animal favorito; es lento, tranquilo y a la vez elegante, y lo mejor de todo es que al final siempre llega adonde quiere llegar, tarde lo que tarde.

En Etiopía a los animales se los llama *the queens of the road*, las reinas de la carretera. Deambulan por todas partes; unas veces están sueltos en los pueblos, otras, en medio de la nada, y en muchas ocasiones, sus dueños los mueven de un lugar a otro. A veces pienso que les gusta la adrenalina que descargan cuando están a punto de ser atropellados en la carretera. Algo debe de tener el negro del asfalto que los hipnotiza, un estado que a veces transmiten a sus dueños, que tampoco se enteran de la llegada de un coche por su espalda.

Pero este amor al riesgo tiene sus consecuencias; si atropellas a un animal que se ha asustado y ha invadido la carretera, la responsabilidad es tuya, porque el que conduce el coche es siempre el culpable del accidente, nunca el dueño del animal. Y entonces tienes que pagarle tres o cuatro veces más de lo que vale. Si eres blanco, aún más. Al fin y al cabo, ellos estaban allí antes de que llegaran los coches. Cada vez que ves un animal a lo lejos, tienes que frenar y tratar de esquivarlo, por lo que es casi imposible llevar una velocidad constante.

Los camellos no suelen asustarse; están acostumbrados al ruido de un coche, pero los más pequeños sí, se asustan mucho y empiezan a correr de un lado a otro. ¡Ay de ti si lo

atropellas! Las ovejas y los burros son previsibles, pero lo peor para los conductores son las cabras, que giran a la izquierda, a la derecha, a la izquierda otra vez y no sabes cómo esquivarlas; ahora entiendo la expresión de «estar como una cabra». Por el día se cruzan los animales domésticos y por la noche, los salvajes. Hay muchos facocheros, como el famoso *Pumba* de la película *El rey león*; hay cientos, porque nadie los caza, nadie se los come. La fila la suele encabezar el más grande, pero es solo uno de ellos el que cruza primero para probar que el camino es seguro, y en el caso de que lo sea, se lanzan a cruzar todos los demás. La procesión la cierra la madre, seguida de cerca por sus dos o tres jabatos. También hay avestruces; puedes ver uno o dos, algunos grises y otros negros, y si tienes suerte, de repente pueden llegar a cruzar la carretera hasta seis u ocho. Es curioso que en la mayoría de las ocasiones sean números pares, ya que casi siempre suelen ir con su pareja. Las gacelas Thompson campan a sus anchas a primera hora de la mañana o por la tarde, cuando ya no hace tanto calor, por lo que a esas horas es más fácil verlas. A veces ves alguna y cuando quieres, ninguna. Y también hay pájaros impresionantes: águilas, halcones y miles de aves que en otros lugares están en peligro de extinción. Y tampoco faltan los monos, que adoptan posturas demasiado familiares para el ser humano.

Los afar respetan a los animales. Si encuentran a uno muerto no se lo comen; si ha sido atropellado, tampoco. Los animales salvajes ni se matan ni se comen, ni facocheros, ni gacelas, ni monos, ni zorros del desierto, ni hienas, ni siquiera los huevos de avestruz. Su filosofía o su religión es animista. Creen que tanto los objetos cotidianos como los que se encuentran en la naturaleza –los animales, los árboles, los ríos, el cielo, la tierra, las rocas y las montañas– tienen alma, y por eso los respetan como a dioses.

Y quizá tengan razón, porque en el desierto suceden cosas que parecen mágicas. Si remueves un poco la arena y te fijas bien, verás que hay trozos de conchas marinas mezcladas con los granitos de arena, fósiles de hace miles de años, cuando Etiopía era un mar. En pleno desierto. Y no es un espejismo.

De repente, el asfalto desaparece y se convierte en un camino lleno de baches. Han pasado doce horas desde que salí de Addis Abeba. Fin del trayecto. El asfalto se acaba en Asayita.

14. Asayita, mi hogar

La rehabilitación del centro de salud de Asayita iba lenta, pero avanzaba. Nuestra oficina estaba funcionando; ya no era necesario que nos desplazáramos desde Dubti cada dos días a Asayita cargados con la comida de nutrición y las medicinas porque podíamos almacenarlas en nuestra oficina del centro de salud y salir desde allí a hacer los repartos. Después de ocho meses de uso, las medicinas que habíamos traído de España para la farmacia hospitalaria de Dubti se estaban agotando, así que hablamos con el Gobierno para acelerar nuestro traslado a Asayita. No tenía mucho sentido seguir viviendo en Dubti cuando nuestros proyectos estaban en Asayita. Estudiamos las necesidades del hospital de Dubti y donamos una parte de las medicinas que nos quedaban y el resto lo llevamos a Asayita porque allí hacía mucha falta.

Buscamos una casa y a mediados de 2008 nos trasladamos a Asayita, o Asaita o Assayita o Asayta o Assayta; no hay dos carteles donde el nombre de esta ciudad esté escrito de igual manera. Asayita era la antigua capital de Afar, antes de que esta se trasladara a Semera, la nueva capital administrativa, pero no os imaginéis una ciudad. Al igual que os advertí cuando hablamos de Dubti, aquí las ciudades son como poblados. En Asayita solo la calle principal está asfaltada, el resto son de arena. En la calle principal, entre el asfalto y las casas se abre una zanja enorme para que discurra el agua porque aunque llueve poco, a veces lo hace de manera torrencial, y la zanja sirve como desagüe; para salvar la zanja hay que cruzar por una tabla que hace de puentecillo. Paradojas de la vida, en pleno desierto, con lo poco que llueve, están condenados a tener esa enorme zanja en la puerta de sus casas para no inundarse. Si se descuidan, cualquier noche se caen dentro, y lo digo por experiencia, ya que se nos han caído ya dos voluntarios, pero afortunadamente se quedó solo en un susto.

Nuestra casa es de piedra, un avance respecto a nuestra casa de adobe de Dubti, y se ve a la legua, porque está en la calle principal y la fachada está pintada de morado y azul caribe, muy *hippie*. Estaba así cuando nos la alquiló el concejal de Sanidad. Es grande y

está bastante nueva; apenas la habían usado. Al principio todo era muy gris, de color cemento, pero poco a poco la hemos humanizado y ahora es muy acogedora. También hemos logrado acabar con un problema importante: las cucarachas. Cuando llegamos, cada noche antes de meterme en la cama mataba treinta cucarachas. Las iba contando según las mataba de un zapatazo: «¡Zas!... y treinta. A dormir». Era muy desagradable. Alguna vez he notado cómo se me subían por la barba y, rendido al sueño, les daba un manotazo, me giraba y seguía durmiendo, posponiendo la cacería hasta el día siguiente. Pero no podíamos permitirnos que las cucarachas se convirtieran en una prioridad con la cantidad de cosas que teníamos que hacer. Decidimos poner cemento en todos los agujeros y los rociamos con un espray que debe de ser muy tóxico porque en España está prohibido, y por fin exterminamos las malditas cucarachas. Por supuesto, las sigo viendo en los restaurantes y procuro mirar a otro lado, convivir con ellas, ignorarlas, y cruzo los dedos para que no sepan que fui yo el responsable de aquella masacre que acabó con cientos de sus congéneres.

La casa de Amigos de Silva en Asayita tiene un salón donde está la nevera, una mesa de obra, dos muebles que sirven como despensa y para almacenar los cacharros y una estantería metálica. Todo el suelo es de cemento, pero no está liso: tiene relieve y a veces pincha y molesta, así que pusimos un plástico un poco acolchado para no hacernos daño al andar, porque siempre vamos descalzos por casa. Si estoy solo o si solo somos dos, ni siquiera abrimos los otros dormitorios, sino que dormimos ahí durante los seis meses en los que refresca algo por la noche, porque está la nevera y puedes levantarte fácilmente si necesitas agua durante la noche. El resto del año, en la temporada más calurosa, dormimos en el porche protegidos por mosquiteras, ya que la temperatura mínima que marca el termómetro por la noche no baja de los 40 °C y dentro de la casa, por el techo metálico, es imposible dormir.

Este porche es que el que nos da la vida, es la única zona donde puedes estar sin achicharrarte. Pusimos un ventilador en el techo para remover un poco el aire, y aunque sea caliente, se agradece. Allí cocinamos, comemos y trabajamos. Al amanecer y al atardecer hay que tener cuidado con el maldito anopheles, que siempre está al acecho para contagiarnos la malaria. Tenemos un pincho para conectarnos a internet y si hay conexión, la aprovechamos y cuando no hay, nos resignamos. Todo esto lo hemos logrado después de muchos años. Al principio, cuando llegamos a Asayita, no teníamos casi nada. Ahora hemos conseguido que crezcan algunas plantitas que dan color al patio

y a la casa, y es bastante acogedora. Construimos un chamizo para el coche, para que no fuera un horno. En el patio está el grifo. Y la ducha, que es un bidón de agua, con un funcionamiento muy rústico, jarrita va y jarrita viene, te permite refrescarte al final de un largo día de trabajo. Y el váter es un agujero a una fosa séptica bastante limpia. Tenemos un tendedero y un minijardín. Nadie en Asayita tiene un grifo dentro de casa porque normalmente se alquila una habitación para cada familia y el grifo es compartido. Aunque tampoco es frecuente tener un grifo en el patio. Casi todo el mundo trasiega con los bidones. Tener un grifo en el patio es un verdadero lujo.

Cuando llegamos a Asayita había un generador enorme del tamaño de una casa gigantesca, que proporcionaba la luz a todo el pueblo. Funcionaba con gasoil, pero como robaban el gasoil, había días en los que la parte izquierda de la única calle asfaltada tenía luz y los del lado derecho no, o al revés, y otros días, nadie tenía luz. Como norma general, cada mes, cinco o seis días estamos sin luz, pero puede llegar a diez días o más. Para poder trabajar en casa con el ordenador, intenté conectarme a la otra línea de la calle, pero en la compañía eléctrica me pedían diez mil bires. Para haceros una idea, un salario mínimo en Afar es de trescientos bires, unos doce euros al mes, mientras que en Addis Abeba los sueldos son mayores porque allí todo es mucho más caro; no puedes vivir con un sueldo inferior a mil bires. El caso es que el tipo quería cobrarme diez mil bires por pasarme un cable para tener luz siempre, pero ilegalmente y sin recibo. Le dije que ni hablar. Así que en verano, a 52 °C, muchos días me quedo sin luz en casa y sin nevera ni ventilador. Cuando hay luz, saco todas las regletas y cargo el teléfono, el portátil y el iPod, toda la tecnología imprescindible en España. Así es Etiopía. Pero aunque parezca mentira, uno se acaba adaptando. Hoy, afortunadamente, todo ha cambiado. Por fin ha llegado el tendido eléctrico nacional a Asayita, aunque a la hora de la verdad sigue habiendo cortes de luz, pero ahora son para todos y no duran tanto como antes.

En frente de nuestra casa viven Lubaba, su marido Devalke y su hija Sahara, una niña preciosa que se ha criado con nosotros. Lubaba nos ayuda en la limpieza de la casa y de la oficina y cuando era pequeña Sahara siempre estaba con nosotros mientras su madre trabajaba. Desayunábamos juntos, y la educábamos, porque al ser hija única estaba muy mimada. Pedía leche y luego dejaba la taza a medias o daba un mordisco al plátano y después no lo quería. En fin, lo que hacen muchos niños a esas edades. Nosotros la queremos como a una hija. Ahora ya tiene seis años y va al cole, por eso la vemos

menos, pero nos cuenta todo lo que le pasa allí. Es muy graciosa. Este año ha empezado Primaria.

Recuerdo que un día Sahara se puso malita; tenía mucha fiebre y fuimos a verla por si necesitaba medicinas. Lubaba y Devalke estaban en el salón viendo la tele. ¿Qué estaban poniendo en la tele? ¡¡¡*Friends*!!! Ellos viven en su humilde casa de adobe, con el suelo de tierra, llena de polvo y de arena, en medio del desierto, como nosotros, y estaban viendo *Friends* en inglés. A veces la subtitulan en árabe, pero no todo el mundo habla árabe. ¿Qué estarían pensando Lubaba y Devalke de esa serie con protagonistas tan neoyorkinos, rascacielos, la cafetería Central Perk, los chistes de Rachel, de Phoebe, de Ross y del resto de los personajes que vivían en Manhattan, el pleno corazón de Nueva York? Seguro que pensaban que esas casas no existen, que son decorados para las películas, y que la gente no es así. *Friends* no tiene ningún sentido en Asayita. Era surrealista. Llevamos las medicinas para Sahara, medicinas españolas donadas por nuestros socios y amigos. A los dos días estaba recuperada y otra vez corriendo.

Por lo demás, Asayita es una ciudad muy animada. En nuestra calle, junto a la zona residencial, existen pequeñas tiendas donde se puede comprar pan, galletas, cacahuetes e, incluso, un poco de azúcar. Están construidas con chapas metálicas, así que, a media tarde, si quieres comprar algo, tienes que ir directamente a casa de sus dueños, ya que por el calor muchas de ellas permanecen cerradas. Un poco más abajo está el Commercial Bank of Ethiopia, el único banco en setenta kilómetros a la redonda, y junto a él, el Hotel Basha Amare, donde vamos muchas tardes a tomar una cerveza, a ver el mundial de fútbol y, sobre todo, a contemplar desde su azotea la puesta de sol sobre el río Awash. Continuando por la misma calle nos encontramos con la plaza principal, que es muy bulliciosa, ya que se utiliza como estación de autobuses y parada de las pocas furgonetas que conectan Asayita con el mundo exterior. Es conocida como la Piazza, por la influencia de los italianos que ocuparon Etiopía entre 1935 y 1941. Detrás está la mezquita y en dirección opuesta, a trescientos metros, la iglesia ortodoxa. Como todas las plazas de pueblo que se precien, la Piazza está llena de bares. Muchos hombres y casi ninguna mujer sentados viendo pasar gente, tomando una Mirinda, aguardando a que alguien los contrate para una jornada de trabajo o simplemente esperando a que el imán llame a la oración para acudir a la mezquita. La torre de la mezquita parece un molino manchego, pero sin las aspas, o un faro sin el mar, pintada de blanco y rematada con un tejado verde turquesa y con la media luna y una estrella. En la Piazza hay un monolito

que recuerda que la región de Afar es la cuna de la humanidad, porque en un yacimiento paleontológico a pocos kilómetros de la ciudad de Addaar en 1974 se descubrió el primer fósil de *Australopithecus afarensis*. Se trataba de una niña que vivió en el valle del río Awash hace más de tres millones de años, cuando aquello no era un desierto. Sus descubridores la llamaron Lucy porque en ese momento sonaba en la radio la canción de los Beatles escrita por Lennon *Lucy in the sky with diamonds* («Lucy en el cielo con diamantes»). Lucy no es el eslabón perdido entre los simios y los humanos, sino el miembro más antiguo de nuestra familia, la familia de los homínidos.

Asayita crece y se extiende por callejuelas de tierra paralelas a la nuestra, diez o doce a cada lado, donde se levantan también casas de piedra y de adobe y chozas de palos, pero, por supuesto, ya sin asfalto; cuanto más se alejan de la calle principal, más humildes son. Una de las calles que más me gusta es donde se vende el carbón vegetal; grandes sacos se apilan a cada lado de esta calle llena de tiendas, en las que los enfermos de sida venden el carbón vegetal como medio de subsistencia.

Nuestra calle es en realidad la carretera que continúa en dirección a Djibouti hasta Afambo, que es otro poblado donde trabajamos con programas de agua, nutrición y prevención de malaria, y es la zona más verde de Afar, gracias al río; allí las casas son más grandes, más estables, los niños tienen escuelas y hay caminos de tierra para moverse en coche.

En Asayita hay tres mercados: el principal es el de los martes, que es muy bueno, porque viene mucha gente de lejos a comprar y a vender sus productos, incluidos los afar, y encuentras productos frescos y animales a buen precio. Hay otro mercado que es más pequeñito y más caro, pero es estable y puedes ir cualquier día de la semana, y por último, una calle donde la gente coloca sus pequeños puestecillos en el suelo y que funcionan las veinticuatro horas del día, pero es mucho más caro y de peor calidad. En el mercado de los martes se montan cientos de tenderetes con palos y telas para protegerse del sol; hay que caminar medio agachado para no guillotinarsse el cuello con una de las cuerdas que los tensan, y bajo su sombra se cobijan montañas de tomates, cebollas, pimientos, limones, zanahorias y patatas. Sobre montones de paja, los huevos, y a su lado, sacos de semillas, de especias, de *berber*, esa especie de pimentón rojo que es el condimento habitual en cualquier plato etíope y que pica solo con escribir su nombre. A su lado, las mujeres sentadas en el suelo venden, charlan, comen o dormitan junto a herramientas de todo tipo: ollas, bisagras, platos y cacerolas. Todo se vende. Y también

se puede comprar de todo. Hay mucho ambientillo. En sus alrededores puedes ver a un hombre cosiendo telas de colores con su vieja máquina ante una fila de mujeres que esperan pacientemente para llevarse a casa un vestido nuevo. Y enfrente, cabritillos, corderos y algún que otro camello en venta. Los afar aprovechan la venta de alguno de sus animales para poder comprar comida, como arroz y azúcar; para sus vicios, como el tabaco, o para poder ir al hospital o comprar alguna medicina. Un poco más allá, grupos de mujeres trenzan sus esteras mientras charlan animosamente. Hay de todo y todo es muy curioso. La vida pasa por delante de tus ojos, entre los perros, las cabras, los camellos, los monos y los burros. En Etiopía hay muchísimos burros.

A partir de las cuatro de la tarde, las señoras ocupan el borde del camino principal, entre la Piazza y la entrada del pueblo, para vender *samosas*, unos triangulitos de pasta quebrada con lentejas o con arroz, aderezados con especias; las fríen allí mismo, en el momento, y las venden a un bir. El cambio ahora es veintitrés bires por un euro. O sea, que te dan veintitrés *samosas* por un euro, cuando en realidad con cuatro ya has cenado. No sé cómo ganan dinero, ni qué tendrán para ser tan baratas. Aun así, venden muchísimas; ahora hay muchos trabajadores indios en la construcción y se las llevan para cenar. También fríen una especie de pan dulce, estilo donuts, pero en mazacote, muy compacto. Y cuando hay temporada de maíz, tuestan las mazorcas, y algunas veces al volver a casa después de estar todo el día trabajando en el hospital, me compro unas mazorcas para cenar.

En Asayita no hay apenas coches particulares; creo que solo hay dos: el del hermano del sultán y el de un funcionario que trabajó para el Gobierno y que tiene plantaciones de algodón. Los demás coches que circulan por las calles son del Gobierno. Y el nuestro, que es de la ONG.

Los vecinos de Asayita se mueven en bicis, propias o alquiladas. Se alquilan por horas y son bastante baratas. Es frecuente ver a la gente pedalear con la bici medio envuelta en trozos de plástico rotos porque, en Etiopía, cuando se compra algo nuevo, quieren que todo el mundo sepa que es nuevo, que venía de fábrica con su plástico, con su embalaje perfecto. Y por eso no les quitan los envoltorios. Es más, esos plásticos los revenden a otra persona para que una bici vieja parezca que ha sido comprada hace poco. Así son las cosas por allí. Recuerdo que cuando nos entregaron nuestro coche había unos plásticos protegiendo el tirador del capó y yo los quité enseguida, y el conductor me decía que no,

que no los quitara, que la gente tenía que saber que era nuevo, que tienes dinero y que tu coche es nuevo.

Hay otros medios de transporte; los más modernos, con solo dos años de existencia, son los *bayachs* o *tuc-tuc*, que por un bir y medio te llevan a cualquier parte del pueblo. El más tradicional es el *gari*. Lo fabrican ellos mismos con un eje, dos ruedas, una plataforma y un techo y es remolcado por un caballo. Muy sencillo: cierras el precio, subes, te instalas encima de las tablas y un señor conduce al caballo hasta tu destino. Los *garis* suelen estar pintados de colores y es costumbre adornar a los caballos con algunas flores. También hay *garis* de carga, sin techo, pero en ese caso son burros los que tiran de la plataforma.

Asayita está llena de perros que vagan por las calles abandonados a su suerte. Nadie los quiere; a los musulmanes no les gustan porque a Mahoma le mordió un perro, por eso prefieren a los gatos. Cuando hay alguna fiesta en el pueblo y han matado a muchos animales para la celebración, por la noche las hienas se acercan en manadas a Asayita y los perros aúllan por turnos según se van acercando las hienas a su zona. Es impresionante escuchar a las hienas y a los perros gritando y aullando por la noche. Da miedo.

Siempre que salimos de casa tenemos que cerrarlo todo. La casa tiene puertas y ventanas a la calle, al asfalto por delante y al patio por atrás. Una vez entraron en casa desde la calle, pero no pasó nada. Nunca hay robos con violencia; es más normal que te roben al descuido, pero a nadie se le ocurre reventarte una cerradura para entrar en casa. Pero si has dejado la ventana abierta... es una invitación a que entren.

También hay algo especial en Asayita. Cuando llueve mucho, en la entrada a la ciudad hay dos o tres zonas que se inundan un poco y crecen plantas alrededor que conservan muy bien la humedad; entonces, durante un par de meses vienen a beber los camellos, los avestruces y las gacelas. A mí me parece increíble que estos animales estén al lado de mi casa bebiendo agua. Me siento un privilegiado. Pero aún me impresiona más encontrar nenúfares en pleno desierto, y eso ocurre también cuando llueve en Asayita; brotan en los charcos arcillosos esas flores preciosas más propias de climas húmedos. Dicen que la semilla del nenúfar puede aguantar cientos de años enterrada esperando las condiciones más oportunas para germinar. Basta un poco de agua del desierto para que asomen sus pétalos y empiece la magia. ¿Cómo puede nacer un nenúfar en pleno

desierto? Conchas de mar, fósiles, nenúfares... hace millones de años esta tierra debió de ser el paraíso.

15. Agua que da la vida

No es justo que una niña no pueda ir a la escuela porque tiene que dedicar todo el día a recorrer kilómetros y kilómetros de desierto en busca de agua para toda la familia. Es una carga demasiado pesada para una niña. Y no me refiero solo a la física, que por supuesto lo es; en Afar, las niñas caminan cinco, diez, quince, veinte kilómetros hasta llegar a un punto de agua, y después emprenden el camino de regreso cargando, empujando o arrastrando unos bidones amarillos que contienen veinte litros de agua, desde un punto de agua en medio del desierto hasta su casa, en la otra punta del desierto. Y muchas veces ni siquiera es agua potable; es agua turbia, sucia, contaminada. Pero es agua. Y se la beberán todos. No es justo que esa niña haya perdido todo el día en esta tarea, mientras miles de niñas de otros países pasan la mañana en el colegio aprendiendo a sumar, a leer y a escribir. Así ha sido durante cientos de años en esta región de Etiopía y nosotros nos propusimos cambiar esa realidad.

Ver cómo sale un chorro de agua a presión por encima de nuestras cabezas después de pasar varios días en tensión perforando, a 50 °C, en pleno desierto, sin apenas dormir, cruzando los dedos para que llegue ese momento y escuchar los gritos de los niños que jamás han visto una fuente de agua, ver sus caras, ver cómo saltan y se mojan con esa agua que sale caliente, y confirmar que en ese punto preciso en medio de la infinitud del desierto hay agua, que hemos acertado, que el esfuerzo ha valido la pena, que esta agua va a cambiar la vida de miles de personas, que las niñas podrán ir al colegio... Hay que estar allí, hay que verlo, hay que sudarlo, hay que sentirlo. No tiene precio.

Pero pasan muchas cosas antes de llegar a este instante único. Cuando nos trasladamos a Asayita y pusimos en marcha el programa de nutrición en nuestra oficina del centro de salud, al principio no teníamos demasiado trabajo, porque en Afar nadie va al médico hasta que realmente su estado es límite. Además, el centro de salud había sido un erial durante décadas y nadie confiaba ni quería que lo trataran en él. Así que decidimos salir e ir a buscar los problemas para poder solventarlos. Recorrimos todos los poblados de

los alrededores, desde Asayita hasta el lago de Afambo, la frontera con Djibouti. Toda esta zona es territorio afar, aunque no es desértica, sino que es más verde porque está regada por el río Awash. Ahí los afar no son nómadas, pero conservan la tradición de vivir en sus *aris*, aunque son de mayor tamaño; trabajan la tierra, pero no son sus propietarios y aunque cultivan, también sufren problemas de desnutrición cuando la cosecha no ha sido suficiente. Visitando poblaciones como Bokayitu o Detbahari nos dimos cuenta de que la desnutrición no era el único problema que tendríamos que combatir. Cuando vimos el agua que bebían, que era marrón oscuro, como chocolate, empezamos a entender que hubiera tantas diarreas y que los niños tuvieran tantas enfermedades por el consumo de agua en mal estado. En el mismo río los camellos bebían, los niños se bañaban y las niñas rellenaban los bidones de agua de veinte litros para toda la familia. Tenían problemas de alimentación, sí, eso estaba claro, pero también tenían un grave problema con el agua.

Estábamos muy interesados por este tema cuando de pronto surgió la posibilidad de hacer un proyecto de agua en Afar. Algunas ONG consiguen recaudar fondos en España para hacer proyectos, pero para ejecutarlos buscan a otras contrapartes u ONG que estén trabajando sobre el terreno y acuerdan con ellas la distribución y la ejecución de parte del presupuesto. Así fue como recibimos nuestro primer proyecto de agua. Nosotros no sabíamos nada de perforación de pozos, pero no nos asustaba porque tampoco sabíamos nada de curar heridas antes de llegar a Etiopía la primera vez. Y había algo que hacíamos muy bien: gestionar los recursos.

No se puede perforar en cualquier lugar, evidentemente. Hablamos con la Oficina del Agua (Water Bureau) del Gobierno regional de Afar. Teníamos dinero para perforar cinco pozos. Es el Gobierno quien propone varios lugares donde hay opciones de encontrar agua; mis criterios para perforar se basan en la emergencia y en la cantidad población que pueda beneficiarse. Descarto automáticamente las localizaciones propuestas cuando se trata de familiares del Gobierno, asuntos militares o cuando no hay población suficiente. Primero hay que verificar sobre el terreno si realmente se cumplen todas las condiciones. Organizamos un primer viaje; el Gobierno regional nos asignó un hidrogeólogo con el que fuimos a visitar todas las posibles localizaciones en las que había opciones de encontrar agua. Nos asignaron a *ató* Asfaw, y con él se determinaron las ubicaciones finales para las perforaciones.

Antes de acometer una perforación, hablamos con las autoridades locales, les explicamos lo que queremos hacer, los beneficios de los que van a poder disfrutar, nos cuentan sus problemas y les pedimos que se comprometan a mantenerlo en buen estado. Para todo lo que hacemos siempre contamos con la población local; creo que esa es la clave del éxito de nuestros proyectos.

Nuestro primer pozo fue el de Bokayitu. Contratamos a la empresa de perforación que tiene el Gobierno regional de Afar y el contrato incluía una cláusula que penalizaba cada día de retraso con respecto a lo pactado. Hicimos cinco perforaciones: Bokayitu, Babadeta, Detbahari, Mile y Saha. En todas encontramos agua excepto en Saha. La empresa tardó ciento veintidós días más de lo previsto en perforar, cuatro meses, por lo que aplicamos la cláusula y nos ahorramos doce mil euros, después de pelearnos durante unos cuantos días; con este dinero conseguimos hacer un nuevo pozo. En 2008, perforar un pozo costaba entre doce mil y quince mil euros, ahora el precio es muy diferente; ahora cuesta entre veinte mil y treinta mil euros, dependiendo de la profundidad. Pero están muy bien invertidos porque con cada pozo puedes beneficiar hasta a cinco mil personas.

Al principio no teníamos ni idea de este mundo del agua, hemos ido aprendiendo poco a poco. El financiador de estos primeros pozos envió un técnico desde España, y en proyectos posteriores tuvimos una voluntaria geóloga, Olga. A Olga le apasiona su trabajo y es profesora en la universidad. La primera vez que llegó a Afar pudo ver cómo viven y sufren los afar en el desierto por la falta de agua, así que se planteó ayudarlos con sus conocimientos y nos ha acompañado a hacer perforaciones y nos ha enseñado cómo hacer un buen proyecto de agua.

Poner todos los medios profesionales y técnicos en la ejecución de un proyecto no garantiza encontrar agua; a veces, incluso, puedes encontrar agua, pero es salada y no se puede consumir. Otras veces nos hemos gastado veinte o treinta mil euros de un financiador y no hemos logrado encontrar agua. ¿Cómo se lo dices? Es una faena para él y para nosotros. Por eso ahora intentamos agrupar varios pozos en un mismo proyecto para que ningún financiador se quede sin su pozo perforado con agua. Pero es muy difícil. A lo mejor hay agua aquí y un metro más allá no hay nada; a lo mejor has perforado en un punto y tendrías que haber perforado en otro. El agua es muy caprichosa. Toda esa información, los datos y la experiencia adquirida en cada perforación, exitosa o fallida, se procesa y se almacena: qué tipo de tierra has

encontrado, a cuántos metros de profundidad, a qué distancia está del río, la calidad del agua... Tanto las ONG como el Gobierno regional recopilamos todos los datos para conocer mejor el terreno y aumentar las posibilidades de encontrar agua, ya que toda esta información facilita la realización de las siguientes perforaciones: «En esta zona tienes que perforar tantos metros y ahí encontrarás agua; no puedes perforar más porque es salada». Además, el Gobierno etíope no tiene los mapas hidrogeológicos a escala tan detallada como tenemos en España, como 1:10.000; allí los tienen a escala 1:100.000 o 1:1.000.000, y esta segunda es la más habitual, por lo que las probabilidades de error son grandes. Estas son las dificultades que tienen los proyectos de agua, pero hay que perforar, se necesitan más puntos de agua, porque el agua es la clave del desarrollo de Afar.

Después de haber visitado las localizaciones, de haber hecho la preselección, de tener terminado el informe técnico que localiza el punto donde la teoría señala la posibilidad de encontrar agua y tener contratada la empresa de perforación, llega el día en el que, de repente, aparecen en las diferentes ubicaciones las máquinas de perforación y comienzan los trabajos. Para nosotros esta no es una situación rara, pero ¿qué pensarán los afar cuando ven todo esto?

Regresar a ese punto señalado en el mapa como «AGUA», «*WATER*», «*UHA*» en amárico o «*VAA*» en afariña tampoco es fácil. A pesar de haber grabado la ruta en el GPS, no siempre puedes estar seguro al cien por cien de encontrar el camino correcto en medio del desierto. Te alejas de la carretera principal y empiezas a conducir por pistas de arena o de grava, campo a través, tramos con la tracción 4x4, y recorres muchos kilómetros; miras el reloj y te das cuenta de que hace ya más de una hora que abandonaste la carretera principal y el GPS sigue marcando un punto que ni siquiera puede verse en el horizonte. Es en ese momento en el que los locales se guían mucho mejor que nosotros y te indican «izquierda, derecha, recto, derecha» y en menos de lo que piensas llegas por fin al punto indicado. Pero si dudas, estás perdido, ya que puede suponer que acabes durante tres o cuatro horas paleando en el desierto para poder sacar el coche de la arena.

Durante los siguientes días, el silencio del desierto se ahoga bajo el ensordecedor ruido de los motores: el compresor, el generador, la perforadora y el ruido de los tubos que se van ensamblando a medida que el agujero se va haciendo más profundo, rompiendo el suelo hasta penetrar en las entrañas de la Tierra. Hay un gran despliegue de

personas que trabajan en medio de la nada a pesar del sofocante calor. ¿50 °C? ¿52 °C? Intentamos trabajar desde el amanecer hasta que ya no se puede estar bajo el sol, y después, por la tarde, desde que el sol ya no es tan fuerte hasta que anochece. Algunas veces es necesario continuar de noche para aprovechar el descenso de la temperatura, ya que así las máquinas pueden trabajar mejor.

Los niños son siempre los primeros en acercarse a curiosear; llegan desde no se sabe dónde, sus *aris* no se aprecian a simple vista, pero en algún sitio deben de estar porque en cuanto empieza el trabajo, aparecen con la timidez escondida bajo la sonrisa, las niñas envueltas en sus telas de colores, los niños con sus pantalones cortos, sus camisetas y los más mayores con las faldas típicas de los afar. ¡Menudo acontecimiento! Su curiosidad me maravilla. Se acercan con cara de pillos, sonrén y merodean observándonos y cada vez se acercan más, hasta que empiezan a jugar con nosotros, con Lucía, con Olga, con Teté –Teresa Ferreiro, una amiga que vino solo para un mes y acabó quedándose casi un año. Valiente, luchadora y trabajadora, durante el tiempo que estuvo en Etiopía fue capaz de enfrentarse a cualquier tipo de problema, convirtiéndose en un gran apoyo–, y empezamos a convertir los globos en perros salchicha o en espadas. Antes venían un ratito, pero ahora ya vienen y se quedan todo el rato con nosotros. Ya no tienen miedo a los *faranjis*. Después llegan las mujeres con sus bebés cargados al pecho o a la espalda, y esperan pacientes, de pie o en cuclillas, alguna buena noticia. ¿Lograrán los *faranjis* encontrar agua? Empieza a animarse toda la tribu. Tienen cara de estar pensando: «Oye, que los blancos estos parece que no muerden, vamos a acercarnos a ver qué hacen». Llegan también los jóvenes, orgullosos y desconfiados, con aspecto de acabar de salir de la peluquería con sus rizos engrasados y sus trencitas alineadas en orden milimétrico, llenos de adornos y con ese aire de superioridad propio de la adolescencia y del orgullo afar, dudando de nuestro éxito. Y por fin, los más mayores pierden el miedo y se acercan a saludarnos. Algunos ya nos han visto antes, cuando estuvimos visitando todas las zonas de perforación. Solemos trabajar con personal local que hable afariña, para que les explique que estamos haciendo un pozo. Y empiezan a ver el trabajo.

Mientras tanto la máquina sigue trabajando. El martillo de perforación golpea y rompe las diferentes capas de materiales que va encontrando y poco a poco los tubos se hunden; son tubos de tres o cuatro metros, dependiendo de la máquina, con rosca en los dos extremos para enroscarse cada uno con el anterior y con el siguiente. La cabeza empieza a perforar y cuando el tubo llega hasta el suelo, lo sujetan, se sube la cabeza, se enrosca

otro tubo y a seguir perforando. Y así van metiendo tubos y tubos. Y nosotros sumando cada nuevo tubo, porque nuestra factura crece por metro perforado. Podemos llegar hasta los ciento veinte metros. Hace mucho calor, a pesar de que ha amanecido hace apenas una hora. Seguimos taladrando, perforando la tierra, abriendo el suelo; la tensión se puede respirar. Y ¿si no encontramos agua? Y ¿si el agua que encontramos es salada y no se puede beber? ¿Cuánto tardaremos esta vez? ¿Dos días? ¿Una semana? ¿Cómo será el terreno? ¿Cómo se portará la máquina? ¿Habrà marcado el punto exacto el hidrogeólogo del Gobierno? Y cruzas los dedos para que la máquina sea fuerte y el terreno lo suficientemente duro para que no colapse, se pueda perforar bien y no se derrumbe y no tengamos que empezar de nuevo. Alrededor, la nada, solo calor y arena. Y sigues cruzando los dedos para que la máquina no se atasque porque si no, hay que sacar todos los tubos y volver a meterlos otra vez, de uno en uno, con el riesgo de que se derrumbe todo bajo la arena. Han sido muchas horas de trabajo hasta llegar a este instante. Y ¿si los estudios son erróneos? Hay un porcentaje enorme de no encontrar agua en el desierto. Y cada vez me voy poniendo más nervioso, cada vez estoy más cansado. La tensión, el calor. Y esos tubos... Si el geólogo dice que a lo mejor hay agua a setenta metros, una calculadora se pone a funcionar en mi cabeza: «Setenta dividido entre tres metros que tiene cada tubo... en veintitrés o en veinticuatro tubos tiene que empezar a haber agua porque si no... tendré que tomar la decisión de si seguir perforando o no. Si meto más tubos, me paso de presupuesto...». Mi cabeza bulle como una olla a presión. Hay mucha tensión y a medida que te vas acercando al número fatídico de tuberías presupuestadas, el agobio es mayor. Se atasca la máquina, hay que volver atrás, sacarlo todo y volver a intentarlo. «¡Que no se hunda el terreno, por favor!»

De pronto encontramos una bolsa de agua a treinta metros, pero es pequeña; no es la que estamos buscando. Aun así, hay que aprovechar esa agua también, así que en ese tramo ponemos una tubería de PVC ranurada, con pequeñas aberturas laterales que permiten que el agua se filtre, entre en la tubería y después salga al exterior, pero los agujeritos son tan pequeños que no dejan pasar las piedras, que podrían obstruir el pozo. Unos cuantos tubos después aparece otra bolsa de agua, pero tampoco es la que buscamos. También esta es pequeña. Tenemos que encontrar la bolsa de agua grande. «¿Dónde está?» Seguimos perforando hasta setenta, ochenta, noventa... nuestro límite es ciento veinte metros como mucho. Pasa un día, y otro día, y otro más, y seguimos ahí en el desierto, cansados, bajo el sol, en tensión, esperando que salga el agua, contando

tubos, cruzando los dedos, como si encontrar agua en el desierto fuera una cuestión de suerte. Los niños jugando, los jóvenes con sus trencitas, las mujeres con sus bebés y los ancianos con su escepticismo. Llevamos ya tres o cuatro noches durmiendo en el desierto, sobre un colchón, bajo una mosquitera enganchada a un árbol, y los mismos días comiendo poco, porque en los campamentos de verano no llegamos al capítulo de «cómo sobrevivir en el desierto»; así que, cuando logramos encender una fogata, hervimos unos espaguetis, que es lo más rápido, un auténtico manjar.

Y todas esas horas de convivencia con las tribus van transformando su recelo inicial en gratitud. Porque, normalmente, los blancos no van al desierto a perforar pozos para los etíopes; allí van solo los locales, y a rastras. El blanco paga su cheque y se pone la medalla cuando hay agua, pero no va al desierto a pasar calor mientras una máquina perfora. Y nosotros sí, vamos allí, dormimos en su desierto y compartimos su suerte, atrapados por los mismos nervios y la misma presión. Porque estamos trabajando para ellos, para su clan, para su tribu, para que tengan agua, para que las niñas puedan por fin ir al colegio, y si hay agua ahí abajo, este va a ser el pozo que les va a cambiar la vida. Y porque si encargáramos este trabajo a otras personas y no estuviéramos allí, sobre el terreno, no tendríamos la certeza de que todo se ha hecho como es debido, no controlaríamos el número de metros perforados, la cantidad de tubos usados y no podríamos afirmar con rotundidad que allí no hay agua. Estamos ahí para poder decirle a la señora que ha confiado en nosotros y nos ha dado sus cinco euros que cada céntimo se ha destinado a mejorar la vida de estas personas. Y si eso supone que tenemos que vivir y dormir cinco días o una semana en el desierto, pues lo hacemos encantados. Y los afar nos lo agradecen. A veces nos regalan un cabritillo, su mayor tesoro, que supone mucho dinero para ellos. Y nos lo traen vivo y no sabemos qué hacer con él. Así que al darse cuenta, se lo llevan y nos lo preparan ellos para comer. Y se lo agradecemos enormemente porque sabemos que han hecho un gran esfuerzo, como nosotros. A veces nos ocurre también que algún afar se pone enfermo y tenemos que llevarlo con nuestro coche corriendo al hospital y en medio de esta larga espera cogemos el coche y salimos corriendo.

Mientras tanto, la máquina sigue metiendo aire a presión para perforar y, de repente, toca agua: esta vez sí, ¡es la bolsa que estábamos persiguiendo! El agua busca una salida natural, encuentra el agujero por donde estamos perforando y, por fin, el chorro con el que todos hemos estado soñando día y noche durante días sale disparado hacia el cielo,

como cuando sale el petróleo en las películas y todos se manchan de negro y lo celebran. Pero aquí sale agua, agua caliente, agua de las profundidades de la Tierra. ¡Qué sensación! No se puede describir, no se puede explicar, hay que estar allí. Por fin te liberas de toda la tensión, ves las caras de los demás, todos ríen y gritan bajo el chorro de agua para celebrarlo. Y te abrazan y saltan y bailan, porque saben que sus vidas van a ser distintas a partir de ahora. Físicamente estás agotado, pero si encuentras agua, te olvidas de todo lo malo. La compensación es gigante. Miras las caras de los afar, y especialmente las de los niños y las niñas: ¡les hemos cambiado la vida! El esfuerzo ha merecido la pena. Es un día feliz.

En medio de todo este griterío tomamos una muestra de agua para analizar en el laboratorio que tiene el Ministerio del Agua en Addis Abeba, pero nada más sacarla, el jefe de la tribu se abre paso entre los afar y pide que le demos un poco de agua para probarla. En ese momento el griterío anterior ensordece y todos los afar observan cómo su jefe, uno de los más mayores de la tribu, toma la botella, pone un poco de agua en su mano, se la acerca a los labios y bebe. Son unos segundos de silencio y tensión hasta que el jefe levanta la cabeza y sonriendo dice que el agua esta buena. Los afar reanudan el jolgorio.

Pero para nosotros el trabajo no acaba aquí, ya que aun con el veredicto del jefe de la tribu todavía tenemos que analizar el agua para comprobar que es potable. Después de unos días de tensión, los análisis confirman que el agua es potable. ¡Volvemos al desierto para instalar la bomba! En Amigos de Silva solemos montar bombas manuales cuando las perforaciones son hasta noventa metros. Nos cuesta unos mil quinientos euros la instalación y el montaje. Pero a veces, cuando se supera esta profundidad, no se pueden montar las bombas manuales porque se necesita más fuerza para sacar el agua o porque se necesita un caudal más grande para abastecer a mucha más gente, por lo que es necesario instalar un generador y una bomba sumergible. En este caso, el coste de la bomba sumergible depende de la potencia, la capacidad y la profundidad, pero puede oscilar entre tres mil y doce mil euros, y un generador, entre cuatro mil y veinte mil, dependiendo del tamaño. Pero si vas a abastecer a una ciudad, el diámetro de perforación y el equipo de distribución tienen que ser más grandes, por lo que el coste aumenta proporcionalmente.

El chorro de agua saliendo a metros de altura por encima de nuestras cabezas marca el instante más feliz de una perforación, pero no se queda atrás el momento en el que ves

cómo el agua sale accionando simplemente la palanca de una bomba manual, tan sencilla que pueden manejarla los niños y los mayores; es la culminación del sueño. Agua limpia, agua preciosa. Todo el mundo se concentra en torno al pozo, con sus bidones, sus botellas de plástico, que son un tesoro, sus odres en las cinturas; todos esperan su turno con las risas de los niños de fondo, el colorido de los pañuelos de las mujeres y los berridos de los camellos que también quieren participar en este banquete y esperan impacientes su turno para beber del grifo. Sencillo: empujar la palanca arriba y abajo, arriba y abajo, y el agua sale fácilmente, como si siempre hubiera sido así. Agua limpia, potable y sana. El agua de la vida.

El pozo de Bokayitu fue el primero que perforamos, y salió agua. Después vinieron otros en Detbahari, Mille, Kamilu, Kailu, Talalak, Adaar, Seyelu, y así hasta catorce. Hemos encontrado agua potable en nueve de ellos, es decir, hemos logrado un 65 % de éxito en nuestras perforaciones y cada vez vamos afinando más. En cuatro de los pozos perforados no encontramos agua; eran zonas en las que ya sabíamos que era muy difícil que hubiera agua, pero el Gobierno quería intentarlo porque allí vive mucha gente y encontrar agua habría sido importante. Y en otro tuvimos la mala suerte de encontrar agua salada y hubo que cegarlo. Prefiero mil veces no encontrar agua que encontrar agua salada. En aquella ocasión fue muy frustrante, y a partir de entonces, cuando veo salir el chorro de agua, me pongo muy contento, pero tengo que contenerme y ya no me atrevo a celebrarlo por si acaso es salada. A veces ocurre que el agua es ligeramente salada y entonces existe la posibilidad de que el agua deje de estar salada después de la temporada de lluvias, época en la que volvemos a hacer un análisis de salinidad cruzando los dedos para que haya suerte y esta vez sí que sea potable. Pero si es salada desde el principio, eso significa que has perforado una bolsa de agua que lleva cientos de años absorbiendo todas las sales de la zona y es imposible que vuelva a ser dulce.

En todos nuestros proyectos podemos ver cómo mejora la vida de mucha gente. Cuando hay un pozo, los nómadas afar se van asentando poco a poco en torno a él, y eso hace que el Gobierno se plantee construir más infraestructuras. Lo primero que hace es levantar un Health Post, que es el elemento básico del sistema de sanidad etíope: un pequeño edificio con solo una habitación en medio del desierto donde se dispensan los medicamentos una vez por semana. La gente empieza a aprender la rutina de acudir al Health Post cuando necesita una medicina. Cuando hay doce Health Post en la zona, ya

se puede construir un Health Center o centro de salud, y con doce Health Center, un hospital. Esta es la teoría.

A medida que la población establecida en un punto va creciendo, el Gobierno aumenta progresivamente el número de infraestructuras. Al Health Post le sigue una escuela que varía de tamaño en función de la población infantil. El Gobierno puede tardar un año o más desde que se perforó el pozo en comprobar que hay una población importante que se ha estabilizado allí. Con la construcción de la escuela, los niños y las niñas, que antes eran nómadas, pueden tener la oportunidad de ir al colegio, especialmente en el caso de las niñas, porque ya no tienen que invertir medio día en ir a buscar agua. Y aunque haya que caminar para ir a la escuela, eso no es un impedimento para que puedan aprender. El requisito para que un niño pueda ir al colegio es que viva en un sitio fijo, porque eso le permite acudir todos los días; cuando no hay un pozo de agua, los nómadas tienen que estar todo el año moviéndose en busca de pastos y agua y los niños no pueden asistir a un curso lectivo completo.

Poco a poco vas viendo que donde había cuatro casas ahora hay veinte o treinta; te cuentan que han venido otras familias y que se van agrupando en muchas poblaciones chiquititas cerca del pozo. Puede haber un aumento de población en esa zona entre mil y dos mil personas que están viviendo allí gracias a nuestro pozo y que antes vivían sin agua.

En Asayita, se puede estudiar educación Primaria y Secundaria; también hay una escuela de profesores y una de educación profesional. La educación Primaria es obligatoria, pero no hay una edad establecida para empezar; los niños pueden empezar primero de Primaria con nueve años y estudian junto a niños que empiezan con cuatro, en eso hay mucha flexibilidad. Después, si quieren seguir estudiando, pasan a la Secundaria y solo algunos llegan al examen previo de acceso a la universidad.

El hecho de que haya un pozo también atrae a las caravanas. En Mille perforamos otro de los pozos, y un día vino a verme el jefe de la tribu para decirme que hacía una semana había pasado por allí una caravana de unas cien personas y que les habían dicho que nos dieran las gracias por haber perforado ese pozo. ¡Alguien a quien no conozco me da las gracias por algo que he hecho, en Etiopía! ¡Eso sí que es algo increíble! En Etiopía nunca nadie te da las gracias. El pozo garantiza que esa caravana volverá a pasar otra vez por allí, por esa ruta, porque sabe que hay agua, y el punto de agua va atrayendo a la población. Y muchas de estas personas se asientan, porque tener agua les ha solucionado

la mitad de los problemas de sus vidas. Con cada uno de los pozos que hemos perforado hemos beneficiado a una población estable de entre mil a cuatro mil personas, y ellos solo representan el 10 % de la población, porque el resto, el 90 %, son nómadas. Y ¿cuánta gente pasa por el pozo a lo largo del año? Dependiendo de la zona, pueden llegar a ser al menos otros cuatro mil más. Todo esto lo hemos visto con el paso de los años. Y es muy gratificante para nosotros comprobar cómo nuestro esfuerzo sirve para mejorar las vidas de tantas personas. Con doce o quince mil euros puedes ayudar a cambiar las vidas de miles de personas.

En todos estos años en Etiopía, evidentemente, no solo hemos perforado pozos, también hemos realizado proyectos de rehabilitación de puntos de agua; a veces hay que cambiar una bomba que se ha roto, otras veces hay que arreglar o cambiar un generador o una bomba sumergible. Es dinero, pero mucho menos de lo que cuesta una perforación. Siempre merece la pena arreglar lo que se ha roto antes que volver a perforar. Pero cuando se rompe una bomba, empieza otra batalla.

Ya he dicho alguna vez que nada en Etiopía es sencillo. Si se rompe una bomba, lo ideal sería repararla y volver a ponerla en funcionamiento lo antes posible. Pero entonces no estaríamos en Etiopía. Cuando se rompe una bomba, tienen que avisar a diferentes niveles administrativos: el más pequeño, que es el *kebele* –municipio–, informa al responsable de la *woreda* –un nivel intermedio entre el municipio y la región– y el responsable de la *woreda* tiene que ponerlo en conocimiento del responsable del Gobierno regional. Y entre un despacho y otro van transcurriendo los meses en los que esa población asentada en torno al pozo vive otra vez sin agua.

Yo podría hacer rápidamente un proyecto de rehabilitación de ese pozo, pero los trámites son también lentísimos: identificar cuál es el problema, plantear la solución –que en este caso sería cambiar la bomba–, ir al Gobierno regional, firmar un acuerdo con ellos, que me revisen el presupuesto, comprobar que es correcto de cara a la normativa etíope de presupuestos, que me la acepte el Finance Bureau, luego ir al Water Bureau, que me la acepte, hacer cuatro copias, mandar una a Addis, otra a cada oficina... Y luego ya puedo ejecutar el proyecto. Todos te marean, y no vale la pena iniciar un proyecto que consista solo en arreglar una bomba con la cantidad de tiempo que se pierde. Tardo cuatro meses en firmar este acuerdo. Así que para no dejar a la gente sin agua, lo incluyo en cualquier otro proyecto de agua que tengamos abierto, de tal manera que recortamos

plazos y solucionamos la urgente falta de agua, especialmente en las épocas de más calor.

Y mientras tanto, toda esa población sigue sin agua. Y como tardan tanto tiempo en arreglarla, muchos de ellos se van de allí. Y entonces, todo lo que habíamos conseguido, asentar a cientos de personas en torno al agua, se pierde. Recogen sus bártulos, sus casas, cargan sus camellos y se van al siguiente punto de agua. Pero allí hay otros clanes asentados y es muy posible que entren en conflicto con los recién llegados, porque nadie sabe a ciencia cierta si ese pozo va a poder abastecerlos a todos. Esta es otra de las razones que nosotros incluimos como «motivos de emergencia», que el desplazamiento de la población por falta de agua puede suponer un enfrentamiento entre ellos para luchar por el agua que necesitan.

Y el otro objetivo que habíamos conseguido gracias a nuestro pozo, que era que los niños fueran al colegio, también se desvanece, porque el clan se ve obligado a mudarse a otra zona y los niños tienen que abandonar el colegio. Todo por una bomba manual que vale mil quinientos euros. Y lo peor es que si además han desmontado la bomba y no cierran la cabeza del pozo, los niños juegan por allí y meten piedras y si entra una piedra en ese espacio, la bomba ya no se puede volver a introducir y el pozo queda inservible, con lo que se pierde una perforación que ha podido costar mucho dinero.

En el año 2009 acudimos a la Conferencia Mundial del Agua, organizada por las Naciones Unidas en Addis Abeba. Nos invitó Antti, un buen amigo de la Embajada de Finlandia, ya que el Gobierno finlandés tenía un fondo para proyectos de agua en otras regiones de Etiopía. Habíamos hablado muchas veces de cómo había que hacer los proyectos y estábamos de acuerdo en casi todo, así que conocer de primera mano el trabajo de su embajada nos indicó que íbamos por el camino correcto. Finalmente acudí a la conferencia en calidad de asistente, acompañado por Alejandro, uno de mis amigos de la tuna, un tipo muy sociable que habla con todo el mundo y que ese año estaba como farmacéutico voluntario conmigo en Etiopía. Allí se concentran expertos de todo el mundo para debatir sobre los problemas del agua. Fue muy interesante. Comprendí que los afar estaban muy lejos de conseguir los veinte litros de agua por persona al día necesarios para reducir las enfermedades en un 50 %. Me di cuenta de que en todos los lugares del mundo existen los mismos problemas: mucha gente que tiene que desplazarse kilómetros y kilómetros para conseguir agua que no siempre es potable. Y que en prácticamente todo el planeta esta tarea está relegada a las mujeres y a las niñas. Y

también me reafirmé en la necesidad de perforar pozos y de mejorar los estudios sobre las aguas subterráneas. Aprendimos mucho en aquella conferencia y conocimos a mucha gente muy interesante que nos ha ido abriendo puertas en nuestro trabajo. Alejandro, que es un gran relaciones públicas, terminó presentándome a una mujer encantadora, Tadis, que resultó ser la directora financiera del Ministerio del Agua y había estudiado en Cuba, por lo que hasta pudimos hablar tranquilamente en castellano. Desde entonces mantenemos una extraordinaria relación, no solo profesional, también de amistad y de confianza mutua. Tadis es muy alegre; siempre dice: «¿Problema? ¿Cómo que hay un problema? ¡Eso no es un problema!». Levanta el teléfono y llama a Fulanito para que nos reciba. Eso sería lo normal, que la gente te atendiera como a cualquier ciudadano y te facilitara los trámites. Pero no es así. Hay muy poca gente en Etiopía que nos ayude. Y Tadis es una de ellas; valora nuestro trabajo y sabe lo duras que son nuestras condiciones de vida allí, en Afar. Sé que siempre puedo contar con ella, en el trabajo y en lo personal.

Gracias a Tadis conocimos al ministro del Agua, el excelentísimo Asfaw Dingamo, con quien no solo compartimos algún tiempo de trabajo, sino que, además, tuvimos la ocasión de cenar con su familia en un ambiente más relajado. Poco a poco hemos ido haciendo una agenda para poder trabajar lo mejor posible, abriendo puertas, colaborando directamente con distintos departamentos del Ministerio del Agua e, incluso, con el Ministerio de Minas, para obtener una documentación completa sobre la región de Afar, que nos ha permitido aumentar el porcentaje de éxito de nuestras perforaciones.

Nosotros somos unos privilegiados por tener en Asayita un grifo con agua en el patio. La acometida viene desde el colegio de Primaria, que está a la entrada del pueblo, muy cerca del hospital. El nuestro es el último grifo de la calle; las familias de las siguientes casas ya tienen que ir a buscar agua a fuentes comunitarias. Como estamos al final del suministro, tenemos agua solo a las tres o a las cuatro de la madrugada y a primera hora; si hay alguien que está despierto, se ocupa de conectar una manguera para rellenar un depósito de plástico blanco de mil litros que compramos durante las primeras perforaciones y lo dejamos en casa para las emergencias. Si no hay luz, no hay agua, ya que no funciona la bomba sumergible del pueblo. Puedes quedarte sin agua hasta una semana entera o diez días seguidos en la época de más calor, porque la gente consume mucha más agua. Por eso, junto al depósito de plástico, tenemos, además, unos bidones grandes de plástico azul, tipo tonel, donde almacenamos el agua para ducharnos.

Durante mucho tiempo bebíamos del agua almacenada en el tanque blanco, eso sí, antes la hervíamos y luego la filtrábamos con unos filtros indios que eran de yeso y dejaban un sabor que parecía que te habías pasado la tarde chupando la pared, así que lo camuflábamos echando sobres de una especie de Tang. Pero un día, de repente, empezaron a caer enfermos varios voluntarios a la vez, así que decidimos que había que pasarse al agua embotellada. Unos meses más tarde, el Gobierno nos explicó que el agua estaba contaminada por las heces de las casas que había al lado y que no era del todo salubre. Ahora se han perforado dos pozos nuevos para dar suministro a Asayita y a Afambo, pero todavía no han entrado en funcionamiento. La ventaja del agua embotellada es que no hay que hervirla ni esperar a que se enfríe, ni discutir si tiene que estar hirviendo durante un minuto o durante diez. Así que ahora el gasto más fuerte que tenemos en casa es el del agua embotellada. Una botella de dos litros, en Logia, en un sitio que nos cobra el precio local, nos cuesta catorce bires, que son cincuenta y cinco céntimos de euro. Hay que beber al día un mínimo de tres botellas, o sea, que nos sale un gasto mínimo de más de un euro y medio al día por persona. Pero es imprescindible, y si estás solo, más. Así que usamos agua embotellada para beber y agua del depósito para limpiar la ropa, los cacharros y, cuando se acaban los bidones azules, para las duchas.

Hay quien no tiene tanta suerte como nosotros y no puede consumir agua embotellada. Lo peor es que el agua tenga amebas; siempre tenemos que estar pendientes. ¿Esa agua se puede beber? Sí, se puede beber. Y ¿qué ocurre si está contaminada? Diarreas, problemas gástricos, etcétera. No conviene ponerse malo cuando estás solo. Por eso es muy importante consumir agua en buen estado, porque con ello evitas muchas enfermedades. Y por eso estamos luchando, para conseguir agua potable para toda la región de Afar.

Desde que estamos en Afar hemos perforado catorce pozos, hay tres en proyecto y hemos rehabilitado siete más. Y vamos a continuar.

16. Dormir en el desierto

He dormido muchas noches en el desierto. La inmensidad de la bóveda celeste pesa sobre tu cabeza y las estrellas son tantas y tan luminosas que no puedes parar de mirarlas. El espectáculo es increíble. No hay película que pueda igualarlo. Y aun sabiendo que hay animales salvajes, nunca nos ha pasado nada grave. Siempre dormimos todos juntos, sin tiendas de campaña, al raso; simplemente ponemos unos plásticos sobre la arena y encima los colchones, atamos las mosquiteras a las ramas de los árboles y nos envolvemos dentro de ellas. Aunque haya hienas y zorros del desierto, nuestro principal enemigo sigue siendo el mosquito anofeles. ¡Ah! Y nos quedamos con un palo cerca, por si acaso hay que asustar a algo o a alguien.

Recuerdo que el día en que los afar nos regalaron el cabritillo alguien tiró los restos a unos diez metros del campamento. Por la mañana no había ni rastro. Fueron las hienas, sin duda, y estuvieron muy cerca porque todos sentimos su presencia entre sueños, y escuchamos sus pisadas y sus gruñidos. Debieron de montar un gran festival a nuestra costa, pero afortunadamente no pasó nada.

Otra noche, uno de nosotros dejó algo de comida fuera del coche; a la mañana siguiente no quedaba nada. Esta vez fueron los zorros del desierto. No los ves, pero sabes que han estado merodeando a tu lado, ya que alguna vez oyes sus pisadas y lo confirmas viendo las huellas a la mañana siguiente.

Después de un día perforando, caigo rendido, y generalmente no me entero de nada hasta que a la mañana siguiente me despiertan las risitas de los niños, que vienen a buscarnos para empezar el día. Recuerdo que en una perforación estábamos Lucía, Teté, Olga y yo, los cuatro bajo un árbol. Siempre nos cobijamos bajo un árbol: nos da sombra durante el día y por la noche protección. Estábamos durmiendo, y empezó a oler mal. «Huele mal, como a caca, ¡qué raro!». Pero seguimos durmiendo.

—Oye, ¡despierta! —me dice Lucía, que estaba tumbada a mi lado—. Estoy oyendo unos ruidos muy cerca, como cri, cri, cri, cri, cri.

–¿Qué pasa?

–¡Que esto está lleno de bichos y huele fatal!

Lucía había encendido una linterna y entonces veo, como si fuera un capítulo de *National Geographic*, una larga fila de escarabajos peloteros muy grandes subidos a unas bolas de caca del tamaño de una pelota de tenis que hacían rodar moviendo sus patitas como en un circo. Tenían alas, se les había quedado atascada una bola de caca entre mi mosquitera y la de Lucía, y estaban intentando recuperarla, y por eso hacían tanto ruido. Eran unas bolas gigantes para aquellos escarabajos negros que estaban a punto de colarse en nuestro territorio a través de un agujero que habían encontrado en una mosquitera.

–¡¡¡Que se van a colar!!!

Resultó que el árbol bajo en el que nos habíamos cobijado era su ruta habitual y tenían que atravesarla y pasar por encima de nosotros para hacer su recorrido. Había cientos, todos ellos rodando sobre sus pelotas de caca, que eran como diez veces su tamaño. Y olía fatal porque eran cientos de bolas de caca. Pero éramos nosotros quienes habíamos invadido su carretera y no tenían ni la menor intención de desviarse.

Otras noches hemos escuchado aullidos muy cerca.

–¡Un lobo, un lobo! –grita siempre alguien.

Y he tenido que levantarme a ahuyentarlo, aunque no son lobos, son zorros del desierto. Y nunca he conseguido verlos de noche. A las que sí he visto son a las hienas, y me preocupan más que los zorros, que son muy pequeñitos. Aunque creo que las hienas tienen mucho respeto a los humanos; me parece que los afar se lo han enseñado. Nunca nos ha pasado nada salvo este tipo de anécdotas. Creo que es mucho más peligroso dormir a la intemperie en Madrid o en cualquier otra ciudad grande.

Pero la noche más especial que he pasado en el desierto fue la noche en la que dormí con los afar, con la tribu, dentro de su comunidad. Y en todo este tiempo viviendo en Etiopía solo he dormido una vez con ellos, gracias a que nos conocían desde hacía tiempo y, además, íbamos con Bernardo, el misionero yarumaleño, que habla afariña y amárico y nos hacía de intérprete. Si no, nunca nos habrían admitido. Son muy celosos de su intimidad. Se puede decir que los afar no son muy amigables con los extranjeros hasta que pasa bastante tiempo. Pero en aquella ocasión nos invitaron porque nos conocían y, además, querían saber si existía la posibilidad de perforar allí un pozo.

Llegamos cuando ya había atardecido. Nos costó bastante encontrar su campamento, sin apenas huellas sobre la arena del desierto, todo parecía ser lo mismo, la derecha y la izquierda, todo igual hasta que de pronto llegamos al poblado; unos ocho o diez *aris*, bastante alejados los unos de los otros, como iglús enfadados separados por arbustos de pinchos. Los afar te reciben con sonrisas tímidas. Nos miran, los miramos, ellos nos miran más, nosotros también. No se sabe quién se asombra más de la vida del otro. Bernardo, el misionero colombiano, rompe el hielo. Las mujeres nos analizan tímidamente, con su pecho descubierto, los pañuelos por la cabeza y los bebés en los brazos. Ellos, con sus trenzas o sus rizos acicalados, el sable a la cintura y el Kaláshnikov sobre los hombros. Cae la noche a plomo. Hay luz y un instante después ya no hay. Drástico. Contundente.

Para agasajarnos nos preparan leche de cebú, las vacas africanas con joroba y cuernos enormes, que campan a sus anchas entre nosotros; la vierten en un recipiente de metal grande, como las palanganas de nuestras abuelas. No puedes decir: «No, muchas gracias, ya he cenado; en otra ocasión, quizás...». Ellos te están ofreciendo lo mejor que tienen y no puedes negarte a tomarlo. Pero tú sabes que está recién ordeñada y que no está hervida. El cuenco va pasando por el círculo que hemos formado, de unos labios a otros. Es mejor no pensarlo y compartir lo que te toque; no va a pasar nada. Superada esta prueba –pensábamos que ya habíamos cenado–, de pronto sacan un segundo bol más pequeño, con leche de cabra, y un tercero, con leche de oveja, y en todos hay que seguir el mismo ritual de pasarlo de uno a otro. Lejos de haber acabado la cena, se disponen a matar una oveja y una cabra, porque somos sus invitados y es su forma de agasajarnos. Lo hacen allí mismo, en cuestión de minutos, y las meten a hervir en agua, pero con el fuego que tienen, que es muy suave porque carecen de combustible, no sale una salsa rica: queda más bien una carne más o menos blanda, flotando, para poder medio masticarla. Nosotros éramos cuatro y esa era una cena para una legión. Los afar reservan la carne para los ancianos, los enfermos y los niños. Los hombres y las mujeres se comen la grasa; dicen que es «para estar más fuertes», esa es su teoría. Nos llegó la grasa, que era un trozo que prefiero no recordar, y menos mal que como era de noche, apenas podíamos ver lo que estábamos comiendo, porque preferimos ni alumbrar. Comimos poco, pero comimos; no puedes hacerles la ofensa de no comer, han matado dos animales para nosotros y eso es algo excepcional para la tribu. Les pareció que habíamos comido muy poco y decidieron traer más; esta vez era un trozo de carne que ya se podía

comer mejor, al menos sabía a carne; lo otro era toda la grasa medio hervida. La cena fue muy amigable. Los niños estuvieron correteando por allí y jugando con nosotros, y los mayores fueron muy amables. Los jóvenes cenaron con sus armas a mano y sin perder de vista el ganado.

Nosotros llevamos un portátil; nos hicimos muchas fotos y se las enseñé en el ordenador, también hicimos algunos vídeos y se sentaron todos en torno a ese aparato increíble que reproducía parte de los momentos que acababan de ocurrir. Y alucinaban en colores. Ninguno había visto nunca un ordenador. La tele sí, pero un ordenador jamás. Los niños siempre te piden que les hagas una foto para luego poder verse en la pantalla de la cámara. Porque ellos tampoco ven sus caras a menudo. No tienen espejos; a mí me mueven siempre los espejos del coche cada vez que aparco en cualquier sitio para mirarse. Cuando me voy a marchar siempre tengo que volver a ponerlos bien.

En agradecimiento por haberse visto en esa pequeña pantalla, las mujeres cogieron unos bidones de agua vacíos y se pusieron a tocar música, a ritmo de tambores, mientras que los pequeños bailaban la danza típica de los afar: pequeños saltos con la mano derecha levantada; nosotros nos miramos unos a otros y comenzamos a dar palmadas al ritmo de aquellos tambores improvisados.

Después de este pequeño espectáculo, sacaron unas pieles de vaca curtidas, rígidas como tablas, para poner encima del suelo. Entendido: era mi cama. O sea, el desierto, la arena y la piel de vaca dura como una piedra. Y ahí tienes que dormir junto a ellos. Los hombres afar duermen fuera de la casa, del *ari*, sobre la piel de vaca, para vigilar el ganado. Y nosotros también dormiríamos allí. Las mujeres y los niños se quedan dentro de la casa.

Aquella fue una noche agitada; se escaparon dos vacas y todo el mundo se levantó a buscarlas. Ellos siempre van armados, sobre todo para proteger al ganado porque las hienas suelen visitarlos por las noches. Por eso duermen en círculos. Encierran en un redil protegido con los pinchos del *woyane* al ganado pequeño, pero al grande no, y por eso en medio de la noche se perdieron dos vacas. Afortunadamente, cuando fueron a buscarlas por la mañana, las encontraron.

Y llegó la temida hora de desayunar. Recuerdo que hacía mucho frío porque era la temporada menos calurosa. La temperatura en el desierto por la noche y de madrugada puede bajar hasta los diez grados en algunas épocas del año. Nos pusieron en un bol un arroz sin cocer mezclado con leche que, por supuesto, no estaba hervida; el arroz había

estado allí toda la noche, reblandeciéndose y engordando, y después lo aderezaron con *berber*, que es el polvo rojo picante que consumen los etíopes en todos sus platos. Picante para desayunar, ¡glup! El bol es para toda la tribu, pero los primeros en comer son los invitados; dentro del bol había tres tazas pequeñas, que utilizan como cuchara, y que tienes que introducirla en esa pasta, llenarla, sonreír y comértela. Si eres capaz de repetir, recibes un signo de agradecimiento de los mayores. Después de los invitados el orden sigue con los mayores, los hombres y, finalmente, las mujeres y los niños, aunque las mujeres siempre hacen comer a los niños primero. Y tienes que comerte lo que te den. No puedes negarte. Solo cuando ya lo has probado, puedes pronunciar la frase: «*Tekeb yaló*», que significa «estoy lleno». Pero tienes que haber comido algo porque si no, se considera una ofensa.

Esa noche dormimos con ellos porque a la mañana siguiente queríamos ir a ver el lugar hasta donde se desplazaban las mujeres y las niñas para coger agua. Ellas se levantaron muy temprano dispuestas a emprender su ruta hacia el agua, cargadas con varios bidones amarillos de veinte litros. Nosotros todavía nos estábamos desperezando. Hacía frío y algunos entramos en los *aris*, donde siempre hay un fuego preparado, un fuego que no es de llamas, sino de brasas, que se mantienen gracias al calor de las piedras volcánicas. El grupo que iba a emprender su viaje rutinario en busca de agua estaba formado por tres mujeres, una de ellas embarazada, y varias niñas, acompañadas de un burro. El burro es un tesoro para la tribu y esta tribu solo disponía de dos. A muchos kilómetros de distancia había otro grupo compuesto también por un burro, tres mujeres y varias niñas, que estaban a punto de emprender el viaje de regreso a la tribu desde el pozo, con los bidones cargados de agua. Tardaban un día entero andando en llegar al pozo, unos treinta kilómetros de distancia que repetían todos los días de sus vidas, ida y vuelta, ida y vuelta, andando sobre la arena que llega a ser abrasadora y sobre las piedras cortantes. Y hacían noche en el pozo. Y cuando emprendían el regreso, a mitad de camino se cruzaban con el otro grupo de mujeres que ya estaba también a mitad de camino yendo hacia el pozo y charlaban unos minutos sobre las novedades del día anterior. Un día entero de viaje andando. Esa era su misión en la vida, nada más. Nosotros hicimos el camino en coche y estaba lejísimos. ¡Tardamos en coche más de cinco horas! Y al llegar al campamento, esas mujeres tendrían que descargar el agua y prepararse para emprender de nuevo el mismo viaje a por agua al día siguiente. Y así el resto de sus días. Día tras día. Esa es su vida. Y mientras tanto, otras niñas etíopes y los

niños estarían en el colegio aprendiendo a leer, aprendiendo canciones, aprendiendo a sumar, a restar, a multiplicar y a dividir, pero no bidones, sino cosas, otras cosas más interesantes de la vida.

Y así serán siempre sus vidas, porque sus padres no pueden dejar de ser nómadas, porque para eso necesitarían un trabajo, una casa, unos ingresos para la comida, para afrontar los gastos, y ellos no tienen nada de eso. Pero si hubiera un pozo cerca, esas niñas podrían ir a la escuela y sus vidas en el futuro serían distintas. Mejores.

17. MUAC es mucho más que un beso

El problema de la desnutrición en Afar es crónico y desde mi punto de vista podría dejar de serlo; la desnutrición está asociada a la cosecha. Los afar recogen dos cosechas al año: si ha llovido lo suficiente, las mazorcas de maíz son grandes y la gente puede alimentarse con ellas hasta la siguiente cosecha; solo habrá pequeños problemas de hambruna el último mes o mes y medio antes de recogerla. Si, por el contrario, ha llovido poco, las mazorcas serán muy pequeñas, casi la mitad, y no servirán para alimentar a la gente durante seis meses. Sin agua, los animales también sufren, no se desarrollan, no dan leche y los afar no pueden alimentarse con ellos. Son dos picos al año que pueden variar más o menos meses según la abundancia de lluvias y del caudal del río Awash. Es decir que, con dos o tres meses de antelación, se puede llegar a prever si va a haber hambruna o no. Lo que no entiendo es que si yo me he dado cuenta de esto trabajando allí durante unos años, ¿por qué el Gobierno no se adelanta a la hambruna con programas de nutrición temporales? ¿Por qué no se fomenta más el cultivo de comida cerca del río Awash? ¿Por qué no se realizan mejoras en la producción? La respuesta es que la tierra no pertenece al Gobierno, sino a los particulares, y ahora el cultivo del algodón es mucho más rentable que el del maíz. Pero el algodón no se come, de ahí que haya también muchos desnutridos entre los agricultores.

En 2008, la falta de agua arruinó la cosecha. Se produjo una emergencia humanitaria que nos hizo replantearnos las partidas presupuestarias para poder hacer frente a la hambruna que asolaba la región. Amigos de Silva compró ocho toneladas de alimentación suplementaria para afrontar la desnutrición en las poblaciones próximas a Asayita, los lugares a los que no suele llegar nunca la ayuda internacional.

Todo esto nos hizo pensar en la necesidad de normalizar nuestro programa de nutrición. Nos dimos cuenta de que estábamos gastando mucho dinero en desarrollar unas infraestructuras, como el centro de salud y los pozos, y nos parecía absurdo que si venía un niño que se estaba muriendo de hambre no tuviéramos cómo ayudarlo. Por eso

montamos el programa de nutrición. Era como decirle a ese niño: «Mira, estamos trabajando para darte las herramientas para tu futuro, que son el centro de salud –o el hospital– y los pozos que estamos perforando, pero si hoy necesitas una ayuda urgente, también vamos a dártela, porque si no, a lo mejor mañana no vamos a tener beneficiarios». Esa fue la filosofía que aplicamos. No puedes abandonar a la gente que se está muriendo de hambre; necesitan comer, algo tan simple como comer. O comprar unas medicinas. Para la ONG, el programa de nutrición y el reparto de medicinas a los enfermos de sida suponen un gran esfuerzo, es un gasto fijo anual, pero estar allí junto a ellos es nuestra energía vital. Construir es muy lento, más aún en Afar; en cambio, con el programa de nutrición puedes ver los resultados muy pronto; niños que entran y salen del tratamiento en un mes, o en dos meses, familias sin ningún recurso que se recuperan. Ese es nuestro *feedback*, una inyección de energía y de moral: ver a un niño que llega triste, desnutrido, sin apenas moverse, y a los dos meses abandona el programa corriendo con otros niños totalmente feliz. Los vemos crecer y jugar en Asayita. Hace seis años que vivimos allí y estos niños entraron desde el principio en nuestro programa de nutrición, cuando solo tenían dos años. Ahora juegan, se ríen, montan en bici, van al colegio y vienen a verme y me preguntan cómo estoy. Y es una gran satisfacción, gasolina para seguir avanzando.

Era enero de 2009 y me replanteé los criterios para aplicar el programa de nutrición de una forma aún más racional y sistematizada: dejaríamos de salir fuera del centro de salud como habíamos hecho hasta entonces, ya que la gente conocía el programa. Repartiríamos la comida con un riguroso control de seguimiento y no como se había hecho anteriormente. Nos incorporamos a las directrices del Plan Nacional de la Lucha contra la Desnutrición en toda Etiopía, elaborado por el Gobierno junto con Unicef. Adaptamos nuestra oficina de Amigos de Silva en Asayita con lo necesario: unos bancos, una camilla, un metro pediátrico para medir a los niños, una báscula para pesar a los adultos, un barreño suspendido de otra báscula para pesar a los bebés y a los niños más pequeños, unas estanterías y un almacén donde poder guardar, pesar y embolsar la comida de nutrición. Además, instalamos en la oficina una sala de oftalmología nueva, y un aseo en condiciones para todos aquellos que no se acomodaban al agujero. También compramos una nevera donde guardar el agua y las medicinas que necesitan estar en frío. Disponer de agua fría cuando estás trabajando a 50 °C se agradece enormemente.

Voy a Addis a comprar la comida de nutrición. Como siempre, al principio recorrí un montón de almacenes para comparar precios y calidades antes de decidirme. Después de muchas visitas, localicé la mejor fábrica de comida de nutrición del país y compré la mejor comida que había en el mercado con la garantía de que aguantaría más tiempo sin estropearse. Ocho o diez toneladas son las cantidades habituales. Hay que calcular muy bien el *stock* de la comida de nutrición infantil y comprarla justo después de la temporada de calor, porque las altas temperaturas aceleran la pérdida y es fácil que toda la comida se estropee. Cuando tengo que pedir comida fuera de temporada, porque ha habido un pico de desnutrición muy alto y hemos gastado mucho más de lo que habíamos previsto, intento pedir pocas cantidades. En estos casos, lo mínimo que he llegado a comprar han sido cuatro toneladas.

En estos siete años de trabajo en Asayita, nuestro programa de nutrición se ha ido adaptando a las necesidades. Al principio, solo estaba concebido para personas con VIH, especialmente para los niños; después entraron en el programa las mujeres embarazadas y las lactantes; luego se amplió a niños desnutridos menores de quince años con o sin VIH. Después incorporamos también a las familias completas de los enfermos de sida, para poder hacer un seguimiento serio, además de facilitarles todas las medicinas que necesitaran que no fueran específicas de tratamiento contra el sida, ya que esas las obtienen directamente del Gobierno. Y finalmente, a las personas mayores sin recursos. Durante tres años atendimos también a todas las personas que lo necesitaban en el campo de refugiados, pero eso merece un capítulo aparte.

Knebush Haile es la responsable del programa de nutrición. Además de sus conocimientos como enfermera, recibió un *training* de Unicef y de Médicos sin Fronteras y comprendió perfectamente que había que adaptar nuestro programa al estándar nacional y dejar de actuar con buena voluntad, pero sin criterio, como había ocurrido hasta entonces. Está con Amigos de Silva desde el principio, desde 2008, y nunca nos ha fallado. Es una mujer comprensiva, trabajadora, comprometida y muy paciente. Trata a los pacientes con mucho cariño y siempre está sonriendo. Ella estrenó la nueva sala de partos del hospital; ahora ya tiene cuatro hijos.

Knebush llega cada mañana a trabajar cubierta con su pañuelo de colores, mostrando su mirada limpia y su amplia sonrisa, por la que asoman unos dientes blancos impecables y perfectos. Es de Hayk, cerca de Desse, pero se trasladó a Asayita hace ya unos años, ya que su marido es chofer del Gobierno de Afar. Habla amárico, afariña,

inglés y chapurrea el español. Conoce a todo el mundo por su nombre, sabe quién tiene problemas y qué familias tienen verdaderas necesidades. Knebush es un auténtico tesoro. Cuando estoy solo me cuida y siempre dice que no puedo estar trabajando todo el día: «Mi jefe trabaja mucho más que todos los etíopes del hospital», me dice para que haga una pausa. Durante dos años ha trabajado con ella Mane, Mane Hurtado, nuestra voluntaria chilena. Mane llegó desde Santiago de Chile como voluntaria en el programa de nutrición. No sabe tampoco estar quieta y si no tiene trabajo, piensa en cómo poder mejorar lo que hacemos. Gracias a ella empezamos a trabajar en el campo de refugiados. No se le pone nada por delante. Rápidamente conectó con Knebush y las dos están encantadas de trabajar juntas.

En la puerta de la oficina de Amigos de Silva esperan ya sus pacientes sentados en los bancos: enfermos de sida y sus familias, que vienen a recoger sus medicinas, madres con sus bebés, niños desnutridos, personas mayores y mujeres embarazadas. Cada semana atiende a más de sesenta personas. Knebush es musulmana; hace sus rezos puntualmente en cualquier rinconcito de la oficina y retoma sus tareas sin perder la sonrisa que trae de casa.

Para medir la desnutrición se utiliza el MUAC, que son las siglas de *middle upper arm circumference*, y es el método más común que se usa en todo el mundo para calcular el índice de desnutrición de niños y mayores, midiendo la circunferencia braquial. El MUAC es como una cinta métrica de las que usan las modistas, pero los centímetros están divididos en tres tramos, cada uno de un color: verde, amarillo y rojo. El MUAC se coloca rodeando el brazo izquierdo de la persona a la que estamos tratando, en un extremo tiene una abertura por la que se introduce el otro extremo de la cinta y el número del centímetro que queda visible en la abertura indica la medida del perímetro del brazo. En el tramo rojo se encuentran los centímetros del uno al once, que indican desnutrición severa; el tramo intermedio es de color amarillo y comprende los centímetros once y doce, que indican desnutrición moderada; finalmente, el tercer tramo, el de color verde, abarca los centímetros desde el doce en adelante y significa que esa persona no padece desnutrición. En el caso de las mujeres embarazadas y lactantes, no deben tener un perímetro inferior a veintidós centímetros.

Knebush anota minuciosamente cada dato en la ficha donde guarda toda la información del paciente. Después del MUAC, comprueba el peso. Si es un niño o un bebé, lo introduce cuidadosamente en el barreño-balanza, como si fuera un saco de

patatas, y espera a que la aguja se detenga en una de las rayas mientras el bebé llora desconsolado o ríe a carcajadas, o simplemente disfruta del balanceo viendo cómo el mundo gira a su alrededor. Finalmente lo acopla en la camilla para medirlo. Si el paciente es un adulto, camina hasta la báscula con sus pies encallecidos cubiertos de arena, como si viniera de la playa, y espera sin prisa a que la aguja se detenga bajo el visor. Son mujeres o personas mayores y, por lo general, no sobrepasan los cuarenta kilos de peso.

Comprobado el MUAC, la altura y el peso, Knebush reparte la comida de nutrición, una bolsa de dos kilos de *faffa* por cada persona desnutrida. La *faffa* está compuesta por una harina de maíz y soja, enriquecida con vitaminas y minerales de acuerdo con las especificaciones de Unicef, a la que se añade un poco de agua y se puede tomar de forma líquida o con textura de puré. A las mujeres lactantes y a las embarazadas les damos dos kilos de *faffa* a la semana. Suelen ser los voluntarios los encargados de pesar la *faffa* y meterla en bolsitas de un kilo para su reparto. Con el sudor y el ventilador, muchas veces salen del almacén cubiertos de blanco de arriba abajo, como fantasmas. Más *faranjis* que nunca.

A veces, cuando miras la ficha de la paciente y compruebas que se ha desplazado veinte kilómetros para conseguir dos kilos de *faffa*, te das cuenta de que realmente ha comprendido que la necesita para superar la desnutrición. Repartir la *faffa* cada semana supone mucho trabajo, pero solo así podemos asegurarnos de que las personas necesitadas la consumen. Nuestro programa de nutrición funciona. Hay otros organismos que entregan cantidades para un mes entero y estamos hartos de ver cómo se revenden en el mercado de Asayita. Pero también somos flexibles: si una persona tiene que recorrer treinta o cuarenta kilómetros para llegar al centro de salud porque es nómada y no vive en Asayita, es muy difícil que pueda acudir cada lunes o cada martes o el día que le toque. Knebush sabe cuáles son las normas generales, pero si considera necesario hacer una excepción, me lo consulta y le permitimos que venga cada quince días. Pero siempre comprobamos y exigimos que su bebé tenga una mejoría. Si toma la *faffa*, va a estar mejor, va a ganar peso en esos quince días. Si no ha engordado, es porque ha vendido la *faffa*. Si esto ocurre, la expulsamos del programa a pesar de que el niño esté desnutrido. Hemos tenido que hacerlo así algunas veces y no hemos vuelto a saber de ellos. Duele, pero es necesario hacer cumplir las normas y que todos las respeten, aunque te duela en el alma decirle a esa pobre madre que no vas a darle nada. Y hay muchos

casos así. Otras veces hay gente que me pide que vaya a ver a alguien que no puede moverse. Si no queda más remedio, voy, pero hay que procurar que no sea una costumbre, porque el programa no es para una sola persona, es para muchísima gente y hay que cuidarlos a todos.

La ayuda que damos a los mayores no pasa por estos filtros. Todos los que la necesitan están incluidos entre nuestros beneficiarios porque si no tienen una familia que pueda mantenerlos económicamente, no tienen ningún tipo de ingreso; siendo tan mayores es muy difícil que les den un trabajo. Esa es una de las razones por las que tienen tantos hijos, para que puedan cuidarlos en el futuro. Y es una población, la de los mayores, que realmente corre riesgo de desnutrición; por eso les damos comida suplementaria tengan el MUAC que tengan; con ellos eso da igual. Medimos su MUAC, su peso y su altura para controlar que están comiendo y para saber si tienen algún problema más. Y porque así los veo cada semana. Quedan para venir al centro de salud todos juntos; son majísimos. Se sientan y esperan en silencio su turno. A veces vienen a verme: «Queremos darte las gracias por la *faffa*, nos ayuda mucho». Y yo no les dejo terminar la frase, porque me ruboriza que me den las gracias.

Esta es la ventaja de trabajar en una comunidad pequeña como Asayita, de unos diez mil habitantes. Todos aquellos que no tengan recursos, bien porque es un hecho puntual o porque duermen en la calle o porque de pronto se han quedado sin nada, saben que van a entrar en nuestro programa. Lo estiramos todo lo que podemos, y aunque sean muchos kilos, es un gasto razonable y está más que justificado, y por ahora la financiación del programa ha ido saliendo. Confío en que siga siendo así.

Si no ocurre nada extraordinario, cada mes atendemos a unos cien beneficiarios, que entran y salen del programa porque se recuperan o porque vuelven a caer en la desnutrición. Hay picos provocados por hambrunas generalizadas achacables a las malas cosechas. Lo normal es que permanezcan cuarenta días en el programa; esa es la media si todo va bien, en cuarenta días se recuperan. Pero si ya no se trata solo de un problema de nutrición, sino que es una madre joven que no tiene recursos, la apoyamos durante más tiempo.

Conocemos a una psicóloga, profesora la Universidad de Almería, Lola Roldán, que ya ha venido dos o tres veces y con ella hemos trabajado muchísimo. Esta es una de las mejores cosas que tiene nuestro trabajo, que conoces siempre a buena gente, a personas que quieren trabajar para mejorar las vidas de los demás. Lola quería hacer un proyecto

con la Universidad de Addis Abeba, pero fue imposible por el volumen de gastos que le pedían. Estaba muy enfadada y tuvimos la suerte de que conociera a Nela, una enfermera de Sabadell, encantadora, que trabaja habitualmente con Médicos sin Fronteras y que subió a Afar a conocer nuestro proyecto. Desde entonces ha venido varias veces, sola o con su marido, Joan. Nela le habló de nosotros. Lola, además de ser una muy buena amiga, está haciendo un estudio sobre cómo afecta la desnutrición al desarrollo de los niños y cómo la desnutrición infantil condiciona el resto de tu vida. Hace unos test y compara el desarrollo intelectual de los niños etíopes con el de los niños españoles y ve que a determinada edad, un niño español hace cosas como coger una galleta, tocar una pelota, seguirte con la mirada... actos que para nosotros son normales, pero al compararlos con lo que hacen los niños etíopes, los que han sufrido desnutrición no consiguen hacer ni el 40 % de lo que hace de forma natural un niño no desnutrido. Lola mantiene que es por culpa de la mala nutrición; solo comen cuatro nutrientes: *injera* —o sea, cereal— y *shiro*, que es cebolla picada, tomate y garbanzos machacados que suelen poner encima. Y ya está. Siempre es lo mismo: una comida pobre en nutrientes que no ha permitido el desarrollo de su cerebro. Hay más verduras, pero yo creo que no saben cómo prepararlas. No es un problema económico; las verduras son baratas.

Es la misma teoría que apoya mi amigo el doctor Markos, que, además de haber sido mi tabla de salvación en mis primeros meses, es un reconocido pediatra. Según Markos, el 58 % de las muertes son consecuencia directa o indirecta de la desnutrición. Esta es constante durante todo el año, no solo en los períodos de sequía, y se da en la mayoría de los hogares de todas las regiones del país. Los niños menores de cinco años son, en su mayoría, muy bajos y muy delgados para su edad y sus huesos son muy finos. Por eso son, además, más propensos a contraer enfermedades.

Con este panorama, parece lógico que Amigos de Silva luche contra esta lacra. Hacemos lo que sea para evitar cuanto antes la desnutrición. Recuerdo a una madre muy joven que vino al centro de salud con dos gemelos. No sabía adónde acudir porque tenía leche solo para uno de sus bebés. Cuando tienen gemelos, se nota que uno de los dos es mucho más débil. Ayudamos al otro con comida de nutrición y se recuperó; estuvo viviendo en Semera con las *sisters*. Al cabo de un año, la madre regresó al centro de salud; solo traía a uno de los gemelos. Le preguntamos por el otro, por el más débil, y nos contó que después de estar un año entero luchando para sacarlo adelante, al final, el bebé murió. Para mí fue un palo tremendo; era ella la que me consolaba y me daba las

gracias porque lo habíamos intentado todo y habíamos logrado que su bebé viviera al menos unos meses. Allí se entiende la muerte de otra manera. La mujer había venido a enseñarnos lo bien que estaba su otro hijo y se sentía muy orgullosa y agradecida por haberla ayudado a sacarlo adelante.

En esa época también conocí a otra madre que tenía gemelos. Fue en una visita a una de las tribus de los afar, cerca de Asayita, a unos ocho kilómetros. Estaban conmigo Lucía y Teté. Había un hombre bastante mayor con una mujer muy joven, casi una adolescente, que tenía un bebé en sus brazos, un niño de unos tres meses, bien criado, guapo, perfecto. Le preguntamos si tenía más hijos y después de mucho insistir nos dijo que sí y nos condujo a su *ari* para que lo viéramos. Ellos suelen mostrar siempre lo bueno y esconden lo «malo» en casa, cuando se refieren a malformaciones o a enfermedades, así que ya intuí que alguna desgracia íbamos a encontrar. Nos enseñó la casa; era una de las más grandes que suelen construir los afar. Dentro había una cama típica afar, que consiste en una estructura hecha con algunos palos cubierta con hojas de palmera. Al final de la cama, a los pies, había una tela que servía de hamaca para poner al bebé; era una cuna. Y dentro había un bebé, otro bebé, el gemelo del que nos había enseñado. Era la imagen de la desnutrición, un manojito de huesecillos cubiertos de pellejo; los ojos se le salían de las cuencas. Estaba abandonado a su suerte, apenas podía respirar, no pesaba nada, era de aire. Recuerdo que me agarró el dedo con fuerza, como si quisiera aferrarse a la vida. Estaba a punto de morir de hambre. Inmediatamente me vino a la cabeza la imagen de aquel enfermo que murió cuando estábamos ayudando a las *sisters* en Sidist Kilo como voluntarios, la primera vez que vi morir a alguien. Y este bebé también iba a morir. Lo sabía; cuando has visto la cara de la muerte una vez ya sabes reconocerla. Su madre nos explicó que no tenía leche suficiente para los dos y que había optado por alimentar solo a uno de sus dos hijos y dejar morir al otro. Dentro de mi cerebro se me rompieron los esquemas. Nunca pensé que una madre pudiera decidir salvar a uno de sus hijos y condenar a muerte al otro. Mi hermana Mamen tiene mellizos, Jimena y Santiago. ¿Cómo decidir quién vive y quién muere? Hablamos con ella y le ofrecimos que entrara en el programa de nutrición, que nosotros les suministraríamos comida para los dos y que podíamos derivarlos a las *sisters* para que les dieran la leche terapéutica que necesitaba el bebé moribundo. Le prometimos que seguiríamos ayudándolos en el futuro, que alimentar a los niños no sería ningún problema. Después de un rato, la convencimos. Le dijimos que tenía que ir al hospital. Se negó. Lo

aceptamos y nos ofrecimos a visitarla en su casa una vez a la semana y llevarle la comida necesaria para los tres. Pero de pronto cambió de opinión. Nos empezó a decir que ya había tomado una decisión, que había elegido a uno de los dos bebés, que el otro estaba muy mal. Para nosotros era inconcebible que una madre eligiera entre sus dos bebés y que dejara morir a uno de ellos. Seguimos insistiendo mucho rato, intentando convencerla de que nuestra ayuda iba a salvarle la vida. Sentimos una impotencia espantosa. Pasamos allí toda la mañana intentándolo y logramos convencer al marido. Normalmente, allí lo que dice el hombre es lo que se hace. He visto a mujeres rogándoles a sus maridos que las lleven al hospital para que les demos comida de nutrición, y si el hombre no quiere, no hay nada que hacer. Pero en esta ocasión, me aparté con el hombre y con Gebre; le eché un rapapolvo que Gebre iba traduciendo, le dije que le explicara su responsabilidad como padre, que no podía dejar morir a su hijo... En fin, le dije lo que cualquiera en su sano juicio le hubiera dicho y lo convencí. Pero aun así, ella dijo que no. Y el marido lo aceptó.

Nos fuimos de allí con los ojos llorosos, muy tristes, derrotados, impotentes y frustrados por no poder ayudar a quien realmente lo necesitaba.

—Sigo dándole vueltas y no puedo dormir —me dijo dos días después Teté mientras desayunábamos.

A Lucía y a mí nos pasaba lo mismo. No podíamos quitarnos la imagen del bebé de la cabeza. Decidimos regresar. Llevamos la comida de nutrición para que la vieran y comprobaran que era buena. Volvimos a intentar convencer a la madre. El niño estaba ya moribundo; un recién nacido sin alimentarse es un montoncito de huesos y nada más. Y este bebé estaba así. Lo intentamos durante toda la mañana, pero no hubo forma. Dos días después regresamos de nuevo para volver a intentarlo. El bebé había muerto.

Fue terrible. A veces te sientes tan impotente y piensas en coger al bebé, llevártelo y salvarle la vida al margen de lo que piense su madre. Pero eso no se puede hacer. Puedo comprender que seas pobre y que tu vida sea muy difícil, pero no concibo que unos padres decidan entre sus dos hijos quién vive y quién muere.

Entonces no comprendí a esa madre y ahora sigo sin entenderla. Su sangre fría me dejó helado. Han pasado más de seis años y sigo recordando a aquel bebé indefenso, con los ojos desorbitados, esperando morir. Sigo sintiendo la fuerza de su manita agarrando mi dedo. Y ¿por qué? No lo entiendo. Llegamos allí, les ofrecimos todos los medios para que sus dos hijos crecieran sanos, y los rechazaron. ¿Por qué? ¿Por comodidad? ¿Por

capricho? ¿Por tener una vida un poco más fácil? Entiendo que sus condiciones son muy duras, brutales, pero ¡hemos aparecido nosotros, sin que nadie nos llamara, y tenemos la solución para salvar a sus dos hijos sin pedir nada a cambio! ¿Por qué nos rechaza? ¿Por qué condena a su hijo?

Cada vez que paso por la zona y veo la casa grande se me revuelven las entrañas. Aún me sigo acordando.

18. Un Sherlock Holmes en Afar

Las *sisters* son imprevisibles y los afar también. La mezcla puede ser explosiva. Su capacidad de sorprenderme es infinita.

Recuerdo algo que nos ocurrió un domingo en casa de las *sisters*, en Semera. Al terminar la misa, decidimos irnos de excursión; no hay muchas cosas que ver en Afar, pero nos ayudaba a desconectar un poco. Estábamos Mane, la chilena, Alberto y Peter, el nuevo sacerdote que había venido a sustituir a Bernardo. Peter era de Kenia y, como tal, de piel tan oscura como los afar. Tenía la facilidad de aprender rápidamente los idiomas y el amárico no fue sino otro idioma más. Incluso aprendió a leerlo en unos pocos meses. Además de ser muy inteligente, todo el mundo lo apreciaba, ya que estaba pendiente de todos y tenía muchos detalles con las *sisters*, con los enfermos y con nosotros. En Asayita habíamos estado sin luz toda la semana, así que pedimos permiso para dejar nuestros portátiles cargando en la casa de Alberto y Peter. Nos llevaron a una salita para que los enchufáramos allí, asegurándonos que en esa sala nunca entraba nadie. Y allí se quedaron nuestros ordenadores, enchufados, sobre una mesita redonda, blanca, de plástico, como las de los bares.

—¿Seguro? Mira que tengo ahí toda mi vida metida y todo el trabajo.

—Segurísimo, no te preocupes. Aquí no entra nadie.

Dejamos nuestros ordenadores cargando y nos fuimos de excursión.

Estuvimos fuera toda la mañana, en un lugar donde había cocodrilos, y lo pasamos muy bien, pero cuando regresamos los ordenadores habían desaparecido de la mesa blanca. Preguntamos a todo el mundo si alguien los había cambiado de sitio, pero nadie había visto nada. Los ordenadores habían desaparecido, no estaban, por más que nosotros insistíamos en que los habíamos dejado allí. La situación era muy violenta.

Mientras buscábamos y preguntábamos, mi cabeza analizaba si entre las cláusulas del seguro estaba incluido el robo, desde cuándo no había hecho una copia de seguridad

externa, qué últimos trabajos había perdido y si aún estaría a tiempo de repetirlos. La faena era monumental. Tenía ahí dentro toda mi vida.

Seguimos preguntando, mientras caminábamos hacia la zona de los enfermos, cuando me crucé con Marie Clémence, la *sister* superiora, que debió verme la cara totalmente desencajada.

—¿Qué te pasa? —me preguntó.

—Alguien nos ha robado los dos portátiles.

—¡Qué faena! Esperadme aquí, que ahora mismo vuelvo.

Habíamos buscado por toda la zona. ¿Qué podía hacer ella para encontrarlos? Mi cabeza seguía cuantificando los daños: «Menos mal que no me han robado el disco duro... En España tengo otra copia, ¿cuánto tardará en llegar?». Dándole vueltas a la cabeza apareció uno de los trabajadores de las *sisters* diciéndome que la *sister* Marie Clémence me llamaba y que fuera corriendo.

No entendía nada, y menos que tuviera que ir corriendo. Mi sorpresa fue mayúscula cuando al llegar donde estaba la *sister* empieza a contarme que uno de los guardas afar que tienen contratado, Mohammed, es especialista en leer las huellas en la arena.

—Sí, claro, como los indios —dije yo sin ninguna fe, y con la sensación de que alguien me estaba tomando el pelo.

Pero ella me insistía en que el guarda ya lo había hecho otras veces, «el otro día encontró unas llaves que se habían perdido y gracias a las huellas las recuperamos».

Fuimos juntos hacia donde nos esperaba Mohammed, a sabiendas de que no encontraría nuestros portátiles, totalmente incrédulo. Era un hombre pequeño, de avanzada edad, muy delgado, con el pelo completamente blanco y con una ostensible cojera. Era un auténtico afar. Daba vueltas muy despacito sobre una zona pisoteada, avanzaba y retrocedía sin quitar la mirada de la arena. Hablaba en afariña y alguien nos iba traduciendo.

—Dice que las huellas empiezan aquí.

Yo no veía nada y, además, estábamos en una residencia de estudiantes, ¡había millones de huellas en la arena del desierto! ¿Cómo podía ese hombrecillo saber cuáles eran las de nuestro ladrón?

Pero Mohammed seguía concentrado en su trabajo, ajeno a mi incredulidad. Caminaba despacito, con su cojera, volvía atrás, un pasito a un lado... hasta llegar a la parte de atrás de la casa, donde las huellas se perdían delante de una alambrada de espino.

—Aquí se ha parado y se ha arrastrado por debajo de la alambrada —nos decía el traductor—. Primero con las piernas, y luego ha logrado meter el resto del cuerpo y la cabeza. Efectivamente, se podía ver algo extraño en la arena, pero tanto como eso... Mohammed, ajeno a todos, seguía dando sus explicaciones: «Aquí se ha apoyado, y aquí está más marcado que en el otro lado, y...». Y cuantas más explicaciones daba, yo más alucinaba. Mientras tanto, había corrido la voz: «¡Al blanco y al cura les han robado los portátiles!». Todo el mundo se había enterado; detrás de nosotros se estaba formando ya una larga cola de gente, unos treinta curiosos, que seguían paso a paso el mismo recorrido que hacía Mohammed. Nos indicó que diéramos la vuelta a la alambrada para no borrar las pisadas, mientras él se colaba por debajo imitando los pasos del ladrón. Dimos toda la vuelta a la casa. Había un ambiente medio festivo; era domingo y los portátiles no eran los suyos.

El rastreador seguía interpretando las huellas sin dejar que nos acercáramos. Un poco más lejos había una quebrada de un metro y medio o dos metros de profundidad y, al ser de piedra, se perdieron las huellas. A pesar de su cojera, Mohammed no lo dudó y descendió con soltura la quebrada hasta volver a pisar la arena. Se agachó, y después de dos minutos revisando el terreno dijo: «Mira, aquí están las huellas de nuevo». A veces la pisada era muy clara, pero otras veces no se veía nada, o por lo menos, nosotros no veíamos nada, así que nos mirábamos, levantábamos los hombros y seguíamos tras él. Y él seguía buscando, concentrado en su trabajo. De pronto se detuvo y retrocedió dos metros.

—Aquí se ha parado... —dijo. Y a todos se nos pusieron los ojos como platos—. Se ha puesto de rodillas. ¿No ves que la puntera está marcada en la arena?

Por mucho que abríamos más los ojos, no veíamos nada.

—Y aquí ha escarbado.

Nuestro asombro iba en aumento.

—Y aquí ha hecho algo...

Entonces, hizo que nos dividiéramos en dos grupos, con mucho cuidado de no pisar las huellas. Unos se fueron siguiendo las huellas hasta perderlas en el asfalto de la carretera principal. Y el resto nos quedamos allí con Mohammed.

—Aquí hay algo raro. Esto está demasiado perfecto, como si alguien lo hubiera colocado.

Efectivamente, había unos restos de basura o algo extraño que, según él, no pertenecían a ese lugar; desentonaban. Mohammed se puso de rodillas y empezó a mover la arena despacito con la palma de la mano; excavó unos treinta centímetros ante las miradas de todos, que estábamos conteniendo la respiración, y de pronto vemos cómo empieza a asomar algo amarillo... ¡una bolsa de plástico amarilla! Sigue retirando la arena hasta que por fin saca la bolsa completamente del agujero y dentro, envueltos, estaban los dos portátiles, intactos.

Desde ese día, cuando alguien me dice que un afar está leyendo las huellas para buscar algo, me quito el sombrero delante de él porque sé que encontrará lo que busca. Aquella demostración, su determinación, su seguridad en lo que estaba haciendo a pesar de la desconfianza de todos los demás, incluida la mía, fue increíble, muy típica del carácter de los afar. Una experiencia alucinante.

19. Entre vacas y gallinas

Ocurre a veces que conoces a alguien que tiene ideas que parecen imposibles de llevar a la práctica, pero su entusiasmo te envuelve de una forma que no puedes negarte a intentar sus apuestas, por arriesgadas que sean o descabelladas que parezcan. En mi caso, ese «alguien» se llama Arístides, como el estratega griego al que Heródoto y Platón se referían como «el mejor y más honorable hombre de Atenas». Quizás en Etiopía le pongan otro sobrenombre, como «Arístides, el hombre capaz de convencer a cualquiera para cumplir sus sueños».

Arístides apareció en mi vida en 2008, cuando vivía en Addis, en el Hotel Taitu. Un día, comiendo con otros españoles, me comentaron que habían conocido a un sevillano que estaba trabajando como voluntario con las *sisters* en Sidist Kilo. Le habían hablado de mí, de la ONG, de mis comienzos, de cómo buscaba los materiales, de los papeles burocráticos que me tenían desquiciado, y quería conocerme para poner en marcha un proyecto. Pocos días después contactamos. Me contó que había estado en la India y que los microcréditos estaban ayudando allí a mucha gente. Arístides había conseguido reunir entre él y sus amigos una cantidad de dinero suficiente para ponerlos en marcha en Etiopía. Yo no tenía ni idea de cómo funcionaban los microcréditos, así que me quedé escuchando cómo me contaba su funcionamiento al mismo tiempo que intentaba imaginarlos en Afar. Definitivamente, era una tarea más que imposible. No obstante, le prometí a Arístides que lo pensaría y que le daría una respuesta.

Después de dos días enteros dándole vueltas, volví a quedar con Arístides. Mi conclusión era que los microcréditos en Afar eran complicados por el terreno y por las condiciones climatológicas, y le dije que lo descartaba. Esa respuesta no le gustó nada, así que le ofrecí otra alternativa. El año que vinimos a conocer los proyectos de los españoles conocimos un orfanato de una fundación que pasaba muchas penurias y que estaban buscando un financiador para una vaca.

–¡Genial! El sueño de toda mi vida es comprar una vaca lechera para alimentar a los niños de un orfanato –respondió al momento.

Contactamos con el orfanato, que estaba en un pueblo llamado Meki, y les encantó la idea. Enseguida empezaron a preparar un establo.

–Vale, Paco, pero con esto no gasto todo el dinero que he traído, tendremos que pensar más cosas. Te dejo una semana para que localices la vaca y cuando vuelva nos vamos a por ella –dijo mientras cogía el autobús rumbo a Dire Dawa.

Yo no tenía ni idea de dónde podía encontrar una vaca; pregunté a todos mis contactos etíopes, nadie sabía nada de vacas. Ya estaba empezando a desesperarme cuando un día conocí a una etíope en la cafetería del Taitu. Hablaba castellano con acento cubano; es algo bastante frecuente. Al parecer, en la guerra contra Somalia en 1974, si tu padre moría por defender a Etiopía, el Gobierno premiaba a sus hijos enviándolos a estudiar a Cuba, que también tenía un régimen comunista. Por eso hay muchos etíopes que hablan castellano con acento cubano. Empezamos a hablar y lo primero que le pregunto es si sabe de alguien que pueda venderme una vaca, como si ese fuera mi tema de conversación habitual.

–Mi hermana tiene una explotación de vacas.

Ahí se me abrió el cielo. Como buen cosmopolita, nunca en mi vida me había acercado a una vaca, así que aproveché la oportunidad y empecé a preguntar.

–¿En serio? Y ¿cómo tiene que ser la vaca?

–Vaca, cuatro patas, ubres, que esté preñada para que dé leche, que tenga no sé cuántos años... Déjame un rato para que localice a mi hermana.

Yo no tenía ni idea del mundo «vaca lechera», ni siquiera sabía que para que diera leche tenía que estar preñada, pero ahora al menos ya tenía los datos de lo que había que buscar. La hermana de la etiocubana no dio señales de vida, pero sí me dijeron que cerca de Addis Abeba, en Debre Zeit, estaba lleno de explotaciones agrícolas y ganaderas.

Arístides llegó a Addis al día siguiente, al Taitu. Yo no cabía en mi orgullo al haber podido averiguar en qué zona podríamos encontrar la vaca. No tardó ni un minuto en dejarlo por los suelos.

–¿De dónde voy a sacar ahora doscientas gallinas?

No había terminado de encontrar una vaca y ahora tenía la responsabilidad de encontrar ¡¡doscientas gallinas!!

El tiempo que Arístides estuvo en Dire Dawa fue a colaborar con las *sisters* en el mismo hospital en el que nosotros habíamos estado años antes; vio a los seiscientos enfermos mentales y quería hacer algo por ellos. Después de hablar con las *sisters*, se le había ocurrido comprar gallinas para que los enfermos pudieran comer huevos todos los días, y así consumir proteínas, con lo que su calidad de vida mejoraría. Haciendo un primer cálculo estimaron que necesitaban comprar doscientas gallinas.

–¿Estás loco? –le dije a Arístides.

–¿Loco? –me respondió–. ¿No eres tú el que está en Etiopía construyendo hospitales y haciendo pozos en el desierto?

Una contestación que me dejó sin argumentos.

–Además, ya les he dicho a las *sisters* que no se preocupen por nada, que Paco las conseguirá –remató.

El trabajo se me estaba acumulando.

A la mañana siguiente nos fuimos a Debre Zeit y preguntamos en todas las lecherías que encontramos. Después de no sé cuántas, encontramos una pequeña explotación lechera. Su dueña no quería vender a ninguna de sus vacas. Ella no sabía todavía quién era Arístides. Pronto sucumbiría a sus encantos. Aun así, nos enseñó con detalle su explotación; había una zona en la que las vacas estaban estabuladas, en una nave, comiendo pienso y descansando muy tranquilas, con sus terneros pegados a las patas. Y había otras en libertad, pastando una hierba verde, jugosa y fresca. Parecían estar en la gloria. Después del paseo, la señora nos enseñó las veinte vacas que estaban preñadas y nos invitó a que eligiéramos una. Todas estaban numeradas.

–A mí me gusta la número doce –dije yo.

–Sí, sí, a mí también –respondió Arístides.

–No, la número doce no puedo vendérosela, es la mejor que tengo. Mirad, yo no os quiero vender ninguna de mis vacas, pero si tuviera que venderos una, solo podría ser esta –nos dijo señalando a una vaca que era completamente blanca, excepto por unas manchas negras en el cuello y la cara–. Esta vaca está preñada, pero le quedan solo un par de embarazos porque es ya muy mayor. No sé si lo que lleva dentro será una ternera o un ternero. Si es ternera, renováis el ciclo y volveréis a tener leche; si no, tendréis que criar al ternero para carne.

La vaca costaba entre siete y ocho mil euros, pero era dinero bien invertido porque a cambio los niños del orfanato tendrían leche fresca todos los días. Llamamos al orfanato

para ver qué les parecía y si estaban dispuestos a asumir el riesgo.

–Se arriesgan a que sea un ternero –dijo Arístides encantado, sacando el dinero para pagar a la señora.

En ese momento nos enteramos de que hacía falta un transporte especial para trasladar a la vaca. No lo habíamos previsto. El orfanato corrió con esos gastos.

La vaca parió un ternero, ¡qué mala suerte!, pero estuvo dando leche para los niños del orfanato durante muchos meses. Al ternero no se lo comieron –creo que le habían cogido cariño–, así que decidieron venderlo.

Encontrada la vaca, nos centramos en las gallinas. Aprovechando que estábamos en Debre Zeit, nos pusimos a buscarlas.

–Conozco un sitio, pero no sé si tendrán gallinas. Creo recordar que hay una fábrica en la entrada. Tengo buena memoria visual –le dije a Arístides.

–¡Genial! –me contestó sin sorprenderse–. Como he hablado del proyecto a los otros españoles y están muy emocionados, les he dado dinero para que compraran lo necesario y se han ido a las *sisters* de Dire Dawa y ya están construyendo el corral –me dice para meterme aún más presión–. Ya solo falta que tú encuentres las gallinas.

Llegamos al primer sitio que yo recordaba, pero allí no había ni pollos ni gallinas. Preguntando por todas partes, nos mandaban de un lado a otro, pero en ninguno vendían gallinas. Por fin, después de unos cuantos fracasos, nos indicaron un lugar, bastante lejos de allí, donde nos aseguraron que vendían gallinas; era una granja, la Genesis Farm, un proyecto holandés-etíope. El lugar parecía el paraíso, con unas palmeras preciosas, árboles muy cuidados, jardines verdes llenos de flores, parterres, fuentes... un auténtico vergel. Y zonas de cultivos con verduras esplendorosas y berzas gigantes de más de un metro de altura. Llegamos allí a las once de la mañana. Preguntamos si vendían gallinas y nos respondieron que por supuesto, que sí, que vendían gallinas vivas.

–¿Para cuándo las queréis?

–Para ahora.

–Y ¿tenéis las cajas? ¿Cómo habéis pensado llevaros las doscientas gallinas?

La verdad es que no lo habíamos pensado.

–¿Cuánto cuesta cada gallina?

Cada gallina costaba ochenta birres. En total, teníamos que pagar dieciséis mil birres, unos dos mil euros al cambio, a diez euros la gallina. Teníamos el dinero, pero no las cajas. Hablé con el encargado y le conté nuestra historia. Le expliqué que eran para Dire

Dawa, para el hospital de enfermos mentales de las Misioneras de la Caridad de la madre Teresa. Me respondió que nos prestaba las cajas con la condición de que se las devolviéramos al día siguiente.

–No puedo dejártelas más tiempo. Las necesito aquí mañana por la mañana. Tienes que prometérmelo.

Le prometí que al día siguiente a las once de la mañana estaría de vuelta con las cajas. El hombre dudaba de que pudiéramos hacer el viaje en tan poco tiempo, porque estaba realmente lejos, y me aumentó el plazo hasta la una de la tarde, pero le dije que no, que a las once estaríamos de vuelta.

–Veinticuatro horas, te lo prometo –le aseguré. Y se fío de mí.

Empezaron a perseguir a las gallinas, que estaban descansando tranquilamente en una nave; con mucha habilidad, seguían a una de ellas, la agarraban de las dos patas y salían con ella boca abajo sin que sufriera más daño que el propio estrés de la persecución. Trajeron diez cajas de plástico de un metro y medio de ancho por dos de largo y medio de altura. Las gallinas viajarían con ventilación y podrían respirar bien. En cada caja iban metiendo veinte gallinas hasta llenar las diez cajas. Con el interior del coche en «modo carga», solo cabían cinco cajas. Tuvimos que poner las otras cinco arriba, encima de la baca.

–No puedes llevarlas al aire. Tienes que cubrirlas con una lona para protegerlas del viento, del frío, del calor, o incluso de la lluvia –me dijo el encargado.

Compramos una lona y las tapamos.

–Nos vemos mañana a las once. Muchas gracias.

A las once y media salíamos de la Genesis Farm. Arístides no conduce, no tiene carné etíope, así que me tocaría a mí conducir todo el camino.

–Bueno, pues por lo menos dame conversación –le dije al salir de la granja.

–Tranquilo, no te preocupes.

El encargado de la Genesis Farm era un visionario. Durante el viaje llovió y salió el sol, y paramos varias veces para que las gallinas descansaran y para ventilarlas. Las gallinas habían estado cagando todo el viaje y el coche apestaba. Durante el camino, Arístides hablaba por teléfono con los voluntarios y les metía prisa para que acabaran a tiempo el gallinero porque ya estábamos llegando. Después de nueve horas conduciendo, a las doce de la noche llegamos a Dire Dawa. Las *sisters* estaban alucinadas, el gallinero

casi acabado y las gallinas en el coche. Solo se murieron dos. Descargamos y les dije a las *sisters* que necesitábamos las cajas.

–Sí, sí, mañana.

–No. Tengo que marcharme ya para devolverlas.

Mientras tanto, los trabajadores de las *sisters* sacaron una montaña de cagadas de gallina del interior del coche. Volvimos a meter las cajas, esta vez vacías, para llegar a tiempo y cumplir nuestro compromiso.

–Tranquilo, Paco. Yo te pongo ahora una musiquita y vamos hablando y hacemos el viaje en un pispás.

Salimos de la casa de las *sisters*. Subimos la primera cuesta de Dire Dawa para tomar la carretera. No habían transcurrido cinco minutos; era la primera cuesta y Arístides se quedó completamente dormido. Lo dejé descansar. Yo ya tengo mucha experiencia en conducir solo de noche. El coche olía mal y, además, estaba lleno de mosquitos.

A las cuatro de la madrugada llegamos a Awash, una población a 225 kilómetros de Addis Abeba, que se llama igual que el río principal de Afar. Aún quedaba el 20 % del viaje, pero necesitaba parar un rato y descansar. Desperté a Arístides: «Necesito dormir hasta las nueve de la mañana». Fuimos a un par de hoteles, pero estaban cerrados. En aquella época, Arístides era el relaciones públicas del Hotel Alfonso XIII de Sevilla. En Etiopía, el mejor hotel es el Sheraton. Su jefe y sus compañeros de trabajo le habían regalado entre todos una noche en el Sheraton de Etiopía.

–Paco, tú tranquilo, que voy a pagar con el vale y nos vamos a dar el gustazo de dormir en el Sheraton.

–Mira, Arístides, yo encantado, pero te advierto que el Sheraton solo lo he pisado para tomarme un café.

Seguimos buscando un lugar donde dormir; nuestras expectativas estaban muy lejos del Sheraton. Como no encontramos nada abierto, decidimos echar una cabezadita al lado de una gasolinera; nos daba miedo que nos robaran, así que cerramos el coche a cal y canto. A los cinco minutos no podíamos soportar el olor y el calor que hacía dentro del coche con todo cerrado, así que abrimos las ventanas. Llevábamos pantalones cortos, de manera que al cuarto de hora estábamos acribillados por los mosquitos; medio dormimos una hora, nos llenaron de picaduras y a las cinco y media de la mañana, con la salida del sol, emprendimos el viaje y llegamos a Debre Zeit a las diez y media. El encargado no se creía que hubiéramos ido y vuelto de Dire Dawa. Decía que era imposible, pero ahí

estábamos nosotros para demostrar que no hay nada imposible cuando el objetivo merece la pena. Le dimos las gracias y liquidamos nuestras deudas.

—¿Dónde vamos ahora?

—Al Sheraton, por supuesto.

Nos dejaron entrar porque éramos blancos. Estábamos sucios, agotados y apestábamos a gallina y a mierda de gallina. Pero se portaron muy bien con nosotros y cuando Arístides sacó su vale, como era un trabajador de la cadena, nos regalaron unos chocolates, un bolígrafo y una cesta de frutas. La cesta de fruta me la llevé a Afar, porque había manzanas y hacía mucho tiempo que no probaba una. Aquella noche dormimos como bebés.

Las gallinas cumplieron sobradamente su misión. Estuvieron poniendo huevos durante mucho tiempo y los enfermos del hospital de las *sisters* en Dire Dawa tomaron más proteínas que nadie en toda Etiopía, ¡eso seguro! Finalmente, llegó un momento en el que costaba más el pienso para alimentarlas que los huevos que ponían, así que decidieron comerse a las ciento noventa y ocho supervivientes de esta odisea.

Pocos días después volví a ver a Arístides.

—Me ha sobrado dinero —dijo—. ¿Sabes de algún sitio donde lo necesiten?

En ese momento me temblaron las piernas.

—Además, a vosotros todavía no os he ayudado. —Me preguntó de nuevo por nuestro programa de nutrición y le expliqué cómo funcionábamos. Arístides decidió gastar todo el dinero que le quedaba en comida suplementaria para nuestro programa.

—Y ¿ahora qué? —dijo Arístides entre risas—. ¿Qué compramos ahora?

Todo fue muy divertido. Arístides es un personaje. Él mismo me dice que si no fuera por la ONG nunca nos habríamos hecho amigos porque somos dos polos totalmente opuestos: él es un relaciones públicas perfecto, un *crack*; yo soy más discreto y mucho más tímido.

Desde entonces pasa largas temporadas en Asayita; estuvo en los veranos de 2008 y 2009 y vivió en Asayita once meses en 2011 y siempre vuelve en Navidades como el turrón. Cuando le dan vacaciones, pregunta si hace falta y si es necesario, hasta se queda solo trabajando en el proyecto.

—Oye, Paco, que voy en Navidad.

—Vale, te dejo la llave escondida y te explico en una nota lo que tienes que terminar.

El otro día lo llamé para decirle que nos faltaban dos mil euros para terminar las obras de un edificio.

—Vale, vale.

A la media hora me devuelve la llamada.

—Ya está, Paco. He organizado un evento para tal día en tal sitio. Seguro que recaudamos más de dos mil euros, Paco, quédate tranquilo.

Cuando le preguntan por qué lo hace, él siempre contesta que si la vida te trata bien, has de devolverlo. Es un amigo de los que siempre está cuando se le necesita. Todo un *crack*.

20. *Be camel, my friend*

El 3 de septiembre de 2011 fue el gran día, y no solo para nosotros, sino también para más de cien mil personas, los usuarios directos del nuevo hospital de distrito de Asayita. Sí, no vuelvas las páginas atrás; ya sé que en nuestros comienzos el plan era rehabilitar el viejo centro de salud de Asayita, pero soñar es fácil, y pronto empezamos a creer que podíamos construir un hospital. Ha sido un camino largo, muy largo, que ha durado cuatro años, pero hoy Asayita cuenta con el segundo hospital de la región de Afar, con cuarenta y dos camas, que se suman a las ochenta del hospital regional de Dubti. Y todo gracias a las donaciones y a la buena gestión que han hecho realidad los proyectos de Amigos de Silva.

Nadie quiere ir a Afar. Ningún etíope va a Afar por gusto. De hecho, Afar es el destino obligatorio para profesionales como médicos o militares que acaban de terminar los estudios. El Gobierno les paga la carrera, les financia para que puedan estudiar y a cambio los envía dos años a trabajar adonde se necesite; los destinos son Afar, las naciones del sur y Somali, lugares a los que nadie quiere ir voluntariamente. Y si esa reticencia la tiene un médico recién licenciado, imagínate un constructor resabiado. Encontrar a un constructor que se comprometa a trabajar unos meses en Afar es misión imposible, y cuando lo encuentras, multiplica por cuatro o por cinco el presupuesto porque sabe que va a tener problemas para mantener a los obreros y lo duro que es trabajar en esas condiciones climatológicas tan extremas. Tienes que luchar por cada ladrillo. No hay técnicos, no hay carpinteros, no encuentras un buen electricista que viva en Afar o que quiera trabajar en Afar.

Con los materiales ocurre lo mismo. Nuestra máxima es comprar materiales de la mejor calidad para que duren mucho tiempo. Tengo que ir a Addis Abeba, y no es como aquí, que cada cosa tiene su precio marcado bien visible. Entrás y preguntas: «¿Cuánto cuesta el cable?». Te miran, te analizan: eres blanco. Te dicen el triple o el cuádruple de su valor.

–Doscientos.

–No, doscientos bires es mucho –respondo mientras simulo perder el interés y pregunto por otra cosa–. Y ¿los interruptores?

–Cuarenta.

–Uf, es muy caro. –Y vuelvo a interesarme por el cable–. Entonces, el cable, ¿en cuánto me lo dejas?

–Bueno, te lo dejo en ciento ochenta.

–Que no, hombre, que voy a comprarte veinte metros.

–Bueno, si me compras veinte metros, te lo cobro a ciento cincuenta.

–No, te lo compro por cien.

–Cien es muy barato, pierdo dinero. Te lo dejo en ciento veinte.

–Vale, lo cerramos en ciento veinte.

Y así con cada uno de los materiales que necesito comprar. Y además, voy a varios sitios distintos para tener un precio de referencia, saber lo que vale en realidad y conseguir la misma calidad sin que nadie me engañe. El otro día un voluntario comentaba: «No sé si cansa más trabajar en Afar con tanto calor o tener que ir con Paco a comprar los materiales y pelearse con los encargados de cinco o de seis tiendas para comprar un cable». Pero es que cuando ven a un *faranji*, los ojos les hacen chiribitas y multiplican el precio por cuatro o por cinco. Y ahí están los cinco euros que nos ha donado la señora española, que no se me quitan de la cabeza.

El día que voy a recogerlos tengo que volver a comprobar que todo el pedido está correcto, que no me han metido materiales de una calidad inferior. Y vuelvo a recontarlo ocho veces todo, por si me han puesto menos de lo que he pagado. A veces ellos cuentan cuarenta piezas y yo cuento treinta y ocho, y entonces hay que volver a empezar y luego embalarlo todo otra vez. Después necesito un transporte, un camión. Los interruptores me caben en el coche, pero las vigas de hierro, de seis metros de largo, o toda la chatarra que va dentro de las columnas no, no caben en el coche; necesito un camión. Tengo que buscar un camionero que quiera hacer ese trayecto, que no intente engañarme y que me cobre un precio razonable. Y después, siempre tiene que ir alguien con el camionero durante todo el viaje, que son dos días, porque si no, el camionero puede robarme el material. Afortunadamente, tengo a Yohanes. Lo conocimos en Addis Abeba y trabajó con nosotros como guarda cuando vimos la necesidad de alquilar una pequeña casita para los días que pasábamos en Addis haciendo papeles. Cuando tuvimos problemas con

la construcción de uno de los edificios del hospital de Asayita, estuvo con nosotros en Afar ayudándonos y se quedó muy impresionado con nuestro trabajo. Me dijo: «Cuenta conmigo para lo que quieras». Todo el mundo cambia de mentalidad cuando visita Afar y comprueba la seriedad de nuestro trabajo. Yohanes habla maravillas de nosotros. Es un gran embajador. Muchas veces viene conmigo a comprar materiales y él mismo explica a los vendedores nuestros proyectos para que se involucren y nos hagan un buen precio; además, se lleva muy bien con los voluntarios.

Con el camión contratado hay que ir tienda por tienda cargando cada material. Ahora ya conozco no solo las tiendas, sino también las fábricas, que están a las afueras de Addis, cada una en una punta, pero merece la pena ir hasta allí: la calidad es mejor y, además, el camión puede aparcar sin problemas; antes, cuando iba a las tiendas, muchas veces el camión no cabía por las callejuelas y tenía que contratar, además, una furgoneta para que transportara el material a las afueras y allí cargarlo en el camión.

Alguna vez me ha ocurrido que buscando materiales en Addis, cuando empiezo a pedir veinte picaportes, veinte cerraduras, me han llegado a preguntar: «Oye, ¿qué pasa en tu casa?». Y he tenido que explicarles que el material es para el hospital que estamos construyendo en Asayita. Entonces reaccionan y me dicen: «Pues en vez de dejártelo a ciento noventa, te lo dejo a ciento setenta, ya que es para el hospital». Y me gusta mucho porque también es su aportación a la causa.

Dicen que en Afar la jornada es distinta a la del resto del país. Empiezan a las siete de la mañana y terminan a las once o a las once y media. Esto último es cierto; yo suelo irme del hospital a las doce, y allí no queda nadie. Pero lo de empezar a las siete no se aplica. Por la tarde llegan sobre las tres o tres y media y están hasta las cinco o cinco y media. Es decir, que en el mejor de los casos, trabajan cinco o seis horas al día, ya que siempre llegan tarde y se escapan antes de tiempo del trabajo. Cuando hace mucho calor, no se puede trabajar con estructuras metálicas, porque abrasan; durante el mes de ramadán todo está paralizado porque no se puede trabajar a 50 °C sin comer ni beber durante todo el día. Así que cada obra se dilata en el tiempo meses y meses. Hay que tener mucha paciencia y saber que hay que ir a primera hora de la mañana para cogerlos frescos. Nunca mejor dicho; ese es el único frescor que habrá en todo el día.

Además, hay que tener en cuenta que, como en otros países africanos como Yemen, Somalia o Djibouti, en Etiopía se consume el *chat*, o *qat* o *khat*, un arbusto, el *Catha edulis*, cuyas hojas tienen propiedades psicoestimulantes muy potentes, como las

anfetaminas. Consumir *chat* por las tardes es un acto social y todos los etíopes, sean funcionarios, tenderos o albañiles, se entregan sin remisión a este placer pase lo que pase. Mezclan las hojas con Coca-Cola o con café, para potenciar su efecto, y con cacahuètes, para suavizar el amargor. Van haciendo una bola en la boca que les causa numerosas heridas y problemas en los dientes.

El *chat* se cultiva en el sur del país y todos los días llega en avión hasta Addis, y desde allí salen los camiones con las hojas de *chat* a todas las ciudades del país, incluso hasta Asayita. Todo el mundo está pendiente de la llegada del camión de *chat* para comprarlo lo más fresco posible, y cuando se retrasa, notas un ambiente enrarecido en la calle, de nerviosismo, que no sabes a qué se debe hasta que alguien te dice que están esperando el camión de *chat*. La gente gasta mucho dinero en comprar *chat*. Y crea adicción. Se venden las ramitas de este arbusto envueltas en hojas de platanera y las consumen en sus propias casas o en las «casas de *chat*», que suelen tener colchonetas, cojines y alfombras para poder recostarse en el suelo, y charlan toda la tarde dándole al *chat*.

Las reuniones con el Gobierno nunca son muy operativas si se celebran por la tarde; llegan a la reunión con los ojos totalmente enrojecidos o te desconvoan en el último minuto con la excusa de que están de *meeting*, cuando en realidad están masticando *chat*. Otras veces he ido a una reunión y me han dicho: «El jefe está detrás del edificio de la cafetería». Y voy hasta allí, y el tío está mascando *chat* con otro colega: «Venga, Paco, siéntate con nosotros un rato». Así que, a la lista de calor extremo, ramadán y lluvia, hay que añadir el consumo de *chat*, que convierte a la mayoría de los vecinos de Afar en muy poco operativos por las tardes.

El jefe de obra siempre me dice que como soy *faranji*, mi nivel de exigencia es altísimo.

—Hombre, es que no puedes ponerme la ventana torcida —le digo.

—Pero si no se nota.

—Sí se nota, está torcida. Por favor, desmóntala y vuelve a ponerla otra vez, porque no voy a pagarte una ventana que está torcida.

—Pero si casi no se nota.

Saco el nivel y le enseño cómo está de torcida, y me responde:

—Hombre, si lo haces con el nivel... —dice totalmente convencido de tener razón—. Además, a todo el mundo se le puede torcer un poco.

—Ya. Desmóntala y vuelve a ponerla bien, por favor.

Y así con cada cosa que hacen, aunque he de reconocer que poco a poco van cambiando su propio nivel de exigencia, porque saben que yo no voy a pagarles por una chapuza. Y también hay que tener en cuenta que la calidad de los materiales que encuentras en Etiopía no tiene nada que ver con los que se compran en España. En Etiopía, muchas veces, terminas de construir un edificio y ya parece viejo; los materiales que usan son como los que había en España hace cincuenta años. Yo no compro nada fabricado en China porque sé que no va a durar nada. Procuro comprar calidad europea, pero lo mejor que puedes encontrar en europeo es turco, aunque reconozco que algunas cosas locales son de buena calidad.

Y como en España, allí también todo el mundo se permite el derecho a opinar sobre lo que están construyendo. Un día, el farmacéutico –¡el farmacéutico!– me dice: «Uf, estos cables aquí... mal están». Y tuve que contestarle: «Oye, pero ¿tú no eres farmacéutico? ¡Deja al electricista que trabaje!».

Cuando nosotros decidimos rehabilitar el centro de salud de Asayita, allí ni siquiera había médicos, solo enfermeros. De vez en cuando venía un médico, se quedaba un mes y luego se marchaba.

La primera obra que hicimos nada más llegar fue adecuar el edificio donde tenemos nuestra oficina y en el que desarrollamos nuestro programa de nutrición, el de oftalmología y el de odontología. El segundo edificio que arreglamos fue la lavandería. Al año siguiente, en 2009, hicimos una gran rehabilitación del edificio donde está la sala de partos y los cuidados pre y post natales. Después, la rehabilitación del laboratorio, y más adelante, los edificios de urgencias, registro y control de acceso. En esa época apareció en la obra un niño de unos ocho años que se acercó a conocerme. Yo estaba solo en Asayita. Mi presencia despertó su curiosidad y venía todos los días después del colegio a ver qué hacía. Ishia sabe un poco de inglés y fue mi espontáneo profesor de amárico. Me enseñó a decir buenos días, buenas tardes, hola, adiós, puerta, ventana, mesa, silla, los números, los colores... casi todo lo que sé. Desde que lo conozco, hace ya más de siete años, ha venido todos los días a la oficina; el día que no viene me preocupa. El guarda del hospital le dice que ya es como si fuera mi hijo porque cuando no está en el colegio, siempre está conmigo. A veces, cuando estoy muy liado, le dejo el iPod para que escuche música o mi cámara de fotos. Ahora ya ha crecido mucho, como nuestro proyecto, y sigue en el colegio soñando que algún día viajará a España.

Pero lo que marca un antes y un después en nuestro proyecto es la construcción del edificio de ingresos, gracias al cual el centro de salud pasó a ser hospital de distrito. Lo levantamos de cero, desde los cimientos hasta el tejado, todo nuevo, gracias a la financiación de la Comunidad de Madrid. Tardamos dos años y medio y nos dio mucha guerra, porque construimos ochocientos metros cuadrados de nueva planta.

El primer problema con el que nos encontramos fue uno de los contenedores abandonados por el Gobierno regional, lleno de material, que ocupaba justo el centro de lo que iba a ser el edificio de ingresos. Después de mucho papeleo, conseguimos el permiso regional para retirarlo; nos asignaron a una persona para que viniera a quitar el candado, pero las llaves no aparecieron por ningún lado, por lo que hubo que romperlo con una cizalla, volver a comprar otro candado y contratar a unos trabajadores para que lo vaciaran. Y en esas estábamos cuando empezamos a pensar que teníamos que conseguir una grúa para que se lo llevara. Por supuesto, todos estos gastos los paga la ONG; el Gobierno ni se inmuta. Gebre y yo pasamos toda la mañana ordenando el contenido en el almacén. Me quedé solo en el hospital y de pronto vi pasar por el pueblo una grúa de una empresa constructora. ¡Una grúa! Llamé a Gebre, lo localicé y fui a toda velocidad a recogerlo para hablar con el de la grúa. Acordamos el precio, unos doscientos euros; vendría a la hora de la comida. Era increíble: a las doce y media habíamos acabado de vaciarlo, a la una de la tarde aparece la solución a nuestros problemas y una hora después se presenta la grúa en el hospital. En un minuto levantó por los aires el maldito contenedor y se lo llevó de allí para siempre. ¡Qué alivio! Le pagamos religiosamente y cuando llegó el administrador por la tarde, no podía creérselo.

Nuestro segundo problema era quitar la enorme cantidad de rocas volcánicas que ocupaban el terreno para el edificio de ingresos; no se podían romper y estaban semienterradas, así que necesitábamos un *bulldozer*.

En aquella época, el Gobierno estaba construyendo una plantación de caña de azúcar en vez de la plantación de algodón en Dubti. Addis Abeba quedaba muy lejos y traer una máquina desde allí nos iba a costar mucho dinero. Así que fuimos a intentar conseguir que nos dejaran un *bulldozer* de la plantación para poder mover todas aquellas piedras. Localizamos la oficina y pedimos hablar con el jefe de todo eso. Yo esperaba a un etíope mayor con canas y, en cambio, apareció un joven ingeniero. Abraham tendría tan solo un par de años más que yo, y era alto y delgado. El típico etíope. Fue muy agradable con nosotros. Le sorprendió cuando le dije que vivía en Afar y que estábamos construyendo

un hospital para el Gobierno. Nos caímos muy bien. Descolgó el teléfono y empezó a hacer un par de llamadas; a los dos minutos me dijo que no me preocupara. Mientras esperábamos a que nos trajeran el té que nos había ofrecido, me dijo que él era de Addis Abeba y que aun siendo el jefe, le costaba mucho trabajar en la región de Afar porque no lo aceptaban al no ser uno de ellos.

–No puedo imaginarme lo que debe de ser para ti, que encima vienes de otro país –me decía Abraham.

–Eres la primera persona que por fin me entiende –le contesté.

–Lláname para lo que necesites –continuó.

Así empezó nuestra relación. Abraham nos mandó al día siguiente el *bulldozer* y solo tuvimos que pagar el coste básico por hora del uso de la maquinaria y nos regaló los doscientos kilómetros recorridos por el camión que se necesita para transportar el *bulldozer*. Dejamos todo el terreno preparado y liso para empezar a cavar y a cimentar.

El Gobierno establece un estándar nacional de construcción y te proporciona unos planos que hay que respetar para que todo el mundo sepa por dónde van los desagües, las tuberías y la instalación eléctrica. Todos los planos de los hospitales estatales son iguales, son planos de referencia. Ojalá hubieran sido obligatorios también para los centros de salud; en nuestra rehabilitación nos habríamos evitado miles de problemas: cuando excavábamos, siempre aparecían antiguas líneas de agua enterradas, ochenta metros de tuberías viejas que se habían quedado ahí, inservibles, o cientos de metros de cableado abandonado.

Contratamos a un constructor y empezamos la obra. Como hace mucho calor, hay que remojar continuamente el cemento para que fragüe bien, y entonces el tiempo de secado es más lento, y todo se va retrasando y los problemas se acumulan. Cada vez que te quedas sin un material hay que ir a la capital a comprarlo y contratar el camión que lo traiga. Durante la mitad del año, la temperatura no te permite llevar un ritmo de trabajo razonable; después llega el ramadán, después llueve, y aunque llueve muy poco, en cuanto chispea por la mañana ya nadie va a trabajar, porque dicen que es muy peligroso trabajar con lluvia. Todo son obstáculos que hay que ir saltando, como en una carrera de vallas.

No me imagino en España contratando burros para que traigan del desierto las piedras para la cimentación de los edificios y la arena para hacer el cemento. Se contratan de uno en uno y se forman largas caravanas de burros guiados por arrieros, que se adentran

varios kilómetros en el desierto, cargan a sus burros con piedras volcánicas y regresan al hospital. Así, todo el día, día tras día. Cuando llegan al hospital, cuento las piedras y les pago uno o dos birs por cada una, dependiendo del tamaño. Y todo tengo que justificarlo con recibos y contratos, y explicar a los técnicos del Gobierno que el hombre del burro no tiene licencia fiscal, pero yo le estoy pagando de todas maneras, y tengo que hacer unos recibos especiales para justificar todos esos pagos. En fin, que el ritmo de trabajo de Etiopía nada tiene que ver con el de España. Por eso se tarda dos años en hacer un edificio.

Pero gracias a ese edificio, seríamos hospital de distrito. Eso supone, por un lado, que un enfermo puede quedarse ingresado, y, por otro, que el Gobierno va a contratar obligatoriamente al personal médico necesario para atenderlo. Ahora tenemos tres médicos y veintitantas enfermeras; antes no había médicos y solo teníamos tres enfermeros. Nosotros le damos al Gobierno la infraestructura y el Gobierno, de acuerdo con sus estándares nacionales, lo dota de personal. Eso significa que si yo me voy de Etiopía mañana, el hospital seguirá funcionando ya para siempre. Y eso me da mucha tranquilidad.

Antes, un enfermo no podía recibir el tratamiento adecuado porque no había hospital y tenía que desplazarse hasta Dubti; eso suponía un gran coste familiar, así que lo más habitual era que se quedaran sin tratamiento hasta que la enfermedad se hacía crónica. Ahora, gracias al hospital, ya no pasa eso; además, todo es nuevo, las habitaciones están impecables, así que los gérmenes también son nuevos, no han estado ahí incubando, creciendo y haciéndose fuertes durante cincuenta años. Una vez que nosotros terminamos, entregamos el edificio al Gobierno y este nos devuelve firmada una carta de recepción de obra que certifica que todo está perfecto. A partir de ese momento, el hospital deja de ser nuestra responsabilidad. Nosotros seguimos con nuestra oficina, nuestro programa de nutrición y nuestras campañas puntuales. Pero solo en teoría. En la práctica, aunque el Gobierno tiene un presupuesto para mantenimiento, como no quiere gastarlo, espera a que lo arreglemos nosotros, porque sabe que después de tanto esfuerzo para sacar el hospital adelante al final acabaremos arreglándolo.

En Asayita hay gente que prefiere la medicina tradicional; he visto alguna vez cómo ponen al enfermo una espada en la frente o en la espalda, le hacen unas quemaduras, utilizan unas hierbas...; tienen una gran cultura de las hierbas medicinales, pero creo que no funcionan demasiado bien; a veces la familia gasta todos sus ahorros en la medicina

tradicional, que puede llegar a costarles cuatrocientos o quinientos biros, y si no consiguen ninguna mejoría, ya no les queda dinero para recurrir a la medicina moderna.

Volviendo a la inauguración del hospital, unos días antes ya teníamos muchos de los preparativos terminados. Habíamos izado las tres banderas: la de Etiopía, la de Afar y la de España. Todos los edificios estaban pintados del mismo color, verde caribe, limpios e impecables. Arístides y Judith –una voluntaria que es médico y que entonces tenía una consulta en Madrid– se habían encargado de todas las invitaciones, de la lista de políticos del Gobierno regional y nacional, de la lista de personalidades relevantes de la sociedad y de la lista de los amigos de Amigos de Silva. Todo el mundo quería acudir a este acontecimiento, el más importante del año. Pero en los días previos, hubo una epidemia en Asayita, algo parecido al dengue, una bacteria o algo así. Fue terrible. Cada día venían ciento cincuenta nuevos pacientes, todos con los mismos síntomas: fiebre muy alta y un dolor en el cuerpo horrible que duraba una semana o diez días. Nada más. La avalancha de enfermos contagiados por esta bacteria no cesaba. El edificio todavía no estaba del todo terminado y aún no lo habíamos inaugurado y, por lo tanto, no se podía usar. Mientras tanto, trabajábamos en la inauguración. Debía de ser el 30 de agosto o así. En casa había tres o cuatro voluntarios organizándolo todo. Y dos días antes, me pongo yo enfermo, con lo mismo que ellos. Nadie sabía de qué enfermedad se trataba; el Gobierno había mandado muestras para analizar en Addis, pero los resultados no daban nada en concreto. Y seguía la avalancha, con cien nuevos pacientes cada día y el hospital saturado. Y yo con una fiebre altísima, un dolor horrible en todo el cuerpo, vómitos y náuseas. Horrible. En el hospital todo el mundo lo comentaba: «Paco ha caído enfermo». La gente estaba muy preocupada. Y en un momento de lucidez, le dije a Arístides que no podía con mi alma, que necesitaba dormir; me dolía todo. Arístides me decía que tenía que reponerme ya, porque estábamos a punto de la inauguración, y yo le decía que no podía ni levantarme de la cama, que no podía hacer las entrevistas ni nada de nada, que me bastaba con haber podido terminar el edificio a tiempo.

Fueron dos días y dos noches terribles. Las pasé en un estado onírico, flotando, apenas recuerdo los detalles, pero sí me acuerdo de Arístides diciéndome que pensaba que iba a morir. Y yo le decía que no, que si los demás no habían muerto, yo tampoco iba a morir. Judith y Arístides se turnaban para cuidarme. Y cada dos por tres me pinchaban diclofenaco contra el dolor y la fiebre alta.

Después de cuatro años de trabajo y de lucha, llegó el día de la inauguración, el 3 de septiembre de 2011. Me levanté de la cama. Estaba bien. Tenía hambre. Me habían estado dando barritas energéticas mientras había estado malo y ahora las odiaba. «Quiero pan o lo que sea. Algo de comer.» Todos estaban alucinados; me veían con buena cara y yo no hacía más que repetir que estaba bien, que me encontraba muy bien.

Habíamos alquilado un minibús para que trajera a los invitados desde Addis, porque vinieron muchos amigos etíopes que conocíamos y que colaboraban con nosotros; también vino Lucía –que no sabía que había estado enfermo–, y muchos voluntarios desde España solo para estar presentes en la inauguración: Esther y Cris, Mercè, Eva, Aitor, Ernesto... El embajador y el ministro de Cultura, que es de Asayita, no pudieron venir; nos lo comunicaron unos días antes, pero sí que vino Mikel, el cónsul de la Embajada. Llegó el equipo de la cadena de televisión estatal de Etiopía, la Ethiopian Broadcasting Corporation, y empezaron a grabar las instalaciones, el edificio nuevo, me hicieron una entrevista, hablaron con el personal del hospital y preguntaron su parecer a los beneficiarios.

Asistió el segundo responsable de Sanidad de la región de Afar, Mohamed Admed, que es con el que mayor relación tengo yo allí; sé que es una persona con la que puedo contar, me llevo muy bien con él, trabajamos mucho, nos conocemos desde hace ya siete años y sabe que nosotros tenemos nuestro ritmo y que somos una ONG pequeña. Recuerdo que me llamó para decirme que iba a llegar tarde, pero que no quería perderselo, y me rogó que lo esperara media hora. Vinieron el vicepresidente de la región y todos los miembros del Gobierno regional.

Mohamed Admed hizo el discurso inicial y luego me pasó la palabra. La tele seguía grabando y todo era muy serio y ceremonial. En mi discurso insistí en que el hospital nos pertenecía a todos y en que todos éramos responsables de cuidarlo y que detrás de cada edificio se podía ver el esfuerzo de mucha gente que había colaborado en levantarlo con sus aportaciones económicas y con su trabajo.

Cuando terminé, Mohamed Admed invitó al cónsul de la Embajada española a que pronunciara unas palabras. «Ahora va a tomar la palabra el cónsul, Mikel Iriso Ivchenko, en representación de la Embajada española.» Y el pobre Mikel, que acababa de llegar de España, no llevaba en Etiopía ni dos semanas, improvisó un discurso muy bueno.

Todo estuvo genial, hubo muchos aplausos. Y después lo celebramos en el Hotel Basha y disfrutamos una vez más de su privilegiada vista sobre el río Awash. La fiesta

continuó en nuestra casa con todos los voluntarios que habían venido al evento.

La inauguración del hospital de distrito de Asayita tuvo una gran repercusión en Etiopía. Todo el mundo se enteró porque repitieron la noticia en la televisión una y otra vez. Hicimos una nota de prensa que recogió Europa Press y se publicó en varios medios españoles. Asayita tenía el segundo hospital de la región y lo habíamos hecho nosotros.

Un mes después de la inauguración, un sábado, me llamó por teléfono a mi móvil el ministro de Cultura que, como ya he dicho, es de Asayita. Quería darnos personalmente la enhorabuena y las gracias por el esfuerzo que habíamos hecho para construir el hospital. «Estoy visitándolo en este momento y me parece admirable el trabajo que habéis hecho. La gente está muy contenta. Muchas gracias por vuestro esfuerzo.» Y eso se agradece, de verdad, porque allí no da las gracias nadie. Y no tenía por qué hacerlo.

¿Qué si hemos conseguido cambiar las condiciones de vida de muchas personas en estos años? Sí, rotundamente sí, ha habido una notable mejoría en sus vidas. Amigos de Silva ha transformado algunas cosas importantes. Cuando te cruzas con ellos en el hospital, levantan sus pulgares y sonríen para decirnos que todo está muy bien, que están agradecidos por lo que hemos hecho, que saben que pueden seguir contando con nosotros y con nuestra ayuda. Han mejorado. Han pasado de tener un centro de salud que no usaba nadie a tener un hospital de distrito que poco a poco va creciendo, y que llegará un momento en que será hospital general y podrá dar todos los servicios. Nuestra siguiente lucha, entonces, será que lo cuiden; esa es la clave: que lo mantengan vivo.

Existe una gran parte de todo el trabajo, la parte menos agradecida, la más rutinaria, pero muy necesaria, que se hace desde España. El hospital es el resultado de muchas horas de trabajo en la oficina: la redacción de los proyectos, la justificación, la gestión de los socios, de los recibos, los eventos, la búsqueda de patrocinadores, la gestión de voluntarios y millones de cosas más no quedan reflejadas en la construcción de un hospital, pero están detrás de cada proyecto de Amigos de Silva. Gracias a este esfuerzo oculto podemos seguir trabajando y gestionando adecuadamente los proyectos y los fondos en los que estamos involucrados.

Todos los años, el Gobierno supervisa el estado de los proyectos que estamos realizando y pregunta a los beneficiarios reales quién ha hecho el trabajo y si están contentos con él. Todo el mundo habla maravillas de nosotros. Siempre ocurre igual porque nuestro trabajo es serio. En la última supervisión, la responsable del Gobierno, Kulsuma, me dijo: «Está todo muy bien; realmente solo puedo poner una pega». Yo

pensaba que me faltaba algún papel, algún permiso, algún trámite burocrático, y me dijo: «Que no te vemos el pelo, de vez en cuando tienes que pasarte por la oficina a saludar». ¡Alucinante! «Vale, vale –le contesté–, la próxima vez que vaya a Semera, iré a saludarte.» A la semana siguiente fui a saludarlos.

En Etiopía todo tiene sus normas y su tiempo. Por eso identifico nuestro proyecto con la frase «*Be camel, my friend*». Si observas la naturaleza, puedes ver al camello cómo camina despacio por el desierto. Avanza poco a poco, pero con constancia; sus pies son como colchones: apoya, amortigua, apoya, amortigua, camina machaconamente y, con paciencia, al final llega. No se le ocurre ponerse a correr en medio del desierto a 50 °C; va a su ritmo, sin parar. Todo lo que Amigos de Silva ha hecho hasta ahora es como la rutina del camello: nos ha costado mucho esfuerzo, nos ha pasado de todo, estamos tardando mucho más tiempo de lo que quisiéramos, pero no nos rendimos a pesar de las dificultades y tenemos la tranquilidad de estar haciendo las cosas bien, y al final, lo hemos conseguido. El hospital de Asayita es una realidad. Cuando llegamos al centro de salud por primera vez, allí no había nadie. Ahora ocurre como en los hospitales de España: los lunes y los viernes está lleno, y entre semana también. Hay quinientos ingresos mensuales, mil quinientos al trimestre y a veces se dan picos de dos mil. Según el director médico, de los tres hospitales que hay en Afar, el nuestro es el que más ingresos recibe. Y con las consultas pasa lo mismo. Ellos no preguntan de dónde sale el dinero, aunque yo intento explicárselo siempre que puedo, pero no son tontos: ven que allí, a pie de obra, siempre hay un blanco trabajando, y que nosotros somos los únicos blancos que estamos en Asayita. Pero poco a poco todo sale adelante. Por eso, ¡*be camel, my friend!*

21. La ceremonia del café

Siempre que llegan nuevos voluntarios, Knebush los recibe con la ceremonia de bienvenida etíope, que es la ceremonia del café. Los etíopes descubrieron el café y están muy orgullosos de producir uno de los mejores del mundo. Además, el buen café no te quita el sueño, no te desvela, puedes tomar todos los que quieras y dormir a pierna suelta. He visto a Knebush repetir esta ceremonia paso a paso infinidad de veces y siempre lo hace con el mismo mimo que la primera vez. Coge el café en grano, lo limpia delante de ti para que veas que el café es bueno, frotándolo con sus manos en el agua tres o cuatro veces. Prepara el hornillo con carbón vegetal y pone cuidadosamente el café en una sartén con agujeritos reservada solo para este trance. Hay que calcular bien cuántas personas van a tomar café, porque solo se tuesta el café que se va a necesitar. El café verde recién tostado huele de maravilla. Pasados unos instantes, se caen las cáscaras, y Knebush las va retirando cuidadosamente de la sartén, mientras sigue removiendo. Entonces va pasando la sartén a todos los invitados, de uno en uno, removiendo el humo con la mano, para que todos puedan olerlo y comprobar su buena calidad. Cada persona que lo huele corrobora el buen aspecto de los granos y el olor tan estimulante que desprenden. El siguiente paso consiste en machacar el grano con un mortero hasta convertirlo en polvo, para después verterlo en una cafetera, la *yébena*, que es como un jarrón negro con un pitorrito por un lado y un asa por el otro que se pone directamente sobre un fuego de carbón vegetal. Knebush añade agua, calculando la cantidad con precisión milimétrica. La tradición manda que cada invitado tome tres cafés de bienvenida –*abol*, *tonna* y *bereka*–, así que va añadiendo agua y polvo de café hasta dar con la medida exacta, que conoce y sabe bien porque ha hecho esta ceremonia miles de veces. Deja que hierva sin perderlo de vista y cuando cree que ha llegado a su punto, lo sirve en un vaso, comprueba el espesor y corrige con agua o con café si es necesario. Y ahora ya puede servirlo, en vaso, sin asas. Café solo, sin leche, con azúcar, muchísimo azúcar, tres o cuatro cucharadas. En Etiopía, el cultivo del azúcar está reservado a las

empresas estatales, para venderlo al extranjero y obtener divisas; los particulares se ven obligados a importarlo porque no hay azúcar suficiente para todo el país.

Knebush sirve un café a cada invitado y lo acompaña curiosamente con ¡palomitas de maíz!; las hace allí también, delante de los invitados, en una sartén con aceite donde vierte los granos de maíz. Y cuando empiezan a explotar, en lugar de aderezar con sal, echa azúcar. Y las palomitas de azúcar acompañan a los tres cafés que tienes que tomarte si, de acuerdo con la tradición, quieres tener suerte en el trabajo o en los negocios. A veces también ponen alguna galleta, pero lo que es realmente tradicional es el café con las palomitas dulces. Es muy curioso. Nunca me lo hubiese imaginado. ¿A quién se le habrá ocurrido acompañar el café con palomitas de maíz?

La ceremonia del café no se utiliza solo para dar la bienvenida a los extranjeros, sino que también es un ritual de agradecimiento. Cuando una familia quiere darte las gracias porque los has llevado al hospital o porque les das una medicina que necesitaban, si te cruzas con ellos por la calle, inmediatamente te invitan a su casa a tomar un café o un té. Y no puedes rechazar la invitación, porque, a pesar de ser un país productor, el café es carísimo y ellos lo han comprado para ti, porque es lo mejor que tienen. Y claro, lo acompañan con sus palomitas dulces. A veces quieren mostrar una mayor gratitud y antes de la ceremonia del café te invitan a comer, ¡prepárate para lo que toque!

No siempre me han agradecido el trabajo de Amigos de Silva con la ceremonia del café. En Addis hay un bar enfrente del Ministerio de Agricultura al que he acabado yendo muchas veces. Conocí al dueño, Yoshi; es un etíope grande y fuerte y uno de los pocos mecánicos que saben arreglar las motos de la policía. Vive en la casa que está detrás de su negocio y que sirve también de improvisado taller de motos. Cuando nos vemos, charlamos sobre el trabajo, sobre Afar y sobre la vida en Etiopía. Para entrar en los servicios, hay dos puertas de vaivén, que se abren y se cierran «a lo *saloon*» de las películas del Oeste. Un día me llamó insistentemente para que fuera al bar porque tenía que enseñarme una cosa. En ese momento yo estaba muy liado, así que me demoré un par de días en aparecer por allí. Había pintado en la puerta de un baño a una mujer afar, y en la otra, a un hombre afar. Y debajo del dibujo de este hombre, escribió: «Francisco Moreno de Afar».

—Te he dedicado los servicios de caballeros por el trabajo que estás haciendo por nosotros —me dijo orgulloso.

Me quedé alucinado, sin saber qué contestar. Alguna que otra vez me llaman para decirme que vaya al bar, que hay una sorpresa, que voy a alucinar. Ya lo sé. Es un agradecimiento muy original. Tanto, que es la foto de mi perfil en Facebook. Para mí, un orgullo: ¿cuántas personas en el mundo pueden presumir de tener unos baños públicos dedicados, con su nombre y apellido?

22. El coche fantástico

Una de las muchas ventajas que tiene convertirse en hospital es que el Gobierno te proporciona una ambulancia. Saber que en cualquier momento una ambulancia puede trasladarte al hospital o a otro hospital más grande si es necesario vale oro. Y los habitantes de Afar lo saben, porque no siempre ha sido así.

Antes de que llegáramos nosotros a Asayita había una ambulancia de la Cruz Roja que cobraba cuatrocientos birs por hacer un traslado desde Asayita hasta el hospital de Dubti, que son setenta kilómetros; con el cambio de aquella época, suponían unos cuarenta euros, una cantidad enorme para Afar, porque si un enfermo tiene que pagar cuatrocientos birs solo por trasladarse al hospital ya no va a tener dinero para afrontar el resto de los gastos de su enfermedad. Cuando aterrizamos en Asayita, nos dimos cuenta de que era una barbaridad cobrar por esos traslados y decidimos asumir con nuestro coche el papel de ambulancia. Sin cobrar nada. Eso nos ha supuesto realizar una media de cuarenta mil kilómetros anuales. Siempre aprovechamos todos nuestros trayectos para llevar a cuanta gente sea posible. Aplicamos la misma filosofía que en el programa de nutrición: no puedo dejar que se mueran de hambre mientras les construyo un hospital; no puedo darles un centro de salud y negarles un traslado al hospital. Esos gastos son asumibles; representan un 10 % o un 15 % de nuestro presupuesto, el resto se lo lleva la partida de construcción. No es nuestra prioridad, pero es un apoyo adicional imprescindible.

Durante muchos años he dormido en vilo, y me he despertado sobresaltado a las dos o a las tres de la madrugada al escuchar cómo alguien aporreaba la puerta de nuestra casa mientras gritaba: «¡¡¡Hospital, hospital!!!». Y he salido corriendo, completamente dormido, y he conducido entre los baches durante setenta kilómetros para llevar a una persona grave al hospital de Dubti. A veces se han dado cuatro urgencias nocturnas en una sola semana, y he llegado reventado a trabajar al día siguiente, agotado y muerto de sueño, y esa misma noche me han despertado para otra urgencia.

Recuerdo con tristeza el traslado a Dubti de un bebé que estaba muy mal. Tenía malaria y desnutrición severa; estaba delgado, en los huesos, no tenía fuerza, casi no podía ni respirar. El médico de Asayita le había dado el *referal*, que es el volante obligatorio para que te atiendan en otro hospital; sin ese papel ni siquiera te abren la puerta. Era de día. Se metieron en el coche el padre y la madre; también estaban Lucía y Olga, la geóloga. Yo iba conduciendo intentando encontrar el equilibrio entre no dar muchos botes con el coche y avanzar lo más deprisa posible. Pero la mitad del camino son baches, y aunque es un 4x4, el coche bota y salta con los baches, y el bebé estaba tan débil que no podía correr más. Tierra, camino, sube, baja, bache, bote, salta, agujero, el bebé. La madre lo llevaba en brazos, sentada detrás, junto al padre. No recuerdo quién iba delante conmigo. Habíamos recorrido ya más del 95 % del camino, estábamos a dos o a tres kilómetros del hospital. Cerquísima, casi podíamos verlo. Pero el niño no resistió y se murió. Dentro del coche, todo el mundo empezó a gritar horrorizado: «¡Se ha muerto, se ha muerto!». Lucía y Olga se pusieron muy nerviosas y me decían: «¡Para, para!». Fue un momento en el que todo el mundo se volvió loco, por la tensión acumulada, los nervios, por estar tan cerca del hospital y sentir esa impotencia. Teníamos tanta rabia... Se había muerto cuando estábamos a punto de llegar. Entonces paré el coche y dije: «Tenemos que llegar al hospital». Y los padres decían que no, gritaban: «¡Asayita, Asayita, Asayita!». En medio de la confusión, conseguí tener la cabeza fría y creo que hicimos lo adecuado.

–Tenemos que llegar al hospital de Dubti para que el médico certifique la defunción del niño, porque si no, es un problema para mí; soy el último que ha hecho el traslado y el bebé se ha muerto en mi coche. Estamos a dos kilómetros y vamos a ir al hospital y cuando el médico diga que ha fallecido, volvemos a Asayita –les dije a los padres en amárico, haciéndome entender.

Creo que lo comprendieron. El médico certificó la muerte del bebé, por malaria y desnutrición. Regresamos a Asayita con el bebé muerto en los brazos de su madre. Nadie abrió la boca en todo el camino. Fue una experiencia muy dolorosa.

Al día siguiente fui a hablar con el director médico que había extendido el *referal* para que atendieran al bebé en Dubti. Nunca me meto con las decisiones de un médico, pero aquella vez, después de haber visto el sufrimiento de las últimas horas de ese bebé, no podía callarme.

—Entiendo que Dubti representa una esperanza, que puedes tener una oportunidad de vivir si llegas a tiempo al hospital, pero hay casos que son muy extremos, como el del bebé de ayer —le dije al director médico entrando en su despacho—. No me parece bien que hayas hecho pasar tanto sufrimiento a ese bebé en los últimos momentos de su vida, porque sabías que era imposible que resistiera el viaje. Deberías haberle ahorrado esa tortura final, a él y a sus padres.

El médico no pudo responder nada más que: «Tienes toda la razón, Paco».

Otras veces me ha ocurrido lo contrario; alguien que viene a buscarme por una urgencia sin el *referral* y tengo que explicarle que tiene que ir a ver a su médico de cabecera porque si no le da el *referral*, en Dubti no van a atenderlo. Todos tienen que ir con ese papel. Y entonces tenemos que pasar antes por el hospital para conseguir el volante, que se hace muy rápido, y ya podemos salir corriendo.

Cuando los nómadas tienen que parar un coche, ponen una fila de piedras en la carretera para que te detengas. Podrías seguir avanzando, pero si sabes lo que significa, tienes que parar. Hace poco recogimos a una señora mayor; la llevaban en una especie de camilla que construyen ellos mismos con los tallos centrales de las palmeras, los trenzan y los unen con cuerdas. Es una camilla cómoda y muy resistente. Me dijeron que habían salido de su poblado hacía dos días, que llevaban andando cuarenta y cinco kilómetros y les quedaban otros cuarenta y cinco para llegar a Asayita. Suerte que pasaba por allí; paré y subieron todos: la señora mayor, que es a la que llevaban en parihuelas, y otras seis personas más. Cuando están enfermos, los nómadas nunca van solos. Tienen conciencia de tribu, como los gitanos, que también van a los hospitales con toda la familia. Nunca dejan colgado a uno de los suyos, y entre todos se ayudan. Iban juntos al hospital, costara lo que costase. Lo bueno que tiene el coche es que es muy grande y ellos son muy delgados, y en caso de apuro caben todos. Además, como en los laterales de atrás los asientos son bancos corridos, se colocan todos en los bancos y el enfermo va tumbado en el centro. Y si salimos desde el hospital, cogemos nuestra camilla portátil que se monta y desmonta en un momento y cabe justo entre las dos filas de asientos.

En otra ocasión, estaba con Fuen, una enfermera de Madrid que no para de trabajar y que siempre está dispuesta a ayudar en lo que sea, tanto si tiene que ver con su trabajo como si no. Tiene, además, un entusiasmo contagioso que transmite a todos los que la rodean. Ha venido ya muchas veces a Asayita y cada vez que viene revoluciona a todo el pueblo. Era de noche, las dos de la madrugada o así, y nos despertó alguien aporreando

la puerta y nos dijo que fuéramos al hospital porque había una emergencia. Nos encontramos con un chico joven, de unos treinta años, que tenía el brazo muy hinchado, como si fueran dos o tres brazos. Le había picado una serpiente hacía cuatro días, pero había aguantado porque era un trabajador de la construcción y no quería faltar a su puesto de trabajo. La picadura se había complicado mucho; el chico vomitaba sangre, escupía y volvía a vomitar. Yo estaba medio dormido y cuando me lo explicaban creía que estaba soñando. Lo subimos al coche. Era otro caso en el que el tiempo iba a ser definitivo y había que correr a toda velocidad. El pobre hombre iba gritando en cada bache porque le dolía. Empezó a escupir sangre dentro del coche, pero le dije que intentara escupir fuera; entonces se asomó por la ventanilla y continuó todo el viaje escupiendo. Íbamos corriendo por la pista de asfalto, cogimos el desvío; hay que subir, bajar y atravesar todo tipo de baches. Era la época de lluvias y había estado lloviendo algo por la noche; media hora muy intensamente y luego deja de llover. Y cuando lo hace tres o cuatro días seguidos, se forma mucho barro. De repente, la mitad del camino era barro, con rodadas muy profundas, y la otra mitad estaba seca, 50 % y 50 %. Yo elegí la opción «carril derecho», que estaba seco, y a medida que íbamos avanzando, la parte derecha cada vez se estrechaba más, mientras que el carril del barro crecía en la misma proporción. Hubo un momento en el que ya no quedaba casi nada de espacio seco, el coche estaba totalmente inclinado, desafiando la gravedad, a sesenta o setenta kilómetros por hora. Y ya dije: «O pego un volantazo y me meto en el barro o volcamos». Di un volantazo salvaje y el coche se clavó en el barro, y como íbamos con mucha fuerza, siguió avanzando.

Por fin llegamos al hospital. No había nadie. Cuando salimos del coche, el lateral estaba completamente rojo por la sangre. Era impresionante. Me fui corriendo a la sala de urgencias a buscar al médico y aporreé la puerta hasta que conseguí que saliera un médico adormilado, con cara de pocos amigos, y al ver que soy blanco, cambió de actitud. «¿Qué quieres, qué necesitas?»

Si hubiera sido etíope, no me habría tratado así; yo también me aprovecho de mi condición de blanco en estos casos. Examinó al chico y dijo que era una picadura de serpiente y que el antídoto costaba cuatrocientos treinta bires. «¿Cómo? ¿Cuatrocientos treinta bires?» Yo siempre llevo dinero en el coche por si acaso, pero no tanto; por suerte, entre lo que tenía Fuen y lo que llevaba yo reunimos los cuatrocientos treinta bires. Si no pagas, no te atienden. Compramos la medicina y pagamos el registro, y el

médico nos dijo que teníamos que pagar también la cánula para pincharle. Costaba tres bires. Necesitábamos tres bires. Se lo conté a Fuen, que esperaba fuera. Revolvimos en los bolsillos, en todos los recovecos del coche. Nada, no había más dinero; después de tanto esfuerzo, no iban a ponerle el antídoto. Yo siempre tengo dos botiquines completos, uno en el coche y otro en casa, y Fuen, que es enfermera de quirófano, dio un brinco y dijo: «¡En el botiquín hay una!». Efectivamente: había una cánula. Volvimos corriendo a la sala de urgencias, se la di al médico y me dijo que era muy pequeña y que no sabía usar cánulas de ese tamaño. Salimos corriendo a la farmacia, aporreamos la puerta hasta que logramos que la abrieran, le explicamos al farmacéutico lo que nos pasaba y conseguimos que nos la cambiara por otra más grande; no nos quedaba ni un bir. Nos la cambió y logramos que le pusieran el antídoto al chico. Se salvó de milagro. ¿Quién, además de nosotros, habría podido pagar casi cuatrocientos cincuenta bires por una medicina para salvar a aquel chico? A los dos días vino a vernos a nuestra oficina del hospital; estaba como nuevo y muy agradecido.

Hace unos días Knebush me decía: «Si Amigos (de Silva) no estuviera aquí, toda esta gente habría muerto». Me quedé impresionado. «Es muy duro, pero es la verdad; yo tengo a ochocientas personas metidas en el ordenador, gente que entra y que sale de los programas de nutrición y del reparto de medicinas, y sin Amigos, esos ochocientos ya estarían muertos.» Y lo dice Knebush, que vive ahí: «Esto es así, no habrían podido pagar sus medicinas y no habrían tenido comida; todos estarían muertos».

Otro día tuve que llevar al hospital a un niño pequeño, de unos diez años. Estaba jugando con otros niños al final del río Awash, en el lago de Afambo, una zona muy verde que está cerca de Asayita. Y de repente, le mordió un cocodrilo. No pudo cogerlo entero, porque el niño era más grande que el cocodrilo, pero le mordió en la espalda y en el pecho, y con la fuerza de sus mandíbulas le rompió varias costillas. Los cocodrilos no suelen llegar tan arriba, pero río abajo se pueden concentrar por decenas, y uno de ellos se despistó y subió hasta donde estaban los niños bañándose. Vinieron a buscarme corriendo a la oficina porque había que hacer radiografías en Dubti. El niño estaba llorando, claro, muy asustado, pero le pincharon un calmante para que no le doliera y yo pude conducir más tranquilo, con más cuidado, porque no era una cuestión de vida o muerte, y era preferible no moverlo demasiado saltando baches a toda velocidad. Allí también hay hipopótamos. Parece mentira, tan cerca del desierto, pero es que el río Awash acaba en el lago Afambo, que es, además, la frontera natural con Djibouti.

Recuerdo otro traslado horrible: el de una mujer de la asociación del sida que llevaba tres días intentando dar a luz. Vino a pedirme ayuda el médico con su marido.

–Lleva intentando dar a luz tres días; se le murió el bebé hace tres días y no consigue dar a luz –me explicó el médico.

–¿Tres días? ¿Quieres decir que esta mujer lleva aquí tres días? La he visto sentada en el banco todos estos días, llevo toda la semana trabajando por la mañana y por la tarde aquí, hasta muy tarde, y ¿ahora me dices que lleva tres días de parto? ¡No puedo creérmelo! –le dije al médico.

–Corre peligro de muerte porque no puedo practicarle una cesárea en Asayita.

–Pero ¿no me has visto? ¿No has visto mi coche aparcado todos los días en la puerta de la oficina? ¿Por qué has esperado tanto? –le dije mientras me marchaba a ver a la mujer.

Estaba realmente mal. Me vinieron a buscar dos enfermeros mayores muy asustados, de estos que saben de todo, y me dijeron que estaba muy grave, que podía morir en cualquier momento si no hacíamos algo. Llegó el médico con el *referal* y nos fuimos corriendo a Dubti, lo más rápido posible, pero intentando sortear los baches porque estaba perdiendo mucha sangre. Al llegar al hospital corrí a buscar a Aster, la enfermera de oftalmología de nuestro programa, que trabaja allí. Encontré a su marido, Abraham, que también es médico; se lo conté y salió corriendo a buscar a un cirujano y mientras tanto nosotros la llevamos en nuestra camilla a la sala de partos que habíamos rehabilitado unos años atrás. Y conseguimos que le hicieran la cirugía de urgencia.

El coche estaba lleno de sangre, nunca lo había visto de esa manera. Creo que ha sido el traslado en el que más sangre se ha perdido. Regresamos a nuestra oficina en el hospital de Asayita y enseguida llegaron los dos enfermeros para darme las gracias; traían guantes, lejía y todo lo necesario para limpiar la carnicería que se había montado en el coche. Eso no lo hacen ellos jamás; en la distribución del trabajo, la limpieza es exclusiva de las limpiadoras, y ningún sanitario se rebaja a hacer un trabajo que es inferior. Pero estaban muy agradecidos. Los enfermeros empezaron a limpiar el coche y Gebre vino corriendo a echarles una mano. A mí no me dejaron ni acercarme. Querían desinfectarlo cuanto antes porque la mujer era enferma de sida y me decían: «Con lejía, para desinfectarlo todo, no vaya a ser que pase algo». Me encontré a la mujer unos días después en Asayita; se había recuperado, estaba muy bien y nos dio las gracias por todo.

Y así, una tras otra, podría seguir contando viajes en ambulancia con todo tipo de emergencias. Muchas veces el éxito se debe a que el coche siempre ha respondido a las expectativas. Por si no estuviera suficientemente amortizado, se me olvidaba decir que también lo usamos para trasladar a los muertos al lugar donde van a ser enterrados. No podemos negarnos. Así que entenderéis el respiro que supuso para nosotros, para nuestros días y nuestras noches, la llegada de una ambulancia del Gobierno al hospital de Asayita, aunque seguimos haciendo traslados de urgencia cuando son necesarios.

Para los desplazamientos que no son urgentes, se nos ocurrió otro sistema diferente al traslado en ambulancia, que me obligaba a dejar de trabajar, salir corriendo, llevarlos y volver, con lo que muchas veces perdía medio día. Otras veces, el coche está en el taller o está localizando puntos de agua o perforando o visitando a alguien y no se pueden hacer esos traslados. Así que hicimos una estimación del gasto y decidimos que, para los casos que no son urgentes, que no son graves, en vez de hacer un traslado en ambulancia, pagamos al paciente el viaje en un minibús, que cuesta veinticinco o treinta bires, lo que supone un gran ahorro. Lo llamamos *sanitary transport ticket*, que es el tique sanitario. Puedo pagar incluso el billete de dos personas para que el paciente pueda ir con un acompañante, y en caso de que sea tetrapléjico o de que tenga problemas de movilidad, pago hasta tres billetes. De esta manera hemos conseguido que, esté o no esté nuestro coche, los pacientes tengan la posibilidad de poder llegar hasta otro hospital para recibir el tratamiento adecuado, siempre que tengan en la mano el obligado *referral*.

El concepto de «emergencia» allí también es muy relativo. Cuando hablo de «urgencias» siempre me imagino una ambulancia del SAMUR llegando a toda velocidad a una calle en pleno centro de Madrid, de donde se baja un equipo uniformado que atiende a una persona que está al borde de la muerte, mientras la persona identificada como «médico» formula las preguntas precisas a los testigos o familiares y entre todos la trasladan al hospital inmediatamente. Eso es para mí una emergencia: coger el coche y salir corriendo. Pero en Etiopía, muchas veces alguien viene pidiendo auxilio, y cuando reaccionas, sales a toda velocidad, arrancas el motor, pero te dice: «No, no, espera, que el padre ha ido a su casa, va a coger dinero, luego tiene que ir a la mezquita a rezar, después va a avisar a un amigo para que se quede en casa con los otros niños...». Entonces pregunto: «Pero ¿cuánto va a tardar?». Y me responde: «¡Uf, no lo sé: media hora o una hora!». Apago el motor: «Bueno, pues estoy en la oficina trabajando; cuando

llegue me avisáis». Y llegan una hora más tarde. El concepto del tiempo es otro, esta es su emergencia.

23. De ninguna parte

Tuvimos noticias del campo de refugiados en 2007, cuando llegamos a Etiopía y empezamos a trabajar en el hospital de Dubti. Está situado a las afueras de Asayita, a unos dos kilómetros; todo el mundo puede verlo porque está a diez metros de la carretera. Alguien de Unicef nos ofreció que Amigos de Silva se ocupara del programa de nutrición en el campo, pero acabábamos de llegar y no teníamos ni infraestructura ni experiencia para asumir un trabajo de tanta envergadura, así que lo rechazamos.

Años después, en 2010, recibimos una gran oleada de personas que acudía al programa de nutrición, sobre todo niños. A Knebush y a Mane les parecía muy extraño que no estuvieran registrados en el programa. Nunca los habían visto. ¿De dónde habían salido? Enseguida nos dimos cuenta de que procedían del campo de refugiados; llegaban en su ambulancia a cada rato en grupos de siete u ocho.

Para ponerlos en antecedentes os diré que, aunque el conflicto se remonta a muchos años atrás, la última guerra entre Eritrea y Etiopía se originó por conflictos fronterizos en 1998 y duró dos años, hasta el año 2000. Se calcula que murieron entre 53.000 y 300.000 personas y provocó el desplazamiento de 650.000 refugiados. Militarmente venció Etiopía, pero la Corte Internacional de Justicia de La Haya dio la razón a Eritrea. Sus relaciones siguen siendo muy tensas. Además, el régimen dictatorial impuesto en Eritrea ha provocado la huida masiva del país. Según el informe de 2013 de ACNUR, el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados, Eritrea ocupa el décimo lugar en la lista mundial de refugiados, con 285.000 personas. Se calcula que en Etiopía hay unos 87.000 refugiados eritreos.

En Etiopía, los campos de refugiados dependen de la inteligencia militar, del ARRA (*Administration for Refugee and Returnee Affairs*); eso significa que, además de los responsables del campo y del personal sanitario, también hay «otro tipo de personal». El ACNUR entrega dinero al Gobierno etíope quien, a través del ARRA, gestiona los campos. Al personal del ARRA le ocurre como a todo el mundo en Etiopía: no quieren ir

a trabajar a Afar, por eso rotan continuamente; no conozco a ninguno que se haya quedado allí más de un año, excepto el «otro tipo de personal».

Ante la emergencia, el responsable del campo nos convocó a una reunión y nos preguntó si podíamos ampliar nuestro programa de nutrición, porque tenían un grave problema de comida y no podían abastecer a toda la gente que había allí. Se llamaba Lulseged; era un etíope de mediana edad que realmente se preocupaba por toda la gente que tenía a su cargo. Sincero y educado. Había llegado al campo hacía solo dos meses, y aunque parecía muy competente, necesitaba nuestra ayuda. Era un campo muy nuevo, no estaba bien organizado y con la emergencia por la desnutrición estaba desbordado. Para nosotros suponía un gran esfuerzo, pero nos comprometimos a hacerlo. Coincidió que en aquel momento había muchas voluntarias: además de Mane y Fuen, estaban Ester y Cris. Dos enfermeras de Sabadell a las que no se les ponía nada por delante. Eran inseparables, una jefa de la otra, ya que trabajaban en el mismo hospital, siempre se estaban pinchando y riendo, y no dejaban de trabajar en ningún momento. Unos días más tarde llegaron Nela y Joan. La tramitación de los documentos necesarios se hizo por la vía de emergencia. Mane se ocupó de cumplimentar los trámites. A pesar de la urgencia, nos costó tres días de reuniones y discusiones, y por fin entramos en el campo, un campo de refugiados sin cerramiento, de donde se podía entrar y salir libremente.

Los campos de refugiados pueden ser de varios niveles; el de Asayita es de nivel 1, el básico: una fuente de agua perforada por el ARRA, una escuela de Primaria de adobe, una pequeña caseta con cuatro paredes donde se hace la asistencia sanitaria y el reparto de medicinas y otra caseta de chapa que sirve de almacén. A modo de casa, los refugiados contaban con unas estructuras metálicas con forma de medio cilindro, cubiertas con un plástico con el logotipo del ACNUR, pero el asfixiante calor hacía imposible vivir en su interior. ¿Sabía el ACNUR que el campo estaba situado en medio del desierto, a 50 °C, rodeado de piedras, arena y nada? Evidentemente, los refugiados las habían sustituido por tiendas tipo *ari*, mejor adaptadas al desierto. Las «casas» estaban dispuestas en filas, miles de iglús que se perdían en la línea del horizonte; los que llegaban al campo por primera vez, se instalaban temporalmente en un lugar separado, bajo los cilindros de chapa, hasta haber cumplimentado todos los trámites de registro.

Llama la atención que tanto los coches que utiliza el ARRA, como los impresos, los letreros, las tarjetas identificativas, los papeles, la comida, las medicinas... todo lleva

impreso el logotipo del ACNUR muy visible. Pero la gestión no es del ACNUR, sino del Gobierno etíope. Esa es la clave para entender muchas de las cosas que ocurren en el campo.

El primer día queríamos hacer un chequeo general para saber cómo estaba todo. Montamos un pequeño tenderete para poder trabajar, una mínima estructura de madera con cuatro palos, y la cubrimos con unas esteras a modo de tejadillo. Nos llevamos el MUAC, el peso, el barreño con el otro peso para los niños, el metro pediátrico y la comida de nutrición. Un enfermero nos dijo que teníamos que conseguir animar a la gente para que se acercara a este punto y así poder empezar con el programa de nutrición.

—¿Animar? —le dije sorprendido.

—Sí, animar a la gente, con el coche y el megáfono, anunciándoles que vengan al lado de la farmacia para chequear a los niños, las embarazadas y los lactantes —respondió el enfermero.

—La gente se muere de hambre y cuando vienes a ayudarlos, tienes que animarlos para que vengan a recoger la comida, ¿es eso? Esto es surrealista.

Seguimos sus indicaciones y poco después llegaron varios niños y empezamos el chequeo. Había muchos niños desnutridos y los adultos estaban muy delgados, mucho más que el resto de los afar, que ya son delgados por su propia constitución. «Animamos» a la gente a venir durante un par de días más y luego ya se «animaron» ellos solos. Durante las dos primeras semanas fuimos todas las mañanas al campo y por la tarde seguíamos con nuestro programa de nutrición en el centro de salud. El Gobierno decía que en el campo había siete mil refugiados; no creo que fuera así, para mí no serían más de tres o cuatro mil como mucho, y lo digo con conocimiento de causa porque me he pateado el campo muchas veces de arriba abajo. Cuanto mayor sea el número de refugiados, mayor es la cantidad de dinero que las Naciones Unidas pagan a los gobiernos.

En un campo de refugiados no puede haber hambre, ya que a cada refugiado se le asigna una serie de recursos. Cuando eso ocurre es porque algo no está funcionando. Vinieron a nuestra oficina en Asayita la jefa europea del ACNUR y el jefe etíope del ARRA. Empezaron la reunión agradeciendo nuestra colaboración en el programa. Recuerdo que hubo un momento en el que se reían porque decían que como los afar eran nómadas, «alguien» en Addis Abeba —allí las responsabilidades siempre se diluyen—

había decidido que no necesitaban recibir toda la ración completa de comida diaria, que con la mitad tenían suficiente. Mane y yo nos miramos asombrados, nosotros no nos reíamos. La responsabilidad del ACNUR es controlar qué se hace con todo el dinero que ha entregado al Gobierno para gestionar el campo de refugiados y presionar para que se utilice correctamente. Y no lo estaba haciendo. El 28 % de los niños refugiados entró en el programa de nutrición por malnutrición; es una cifra altísima, cuando superas el 20 % en población infantil ya se considera «emergencia».

En los campos, los refugiados no hacen nada; se registran muchísimos nacimientos. Están en un limbo, sin papeles, indocumentados, y pueden quedarse allí toda la vida como refugiados aunque no estén enfermos. El ARRA les proporciona comida una vez al mes y, además, les facilita utensilios, ropa, mantas y menaje para cocinar. Esa es la cobertura que tienen. Les dan tres sacos de harina para todo el mes. Para ellos es muy cómodo y la normativa lo permite, pero ¿qué ocurre? Que el martes siguiente se van al mercado y venden dos de los sacos. La gente vive el día a día. El año pasado les dieron ollas y este también, así que las ollas de este año las venden porque no necesitan tantas. ¿A quién se le ha ocurrido repartir mantas en Afar? Pues las mantas también se llevan a vender al mercado. Cuando es ramadán, les regalan un paquete con dos kilos de dátiles con miel de Arabia Saudí por persona; es imposible comer tal cantidad. Como siempre, nosotros hacemos una entrega con su seguimiento semanal, que es mucho más trabajoso, pero realmente ves los resultados y sabes que los niños y las madres lactantes están cogiendo peso, porque les estás dando la comida en unas cantidades que no les merece la pena venderlas, y por eso las utilizan para comer.

Como el campo de refugiados de Asayita es abierto, nadie controla si entran o salen o si viven allí. Por ejemplo, durante un tiempo compramos los bloques de construcción a un señor de Logia, un pueblo cercano, que tenía su propio negocio y le iba muy bien; años después, un día lo veo en el reparto de comida del campo.

—Pero ¿qué haces aquí?

—Soy refugiado, tengo derecho a venir todos los días de reparto.

No sé si esto ocurrirá en todos los campos de refugiados del mundo o si es solo en este. Hay otros campos en Etiopía que son mucho más duros en todos los sentidos, como los de la frontera con Sudán o los que están al sur en las fronteras con Kenia y Somalia.

En aquellos días yo estaba muy ocupado con la rehabilitación del edificio de urgencias. Todas las mañanas llevaba a Mane y a los demás voluntarios al campo de

refugiados con la comida de nutrición; los dejaba allí y volvía a la obra del centro de salud, y al final de la mañana regresaba a recogerlos, esperaba a que acabaran y volvíamos para descargar el material porque era el mismo que necesitábamos para nuestro programa de nutrición de la tarde. Era un no parar. Y cuando por fin llegaba el sábado, teníamos que hacer el informe semanal del programa de nutrición en el campo. Era una paliza tremenda. Y a veces, si faltaba un material para la obra, yo tenía que salir corriendo a comprarlo a Logia, a noventa kilómetros de distancia. La logística funcionó muy bien. Pero en el campo, el calor era insostenible; ahí seguíamos como cuando llegamos, bajo los cuatro palos que habíamos montado en la entrada, con unas esteras y sin apenas sombra.

Decidimos construir una pequeña caseta, muy ligera y ventilada, donde no entrara el sol. Diseñamos una construcción muy básica, de doce metros cuadrados; consistía en unas paredes de chapa acanalada –allí la llaman *corcorro*– de unos ochenta centímetros de altura, otro tramo de metro y medio de alto de malla metálica rodeando la caseta para dejar pasar el aire en todas las direcciones y el resto, hasta llegar al tejado, también de chapa metálica, y una puerta. Llevamos algunos muebles de nuestra oficina: bancos, una mesa para medir a los niños y una papelera para enseñarles un poco de higiene básica. Por fin empezamos a trabajar en unas condiciones «óptimas», sin asfixiarnos de calor. Olga nos había regalado durante las perforaciones una bolsa térmica, que nos llevábamos cada mañana con agua fresca.

Allí, en el campo de refugiados, la vida se desarrolla como si siempre hubiera sido así. Mientras los niños juegan a poner sus manitas encima de las manos del logotipo de Amigos de Silva, las mujeres, envueltas en sus pañuelos de miles de colores y con los niños cargados en el pecho, en la espalda o asomando entre sus piernas, esperan cola persiguiendo cualquier centímetro de sombra. Hay niñas que no levantan un metro del suelo y ya cargan con varios de sus hermanos enganchados a las caderas. Niños preciosos, de mirada profunda, de piel negra, con trencitas que dibujan carreteras en sus cabezas; se asoman desde el otro lado de la malla metálica a curiosear, entre risas y gritos de juegos. «¿Qué estarán haciendo estos *faranjis*?» Y otros esperan, con los ojos cansados por la fiebre, con la mirada rendida por el hambre, confiando en que ese saquito de harina blanca, de *faffa*, pueda devolverles la sonrisa a ellos también. Entre moscas muy pesadas empiezan a desfilar Fátumas, Ayshas, Saharas, Ebrahimes, Mohammeds, uno tras otro, con la mirada curiosa y cansada, los dientes afilados, las

marcas en sus frentes y en sus mejillas que indican su pertenencia a una tribu, a un clan protector que en algún momento se olvidó de protegerlos.

Knebush registra a cada niño y a cada adulto apoyándose para escribir sobre una de las maletas en la que transportamos nuestro material. Los voluntarios trabajan sin parar, siempre con su mejor sonrisa, intentando distraer a los bebés para que no lloren mientras sus madres no pueden evitar poner caras de susto al ver por primera vez mujeres de color blanco. Si hubieran sido verdes o amarillas, habrían provocado el mismo estupor.

La delgadez era extrema; no solo la de los niños, sino también la de sus padres y la de los ancianos, cuyos huesos amenazaban con traspasar la fina piel que a duras penas los recubría sin romperse. Jamás habían visto un peso al que subirse y seguramente tampoco sabían qué significaban aquellos números que se movían dubitativos bajo el cuadradito de plástico transparente; unos números que en poco superaban la treintena. Todos estaban allí unidos por un mismo drama, por una misma condición: la de ser refugiados sin refugio, venir de la nada e ir a la nada, no ser de ningún sitio y no tener adonde ir.

Así empezó el programa de nutrición en el campo de refugiados. Dos semanas después, numeramos las casas e hicimos un control para saber qué población real había.

Era domingo, verano, 50 °C. Trabajábamos en la oficina preparando el informe semanal cuando vimos pasar en su coche a Lulseged, el director del campo, y le preguntamos qué pasaba. Estaba solo, habían tenido un problema con el pozo y se habían quedado sin una gota de agua. Estaba haciendo viajes al pueblo con su coche para llenar los bidones amarillos en el pozo y llevarlos de nuevo al campamento para que la gente tuviera agua, porque hacía muchísimo calor. Nunca he visto a un jefe en Etiopía hacer esto por su gente. Me impresionó mucho. Decidimos ayudarlo y pasamos nuestro día de descanso cargando y descargando bidones de agua de quince o veinte litros, del campo al pozo y del pozo al campo, y así hasta que se arregló la bomba por la tarde. La gente estaba muerta de sed. Muertos de sed. Se peleaban para que cogiéramos su bidón y se lo trajéramos lleno de agua. Tres mil personas deshidratadas pidiendo agua. Y cuando regresábamos, se peleaban por recuperar su botella. Fue una avalancha tremenda, pero también fue muy gratificante trabajar codo con codo con Lulseged.

Para el trabajo del día a día en el campo contratamos a Mohammed, que era un joven que vivía allí y conocía a todo el mundo. No hablaba inglés, solo amárico y afariña, pero con él, no sé cómo, nos entendíamos perfectamente. Para adelantar trabajo, Mohammed hacía un *screening* durante la semana, nos informaba de quién estaba enfermo y hacía el

chequeo con el MUAC a todos los refugiados, de forma que cuando llegábamos todo era más rápido y estaba mejor organizado. Con ello logramos reducir nuestras visitas a dos veces por semana. En un mes se había normalizado levemente la emergencia, aunque seguimos con los programas de nutrición. En el centro de salud estábamos aplicando el programa de oftalmología; hablamos con Lulseged para ofrecérselo también a toda la gente del campo. Él aceptó y fuimos al campo con Nela y Joan, que nos ayudaron en unos días muy intensos. Les dimos las medicinas que necesitaban. En fin, lo que yo siempre he pensado que debería ser la cooperación: ayudar en todo lo que se pueda. Lulseged estaba encantado, pero tuvimos la mala suerte de que un mes después lo destinaron a otro campo gigantesco que lleva el ARRA en la frontera con Sudán, y con los demás directores el ambiente se fue enrareciendo.

Un par de meses después de declararse la emergencia en el campo de refugiados, llegó el personal de Médicos sin Fronteras. El jefe era un francés que hablaba perfectamente castellano porque había tenido una novia vasca, de San Sebastián. Nos dividimos el trabajo. Ellos se dedicaron a la malnutrición severa de niños que necesitaban estar ingresados y a llevar un seguimiento médico, y nosotros nos dedicamos a la parte de la malnutrición moderada, para la que utilizábamos la comida suplementaria, la *faffa*. A los tres meses dieron por terminado su trabajo, ya que se había reducido significativamente el número de niños malnutridos. La emergencia estaba controlada; ya no había un veintitanto por ciento de desnutridos, pero seguía siendo un porcentaje alto. Nosotros nos quedamos y seguimos trabajando en el campo, y lo que empezó siendo una colaboración por una emergencia, se convirtió en un trabajo durante los años 2010, 2011, 2012 y 2013.

Mohammed seguía trabajando con nosotros. Al principio lo contratamos por días, pero es un tipo muy majo y solvente y decidimos hacerle un contrato serio. Lo firmó y desapareció un mes entero. Entonces lo di de baja y volvió corriendo a reclamar que no le había pagado el mes.

–Pero, Mohammed, ¡si desde que has firmado el contrato no has venido ni un solo día a trabajar! –le respondí con sorna, mientras él se reía como un niño.

Esto es muy típico de allí, es la mentalidad de muchos etíopes: se escaquean en cuanto pueden, y si son fijos, mucho más. Así que volvimos otra vez al formato de pago por día trabajado. Cuando lo conocimos era soltero; ahora ya está casado y tiene dos hijos, y

aunque sigue viviendo en el campo de refugiados, viene muchas veces a la oficina a saludarnos.

A mediados de 2013 hubo un incidente en el campo: una mujer que acababa de dar a luz murió por falta de cuidados médicos. Como estaba incluida en el programa de nutrición porque necesitaba la comida suplementaria, Knebush me lo contó. Seguíamos haciendo nuestros informes, pero habíamos logrado que fueran mensuales en lugar de semanales. Teníamos que rellenar también un cuestionario por encargo del ARRA, en el que había una casilla donde se debía anotar si se había producido algún fallecimiento.

—¿Qué hacemos? —me dijo preocupada Knebush.

—Ponerlo —le dije sin dudar—. Tenemos que decir la verdad.

—Es lo que yo había pensado, pero sabes que puede traernos muchos problemas, ¿no?

Presentamos el informe mensual, con la información del fallecimiento de una madre lactante; no especificamos que se debió a la falta de cuidado médico. Nos llamaron de la oficina y nos dijeron que teníamos que quitar esa parte del informe. Dijimos que no.

Cuando moría gente en el campo, las autoridades no se enteraban, pero esta vez, la mujer estaba en nuestro programa de nutrición y nosotros sí nos habíamos enterado. Y teníamos que contarlo. Pensamos que en Addis debían saber que había muerto una mujer, para que investigaran las causas. Nosotros sabíamos que era por falta de cuidado médico. Es surrealista que en un campo de refugiados muera alguien por falta de atención médica, cuando hay un centro de salud dentro, construido por el ARRA durante la emergencia con el dinero del ACNUR. Mantuvimos la verdad sin quitar una coma. Y a partir de ese momento empezaron a hacernos la vida imposible; nos dijeron que solo podíamos ir al campo los dos días del programa de nutrición, nos prohibieron hacer fotos y vídeos, aunque los necesitáramos para completar nuestras memorias anuales. Cuando se acabó el convenio, que renovábamos anualmente, fuimos a Addis Abeba. Estaban muy enfadados. Gritaban que todas las ONG hacíamos mal nuestro trabajo.

Después de marearnos con papeleo absurdo durante un mes, finalmente me llamó una doctora para decirme que ya no nos renovaban, porque nuestro trabajo estaba duplicando su programa de nutrición. Curioso, porque ese programa existía desde el primer momento en que aterrizamos en el campo.

Pocos días después, Mohammed vino a vernos.

—Esta semana no han podido comer la *faffa*; toda la comida de nutrición hemos tenido que dársela a los animales porque estaba estropeada. Necesitamos que volváis.

—No podemos volver; no han aceptado la renovación —le contesté apenado.

—¿Pueden apuntarse los refugiados a vuestro programa de nutrición?

Le dije que era imposible, que ya no podía tener más problemas, que se trataba del ARRA y que no podía luchar contra ellos. Aún hoy le insisto para que hable con el consejo de ancianos del campo, que es el único órgano que puede plantear las quejas al ARRA, y le digo que si nos necesitan, no duden en decírmelo, ya que nosotros siempre estamos dispuestos a ayudar.

Han sido cuatro años de trabajo allí y la experiencia ha sido muy buena. Los martes, que es el día de mercado en Asayita, los críos del campo van allí a vender agua; llevan un bidón y venden vasos de agua. Nos los encontramos siempre y nos tienen muchísimo cariño. Los hemos visto desde que eran unos enanos, recibiendo la comida de nutrición, y ahora son más mayores. Son unos supervivientes. Lo triste es que siguen viviendo allí. No veo un futuro para ellos. No sé qué solución pueden darles, si conseguirán sus papeles, si podrán moverse libremente por el país. Sueño con que un día encuentren un futuro mejor.

24. Cuatro madres

—Tranquila, mamá, si me pasa algo en Etiopía, allí tengo cuatro madres, ¿qué más quieres?

Es la frase que recuerdo continuamente a mi madre cuando toma conciencia de que estoy muy lejos de casa y se preocupa. Pero se lo digo de corazón; tengo una relación muy especial y muy familiar con ellas y sé que si me pasara algo, las *sisters* me cuidarían, me llevarían a un hospital y me repatriarían si fuera necesario. Ellas han sido un gran apoyo para mí y el hecho de que estuvieran en Semera fue definitivo para trasladarnos a Asayita. La *sister* Marie Clémence, la superiora, estuvo allí hasta el año pasado. No siempre son las mismas. Suelen ser de Kenia o de la India; hay muy pocas europeas, ahora mismo no hay ninguna europea en Afar. Van envueltas en sus saris blancos delimitados con líneas azules, impecables. Ellas libran su batalla con los enfermos día a día y, en circunstancias normales, no suelen comentar esos problemas con nadie, pero en el desierto es diferente. Además, combaten la burocracia administrativa como todos los demás: que si el papel de sanidad extraviado, la autorización que falta, los retrasos en la entrega de la comida de nutrición, etcétera, y muchas veces no saben con quién tienen que hablar para que se lo arregle. «Pues yo conozco a Fulanito; vente conmigo a verlo.» Ahora estamos los dos mano a mano: las *sisters* y nosotros. Nos ayudamos mutuamente. Alguna vez he ido a Semera para pagar una tasa y me ha faltado dinero. «Necesito que me prestes dos mil birres; mañana te los traigo.» Y me los prestan, no hay problema. Y para ellas también es muy positivo.

Es admirable cómo después de un largo día de calor y trabajo pueden continuar sonriéndote cuando, además, se han levantado mucho antes que yo, han lidiado como todos y se acostarán después de sus rezos.

Que después de que les incendiaran sus contenedores se quedaran solas en Semera con los misioneros dice mucho de su valor. Conozco a muchas personas que habrían hecho las maletas sin dudarlo. En estos años han logrado construir tres casas grandes para sus

enfermos en Semera, su cocina, su almacén para el reparto de alimento y hasta una guardería. Así, las mujeres, hospitalizadas o no, pueden ir tranquilas a trabajar dejando a sus niños con una profesora que les enseña lo básico, y recogerlos cuando terminan la jornada. Eso allí no tiene precio. Y lo han logrado ellas solas.

Cuando llega a nuestro hospital un bebé que necesita leche terapéutica, nosotros no podemos atenderlo porque no tenemos este tipo de leche, pero las *sisters* sí. A ellas se lo proporciona Unicef, así que les llevo al bebé con su madre y las *sisters* se ocupan de todo. O cuando en el hospital me comentan que tienen un caso de un enfermo muy pobre, hablo con ellas y se lo llevo, y ellas lo atienden y lo cuidan hasta que se recupere o hasta que deje de necesitarlo. Mi relación con ellas es muy buena. Siempre que tienen un problema me llaman: «Paco, que Peter, el cura kenia, se ha quedado tirado con quince estudiantes en nuestro coche en medio de la carretera que va a Kombolcha. ¿En cuánto tiempo crees que podrás estar aquí?».

—¿En qué kilómetro?

—No lo sabemos exactamente.

—Lo que tarde en llegar.

Y ya sé que al llegar a su casa me habrán preparado un cafetito con unas pastas porque me va a tocar ir a rescatar a Peter y a los estudiantes, estén donde estén, llevarlos a casa y buscar la forma de arreglar el coche. Aquella aventura en plena noche duró catorce horas.

En otra ocasión, un domingo, las *sisters* nos propusieron que fuéramos de excursión a un géiser que está cerca de Semera y que ya habíamos visitado anteriormente. Hay un lago con el agua tan transparente que si tiras una piedra, puedes seguir su trayectoria durante metros y metros sin llegar a ver el fondo. Es agua hirviendo. Aquel día, las *sisters* se llevaron una cesta con huevos y patatas porque querían comprobar a qué temperatura estaba el agua. Metieron la cesta en el agua y tomamos como aperitivo huevos cocidos y patatas cocidas. Son muy graciosas. Son geniales. Mi relación con ellas es muy cercana, no es solo de trabajo; tengo la suerte de que cuando vienen a comprar al mercado de Asayita, hacen una parada en casa a comer, cosa que en teoría no pueden hacer; tienen esa pequeña venia por vivir en el desierto.

Aquel era un lugar precioso para hacer fotos y decidimos repetir la excursión, tomarnos un respiro y disfrutar del paisaje. Volvimos de nuevo en nuestro coche con dos de las *sisters* —siempre van de dos en dos, como la guardia civil—. Una de ellas era Marie

Clémence; vino Teddy, el enfermero que lleva con ellas toda la vida, al que recogieron de pequeño cuando fue abandonado en la calle, y otro chico etíope muy espabilado que hablaba poco inglés, pero mucho amárico. Junto a ellos estaban algunos voluntarios, creo recordar que eran seis, entre ellos Judith, la médico, Pedro y mi sobrino Rafa. En total éramos once personas. Era domingo; salimos temprano. Las *sisters* llevaban cuatro o cinco botellas de agua de casi dos litros –la medida de las botellas allí es de 1,8 cl–, chupa-chups, caramelos y cacahuets, que es el pícnic que siempre preparan para las excursiones.

Durante una temporada, para ir al lago, se podía atajar por la presa, pero, por motivos de seguridad, ahora este tipo de instalaciones están cortadas al tráfico. Aun así lo intentamos, pero no nos dejaron pasar. Tuvimos que dar la vuelta entera, entrar por el hospital de Dubti y coger un camino más largo, como de una hora a través del desierto. Si no has pasado muchas veces por allí y no conoces el lugar, es difícil tomar puntos de referencia. Las *sisters* me decían que íbamos por el buen camino. Yo iba siguiendo unas rodadas que eran poco claras. De repente, subiendo una cuesta, perdí la rodada y el coche se quedó atascado en la arena. Se bajaron todos, intenté moverlo, pero no salió. Eran las diez de la mañana. Todavía no apretaba el sol, que suele empezar a pegar fuerte desde las once hasta la tarde. Bajaron todos; sacamos la pala. A cavar. Nada, el coche no salía. Los voluntarios empezaron a perder el entusiasmo: «Qué mal rollo tener que cavar ahora». Y lo peor es que cuanto más cavas, más se hunde el coche en la arena.

Seguí cavando y sudando mucho junto a otros voluntarios con los que me turnaba la pala. Bebí un poco de agua, pero solo teníamos cinco botellas. Había que racionarla. Cavé. Hicimos un segundo intento. Nada. Volvimos a cavar para desenterrar la rueda. Tercer intento. Nada. En el cuarto intento empecé a marearme del calor y del esfuerzo. Como si fuera la señal, todos se abalanzaron a beber agua y a pesar de que les decía que bebieran con moderación, ellos bebían como locos. Les dije que fueran a buscar ramas o palos para ponerlos debajo de las ruedas. El tiempo avanzaba en nuestra contra; ya eran las doce del mediodía. Yo seguía cavando, cada vez con menos apoyo, y el agua escaseaba. El sol apretaba de lo lindo; calculo que estaríamos a unos 45 o 50 °C. Yo llevo siempre en el coche dos botellas de agua destilada para la batería y otra de agua del grifo, así que rellené las botellas; nadie sabía que esa agua había salido directamente del grifo y que estaba sin tratar. Se la bebieron de inmediato y se acabó también el agua de emergencia.

Mientras tanto, Teddy intentaba localizar a alguien del *compound* de las *sisters* para que viniera a buscarnos, pero no había cobertura. Pedro se mareó; lo metimos en el coche, arranqué el motor y puse el aire acondicionado; el pobre estaba medio grogui, no inconsciente, pero sí adormilado. A los veinte minutos, mi sobrino Rafa también empezó a estar mareado. Se metió dentro del coche y se tumbó para recuperarse con el aire acondicionado. Entonces, el resto de voluntarios se pusieron nerviosos: «¡No tenemos agua! ¿Qué vamos a hacer? ¿Qué va a ser de nosotros?».

—Creo recordar —dijo una de las *sisters* con entereza antes de que cundiera el pánico— que a un par de kilómetros de aquí deberíamos encontrar el canal de un río porque por allí está la plantación. Si queréis, podemos ir a rellenar las botellas de agua.

Yo también me estaba mareando de tanto cavar a pleno sol y sin beber agua. Me comí algún cacahuete de los que llevaban las *sisters*, mientras ellas se alejaban del grupo subiendo y bajando dunas con las botellas en la mano, seguidas de lejos por un par de voluntarios que se apuntaron en el último momento. Una vez recuperado, seguí cavando con Judith, mientras Teddy seguía pegado al teléfono intentando contactar con alguien. Por allí no pasaba un alma. Casi una hora después, cuando los voluntarios estaban ya muy nerviosos, la monotonía del horizonte se quebró por un resplandor luminoso; podía haber sido un espejismo, dado el cansancio, la sed y el calor asfixiante, pero no lo era. Poco a poco se fueron definiendo las dos siluetas de las *sisters* envueltas en sus saris blancos impecables como si no hubieran caminado por el desierto durante una hora a 50 °C. Las seguían los voluntarios. Llevaban en sus manos las botellas llenas, y todos se pusieron muy contentos, pero a medida que se iban acercando crecía su desencanto porque el agua estaba mezclada con barro y era como un Cola Cao lleno de tropezones.

—¡Estáis todos locos! ¡¡¡Eso no se puede beber!!! —gritaba uno de los voluntarios totalmente fuera de sí.

Sin perder la paciencia, las *sisters* se ofrecieron a filtrar aquel chocolate utilizando sus impecables saris de algodón puro. Poco a poco, con paciencia infinita, empezaron a filtrar cuidadosamente aquel chocolate en uno de los saris y, gotita a gotita, la parte más líquida de aquello entraba en una botella mientras el barro se quedaba atrapado entre los hilos de algodón del sari. Seguía siendo chocolate, pero por lo menos ahora ya no tenía tropezones.

De pronto recordé que guardaba en el coche unas pastillas potabilizadoras que había utilizado para un proyecto en el que tuve que dormir varios días en el desierto. Con estas

pastillas el agua no se vuelve transparente como si obrara un milagro, pero si las echas en el agua por lo menos matas los gérmenes.

—¡Eso no se puede beber!

—¡Yo no me bebo eso ni loco!

—¡Estáis locos si creéis que voy a beberme eso!

La protesta de los voluntarios era unánime. Pero, entre «Yo no me bebo eso» y «Me lo bebo todo» solo transcurrieron dos minutos. Evidentemente, no había agua para todos; éramos once y solo había dos botellas. Podíamos compartir, pero no lo pensaron más y se abalanzaron sobre ellas. Lo lógico habría sido beber un par de sorbos y pasar la botella al siguiente, pero no fue así. El que cogía la botella bebía y bebía sin pensar en los demás, con tragos muy largos. Yo no bebí. Las *sisters* tampoco. Judith tampoco. El resto sí. Pasaron las dos de la tarde, las tres, las cuatro. Judith y yo seguíamos intentando sacar el coche inútilmente, cavando cada vez más profundo. Tras un último esfuerzo, el coche se quedó completamente enterrado bajo la arena. Justo en ese momento, Teddy localizó a alguien que podía venir a buscarnos con un *pickup*, una camioneta ligera todoterreno con la zona de carga al descubierto, que era el único vehículo que podía pasar por aquel camino. Su propietario pensó que le había tocado la lotería y nos pidió una pequeña fortuna por sacarnos. Acordamos el precio y nos dijo que tardaría aún un rato en llegar. No estábamos en condiciones de regatear. Las cinco de la tarde, las seis. Estaba a punto de anochecer y el *pickup* no aparecía. Tres de los voluntarios estaban medio desmayados, otro sin fuerzas, y otro no paraba de decir: «¡Vamos a morir, vamos a morir!». Yo le intentaba razonar que no íbamos a morir, que no estábamos lo suficientemente lejos de la carretera, que había una población a veinte o treinta kilómetros de distancia, y que estábamos esperando a que llegara nuestro coche de rescate. Pero no podía insistir demasiado porque yo no había bebido apenas agua en todo el día y ya notaba un fuerte dolor en la garganta que no me dejaba tragar. Y él seguía diciendo: «¡Vamos a morir, vamos a morir!».

De pronto, a lo lejos, vimos cómo se acercaba entre las dunas una figura humana: era uno de los trabajadores de las *sisters* que venía andando por el horizonte con una garrafa de plástico de cinco litros de agua. Allí ya no había modales; se abalanzaron sobre él y le quitaron el agua como buitres depredando una presa muerta. El que pensaba que iba a morir cogió la garrafa y empezó a beber sin descanso; todos los demás esperábamos a que la pasara, pero seguía bebiendo y bebiendo sin control. Por fin se decidió a pasarla y

empezó a vomitar por la cantidad de agua que había consumido. Un montón de agua desperdiciada. Pero, lejos de avergonzarse, antes de que bebiéramos todos los demás, volvió a hacerse con la garrafa y bebió de nuevo hasta que se cansó. Todos bebimos al menos un poco y logramos recuperar algo de energía. Llevábamos allí atrapados más de ocho horas. El trabajador de las *sisters* nos dijo que el *pickup* no podía llegar hasta allí con tanta arena, y que teníamos que caminar unos dos kilómetros para llegar al punto donde nos esperaba la camioneta. Aquello era demasiado; los voluntarios empezaron a quejarse y a decir que no tenían fuerzas para andar y yo me puse manos a la obra. En el desierto no puedes dejar nada abandonado; aunque parezca que no hay nadie, siempre tiene que haber alguien vigilando. No muy lejos vimos a un matrimonio mayor afar y acordé con ellos que se quedaran cuidando el coche. Lo metí todo dentro, incluidas las ruedas de repuesto, y lo cerré con llave. Ha sido la única vez que he tenido que dejar el coche abandonado en la arena. Caminamos dos kilómetros, subiendo y bajando dunas hasta que por fin llegamos al *pickup*. Ocupamos toda la zona de carga y fuimos dando botes a lo largo de varios kilómetros de bacheado; no teníamos fuerza ni para agarrarnos. De pronto, el que había dicho que íbamos a morir se puso en posición fetal en el suelo de la camioneta y empezó a llorar desconsoladamente.

—¡Pensaba que íbamos a morir, creía que íbamos a morir! —decía entre sollozos, agarrándose las rodillas con los dos brazos y sin parar de llorar.

Aquel hombre de cuarenta y cinco años estaba desmoronado, llorando como un crío. Yo lo consolaba diciéndole que lo peor ya había pasado, que ya estábamos en el coche.

Y entre baches y sollozos, llegamos a Dubti. Casi todos saltaron de la camioneta y salieron corriendo en busca de un bar donde beber agua. El conductor pretendió que le pagáramos el doble, dada la situación angustiosa que habíamos pasado, pero le dimos lo acordado, las gracias y una propina. Llegamos a la cafetería. Las *sisters* no entran en cafeterías, pero esta era una excepción. Son locales totalmente desvencijados, de adobe, con unos palos de defensa sujetando el techo, mesas de hierro medio vencidas, sillas cojas y bancos de madera rotos. Algunos de los voluntarios entraron rápidamente, pidieron las bebidas y se sentaron sin siquiera guardarnos un sitio. Allí no cabíamos todos. Además, las *sisters*, como nunca entran en bares, tenían que estar en un lugar discreto. Son misioneras. Éramos los únicos blancos; todo el mundo nos miraba. Nos sentamos en una esquina y llegó el camarero. Éramos siete y pedimos siete botellas de agua; como no se lo creía, nos hizo pagar por adelantado. Trajo tres porque no podía con

todas a la vez. Las dejó sobre la mesa y desaparecieron. Llevábamos sin beber agua siete horas o más, bajo el sol, y estábamos deshidratados. Las *sisters*, Judith y yo esperamos a la siguiente ronda; por fin, el camarero trajo las otras botellas. Nos bebimos un litro sin respirar; reposamos unos instantes y seguimos bebiendo como camellos. Y empezamos a recuperarnos. Después de calmar la sed con agua bebimos unas Mirindas y unas Coca-Colas para reponer un poco de azúcar.

Yo he ido muchas veces de excursión con las *sisters* y ellas nunca beben nada hasta que hayan bebido todos los demás. Si yo quiero invitarlas a una Mirinda, sé que antes tengo que invitar a todos los enfermos que estén con ellas porque si no, ellas no beben. Entonces, como ya me lo sé, siempre pregunto: «¿Cuántos somos?». E invito a todos. «*Sister*, ya no te puedes negar, he invitado a todos a beber.» Y entonces ya se puede tomar tranquilamente su Mirinda.

Todavía teníamos que volver a Semera, pero seguíamos bebiendo. Conseguimos una furgoneta muy tarde y muy cara; no había más opciones. ¡Vaya fracaso de excursión! Por fin llegamos a Semera y nos quedamos allí a dormir, en la casa que las *sisters* tienen para los trabajadores y los estudiantes. A la mañana siguiente teníamos que regresar para sacar nuestro coche de la arena.

Me acordé de *ató* Abraham, el ingeniero etíope que nos había ayudado en otra ocasión al cedernos el *bulldozer*. Él podría ayudarnos a sacar el Land Cruiser del desierto. Pedí un voluntario para ir a por el coche. Nada. Silencio sepulcral. Volví a preguntar. Nadie respondió. Era comprensible que nadie quisiera adentrarse otra vez en el desierto después de lo que había ocurrido el día anterior.

—¡Pedro, te ha tocado! —Y nos fuimos a buscar a Abraham.

Al llegar a la obra, *ató* Abraham me confirmó que desde hacía un tiempo ya nadie utilizaba ese camino de Detbahari por la cantidad de arena que había acumulado el viento. Me regañó por no haberlo llamado el día anterior, pero le dije que era domingo y que no quería molestarlo. Me insistió en que la próxima vez lo llamara sin dudarlo, a cualquier hora, aunque fuera festivo. Habló con su ayudante, Antenna, para saber qué máquinas estaban disponibles por aquella zona.

—Tengo una pala cargadora, de las de cuatro ruedas que llevan una pala delante, cogen la arena y la cargan en los camiones. Las ruedas son de dos metros de altura. Podrá sacarte el coche. Tendrías que darle una propina al conductor y decirle dónde está enterrado —me respondió con solvencia Abraham.

Afortunadamente, nos acompañaba el trabajador de las *sisters* que había estado allí con nosotros el día anterior y pudo indicarle más o menos dónde estaba enterrado el coche, porque yo no terminaba de orientarme. Nos montamos en un coche con Antenna y fuimos hasta un punto en el desierto en el que nos encontramos con la pala cargadora. Antenna se marchó y nosotros nos quedamos con el de la máquina. En la cabina, el conductor y el trabajador de las *sisters*. Y fuera, agarrados a unas asas, Pedro a un lado y yo al otro, dando botes por el desierto, a dos metros del suelo, colgados en aquella máquina infernal. Ya estábamos muy metidos en el desierto cuando por fin vimos el techo del coche a lo lejos. Allí estaba la señora afar, vigilándolo. Le pagué y desapareció igual que el día anterior había aparecido de repente. El coche estaba medio enterrado en la arena. La rueda trasera no se veía y de la delantera solo se apreciaba un trocito. La puerta del coche estaba a la altura de mis pies; la abrí como si fuera un armario. La máquina se puso detrás del coche; en comparación, era enorme. El conductor enganchó un extremo del cable de arrastre a la pala cargadora y otro a nuestro coche.

—¡Arranca, y cuando yo tire, tú aceleras! —me gritó desde la cabina el operario.

En el primer intento, el coche ni se inmutó. Enganchamos de nuevo y ya hizo un amago de salir; puse el 4x4 y a la tercera salió, y la pala cargadora lo arrastró varios metros del agujero.

—Ahora tienes que volver al camino principal sin quedarte atascado. Intenta ir lo más rápido posible hasta llegar a la pista de arena que está más compacta. Son unos dos kilómetros. ¡Pedro se queda conmigo! —me gritó desde la cabina.

Me subí al coche dispuesto a correr el *rally* de mi vida. Arranqué, cogí aire y emprendí la carrera como un loco por la arena. Parecía una cría de tortuga laúd recién salida del huevo, corriendo a toda velocidad para alcanzar la seguridad del mar antes de ser devorada por los pájaros. Las ruedas de atrás derrapaban a un lado y al otro, pero yo no dejaba de acelerar hasta que por fin llegué al camino. ¡Ya está! Salvado. Un cuarto de hora después apareció la pala cargadora botando implacable sobre la arena. Me costó un gran esfuerzo que el conductor aceptara la propina que tan gustosamente le ofrecía. Por fin logré que la cogiera y volvimos a casa de las *sisters*. Todo había acabado bien. Y, por supuesto, las *sisters* nos esperaban con algo para comer.

25. La Fundación Ayudare

Siempre me he quejado de que perforar en Etiopía es muy caro. Tras varios años perforando pozos y comparando los precios de perforación en España, me había dado cuenta de que el coste en Etiopía se triplica respecto al coste en España, especialmente si perforas en la región de Afar. Además, si a esto le unimos que existe una probabilidad muy alta de no encontrar agua, el resultado final puede ser desastroso. ¿Cómo explicar a un financiador que hemos gastado el dinero en una perforación y no hemos obtenido nada? Es muy frustrante para él –y para nosotros– quedarse sin el dinero y sin la satisfacción de haber construido un pozo para cambiar la vida de muchas personas.

Todas estas ideas bullían en mi cabeza y no hacía más que intentar buscar una solución, ya que ya había pasado por ese trance y no quería repetirlo. Lucía veía que estaba tramando algo: «Cuando tienes un poco de tiempo libre, empiezas a pensar y temo saber cuál va a ser la siguiente propuesta», me decía y eso que todavía no le había contado nada.

Estando un día de vuelta en España, le comenté a Jesús todo lo que tenía en mi cabeza. Jesús es uno de mis mejores amigos y uno de los que mejor me conoce. Nos presentó por circunstancias de la vida mi padre hace ya más de veinte años y con él empecé mi vida de comercial vendiendo gasóleo a los dieciocho años. Yendo y viniendo tiramos muchas mañanas. Puedo contar con él en cualquier momento y a cualquier hora, incluso cuando las cosas están difíciles siempre está ahí para reírse y quitar hierro al asunto. Tiene una memoria asombrosa y se acuerda de favores que yo ya he olvidado. Le encanta aprender y puedes hablar con él de cualquier tema, ya que siempre podrá darte una respuesta. Había llegado a la conclusión de que teniendo una máquina de perforar podríamos solucionar parte de todos los problemas que estábamos teniendo y, además, reducir los costes de la perforación. A Jesús le pareció una buena idea.

Pero ¿cómo articular esta idea? ¿Quién podría estar interesado en llevar este proyecto a cabo? ¿Quiénes podrían ser los financiadores? Después de darle vueltas y vueltas, con

Lucía llegamos a la conclusión de que la persona ideal para este proyecto sería Antonio Garamendi.

Desde 2009 Amigos de Silva celebra todos los años un evento en Las Arenas, Bilbao. Es un evento en el que exponemos todo en lo que hemos trabajado en Etiopía, en qué hemos empleado el presupuesto y cuáles van a ser los proyectos que queremos realizar el año siguiente. Gracias a muchos voluntarios vascos que han pasado por Etiopía dejando sus huellas no solo en la arena del desierto, sino también en los corazones de los afar, allí tenemos muchos socios y muchas personas que colaboran con la ONG. Este evento ha ido creciendo año tras año; ahora vienen más de doscientas personas entre amigos, socios, colaboradores y curiosos que buscan algo verdadero y que nos ayudan a ir cumpliendo nuestros sueños.

Antonio Garamendi nunca fallaba a este evento. Lucía y yo decidimos que sería un buen momento para plantearle la propuesta. Dicho y hecho, el día del evento de Amigos de Silva le pedimos a Antonio una reunión para plantearle otra forma de cooperar. Él se quedó intrigado y quedamos con Antonio y María, su mujer, al día siguiente para lanzarle nuestra nueva propuesta.

Fue una comida familiar en un restaurante de Bilbao donde les fuimos desgranando poco a poco nuestras ideas y nuestra propuesta. A él y a María les encantó y nos dijeron que podíamos contar con ellos y que se podrían a buscar personas comprometidas para el patronato. En unas semanas reunió a los mejores patronos: profesionales y empresarios, pero, ante todo, personas con ganas de ayudar a cambiar las cosas, que aportan su tiempo y su experiencia, y así el 12 de julio de 2011 nació la Fundación Ayudare, una entidad independiente de Amigos de Silva, pero que comparte la necesidad de perforar pozos de agua en Etiopía para acercar el agua a la gente más necesitada.

Con la Fundación Ayudare operativa, Jesús localizó por fin a una persona que podía vendernos la máquina adecuada. No teníamos mucho presupuesto, así que acordamos un calendario de pagos y le arrancamos el compromiso de que viniera él personalmente o alguien de su equipo a perforar los primeros pozos en Etiopía.

Presentamos el trabajo a la fundación, calculamos cuánto podría costar enviar la máquina a Etiopía y nos informamos sobre qué había que hacer para montar una empresa allí. Jesús, mientras tanto, haciendo un milagro, logró meter dos camiones antiguos del ejército, dos *pickups* y todo el material para perforar en tan solo dos contenedores de 40 pies. Claro que hubo que desmontarlo todo, pieza por pieza; tuvimos que cortar en trozos

parte de los camiones porque no entraban de ancho; desmontamos la mitad de la máquina y los ejes de los camiones para rebajar su altura y así logramos que cupieran en los contenedores. Por fin, en agosto de 2013, llegaron a Etiopía, sanos y salvos, los dos contenedores. Ahora había que volver a encajar cada pieza en su sitio, como un puzle.

Lucía se pasó varios meses entre la oficina de inversión y aduanas para poder tener todos los papeles necesarios para el proyecto. Durante todo este largo proceso, de días enteros yendo y viniendo de un sitio a otro, tuvo la suerte de contar con Addisu, que, además de ser el guarda de nuestra casita de Addis, hace de todo. Addisu es licenciado en EstAddística. Cuando lo conocimos era el responsable de la gestión de aparcamiento de unas cuantas calles. Cuando aparcas, los vigilantes ponen en tu parabrisas un papelito cada media hora y cuando vas a recoger tu coche le dices al encargado: «Tengo cuatro papelitos». Cada media hora cuesta medio bir. Es como el SER (servicio de estacionamiento regulado) en España, pero sin parquímetros, y antes de eso se dedicaba a vender libros a pie de calle. En Addis es muy frecuente ver a la gente por la calle cargada con treinta libros o más; tú los abordas y te compras los que quieras y ellos se sacan un dinerillo.

Addisu es muy inteligente, muy curioso, lee mucho, devora los periódicos, guarda recortes de prensa y escucha la radio a todas horas. Le encanta cocinar y cuidar el jardín. Sabe moverse entre papeles, hacer gestiones burocráticas, pero es incapaz de encender un generador o de arreglar un enchufe, que era lo que mejor hacía Yohanes, que ahora trabaja con Lucía. Como se llevan muy bien, lo llama a menudo para que nos arregle lo que se ha roto.

Addisu trabaja codo con codo con Lucía y no es solo un gran colaborador, sino que también es una persona muy importante en nuestras vidas. Muchas veces le dice: «Lucía, sabes que no vamos a terminarlo hoy, que en Etiopía es imposible hacer más de una cosa en un día». Y otras se enfada al ver las zancadillas que nos ponen desde la administración. Lucía le pregunta a menudo: «¿Addisu, estás bien? ¿Necesitas que te subamos el sueldo? Sabes que eres muy importante para nosotros ¿no?». Porque valora su trabajo, su amistad y su entrega. Muchas veces, cuando estoy trabajando con Demis en el coche y se nos hace tarde, aparece Addisu con la comida que ha preparado para los tres, y nos sentamos en unas sillitas de *camping* para comer *injera* con *shiro*, a menudo bajo la lluvia.

Addisu es ortodoxo y va a la iglesia todas las noches; a la vuelta nos trae el pan, tomates y lo que vea en el mercado que merezca la pena; tiene detalles que no tendría por qué hacer. Si está enfermo, lo llevamos al médico y le compramos las medicinas. Addisu es parte de la familia, no hace falta ni decirlo.

Con ayuda de Demis, buscamos un aparcamiento en Addis Abeba para poder sacar los camiones «despiezados» y volver a montarlos; contratamos grúas de todo tipo y tuvimos la suerte de contar con un grupo de voluntarios que se dejaron el alma trabajando intensamente.

En febrero la oficina de inversiones nos dijo que para otorgarnos la licencia necesitábamos encontrar una oficina. Empezamos a buscar por todo Addis Abeba una oficina que fuera representativa y razonable. Después de varios días sin encontrarla, decidí hablar con Tibebe. A Tibebe lo conocí varios años antes un día que necesitaba imprimir unas camisetas, ya que es dueño de una imprenta. Tiene unos cuarenta y cinco años; es etíope, pero ha vivido en Canadá, por lo que tiene una mentalidad mucho más abierta que el resto de los etíopes, ya que ha podido ver la realidad desde fuera. Por eso con Tibebe puedo hablar de todo. Nos tomamos nuestros *macchiato*, hablamos de cosas ajenas al trabajo y cuando necesito algo que se sale de lo normal –un abogado o unos contratos especiales–, se lo comento y siempre me pone en contacto con la persona clave. Y esta era una de esas situaciones. Como conocía su zona, nos llevó a ver un edificio nuevo en el que alquilaban oficinas. Era perfecto, era representativo y estaba, además, muy bien de precio. En dos días cumplimos el trámite y pudimos seguir con los papeles.

Por fin, a finales del mes de abril de 2014 conseguimos las cuatro licencias previas para poder trabajar –sí, cuatro– y a finales de mayo, la licencia final de la nueva empresa, Ayudare Water Driling, una empresa como todas las demás, que paga sus impuestos en Etiopía y cuyos beneficios vuelven a España, a la fundación; y es esta la que hace proyectos, y entre ellos, colabora con Amigos de Silva para, en un futuro no muy lejano, poder ser sostenibles e independientes.

De todo esto se ocupa Lucía; es la *general manager* de la empresa Ayudare Water Driling; se trasladó definitivamente a Addis en enero de 2013, después de casarnos. Ahora es ella la que tiene que lidiar con la burocracia infernal, el papeleo, la financiación y los clientes. Se levanta cada día expectante, dispuesta a superar los muchos obstáculos que va a tener que derribar: leyes nuevas, trámites repetidos, funcionarios apáticos y el

temido *mandatory* que te desbarata todo lo que habías hecho porque han decidido exigir un nuevo requisito. Lucía se lo plantea como un reto personal: cada prueba superada hace que ese día se convierta en el mejor.

En junio de 2015, gracias a la ayuda de Fausto, un perforador ecuatoriano con mucha experiencia en perforación en España y mucha fe en nosotros, la Fundación Ayudare terminó de perforar los primeros seis pozos de agua en Etiopía. Con Amigos de Silva realizó una campaña de perforación de cuatro pozos de agua en la región de Afar, tres de ellos destinados a la población nómada, que es la que más sufre la falta de agua, financiados por cooperación española, y el cuarto pozo se perforó de manera altruista para ayudar a nuestras *sisters*, las Hermanas de la Caridad de la madre Teresa en Semera, en pleno desierto en Afar.

Este es solo el comienzo de una nueva forma de cooperar.

26. Una Etiopía de ida y...

Cuando me encuentro con algún amigo o conocido en cualquier lugar de Etiopía siempre me saluda con la misma pregunta: «Qué, Paco, ¿todavía sigues aquí? ¿Aún no te has ido?». Siguen creyendo que mi estancia es provisional, cuando ya llevo viviendo ahí más de ocho años. No entienden cómo puedo aguantar tanto tiempo porque la gente huye de Etiopía. Todos los que conozco se han ido; nadie aguanta más de dos o tres años, excepto los religiosos y yo.

Pero Etiopía ha logrado calmar la inquietud interna que no me dejaba tranquilo, la ansiedad de querer compartir mi suerte con los demás. Ahí he encontrado mi paz interior, la tranquilidad que necesitaba. El viaje ha sido muy duro; ha habido –y hay– muchos momentos de desesperación, pero si vas a un país que no es el tuyo, tienes que adaptarte, y yo juego con una gran ventaja sobre los demás: estoy ahí, en el terreno, y puedo poner cara a todas las personas a las que estoy ayudando. Allí utilizan mucho un refrán que resume perfectamente la esencia de Etiopía: «*Ques be ques unkulal beguir jedal*», que significa «poco a poco, el huevo se hizo gallina». Hemos tardado mucho tiempo, nos ha costado un gran esfuerzo, hemos tenido que cambiar el ritmo de trabajo, nos hemos peleado con medio país, pero al final lo hemos conseguido: Amigos de Silva funciona; la gente de la región de Afar vive mejor, con más dignidad, con más seguridad, más sanos y más felices. Poco a poco, «*ques be ques*», sin prisa.

Los que me preguntan si «aún sigo allí» no se dan cuenta de que soy un privilegiado, pues soy feliz haciendo lo que hago. No busco nada extraño, no tengo segundas intenciones. Duermo tranquilo todas las noches, sabiendo que he dado el 200 % de mi capacidad para resolver todos los problemas con los que me he encontrado ese día, y sé que los que han quedado pendientes están encauzados para resolverlos mañana. Facturas, informes, papeles; nunca puedes parar de trabajar, pero cada trámite supone una mejora real y palpable en las vidas de las personas que están allí; por eso no cansa. Los que trabajan en el proyecto desde Madrid hacen una labor mucho más ingrata: pelearse todos

los días para encontrar financiación. Todo el mundo querría estar en Asayita entregando la bolsa de comida o pesando a los bebés o perforando pozos, pero trabajar desde la oficina en Madrid, a tantos kilómetros de distancia de esas personas a las que estás ayudando, es muy duro.

Creo que el secreto está en que hay que adaptarse. Yo intento hablar en su propia lengua, en amárico, y no me siento superior a ellos. Incluso me he comprado varias faldas de algodón hasta los pies, como las que visten ellos, a pesar de que me siento ridículo y me resulta incomodísimo subirme al coche con ellas y conducir. Pero sé que a ellos les gusta que adopte su forma de vestir, y hago ese esfuerzo.

Muchas veces salgo a perforar pozos al desierto y puedo estar allí cuatro o cinco días seguidos bebiendo agua caliente, a 45 o a 50 °C, y cuando acabo el trabajo, voy a un bar muy muy cutre donde me dan una botella de agua fría y me parece el mejor restaurante del mundo. Se puede vivir sin agua fría a 50 °C. Ellos lo hacen. Yo pensaba que no, pero se puede. Y cuando llego a Madrid, me readapto de nuevo, como un camaleón: entro en mi casa y bebo agua fría o agua del grifo, sin tratar, y si es verano, enciendo el aire acondicionado del coche y disfruto de lo que tengo; y si es invierno, pongo la calefacción, sin que eso me genere un problema de conciencia. Pero también se puede vivir con cuatro cosas y ser feliz. La felicidad no está en tener, ni en el dinero; la felicidad está en compartir.

Eso lo saben muy bien los niños etíopes. Cuando vuelvo a casa siempre hay un montón de críos jugando en la puerta; me piden caramelos, chocolate y globos. Les encantan los caramelos. Si voy comiendo un paquete de galletas, que cuesta dos birres, siete céntimos al cambio –¡qué tendrán!–, gritan: «¡*Biscuits, biscuits!*» y empiezo a repartir galletas entre todos. Si hay algún crío más pequeño que no ha llegado a tiempo porque corre más despacio, siempre hay uno mayor que ya le ha guardado la mitad de su galleta sin que el pequeño haya tenido tiempo de pedírsela. Es increíble; yo no he visto a ningún niño en España que haga lo mismo, pero allí es lo normal. Si alguien tiene un problema, su vecino lo ayuda. Aquí, la mayoría no sabemos quién es nuestro vecino.

Los voluntarios que han ido a conocer el proyecto se han quedado enganchados; han visto que nuestra filosofía, la profesionalización de la solidaridad, la gestión correcta de los recursos, que siempre son escasos, beneficia a muchas personas. Casi todos eran estudiantes la primera vez que vinieron y ahora que son adultos, son socios y colaboran con la ONG con su trabajo, organizando eventos, vendiendo calendarios, haciendo fotos,

programando exposiciones, grabando vídeos, con aportaciones económicas. Han visto cómo es la realidad de mucha otra gente y también ellos necesitan compartir. ¡Cuidado, que es contagioso! Al final, cada uno es lo que es gracias a las decisiones que ha ido tomando en su vida. Soy feliz con lo que tengo.

Ahora soy la cabeza visible de Amigos de Silva en el terreno, pero hay mucha gente detrás de mí, apoyando y trabajando en el proyecto; quizás en algún momento tenga que regresar, no porque no me guste ni porque esté cansado, sino porque creo que hay personas que necesitan saber, de primera mano, que se puede hacer mucho por los demás con poco dinero. He participado en congresos y conferencias para hablar de la ONG y el público ha demostrado que tiene ganas de ayudar. Además, mi idea es que Amigos de Silva perdure en el tiempo y que yo sea prescindible. Mi sueño es consolidar la ONG, incluso exportar a más países nuestra filosofía de buena gestión y toda la infraestructura en agua, sanidad y programas de nutrición; que todo, bien administrado, se puede hacer. Creo que en el futuro esta idea será factible porque, con esfuerzo, las cosas acaban saliendo. He conocido a muchos profesionales que comparten mis ideas, que trabajan igual de bien que yo y que son capaces de sacar los proyectos adelante. Sé que soy prescindible.

Me acuerdo muchas veces de una de las *sisters*, que ahora está en Gambela. *Sister* Gertruda, era enorme, mucho más grande que yo, y se ocupaba de mover y de trasladar a los enfermos. Al entrar en casa de las *sisters*, si quieres pasar al oratorio, te descalzas. Yo me descalzo y continúo descalzo hasta que me marchó. Me preguntó por qué lo hacía, y le dije que desde pequeño siempre había sido una pelea en casa que me pusiera los zapatos, siempre me ha gustado andar descalzo. Ella me dijo: «¿Sabes lo que significa estar siempre descalzo? Significa que tienes los pies anclados en el suelo para no perder el contacto con la realidad». Me gustó mucho aquella definición y procuro no deshacer el hechizo.

27. Mi lugar en el mundo

Y ¿todo esto para qué? Es la pregunta que me hago algunas mañanas, cuando no consigo solucionar los problemas que aparecen en el día a día. Muchas veces, ante todas estas dificultades, dan ganas de decir: «Ahí os quedáis». Pero en ese momento me acuerdo de que no estamos trabajando para el Gobierno, sino que trabajamos para el 99 % de la población restante; a muchos de ellos puedo ponerles nombre, a otros solo cara, y a la mayoría no los conoceré jamás.

Nunca me he considerado una persona diferente de los demás; no tengo superpoderes, tengo dos brazos y dos piernas. Soy igual que tú. Perdona si te tuteo, querido lector, pero lo que intento en mi vida es ser coherente con lo que digo y con lo que hago, aunque a veces confieso que no lo consigo. Tampoco soy perfecto ni lo hago todo bien, porque entonces no sería humano; meto la pata como todos y muchas veces me arrepiento de cosas que hago.

Nunca me ha gustado que me digan lo que tengo que hacer o dejar de hacer; tampoco quiero convencer a la gente de lo que hago, sino solo mostrarles cómo lo hago para que piensen por ellos mismos. Siempre he escuchado los consejos de los demás; busco la confianza con mis padres, con Lucía, con mis hermanos y con mis amigos, pero al final soy yo quien tomo mis propias decisiones y con ello asumo las responsabilidades que conllevan. Cuando tomas decisiones, a veces aciertas y en otras ocasiones te equivocas. En este caso es simple: no pasa nada, solo hay que levantarse y volver a tomar otra decisión. En esta vida nadie ha acertado a la primera, yo tampoco, ni los modelos que tenemos ahora en mente ni el millonario con el que soñamos ser algún día. Nunca aciertan a la primera. Han tenido que rectificar muchas veces para poder dar en el clavo. Todo se puede arreglar y la clave del éxito es la constancia, levantarte una y otra vez, aunque creas que está todo perdido. No te imaginas lo fuerte que puedes ser con la constancia y con un poco de paciencia.

Mucha gente me ha dicho que les hubiera gustado hacer lo que yo hago, pero que no se han atrevido. A ellos les contesto que si todos hubiéramos hecho lo mismo, yo a lo mejor me habría quedado ayudando desde España. Cuando les digo esto, se asombran, no lo entienden y se lo explico: «No hace falta que todos seamos la punta de la lanza». La punta, sin la vara que le da el equilibrio y la fuerza, no es nada y si no, probad a lanzarla: la pierdes, gira y al final nunca llega a su destino, porque no es nada sin la vara. Por eso yo le digo a la gente que no es necesario que todos vayamos a África, que cada uno tiene su sitio –unos de punta y otros de lanza– y todos tienen su importancia. Yo, sin el apoyo que tengo desde España con los socios y con la gente que colabora con Amigos de Silva, no soy nada. Cada uno tiene su sitio. Ahora me toca en Etiopía y a lo mejor en un futuro en España, ¡quién sabe! ¡Se puede cambiar el mundo desde tu casa! Créetelo y empezarás a hacerlo.

Me alegra ver que voluntarios que han colaborado con nosotros hayan acabado montando diferentes proyectos, siguiendo su camino. Es un orgullo haber sido un punto de referencia en su camino. No me desagrada, al contrario: los entiendo perfectamente, cada uno está buscando su sitio y entre todos estamos cambiando el mundo. Todos tenemos nuestro sitio, solo hace falta encontrarlo. Aquí te plantearás cuál es el tuyo, si es que aún no lo sabes. A mí, aunque no lo creas, me costó mucho. Fui buscando de un lado a otro y no lo encontraba, pero llegó justo en el momento oportuno. No te agobies si no lo encuentras hoy; quizás es mañana o dentro de unos meses, pero no desesperes, no dejes de buscarlo, porque entonces pasará por tu lado y no te darás cuenta. Tampoco te apures si crees que eres demasiado joven, como a mí me decían, o demasiado mayor: ¡no importa... siempre y cuando empieces!

Desde que tomé mi decisión de irme a Etiopía, he pasado por muchos momentos intensos a nivel personal. Por un lado, rompí con lo que todo el mundo esperaba de mí; nadie entendía por qué una persona que lo tenía «todo» cambiaba así su vida de repente. Por otro, he tenido la suerte de conocer a una mujer increíble que me ha sabido llevar y acompañar en este emocionante viaje; mi mujer, Lucía, que me conoció cuando era un abogado con una vida «envidiable», y ahora vive conmigo en Etiopía. Y por otro lado, el nacimiento de mi hijo, Pablo Alemayehu, que en etíope significa «el que puede ver todo el mundo», y que me ha hecho recordar que las limitaciones nos las ponemos nosotros mismos en nuestras cabezas. Lo vemos feliz viviendo en una tierra como Etiopía, cuando antes pensábamos que era imposible y peligrosa para un niño.

Nunca se puede agradar a todo el mundo. He aprendido que, incluso tratando de hacer cosas buenas, recibes críticas negativas y tienes que soportar situaciones muy injustas. Al principio me dolían, pero hoy ya puedo convivir con ellas. No merecen la pena y siempre van a existir, y con más razón cuando intentas cambiar las reglas. No te turbes, incluso en el día a día es normal; tanto en Etiopía como en España, la envidia, la crítica y el chismorreó están a la orden del día hagas lo que hagas. Contra esto, mi consejo es ¡paciencia! Al final, el tiempo pone a todo el mundo en su sitio y no hay verdad que no se llegue a descubrir.

Hace unos años, las organizadoras de la Fundación Lo Que de Verdad Importa me animaron a dar conferencias para que contara mi experiencia personal. Aunque no lo creas, fue un paso adelante que me costó mucho esfuerzo. Para mí, es fácil hablar de la ONG, de los proyectos que hacemos y recaudar dinero para ellos. Pero en este caso me pedían que hablara de lo que yo sentía, de mi vida interior. Hoy en día me sigue costando abrirme, pero me he dado cuenta de que si contando mi vida puedo ayudar a alguien, mi esfuerzo está bien empleado.

Un día me pidieron que resumiera mi vida con un solo calificativo. ¡Vaya pregunta más rara! Me costó. Imagínate, resumir toda tu vida en una palabra. Después de buscar durante mucho tiempo encontré una: audacia, la osadía y la valentía de vivir la vida.

No puedo dejar de agradecer ningún día de mi vida la formación, la educación y el cariño que me dieron mis padres, que es a los que más echo de menos cuando estoy en Etiopía. He sacrificado el estar con ellos para poder ayudar a los demás, y aunque a ellos también les cuesta, nunca me lo reprochan. Es el mismo sentimiento que siento con mis hermanos, cuñados, sobrinos, con mi familia política y mis amigos.

Tengo la suerte de creer en Dios. Aquí, en Etiopía, la gente cree en Dios y te pregunta si tú también crees. Da igual si eres ortodoxo, judío, cristiano, protestante o musulmán. En las largas noches de Afar junto a Hamadu, que es musulmán, llegamos a la conclusión de que, en definitiva, existe un solo Dios y varios caminos diferentes para encontrarse con él. Y en las noches más oscuras de Etiopía, cuando todo es negro, siento que él me acompaña, que me guía y confío plenamente en que me ayudará a encontrar una salida, incluso en los momentos en los que no puedo ver nada. Solo rezo y sigo para adelante; al final las cosas salen. Puedo tocar la providencia con las manos.

Confieso que me he dejado muchas cosas en el tintero, pero en este libro no podía extenderme a lo largo de millones de hojas. Solo cuando llego a España y mis amigos

me cuentan en un rato varios años de sus vidas, tomo conciencia y me doy cuenta de verdad de la cantidad de cosas que me han pasado, y no sé por dónde empezar.

Pero también os confieso que otras experiencias las guardo para mí. Vais a perdonarme que mantenga parte de mi vida en la intimidad: la cantidad de vivencias que he compartido con mi mujer, sustos, peripecias y aventuras en los que muchas veces me quitaría el sombrero ante ella. ¿No dicen siempre que es más loco el que sigue al loco? Lucía siempre ha estado –y está– compartiendo nuestra «vida diferente», trabajando codo con codo conmigo. Sin ella, todo esto no sería posible. La llegada y la nueva etapa que hemos comenzado a vivir con nuestro hijo Pablo es lo más extraordinario que nos ha pasado.

Y aquí acaba todo o, mejor dicho, aquí empieza todo. A ti, querido lector, quiero decirte que me alegro de haberte dejado el gusanillo de la intranquilidad, de la búsqueda de algo más en esta vida; y si ya has encontrado lo que buscabas, la confianza de sentir que no estás solo y que muchos como tú, en los lugares más insospechados, están luchando para cambiar el mundo. Y si aún no has empezado, este puede ser un buen momento.

Agradecimientos

El corazón de Amigos de Silva son los voluntarios. Todos se entregan en cuerpo y alma y parece que se multiplican. Lo que hemos logrado en estos últimos diez años ha sido en parte gracias a su trabajo. A algunos de ellos los conozco desde mi primer viaje a Etiopía, cuando la ONG no estaba ni siquiera en mi cabeza, pero muchos otros se han unido a nosotros años después.

Hemos tenido voluntarios de larga duración en Etiopía que pasan con nosotros un año y con los que tenemos la suerte de contar, a muchos ya los conocéis.

El primero fue Alejandro, un amigo de la tuna. Llegó en enero para trabajar conmigo, en un momento delicado para la ONG, y estuvo un año en Asayita. Después de ver cómo funcionábamos, decidió dar un giro a su vida y empezó a trabajar en Médicos sin Fronteras y después en las Naciones Unidas.

En aquellas fechas vino también a Afar Teté. Una amiga de Jordi; me la presentó en Madrid y me contó que se marchaba a trabajar con las salesianas de Zway, una ciudad situada a 160 kilómetros al sur de Addis Abeba; estuvo con ellas seis meses. Entonces vino una semana a Asayita; vio cómo era el proyecto y le encantó. Se quedó casi un año con nosotros.

Después vino Mane; ella ha estado en Asayita tres veces, la última durante su luna de miel, con su marido, Rafa. Ella es la que mejoró el programa de nutrición y el trabajo en el campo de refugiados; además, ha dado el impulso para que Amigos de Silva tenga presencia en Chile.

Arístides es un asiduo a los trabajos en Etiopía. A él le da igual si tiene que encargarse de una obra o si tiene que venir a perforar pozos, mientras haya trabajo no importa. Pone a nuestra disposición Puerto de Cuba en Sevilla para realizar eventos solidarios e incluso sus amigos ya se han juntado en un cumpleaños y han pedido que en vez de regalos se aporte dinero para comprar vacas para Etiopía.

Andrés, ingeniero de telecomunicaciones, vino para quedarse solo un mes en verano, repitió y se quedó todo un año. Es un experto en la construcción y en la búsqueda de materiales. Ya no hace falta que le diga nada porque nos conocemos y siempre hace un trabajo excelente.

Jorge, un ingeniero de obra pública de Zaragoza, muy orgulloso de su ciudad, que luchó para sacar adelante la construcción del hospital. Concienzudo y constante, se ganó enseguida el respeto del constructor y de sus trabajadores. No hay nada que se le ponga por delante.

El trabajo de todos estos voluntarios de larga duración ha sido increíble; en ellos podemos delegar temas importantes y ellos se sienten totalmente involucrados con el trabajo que realizan en Amigos de Silva.

Por otra parte, existen voluntarios que vienen por poco tiempo, para tener la oportunidad de vivir la experiencia, o por lo menos darse cuenta de que existe «otra realidad». Sienten la inquietud de ayudar, pero aún no han encontrado cómo. Así empezamos nosotros también, y por eso seguimos trayendo a nuestros proyectos voluntarios de corta duración.

En 2009, aparecieron en Asayita seis voluntarios vascos, estudiantes universitarios, que trabajaron muy duro. Entre ellos se llamaban por el apellido: Alcívar, Franco, Martínez, Prado, Riaño e Íñigo Gasteiz, que era un poco más mayor que los demás y acababa de terminar la carrera. A Íñigo lo llamábamos «el enlace sindical» porque siempre estaba negociando con nosotros los madrugones o la hora de comer, y todos seguíamos esa broma y nos lo pasábamos muy bien. Iban a quedarse un mes y le preguntaron a Manolón qué se llevaban a Etiopía.

—Jamón, sobres de jamón, todos los que podáis. La *injera* es terrible y es lo único que se come allí, de desayuno, comida y cena.

Cuando llegaron a Asayita nos dijeron que habían traído doce sobres de jamón serrano. Todos nos pusimos muy contentos y por las noches nos preguntaban: «¿Qué queréis cenar? ¿Un jamoncito?». Y al final siempre sacaban un poco de jamón, así que a los veinte días ya no quedaba nada.

De repente llegaron una noche a cenar con tres paquetes más: «Bueno, estas eran nuestras reservas, para una emergencia». Y todos encantados con el jamón. «Pero ¿qué pasa? ¿Lo tenéis escondido o qué?» Esa temporada nos juntamos con muchos

voluntarios, eran diez o doce. A falta de dos días para irnos de Asayita, los vascos nos sorprendieron de nuevo sacando otros tres sobres más de jamón.

—Esto es la emergencia de la emergencia, las últimas reservas; ahora sí que ya no nos queda nada de nada —dijeron sonriendo y agitando en sus manos los sobres de jamón.

La sorpresa fue mayúscula; nos reímos mucho y se lo agradecemos un montón. En el desierto, el jamón, el chorizo o el salchichón son un auténtico lujo. Así que cuando alguien nos pregunta: «¿Qué tengo que llevar?», siempre le contestamos: las medicinas básicas, antimosquitos, protector solar y ¡sobres de jamón!

—¿¿¿Jamón???

—Sí, sí: jamón envasado al vacío.

Y cuando llevan unos días en Asayita, dicen: «¡¡¡Aaahhh, ahora entiendo lo del jamón!!!».

Desde aquel verano, todos los años celebramos el evento de Bilbao. Es como una reunión de viejos amigos a la que cada año se incorpora más gente. Lo organizan Ángeles, Begoña y Adelaida, que son las delegadas de Amigos de Silva allí y llevan un montón de años trabajando como voluntarias. Manolón e Iratxe también son insustituibles y, además, han venido a Etiopía varias veces. «A mí llamadme cuando haya que mover sacos», repite Manolón, refiriéndose a los días que hacemos el reparto de comida junto a las *sisters*.

Junto con los de Bilbao, son muchos los voluntarios que han hecho Amigos de Silva en muchas otras partes de España: Madrid, Sevilla, Sabadell, Valencia, Granada, Ciudad Real, Carballo, Huesca, Zaragoza e, incluso, en Chile y en Argentina. Desde sus respectivas ciudades o viniendo a colaborar directamente con su trabajo a nuestros proyectos.

La especialización y la buena formación de muchos de nuestros voluntarios han resultado muy provechosas en los proyectos de la ONG. Por ejemplo, Marga y Nuria, las dos hermanas odontólogas que con la ayuda de Óscar, Raúl, Juan Diego, Javier y Sergio realizaron una gran labor durante varios años.

Médicos, como María Ruiz —yo la llamo «María Rastas» porque entonces llevaba la cabeza llena de rastas—, Dolores y Rafa; los tres eran estudiantes de Medicina que acababan de examinarse del MIR y vinieron a trabajar al proyecto antes de que les asignaran un destino. Susana, que nos ayudó mucho con el programa de nutrición que realizábamos en las aldeas cerca de Asayita, y Judith, que colaboró con nosotros no solo

como médico; le gustó tanto Etiopía que decidió cerrar su consulta en Madrid y ahora está trabajando en Mekele, en el Adler Hospital, con temas de nutrición.

Durante todos estos años hemos contado con asesores técnicos para todos nuestros proyectos:

Javier Colomo, ingeniero eléctrico, que después ha montado su propia ONG, que se llama Amigos Solidarios.

Enrique Castaño es el arquitecto que nos ha supervisado la construcción del edificio de ingresos y es profesor en la Universidad de Alcalá en Madrid.

Nela y Joan. A Nela la conocí en mis primeros años en el Baro en Addis Abeba; una enfermera que colabora con Médicos Sin Fronteras y con nosotros. Ha venido a Afar en varias ocasiones, una de ellas, junto a Joan, coincidiendo con el primer año que trabajamos en el campo de refugiados.

Nuestro grupo especial de enfermeras: Esther, Cris y Fuen. Son unas terremotos. Han estado en Asayita unas cuantas veces y, además, organizan muchos eventos en España: van a congresos con el stand de la ONG, preparan exposiciones, buscan patrocinios y socios, no paran. Junto a ellas, Bea y Raquel, que también han venido a ayudarnos en Etiopía.

Lola, profesora de la Universidad de Almería, que ha venido a Asayita ya tres o cuatro veces. Y no sola, sino también con María Luisa, ¡que sobrevivió a la caída en la zanja de delante del Hotel Basha! Eloísa, que ayudó a recomenzar el programa de nutrición después de la baja de maternidad de Knebush; Matías y José Manuel, que trabajaron duro con Lola en su primer viaje.

Olga que, como geóloga, nos ha ayudado en las perforaciones de los pozos que ha hecho Amigos de Silva; con ella hemos aprendido mucho.

No me olvido de Lola de Miguel, una buena amiga que nos ha enseñado la cantidad de trabajo que hemos hecho durante todos estos años.

Hemos tenido la suerte de recibir a un nutrido grupo de jóvenes licenciados con grandes inquietudes: Antonio, Fernando, Begoña, Lucio, Beltrán, Pablo, Rosana y, el más reciente, Enric. Vinieron a colaborar y muchos han repetido, algunos por varios meses, como Antonio, que junto con Nacho y Adolfo trabajaron en la construcción del edificio de cirugía y en el montaje de la máquina perforadora. Y otros, como Manuel Zayas, que después de haber trabajado en el terreno con nosotros se ha convertido en una pieza clave para la Fundación Ayudare.

Muchos voluntarios también han ayudado a difundir el trabajo de la ONG y la realidad de Afar realizando documentales y exposiciones fotográficas. Tenemos que agradecer a profesionales en estas materias que han sabido captar con sus cámaras nuestro trabajo. Es el caso de Patricia, la realizadora del primer documental sobre Amigos de Silva; Elena y Laura, las autoras del segundo documental que presentamos hace un año, y los fotógrafos Vanesa, Facu, Sonia, Diego, Marga, Rafa y finalmente Bernardo.

Jésica, Alejandra y Antonio se quedaron con las ganas de estar más tiempo y también amenazan con volver... ¡Eso espero! Alberto y Mónica, con los que compartimos muchas muchas cosas. Jesús Alcalá, un *crack*; Sabela, Loles, Cristina, Paloma, Izaskun, Juan, Lorena, Aitor, Ernesto, Eva, Aurora, Óscar, Ana Soriano y Antonio. ¡Cuánta buena gente ha pasado por Amigos de Silva!

Entre nuestros voluntarios internacionales: Pedro y Nicolás desde Argentina; Felipe y María, amigos de Mane, desde Chile; Arturo desde México; Nadia desde Francia y Michael desde Nueva York.

Dejo para el final, aunque no son menos importantes, a los voluntarios que nos ayudan desde España, porque sin ese trabajo nada de lo que hacemos en Etiopía sería posible. Jordi, como vicepresidente y gran conocedor de Etiopía tras sus numerosos viajes, es el soporte de Amigos de Silva. En Madrid tengo que destacar especialmente a Janet, que ha realizado el trabajo más pesado de oficina y que sabe transmitir como nadie y poner por escrito la filosofía de la ONG. Estuvo un verano en Asayita y escribió un pequeño gran libro que recoge las impresiones de su estancia ahí y que es un auténtico tesoro.

La inestimable ayuda de Lourdes Benavides a la hora de presentar proyectos, y de mi hermano Pablo, de Camino, de Víctor, nuestro responsable artístico, Pablo Ferrer, Carlos Aláiz, Juan Velayos, Nuria, Alejandra y Carlos Moreno en Madrid; desde Carballo, Víctor; desde Sevilla, mi prima Rocío.

También quiero mencionar a Jean Marie, por ayudarme a entender todo lo que estoy viviendo y por darme la oportunidad de tener un amigo que, además, me orienta en esta vida. Y especialmente a todas nuestras familias que, de una u otra forma, colaboran con nosotros. De todos he aprendido algo.

Apartado de especial reconocimiento reciben también los socios, colaboradores y financiadores de Amigos de Silva, ya que sin ellos toda la energía y el trabajo no habrían sido posibles. A todos ellos quería agradecer sus colaboraciones, desde las pequeñas hasta las grandes, ya que todas ellas han servido para poder hacer este gran trabajo.

A todos quiero daros las gracias; espero no haberme olvidado de nadie, perdonadme si alguno faltara, todos los que, de una u otra forma, formáis parte de la gran familia de Amigos de Silva; gracias a vosotros cumplimos en septiembre de 2015 diez años.

¿QUIERES COLABORAR CON NOSOTROS?

1. Hazte socio o haz socia a tu empresa y comparte nuestras ilusiones y nuestros proyectos. Llámanos al 91.411.65.65 y déjanos tus datos, o envíanos un email a info@amigosdesilva.org o directamente a través de la web www.amigosdesilva.org.
2. Difunde nuestro trabajo a través de las redes sociales: Facebook, Flickr, Instagram, Twitter o YouTube.
3. Anímate a ser voluntario.
4. Puedes ingresar directamente tu donación en cualquiera de nuestras cuentas:

CAIXABANK ES87 2100 2217 6702 0024 2064

BANKIA ES96 2038 1058 1060 0074 1201

SANTANDER ES51 0049 5119 1921 1709 4178

O mediante PayPal o con tarjeta de crédito a través de nuestra web.

Recuerda que tus aportaciones pueden deducirse del impuesto de la renta o del impuesto de sociedades.

¡Muchas gracias por tu colaboración!

Fotografías



En Addis Abeba una piruleta puede llenar de ilusión y alegría a una niña de la calle.



Las niñas ayudan a sus madres en las tareas de la casa. En las regiones centrales se encargan, además de ir por agua, de cargar madera para la casa con el fin de venderla y obtener algunos ingresos familiares.



El *ari* es la vivienda de los afar, un pequeño iglú que de día les protege de los rayos del sol y de noche les resguarda del frío.



Mientras las niñas se encargan de ir por agua y ayudar en las demás tareas familiares, los niños cuidan al ganado pequeño, que mueven a lo largo del día en busca de agua;

regresan por la tarde, cuando cae el sol, con el resto de la tribu.



Las niñas y las mujeres afar tienen la labor de buscar agua. Cuando las distancias no son muy grandes, las niñas deben cargar con los bidones de agua a su espalda. Cuando se trata de grandes distancias, las mujeres llegan incluso a organizarse por turnos para recorrer distancias de medio o de un día para ir por agua, acompañadas de uno de los tesoros de la tribu: el burro.



Los hombres nómadas afar viajan de un lado a otro guiando a los camellos y las vacas a los puntos de agua para que estos puedan beber; regresan al atardecer y vigilan durante la noche al ganado para preservarlo de los ataques de zorros y hienas.



Puerta principal del primer hospital construido por Amigos de Silva. Todo un orgullo. Ahora solo falta que el Gobierno lo gestione adecuadamente. © *Andrés Camacho*



La perforación de pozos de agua potable ha servido para que muchos afar puedan tener acceso al agua, un recurso clave en una zona desértica. Gracias a la Fundación Ayudare podremos seguir perforando más pozos.



La perforación es uno de los proyectos principales de Amigos de Silva. El agua en Afar es vida.



Debido a una emergencia nutricional, empezamos a trabajar en el campo de refugiados de Asayita. Miles de personas en medio de la nada, sin nada que hacer y con un futuro incierto.



Hoy en día existe la malnutrición; es duro ver a los niños y a las niñas entrar en el programa con un MUAC inferior a nueve centímetros, pero es una alegría para todos ver cómo, al terminar el tratamiento, sonríen y vuelven a jugar.



En Afar los niños son felices; lo poco que tienen lo comparten y, como a todos los niños, les encanta montarse en el coche. Otra función más para nuestro coche multiusos.

Su opinión es importante.
En futuras ediciones, estaremos encantados de recoger sus comentarios sobre
este libro.

Por favor, háganoslos llegar a través de nuestra web:

www.plataformaeditorial.com

Vive y pásalo

Brown JR, H. Jackson

9788415880325

240 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Personas de 5 a 95 años comparten lo que han descubierto sobre la vida, el amor y otras cosas. El día que H. Jackson Brown cumplió cincuenta y un años, decidió apuntar algunas de las cosas más importantes que había aprendido en medio siglo de vida. Disfrutó tanto del ejercicio, que decidió convertirlo en una actividad semanal. Luego un amigo le copió la idea. Al cabo de un tiempo, más conocidos se unieron al proyecto y comenzaron a entrevistar a niños, adolescentes, jóvenes y personas mayores. El resultado es este libro, un conjunto de perlas de sabiduría provenientes de los más diversos medios sociales, que transmiten aliento y determinación. Hay páginas para emocionarse, para reír, para recobrar el ánimo y para darse cuenta de lo que verdaderamente vale la pena. Vive y pásalo, que ha estado más de 28 semanas en la lista de libros más vendidos del New York Times, es en definitiva una invitación a redescubrir nuestras prioridades y a seguir aprendiendo de la vida.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El cerebro del niño explicado a los padres

Dr. Álvaro Bilbao
Autor de *Cuida tu cerebro*

Plataforma
Actual



«Un libro que
todos los adultos
deberían leer.»
Javier Ortigosa

**Cómo ayudar a tu hijo a desarrollar
su potencial intelectual y emocional**

El cerebro del niño explicado a los padres

Bilbao, Álvaro

9788416429578

296 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Cómo ayudar a tu hijo a desarrollar su potencial intelectual y emocional. Durante los seis primeros años de vida el cerebro infantil tiene un potencial que no volverá a tener. Esto no quiere decir que debemos intentar convertir a los niños en pequeños genios, porque además de resultar imposible, un cerebro que se desarrolla bajo presión puede perder por el camino parte de su esencia. Este libro es un manual práctico que sintetiza los conocimientos que la neurociencia ofrece a los padres y educadores, con el fin de que puedan ayudar a los niños a alcanzar un desarrollo intelectual y emocional pleno. "Indispensable. Una herramienta fundamental para que los padres conozcan y fomenten un desarrollo cerebral equilibrado y para que los profesionales apoyemos nuestra labor de asesoramiento parental." LUCÍA ZUMÁRRAGA, neuropsicóloga infantil, directora de NeuroPed "Imprescindible. Un libro que ayuda a entender a nuestros hijos y proporciona herramientas prácticas para guiarnos en el gran reto de ser padres. Todo con una gran base científica pero explicado de forma amena y accesible." ISHTAR ESPEJO, directora de la Fundación Aladina y madre de dos niños "Un libro claro, profundo y entrañable que todos los adultos deberían leer." JAVIER ORTIGOSA PEROCHENA, psicoterapeuta y fundador del Instituto de Interacción "100% recomendable. El mejor regalo que un padre puede hacer a sus hijos." ANA AZKOITIA, psicopedagoga, maestra y madre de dos niñas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Reinventarse

Tu segunda oportunidad

Dr. Mario Alonso Puig



21^a

edición ampliada

Traducido a 13 idiomas

Más de 100.000
ejemplares vendidos
en España

¿Qué te atreverías a hacer si supieras
que no puedes fallar?

Reinventarse

Alonso Puig, Dr. Mario

9788415577744

192 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El Dr. Mario Alonso Puig nos ofrece un mapa con el que conocernos mejor a nosotros mismos. Poco a poco irá desvelando el secreto de cómo las personas creamos los ojos a través de los cuales observamos y percibimos el mundo.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Vivir la vida con sentido

Actitudes para vivir con
pasión y entusiasmo

Victor Küppers



Solo se vive una vez, pero una vez es
suficiente si se hace bien

Vivir la vida con sentido

Küppers, Victor

9788415750109

246 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Este libro pretende hacerte pensar, de forma amena y clara, para ordenar ideas, para priorizar, para ayudarte a tomar decisiones. Con un enfoque muy sencillo, cercano y práctico, este libro te quiere hacer reflexionar sobre la importancia de vivir una vida con sentido. Valoramos a las personas por su manera de ser, por sus actitudes, no por sus conocimientos, sus títulos o su experiencia. Todas las personas fantásticas tienen una manera de ser fantástica, y todas las personas mediocres tienen una manera de ser mediocre. No nos aprecian por lo que tenemos, nos aprecian por cómo somos. Vivir la vida con sentido te ayudará a darte cuenta de que lo más importante en la vida es que lo más importante sea lo más importante, de la necesidad de centrarnos en luchar y no en llorar, de hacer y no de quejarte, de cómo desarrollar la alegría y el entusiasmo, de recuperar valores como la amabilidad, el agradecimiento, la generosidad, la perseverancia o la integridad. En definitiva, un libro sobre valores, virtudes y actitudes para ir por la vida, porque ser grande es una manera de ser.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

VENDER COMO CRACKS

Técnicas prácticas y eficaces
que no utilizan los merluzos

Plataforma
Actual



Victor Küppers

Autor de Vivir la vida con sentido

Para vender, o enamoras o eres barato

Vender como cracks

Küppers, Victor

9788417002565

208 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

La venta es una profesión maravillosa, absolutamente fantástica. Difícil, complicada, con frustraciones, solitaria, pero llena también de alegrías y satisfacciones que compensan sobradamente esa parte menos bonita. Este libro intenta ayudar a motivar, a ilusionar, a disfrutar con el trabajo comercial. Es un ámbito en el que hay dos tipos de profesionales: los cracks y los chusqueros; los que tienen metodología, los que se preparan, los que se preocupan por ayudar a sus clientes, por un lado, y los maleantes, los colocadores y los enchufadores, por otro. He pretendido escribir un libro que sea muy práctico, útil, aplicable, simple, nada complejo y con un poco de humor, y explico sin guardarme nada todas aquellas técnicas y metodologías de venta que he visto que funcionan, que dan resultado. No es un libro teórico ni con filosofadas, es un libro que va al grano, que pretende darte ideas que puedas utilizar inmediatamente. Ideas que están ordenadas fase a fase, paso a paso.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Índice

Portada	2
Créditos	3
Índice	4
Prólogo	6
Introducción	8
Prefacio	13
1. Con la vida resuelta	14
2. Los más pobres entre los pobres	18
3. Flores, espadas y perros	30
4. Amigos de Silva: el valor de un euro	35
5. Beber agua o aprender a leer	44
6. Una elección acertada	50
7. Guena guena, filosofía del país	55
8. Mi tabla de salvación	61
9. Dubti: nuestro primer proyecto	65
10. Perderse entre papeles es posible	76
11. ¡Manos a la obra!	82
12. La decisión	88
13. Afar: el infierno en la Tierra	90
14. Asayita, mi hogar	96
15. Agua que da la vida	104
16. Dormir en el desierto	118
17. MUAC es mucho más que un beso	124
18. Un Sherlock Holmes en Afar	134
19. Entre vacas y gallinas	138
20. Be camel, my friend	146
21. La ceremonia del café	158
22. El coche fantástico	161
23. De ninguna parte	169

24. Cuatro madres	178
25. La Fundación Ayudare	186
26. Una Etiopía de ida y...	191
27. Mi lugar en el mundo	194
Agradecimientos	198
¿Quieres colaborar con nosotros?	204
Fotografías	205
Colofón	215